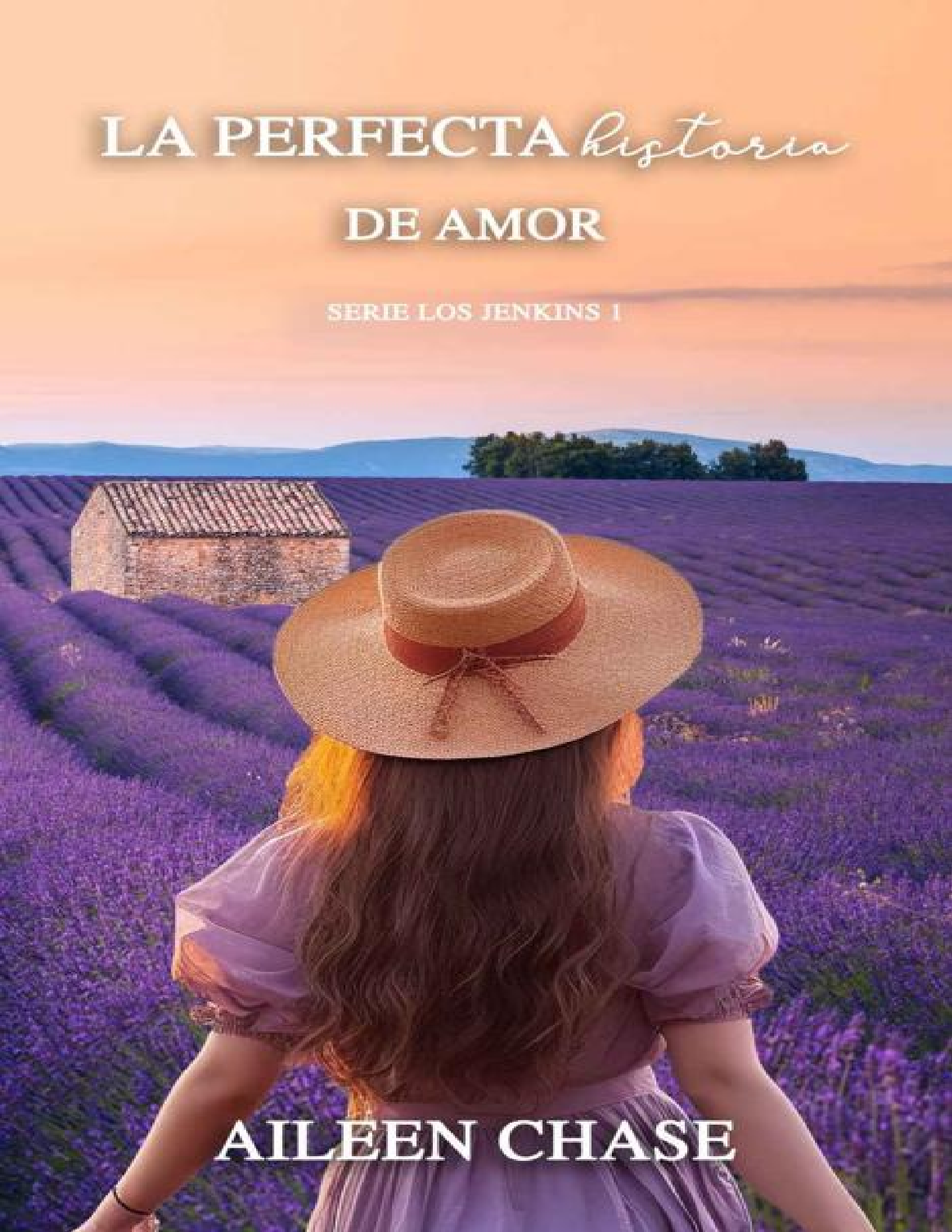


A woman with long, wavy brown hair, wearing a wide-brimmed straw hat with a red ribbon and a light purple, short-sleeved dress, stands with her back to the camera. She is in a vast field of purple lavender. In the background, there is a small, rustic stone building with a tiled roof. The sky is a soft gradient of orange and pink, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is romantic and peaceful.

LA PERFECTA *historia* DE AMOR

SERIE LOS JENKINS I

AILEEN CHASE

LA PERFECTA HISTORIA DE AMOR (LOS JENKINS 1)

Aileen Chase

Copyright © 2024 Aileen Chase

© La perfecta historia de amor
©Aileen Chase

Diseño de portada: Aileen Chase
Maquetación: Aileen Chase
Corrección: Aileen Chase

Primera edición: 25 de julio de 2024
ISBN:9798329318234

Impreso por CreateSpace Independent Publishing Platform
Edición especial para Amazon.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sois fuertes, recordadlo.

LA PERFECTA HISTORIA DE AMOR

SINOPSIS

Lieve, una joven de 23 años, se encuentra atrapada en una vida que no desea. Obligada por sus padres a contraer un matrimonio que no quiere, toma la valiente decisión de huir de su hogar en Houston. Su destino es el Rancho Walker en Columbus. Lieve, tímida y temerosa, ha soñado con ser maestra y ahora, lejos de las presiones familiares, tiene la oportunidad de perseguir su pasión. Sin embargo, la tranquilidad de su nueva vida se ve sacudida cuando conoce a Blaze Jenkins, el atractivo y enigmático capataz del Rancho Jenkins.

Blaze, conocido por su naturaleza mujeriega y su renuencia a las relaciones duraderas, se siente inexplicablemente atraído por la tímida sonrisa de Lieve. Detrás de su exterior reservado, Blaze intuye que hay más en ella de lo que aparenta.

Lieve y Blaze, dos almas que huyen de su pasado y de sus propios temores, descubrirán que a veces, el amor verdadero puede encontrarse en los lugares más inesperados.

PLAYLIST

Prólogo

«Lovefool de The Cardigans»

Capítulo 1

«Don't Let the Sun Go Down on Me de George Michael y Elton John»

Capítulo 2

«Jump de Kris Kross»

Capítulo 3

«Achy Breaky Heart de Billy Ray Cyrus»

Capítulo 4

«I Cross My Heart de George Strait.»

«November Rain de Guns N' Roses»

Capítulo 5

«Boot Scootin' Boogie de Brooks & Dunn»

Capítulo 8

«Jump de Kris Kross»

Capítulo 14

«Smells Like Teen Spirit de Nirvana»

Capítulo 17

«Save the best for last de Vanesa Williams»

«Smells Like Teen Spirit de Nirvana»

Capítulo 19

«No One Else On Earth de Wynonna Judd»

Capítulo 23

«Bohemian Rhapsody de Queen»

Capítulo 27

«Straight Tequila Night de John Anderson»

Capítulo 28

«If You Asked Me To de Céline Dion»

Capítulo 33

«One de U2»



PRÓLOGO

EFÍMERO

LIEVE

¿Y si lo único que necesitamos para ser felices es ver más allá de lo material? ¿Y si lo importante está en las pequeñas cosas de la vida? ¿Por qué codiciamos mucho más? ¿Por qué sentimos una sed insaciable por tener el control de todo y sobre todos? Es irracional a la vez que tético. Algo ilógico y absurdo.

Las luces de la ciudad comienzan a desvanecerse a medida que el paisaje urbano da paso a vastas extensiones de tierras desiertas cubiertas por campos de arenas que no tienen fin. Me encuentro sola en el asiento trasero, observando el paisaje que cambia con rapidez, al igual que mi vida. He dejado atrás todo lo que solía definirme: mi familia, mi casa, mis posesiones... todo. Pero siento un atisbo de libertad. Por muy efímera que sea, por muy poco que, quizá, vaya a durar.

Huir no es una decisión fácil. No es algo que hubiera imaginado para mí misma. Pero llegó un momento en que me vi atrapada en un ciclo de deseos insatisfechos, de luchas por tomar el control sobre mi vida. Mi familia, que siempre parecía tenerlo todo, estaba atrapada en una prisión invisible de envidia, ambición y rivalidad; de apariencias. Las conversaciones eran competencias disfrazadas, y cada logro se medía en términos de superioridad sobre los demás. La paz y la conexión se desvanecieron en medio de esa carrera interminable que estuvo a punto de acabar con mi vida.

Me di cuenta de que estaba perdiendo mi esencia, quién soy yo. Las sonrisas sinceras,

los momentos de diversión, las risas espontáneas... todo eso quedó relegado a un segundo plano. La búsqueda constante de más, de ser el mejor y sobresalir entre los demás, me estaba consumiendo. Y fue aquel día en el que desperté que fui consciente de que tenía que salir de allí.

Ahora, mientras miro por la ventana del autobús, veo cómo la naturaleza se despliega en su esplendor. Los colores del atardecer pintan el cielo en tonos de rosa y naranja, recordándome la belleza eterna que se encuentra en lo simple. Un grupo de aves se eleva en el aire, sin preocupaciones ni expectativas, solo disfrutando de su libertad para volar de un lado a otro. *Como las envidio.*

Tengo la sensación de que estoy dejando atrás no solo mi antigua vida, sino también mis viejas perspectivas de lo que es correcto. Y conforme me alejo de casa, siento como un peso se desvanece de mis hombros.

Me atrevo a mirar hacia atrás, ya casi no veo la ciudad.

Sonrío para mí misma y me pongo los cascos del último discman que salió al mercado, lo único que me he quedado de la antigua Lieve. *Lovefool* de *The Cardigans* resuena por mis tímpanos. Apoyo la cabeza en el cristal y me acomodo para intentar descansar un poco. Me quedan muchas horas de viaje hasta llegar a Columbus. Entonces, cierro los ojos.

La distancia, tan dulce y amarga, se hace presente en cada latido de mi corazón. Las lágrimas que antes eran de desesperación, ahora son de alivio porque nunca nadie más volverá a dirigir mi vida, salvo yo.

A medida que el sol se pone por completo, la luz de las estrellas comienza a destellar en el oscuro cielo. Me siento en paz, respiro por primera vez con la sensación de estar tranquila. Y qué extraño se me hace pronunciar esas palabras en mi mente.

Despierto de mis pensamientos mientras el autobús se detiene en una pequeña estación. Estamos en un lugar sereno, lejos del bullicio de la ciudad. Bajo del autobús, con la maleta y la mochila colgada al hombro, y tomo una bocanada de aire fresco. Cierro los ojos por un momento y me dejo llevar por los sonidos suaves de la noche al quitarme los auriculares del discman, que guardo en la mochila junto a algunos CS's: el crujir de los grillos, el murmullo del viento entre los árboles. Es como si la naturaleza estuviera cantando una canción de bienvenida solo para mí.

Espero paciente el siguiente autobús, que no debe de tardar mucho. Tengo el viaje, los horarios y los trasbordes memorizados. Habían sido muchas horas sola, mirando a un techo blanco inmaculado y rodeada de cables; un tiempo que aproveché para pensar en cuál sería mi siguiente movimiento.

Saco, entonces, sabiendo que todavía queda algo de tiempo, unas monedas del bolsillo de mi sudadera y marco el teléfono de *nana*.

Mi corazón late un poco más rápido mientras me dirijo a la cabina. Espero a que la persona que está antes que yo acabe y, cuando lo hace, entro para marcar. Los recuerdos de *nana* inundan mi mente: su cálida risa, su sabiduría y su incondicional apoyo durante los años en los que me cuidó como si fuera su propia hija. Siempre ha estado ahí para mí, incluso en mis momentos más oscuros. La llamada se conecta después de varios intentos.

—¿Hola? —dice su voz suave y adormilada al otro lado de la línea.

Las lágrimas amenazan con llenar mis ojos, pero las retengo.

—Nana —respondo en un hilo de voz—. Soy yo, Lieve. Necesito tu ayuda.



CAPÍTULO 1

SUPERFLUO

LIEVE

Falta poco para llegar a la estación de autobuses, la veo a lo lejos. Me aferro a la mochila con fuerza y guardo a toda prisa el discman que me ha acompañado durante los días de viaje, que se me han hecho interminables.

Las personas que se encuentran delante de mí hablan de las ganas que tienen de comerse una buena barbacoa texana. Mis tripas rugen ante la inminente urgencia de comer algo, llevo varios días a base de barritas Pop-Tarts y Fruit Roll-Ups. Necesito llevarme algo de consistencia al estómago.

Cuando por fin paramos, me veo siendo empujada por las personas que venían conmigo desde Jackson. Bajo los escalones del autobús a trompicones y con la idea de que en algún momento seré pisoteada en el suelo al caerme de tanto empujón que me están dando. Pero logro salir ilesa y me alejo unos metros para observar a todos lados.

Nana me dijo que vendría a buscarme, pero no la veo por ningún lado. ¿Y si no viene? ¿Y si no quiere que esté con ella? Quizá he sido demasiado egoísta y presentarme aquí ha sido un error, quizá solo fui algo superfluo que simplemente ha ido olvidando con el pasar de los meses.

Nana llevaba sin llamarme desde que se fue de casa. Mis padres me dijeron que tenía ganas de volver con su familia. Y pensé que seguiría en contacto conmigo porque lo único que recibí de ella fue una nota en la que me decía que me quería mucho. Vaya idiota, ¿no? ¿Cómo podía pensar que esas palabras eran reales?

Me quedo parada, viendo a la gente pasar y reunirse con sus familiares. Me muerdo el labio inferior para no echarme a llorar cuando la estación se queda casi vacía y me dirijo hacia la taquilla para preguntarle a la chica que trabaja que otros destinos puedo escoger. Pero, cuando pretendo sacar un billete, escucho su voz llamarme entre el ruido del motor del autobús que está yéndose.

—¿Lieve? —gritan. Hace poco que se ha bajado otro montón de gente y no puedo verla—. ¿Lieve? —vuelven a gritar—. Maldita sea, Joe, ¡¿Lieve?!

Agarro la maleta con una mano y aferro la mochila con la otra. Me subo a un banco cercano y la busco con la mirada hasta que doy en el blanco. Por fin veo a Nana, pero está muy diferente a cómo la recuerdo. Lleva una camiseta de cuadros y unos jeans. Sus pies visten unas botas y tiene el pelo más largo, más rizado. Nana es una mujer muy hermosa, siempre me lo ha parecido incluso con las líneas de expresión que le comenzaron a salir por la edad.

Muevo la mano, dejando la mochila en el banco. Por el megáfono indican que pronto va a salir otro autobús y grito a todo pulmón. Ella parece escucharme y me busca. Mi sonrisa se amplía cuando sus ojos marrones, grandes y envueltos en largas pestañas, se clavan en mí. Se lleva las manos a la boca y corre hacia mi dirección. Me bajo del banco justo en el momento en el que llega y me abraza. Nana me envuelve entre sus brazos y es cuando por fin puedo sentirme a salvo.

—Lieve, mi niña —susurra y me toma de la cara para mirarme—. Estás bien, ¿verdad? Me dejaste muy preocupada cuando me llamaste.

Asiento y me aferro a ella como si fuera un faro y yo un barco a la deriva. Así me he sentido desde que se fue.

Me abraza y no hace más preguntas. Me pasa un brazo por los hombros y le indica a Joe que coja mi maleta. El pobre no rechista. Me ofrece una sonrisa y lo hace. Me guía hacia una camioneta.

—Vas a tener que explicarme qué ha ocurrido, señorita —murmura Nana—. Pero lo primero de todo es darte una buena ducha y comer, sobre todo comer. Estás muy delgada, niña.

No puedo evitar reírme por lo bajo. Cómo había echado de menos ese tono de reproche en el que no cabía vacilación alguna.

Joe deja mi maleta en la batea y yo pongo la mochila. Abre la puerta para que Nana y yo podamos subir. La camioneta tiene tres asientos, así que me pongo al lado de la ventana.

—Te hemos preparado la habitación, espero que te guste —comenta Joe con una sonrisa cerrada mientras mete la llave en el contacto.

—Es algo pequeña, pero creo que te va a gustar. —Nana le guiña un ojo.

Desvío la mirada hacia mis manos, que no paran de estrujar el dobladillo de la sudadera.

—No quiero causar molestias, Nana —siseo.

Pero ella me aferra con su brazo y me zarandea hacia su cuerpo para envolverme en un cálido abrazo. Su mano me acaricia el pelo mientras que mi cabeza reposa en su hombro. Cierro los ojos ante el contacto y sonrío. Sí, después de meses lo hago.

—Ay, mi niña, para nosotros no es molestia alguna. Al contrario, estoy muy feliz de que hayas venido —confiesa.

—Eso es verdad, Lieve. Estamos encantados de que estés aquí con nosotros y esperamos que el rancho sea de tu agrado.

El rancho, ¿cuántas veces habré escuchado hablar de él? Incontables. De pequeña, Nana me contaba historias de cuando vivía allí. Siempre había querido venir, pero mis padres nunca

me dejaron. Les pareció horripilante que una mujer de nuestro nivel social se aventurara en un lugar tan remoto y, según ellos, peligroso. ¿Qué había de peligroso en ordeñar a las vacas y recoger los huevos de las gallinas? Con el tiempo comprendí que para ellos la posición de Nana es una vergüenza y que su hija nunca se rebajaría a ese nivel. Pero, sorpresa, aquí estoy.

Don't Let the Sun Go Down on Me de George Michael y Elton John comienza a sonar en la radio. Joe la canturrea junto a Nana mientras que yo oteo el paisaje por la ventanilla.

Es muy diferente al de Houston. Aquí la vegetación es verde y huele a lluvia y tierra mojada, quizá porque ha estado llovisnando la noche anterior. Los colores oscilan entre el verde y el ocre de los campos todavía no cultivados. Pero es un paisaje precioso.

Nos vamos a la afueras de Columbus, seguimos la carretera hasta llegar a una pequeña colmena de casas, ranchos y campos de cultivos que se extienden en el horizonte. Por primera vez, observo una manada de caballos correr libremente por las tierras, delimitadas por vallas de madera blanca. Hay algunas personas trabajando en las tierras, cultivando algún tipo de hortaliza, que nos saludan al pasar. Joe les pita y baja la ventanilla para decirles, después de parar, que ha llegado una nueva integrante a la comunidad: yo.

El hombrecillo se apoya en la camioneta y le susurra algo a Joe, algo que no logro escuchar porque estoy ensimismada mirando los caballos y cómo alguien los guía hacia unas caballerizas. Es un hombre, de eso estoy segura. Está montado en un caballo negro demasado hermoso como para ser real.

—Ya hablaremos de eso, Phill. Ahora tenemos que irnos, Lieve tiene que instalarse.

Me giro y le sonrío al tal Phill, que me hace un ademán con la cabeza mientras que toca el sombrero para que el sol no le dé en la cabeza. A pesar de ser primera hora de la mañana, empieza a hacer mucho calor. Demasiado para estar a finales de marzo.

Proseguimos nuestro camino hasta llegar a una casa de dos pisos, muy humilde y con dos mecedoras y un columpio de madera que se balancea con la ligera brisa que hace en el porche. Me bajo y sonrío.

—Es una casa muy bonita —digo.

Joe cierra la batea y se pone a mi derecha. Me cuelgo la mochila de un hombro y Nana busca las llaves en una enorme macera que hay justo al lado de las escaleras de la entrada. La saca de debajo de una piedra y me guiña un ojo. Sube las tres escaleras y abre la puerta. Joe me hace un ademán con la cabeza para que la siga.

Me relamo los labios y lo hago, subo esos tres escalones que separan el terreno arenoso de la casa y, en cuanto entro, el olor de unas tortitas inunda mis fosas nasales. Las tripas me rugen y Joe y Nana se ríen.

—Voy a enseñarte tu habitación mientras que Joe va a por unos huevos recién puestos para hacerlos a la plancha —asiento.

Es posible que la casa no sea la más lujosa del mundo, pero es perfecta. Las paredes tienen un tono cálido de beige claro. El pasillo en la planta baja está decorado con fotos. Nana me guía por una escalera de madera pulida que cruje ligeramente bajo nuestros pies.

Al llegar al rellano de la segunda planta, me sorprende la luminosidad que se filtra desde las ventanas abiertas. La habitación que Nana abre para mí es sencilla pero encantadora. Las paredes están pintadas de un azul suave, como el cielo despejado en un día de verano. La cama está cubierta con una colcha de patchwork hecha a mano, donde predominan los tonos cálidos y terrosos. Frente a la ventana, hay un pequeño escritorio de madera antigua, acompañado por una lámpara con una pantalla de cristal verde. Sobre el escritorio, hay un bloc de notas y un

bolígrafo. El suelo está alfombrado con una alfombra tejida a mano en tonos tierra, suave bajo mis pies descalzos. En una esquina, hay una estantería llena de libros. A lo lejos, desde la ventana abierta, puedo escuchar el leve sonido de la brisa moviendo las hojas de los árboles en el jardín trasero.

Nana sonríe mientras observo la habitación.

—Es preciosa —murmuro, dando una vuelta sobre mí misma.

Nana se sienta en el borde de la cama y palmea el lado vacío. Sé lo que quiere, sé que le tengo que contar qué ha pasado.

Me siento a su lado, dejando la mochila a mis pies. Nana acaricia mi mejilla y lleva un mechón de pelo detrás de mi oreja. Entrelaza su mano con la mía y la aprieta.

—Tienes que contarme qué ha pasado, Lieve.

Suelto un suspiro que augura un llanto. La vulnerabilidad me colapsa y me veo movida por los recuerdos de lo que ocurrió aquel día, el que decidí acabar con mi vida.

—Querían que me casara con Edward, Nana. —Su rostro se desencaja y se lleva una mano al pecho—. Quería que lo dejara todo para casarme con él. No te haces una idea de cómo me trataron cuando les dije que no. Fueron horribles —sollozo y me vengo abajo. Me tapo la cara con las manos y derramo las lágrimas que tanto he estado aguantando—. Me iban a obligar a hacerlo, a dejar la escuela infantil y estar con él porque era lo mejor para la familia. —Su mano me acaricia la espalda de arriba abajo—. No puedo volver allí, Nana. Mis padres son capaces de todo.

Se acerca más a mí y me envuelve entre sus brazos.

—Claro que no vas a volver —afirma—. No pienso dejar que te vayas de aquí, Lieve. No sabes las noches que me he pasado pensando en cómo estarías con esos dos... —se calla de inmediato.

Estoy a punto de decirle que lo haga, que diga lo que ambas estamos pensando. Pero sé que Nana es demasiado educada como para llamarlos *monstruos*.

—Te quedarás aquí con nosotros. Sé que no es mucho lo que podemos ofrecerte —me agarra de las manos y clava su oscura mirada en mí—, pero somos tu familia, Lieve.

Asiento y me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pensé que no querías saber nada de mí, Nana. Te fuiste hace meses y no he vuelto a saber de ti.

Su mirada viaja al suelo y la escucho maldecir. Suelta mis manos y se agarra el borde de la camisa.

—Lieve, cielo, ahora que estás aquí es momento de que sepas que no fui yo la que se quiso ir —confieso.

Y por alguna razón no me extraña. Lo sospechaba desde hace tiempo.

—Fueron ellos, ¿verdad?

Nana traga saliva con dureza y asiente.

—Cuando se plantearon la idea de que te casaras con Edward, me negué. Y no me callé, no esa vez. Les dije todo lo que pensaba acerca de esa proposición y me echaron. No me dejaron despedirme de ti, tuve apenas un par de horas para recoger mis cosas —me cuenta y me quedo helada.

No tenía ni idea de que esa hubiera sido la razón por la que Nana abandonó la casa. Llevaba conmigo desde los cinco años y se me hacía muy raro que se fuera de la noche a la mañana. Ahora sé la verdad.

El silencio se hace entre nosotras, pero lo irrumpo con un carraspeo.

—No quiero molestar, Nana. —Me levanto y me cruzo de brazos—. Tengo veintitrés años y dudo mucho que puedan hacer algo ahora que me he ido. Les dejé una nota diciéndoles que quería ver el mundo, vivir en otros lugares.

Nana se levanta y me aprieta el hombro.

—Inteligente de tu parte —me pellizca la mejilla—. Siempre lo has dicho.

Me relamo los labios y me rasco la nuca.

—No quiero que me encuentren, Nana —murmuro por lo bajo—. Buscaré un trabajo, estamos cerca de la ciudad. Os ayudaré con los gastos de casa.

Nana se ríe y me abraza.

—Ya hablaremos de eso. Ahora, ve a darte una ducha y baja a comer algo. Estoy segura de que están escuchando tus tripas —me toca la barriga— hasta en Houston.

Me doy la vuelta para coger algo de ropa limpia y giro sobre mis talones. Cuando lo hago, observo a Nana mirarme con cariño. Señala el baño con el dedo y me da una palmada en el trasero cuando paso por su lado.

—¡Tienes diez minutos! —exclama cuando cierro la puerta.

—¡Me sobran ocho!

Me meto en el baño y cierro la puerta. No se parece en nada al que tenía en casa, en mi propia habitación. Este es pequeño, las paredes están cubiertas con un empapelado floral, ya descolorido y despegándose en las esquinas. La luz del baño proviene de una bombilla solitaria en el techo, su luz amarillenta parpadea ligeramente. El lavabo, empotrado en una vieja encimera de mármol agrietado, tiene un espejo ovalado colgado sobre él. El marco dorado está manchado y opaco, reflejando vagamente mi rostro cansado. El sonido del agua llenando el lavabo rompe el silencio casi sepulcral del baño. A un lado, un pequeño vaso de cerámica sostiene un par de cepillos de dientes. El espacio de la ducha es reducido, cerrado por una cortina de plástico. Sobre un estante improvisado con una repisa de madera, descansan varias botellas de champú y jabón.

Cierro los ojos por un momento y olfateo el ambiente. Huele a lavanda y es gracias al jabón artesanal que hay en la repisa de madera encima de un platillo.

Me meto debajo del agua y dejo que esta haga magia. Me relajo de inmediato y salgo a los cinco minutos sintiendo que me he quitado un peso de encima; aunque más bien era un ligero tufillo a sudor por estar casi tres días de viaje.

Me pongo unos jeans de tiro alto, holgados, y una camiseta blanca de manga corta de algodón que deja ver mi barriga. Me miro al espejo ovalado y hago una mueca. «Si mamá me viera así...». No quiero terminar de pensar en qué diría. Me encanta este estilo desde que comencé a ver Seinfeld, pero mi madre nunca me había dejado ponerme algo así.

Me hago un moño mientras bajo las escaleras. Olfateo el aire y la boca se me hace agua: huevos revueltos con queso y tortitas con sirope de chocolate. Estoy segura de que Nana ha puesto también un vaso de zumo de manzana, me jugaría el cuello.

Me quedo en el marco de la entrada y guardo las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Joe y Nana están hablando, me están dando la espalda. Carraspeo y se dan la vuelta. Joe, que se ha puesto un sombrero tejano, me hace un ademán con él y me saca la silla para que me siente. Con una sonrisa cerrada, voy hacia allí y enarco una ceja cuando veo el tanque de zumo de manzana que Nana me ha puesto. Bueno, eso y la media docena de tortitas bañadas (literalmente) en chocolate y el plato hasta arriba de huevos revueltos con queso.

—Nana, he comido en el viaje —le digo y ella se apoya en la encimera con una mirada

de advertencia que da miedo.

—¿Barritas? —se cruza de brazos—. Lieve, o comes o me enfadaré y te mandaré a limpiar las cochineras.

Cojo el tenedor y me meto una gran porción de los huevos en la boca. Mastico y le enseño el pulgar hacia arriba.

Joe y Nana ríen. Se sirven dos tazas de café y se sientan conmigo en la mesa.

—Esta noche la familia quiere venir a conocerte y he pensado que podríamos ir al doctor a... —Nana se calla, supongo que porque sabe que todavía se me hace duro decir *esa* palabra—. Bueno, ya me entiendes.

—Vendría bien que fuerais de compras —comenta Joe y me guiña un ojo—. A Tanisha le encantará la idea.

Tanisha es la hija de Nana y Joe. No la conozco, pero siempre me hablaba mucho de ella y me enseñaba las fotos que Joe le mandaba. Nana solo venía una vez al mes a ver a su familia porque tenía un fin de semana libre, así que su marido le mandaba muchas fotos de Tanisha para que, de alguna manera, no se perdiera los momentos más especiales de su vida.

Hoy comprendo que, a pesar de ello, lo hizo. Nana se ha perdido muchísimos momentos con su hija y todo por mi culpa, por la de mi familia.

—Tengo muchas ganas de conocerla —digo con la boca pequeña antes de llevarme el vaso de zumo a los labios.

Nana pone una mano encima de la mía y el contraste de su piel con la mía es espectacular. La aprieta y hace una mueca con los labios.

—Estoy segura de que os llevaréis muy bien —murmura—. Ahora, termina eso. Joe y yo tenemos que ir a ver a una de las vacas, que está a punto de parir. —Se levantan, arrastrando las sillas—. Cuando acabes, ve al porche. Nosotros vendremos en un momento.

Nana se pone las botas de trabajo y Joe me revuelve el pelo. Me río y él me saca la lengua. Sé que es muy payaso y que le encantan las bromas, Nana me hablaba mucho de él; de su familia.

Se van y me dejan sola. Me termino el almuerzo que me ha preparado y recojo los platos, los friego y me seco las manos con el paño de cocina que hay encima de la mesa. Me quedo mirando a mi alrededor. De lo que he visto de la casa, la cocina es el lugar más bonito.

Los gabinetes de madera, de un cálido tono marrón, se extienden por las paredes. La estufa, de acero inoxidable, se encuentra en el centro de la cocina, enmarcada por una hermosa chimenea de piedra. El salpicadero detrás de la estufa está decorado con azulejos dispuestos en un patrón de espiga. En la mesa de madera maciza, robusta y con una rica pátina que delata años de uso, hay un jarrón con flores frescas: girasoles, margaritas y flores silvestres. Las sillas, también de madera, tienen cojines de tela a cuadros. Las encimeras de granito ofrecen un contraste elegante con la rusticidad del resto de la cocina. Las paredes son de ladrillo visto.

Me paseo por la cocina, pasando las yemas de los dedos por la mesa. Pero oigo un relincho y desvío la mirada al porche. Abro los ojos como platos y una sonrisa se postra en mi rostro. Voy hacia la puerta y la abro con cuidado, el caballo que se encuentra allí vuelve a relinchar y da una patada al suelo, levantando polvo.

Instintivamente, me acerco despacio hacia el animal. Me doy cuenta que lo que quiere es una manzana que se encuentra en una bolsa colgaba en una de las rejillas de la ventana. Está para dentro, metida entre los barrotes, así que no puede cogerla.

—Espera, amigo —le digo con suavidad, sacando una manzana y acercándosela con

sumo cuidado para que no sienta que estoy invadiendo su espacio.

El caballo, de un precioso color negro, se la come de mi mano y me río por lo bajo porque me hace cosquillas. Con la mano libre lo acaricio y él parece estar muy a gusto. Nunca he estado tan cerca de uno, y es impresionante.

—Vaya, parece que a Shadow le gustas.



CAPÍTULO 2

INEFABLE

LIEVE

Pego un brinco y me giro con brusquedad. Me quedo paralizada cuando observo detrás de mí al mismo hombre que estaba llevando a la manada de caballos esta misma mañana al establo. Y es atractivo, muy atractivo.

El endereza el sombrero tejano y descruza los brazos de su pecho. Se acerca y le da unas palmaditas a Shadow en el lomo. El caballo relincha.

Se quita el sombrero y se echa el pelo, negro como la noche, para atrás. Me mira y me sonrío, y yo desvío la mirada a mis pies más roja que un tomate. Tiene los ojos verdes y una sonrisa que deslumbra. Creo que en mi vida he visto a un hombre tan atractivo.

Se ríe a carcajadas cuando Shadow pega una patada al suelo y los músculos, apolíneos y forjados por el altísimo para ser un pecado andante, de su rostro se relajan.

Mi mente me grita que le responda, pero mis labios están sellados, mudos. Es que ni un solo sonido sale de ellos y me siento la persona más estúpida del mundo.

—¿Eres nueva? No te he visto antes por aquí —le da otra manzana a Shadow.

Levanto la vista y hago el amago de una sonrisa nerviosa que parece hacerle gracia por la expresión de su cara.

—He... he llegado esta mañana —respondo con un hilo de voz. Cojo aire y me obligo a decir una frase coherente—. Soy Lieve.

El vaquero de preciosos ojos verdes estira la mano y yo se la estrecho. Se apoya en

Shadow y se pone el sombrero.

—¿Lieve? Tienes un nombre muy bonito, ¿te lo han dicho alguna vez? —Siento como el color sube a mis mejillas y niego, mirando hacia otro lado porque soy incapaz de sostenerle la mirada por más de tres segundos. Es intensa, penetrante, dominante. Una sonrisa socarrona sube a sus ojos. ¿Se está burlando de mí?—. Yo soy Blaze, Blaze Jenkins.

¿Blaze? Un nombre que le queda que ni pintado.

—Encantada, Blaze —susurro.

Shadow se acerca al porche y me da un empujón con la cabeza. Es como si quisiera llamar mi atención. Blaze lo regaña y vuelve a acariciarlo.

—Shadow, te he dicho mil veces que a las chicas bonitas no se les hace eso —murmura con un tono juguetón, como si el caballo le fuera a responder. Y por un momento pienso que lo ha entendido porque relincha en respuesta—. Perdónalo, se pone nervioso cuando está cerca de chicas tan guapas como tú.

Ay, Dios mío. Voy a explotar de lo roja que me estoy poniendo, es un hecho, una realidad. Blaze se ríe por lo bajo y coge la cuerda de la cabecera de Shadow. Baja los escalones del porche y pretende decir algo más, pero Joe y Nana para salvarme.

—Blaze. —Nana le da un abrazo, parece que se conocen de toda la vida—. ¿Otra vez se ha escapado? —Se refiere a Shadow.

El vaquero asiente.

—Sí. —Se rasca la nuca—. Ha tenido que ver a Lieve y no ha podido resistirse a venir a conocerla —me guiña un ojo.

Joe lo señala y saca las llaves del coche del bolsillo del pantalón.

—Ni se te ocurra, Jenkins —lo advierte, serio, pero pronto esa seriedad se disuelve—. Lieve se quedará con nosotros, ahora es miembro de mi familia.

Blaze asiente y se yergue. Me mira y se disculpa con la mirada, seguramente por su actitud tan... ¿de ligón? Aunque supongo que está tan acostumbrado que le sale solo.

—Entonces, bienvenida al Rancho, Lieve —dice él—. Tengo que irme, ¿te vienes conmigo, Joe? Tengo que hablar contigo de las últimas colectas de esta semana. Maggie, ¿crees que para la semana que viene podréis tener hechos cuarenta jabones de lavanda? Entran nuevos clientes al hotel y necesitamos munición.

Maggie, así se llama Nana.

—Puedo aprovechar, ahora que vamos a la ciudad, para comprar lo que hace falta y hacerlos —le asegura y Blaze saca su cartera del bolsillo trasero del pantalón. le entrega una suma de dinero a Nana y ella lo coge.

—Ya haremos cuentas más tarde. Compra todo lo que necesites y más, por si acaso se presentan más clientes —le dice y luego dirige la mirada a mí—. Nos vemos, *pequeña*.

¿Acaba de llamarme pequeña? ¿Pequeña de... pequeña? Aunque, claro, viéndolo a él todo el mundo es chiquito. Tendría que medir un metro noventa como mínimo y yo apenas llego al metro sesenta y siete.

Blaze se lleva a Shadow y Joe los sigue hacia el establo que está a medio kilómetro de la casa. Me quedo viendo como se alejan hasta que Nana llama mi atención.

—¿Vamos a la ciudad, Lieve? Quiero que te vea el médico.



Bufo tan fuerte que el mechón de pelo que tengo cruzándome la cara se retira. Me cruzo de brazos y me siento delante de la Doctora Morris, una mujer de la edad de Nana que tiene el cabello canoso y que escribe como seis recetas con una caligrafía digna del Antiguo Egipto.

La Doctora Morris me mira por encima de sus gafas de culo de vaso y me da los papeles. Pero antes de que pueda extender la mano para cogerlos, lo hace Nana.

—Y recuerda, Lieve, para el mes que viene tienes que haber cogido dos kilos —me dice con una sonrisa amable—. Entiendo que la moda de ahora sea estar delgadita, pero, cielo, tienes que hacerlo.

Nana chasquea la lengua y me mira con reproche, ese que solo una madre puede y tiene el derecho de dirigir a su hija. ¿Seré yo eso para ella, una hija?

—No se preocupe, Doctora Morris, Lieve le hará caso. Yo me encargaré de eso —le asegura con una convicción inaudita y que me hace estremecer.

Eso significa que me va a cebar, tengo que mentalizarme. Nos levantamos y Nana le agradece que me haya podido atender. Entonces, nos vamos y es en la recepción de la clínica en la que me paro a verla. Es pequeña, privada. Las paredes están cubiertas con un papel tapiz de un color verde apagado y dibujos geométricos que parecen haber estado ahí desde siempre. Un cuadro con un paisaje marino cuelga, y una planta de plástico, que alguna vez fue verde descansa en una de las esquinas.. La luz que entra por las ventanas es suave, filtrada por cortinas de encaje amarillentas.

El escritorio de la Doctora Morris, que veo desde mi posición, es de madera oscura y está abarrotado de papeles y carpetas. Hay una lámpara de escritorio y una máquina de escribir, aparentemente en desuso.

La recepcionista, una mujer de mediana edad con el cabello rizado y gafas gruesas, sonríe amablemente mientras organiza unas fichas en un viejo archivador metálico. Nana le entrega las recetas y se va hacia la parte de atrás de la clínica. Cuando vuelve, nos sirve todo lo que me ha mandado la Doctora Morris y nos despide después de que Nana pague la factura.

—Nana, ya te he dicho que yo podía haberlo pagado —murmuro, yendo hacia el coche.

Pero ella ni se gira. Abre la puerta de la camioneta y se mete dentro, esperando a que yo haga lo mismo. La imito y me pongo el cinturón. Entonces, antes de emprender el camino hacia el comercio en dónde tiene que comprar algunas cosas para los jabones de lavanda, se gira hacia mí, seria... muy seria.

—¿Estás enfadada conmigo? —le pregunto, mordiéndome el labio inferior.

Solo la he visto una vez enfadada y creedme cuando digo que no quiero volver a hacerlo.

Aprieta el volante y niega.

—No, cielo, no estoy enfadada contigo. Más bien lo estoy conmigo misma —suspira con pesadez, como si el alma se le fuera en ello—. Cuarenta y cinco kilos, Lieve. Cuarenta y cinco, mi niña. —La pena tintinea en sus pupilas y aparto la mirada—. ¿Te das cuenta de que eso no está bien? Tienes que comer más, cariño —me acaricia la mejilla y yo asiento—. No tendría que haberte dejado allí con ellos, fue mi culpa.

Abro los ojos como platos mientras que ella arranca la furgoneta.

—¿Es que querías que me fuera contigo?

Nana sonríe y asiente.

—Se me pasó por la cabeza mientras hacía las maletas, pero sabía que sería imprudente por mi parte. Y, mírate, meses después apareces aquí —murmura y se relame los labios—. Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras, Lieve. Para Joe y para mí eres como otra hija.

Se forma un nudo en mi garganta y me obligo a desviar la mirada a la alfombrilla de los pies. Juego con el borde de la camiseta.

—¿De verdad? —Ella asiente—. Entonces, quiero que me trates como tal, Nana. Yo también quiero ayudar, aportar algo a casa como lo hace Tamisha. Quiero trabajar, tener una hora de llegada.

Paramos en un semáforo y ella me mira con los ojos iluminados.

—Vale, me parece perfecto, cielo. —Parece estar orgullosa—. ¿Sabes lo que podemos hacer? En la escuela infantil hacen una escuela de verano desde hace unos años. Déjame que mueva algunos hilos —me guiña un ojo— para ver si pueden meterte. ¿Tienes las recomendaciones de la escuela de Houston?

—Sí, me las he traído en una carpeta. Están en la habitación.

El semáforo se pone en verde y seguimos nuestra marcha. La radio está encendida, pero se escucha a malas penas. *Jump* de *Kris Kross* suena por toda la furgoneta.

Al cabo de los diez minutos, llegamos al barrio de North Market Downtown. Nana aparca y nos bajamos delante de una tiendecilla. Entramos y suena una campana. De inmediato, un olor a eucalipto invade mis fosas nasales. Oteo todo a mi alrededor y veo todo tipo de productos para realizar velas y jabones artesanales.

—Maggie, ¡hola!

Desvío la mirada hacia el mostrador y veo a una chica de pelo rubio por los hombros, liso, y unos ojos azules que no tienen nada que envidiarle al mar. La chica lleva los mismos jeans que yo y noto como se queda mirándolos con una sonrisa de oreja a oreja en su rostro.

—Vaya, hoy has venido acompañada. —Nana y yo nos acercamos al mostrador y la chica extiende la mano. Se la estrecho—. Soy Charlotte.

—Yo soy Lieve —le digo en un hilo de voz—, encantada.

—Lieve se va a quedar con nosotros —me pasa un brazo por los hombros y me acerca a ella. Con la mano libre, señala a Charlotte—. Charlie tiene tu edad y su madre es quien nos suministra el Hidróxido de Sodio y el agua destilada.

Charlotte asiente.

—¿Tú también tienes veintitrés años? —me pregunta.

—Sí —respondo, rascándome la nuca—. Bueno, en realidad estoy a punto de cumplirlos. Me quedan unos meses.

—¡No te creo! ¡Qué guay! —exclama ella—. Pues bienvenida a Columbus, Lieve de casi veintitrés años —bromea ella y yo sonrío—. Si algún día te apetece ir a tomar algo, podemos quedar y así te enseño la ciudad.

—Eso sería increíble —interviene Nana, mirándome con cara de *mete baza ya* o lo haré yo—. Oh, Doris, ¿me sacas todo esto? —La sombra de una mujer aparece por la puerta que supongo que da a la parte de atrás de la tienda.

Una mujer muy parecida a Charlotte se asoma y le hace un ademán con la cabeza para que pase. Nana se disculpa con nosotras y la sigue hacia dentro.

—Estaría genial, Charlotte. Además, quiero buscar algún trabajo, así que me vendría muy bien conocer la ciudad y ver que hay por aquí —murmuro para luego morderme el labio inferior.

—Pues quedamos mañana si quieres —dice ella, bajándose la camiseta. No deseo que se percate de la emoción que me hace, así que intento disimular todo lo posible—. ¿Te parece que vaya a recogerte a casa de Maggie a las nueve? Tendré que llevar el cargamento —hace una

mueca con los labios mientras señala con la cabeza el almacén— al Rancho.

—Eso estaría genial, Charlotte —sonríó y ella se agacha para recoger una caja del suelo.

—Si vamos a ser amigas sería más conveniente que me llamas Charlie —me guiña un ojo—. ¿Por qué no coges una caja y me ayudas a llevarla al almacén? Nos han llegado unas fragancias nuevas que son una maravilla.

Paso detrás del mostrador y cojo la caja del suelo. Ella me guía por el pasillo hablando sin parar. Pero en lo único que puedo pensar yo es en que he hecho una amiga.

O algo por el estilo.



CAPÍTULO 3

ENDEBLE

BLAZE

—¿Tú crees que ha sido por el agua, Billy?

El capataz se quita el sombrero y se limpia el sudor de la frente. Las gotas resbalan por su rostro compungido al ver como Doris, una de sus vacas, está tendida en el suelo... muerta.

—No lo sé, Jenkins, pero van tres este mes —me responde él, volviendo a colocárselo—. Todas beben la misma agua, así que no creo que sea eso. Llevo trabajando aquí desde que soy un crío y nunca he visto nada parecido, es como si nos estuvieran saboteando. Como si alguien quisiera que nos fuera mal. —Maldigo por lo bajo—. Esto no me huele bien, Blaze.

—Primero una de nuestras cosechas y ahora esto —exclamo, elevando la voz—. Hablaré con el Teniente Daniels para que investigue. No nos queda de otra que formar grupos de vigilancia. No podemos dejar que quien quiera arruinarnos lo haga.

Billy suelta un alarido.

—No querrán, Blaze. Estamos preocupados, esta es nuestra vida —murmura, sacando las manos de los bolsillos del pantalón tejano. Billy se acomoda la hebilla del cinturón y se rasca la nuca—. Esto es lo que sustenta a nuestras familias.

Me apoyo en el poste de la talanquera de madera de la verja y hago un ademán con la cabeza para que se lleven a la pobre Doris. El Rancho de los Wilson es el que sustenta al hotel de leche, el que elabora quesos y quien hace la mantequilla. No puede ser una simple casualidad.

—Diles a todos que pagaré el doble por las guardias —digo, señalándolo—. Dudo que el

culpable esté entre nosotros, Billy.

El capataz de los Wilson saca una caja de tabaco y se lleva un cigarro a la boca. Lo enciende y me extiende el paquete. Lo deniego con un movimiento de mano, no me gusta el tabaco. Exhala el aire por la boca y lo agarra con los de sus dedos. El olor inunda mis fosas nasales.

—Yo tampoco lo creo. Hemos trabajado mucho para que esto vaya bien como para arruinarlo. Gracias al hotel, hemos podido tener una mejor condición de vida.

Me apoyo en la talanquera y observo a las otras vacas. Una de ellas está con su ternero, que apenas tiene un mes de vida.

—¿Crees que puede haber alguien a disgusto? —suspiro—. Sabes que nunca ha sido mi intención hacer las cosas mal. Sé que todavía quedan familias que tienen la espinita clavada, pero... —me callo y me relamo los labios.

Billy me da un golpe en la espalda y se ríe.

—Fueron muchos años de esclavitud, Jenkins, y es normal que todavía haya familias que sientan temor a que el hombre blanco los quiera dominar como animales. —Lo entiendo, por supuesto que lo hago. Es una parte de nuestra historia que desearía que nunca hubiera existido—. Pero eso no va contigo, chaval. Hay que mirar hacia delante.

Me yergo y me despido de Billy con un ademán de cabeza. Cuando estoy en la puerta del establo, me giro.

—Reúne a todos los que puedas. Recuerda que pagaré el doble —repito y él se ríe.

Salgo de allí y me subo a la camioneta para ir al Rancho de los Walter. Estamos a punto de abrir la nueva temporada en el hotel que abrí hace unos años, justo después de acabar la carrera, y quiero que todo esté listo. La nueva apertura nos puede traer muchos beneficios.

Me inclino hacia delante y enciendo la radio. *Achy Breaky Heart* de *Billy Ray Cyrus* suena a través de los altavoces.

Conduzco, levantando polvo, por el camino de arena que lleva hasta el Rancho Walter, nuestro suministrador de jabones naturales que también se venden en la pequeña tienda que tenemos en el hotel. La temporada pasada fueron todo un éxito y tengo la esperanza de que esta vez sea igual.

Al llegar, Maggie Walker está apilando las cajas en el porche junto a Joe y otros miembros de su familia. Aparco cerca de la entrada y bajo. Tanisha deja caer al suelo la caja que lleva en las manos y corre hacia mí. Me abraza y me da un beso en la comisura de los labios. Le he explicado mil veces que no debe hacerlo, que lo que ocurrió aquella noche en La herradura Dorada fue un error y que no volvería a pasar. Pero parece que ella no quiere entenderlo.

Tanisha es una gran chica, pero no me gusta. No de esa manera.

La aparto con suavidad, aunque lo que me apetece en realidad es otra cosa muy diferente. Le tengo mucho respeto y cariño a su familia como para perderlo todo por ella. Tanisha se cuelga de mi brazo y me guía hacia el porche.

—Hola —saludo a Maggie y a Joe—. Espera, os ayudo.

Me agacho y cojo una pila de cajas. Maggie se levanta y se seca el sudor con la palma de la mano.

—Espero que esta temporada haya muchas ventas —me señala—. Hemos estado toda la noche trabajando sin parar.

Me disculpo con una mueca mientras que Tanisha se pone a la altura de su madre.

—Estoy segura que Blaze sabrá valorar nuestro trabajo —dice con los ojos iluminados.

Joe mira a su hija con cara de circunstancia y más serio que de costumbre. Se agacha y coge una pila de cajas.

—Aunque algunos más que otros —murmura, haciendo que Tanisha ponga los ojos en blanco.

Maggie agarra otra pila de cajas y me ayudan a meterlas en la cama de la camioneta. Tanisha se queda bajo el porche, cruzada de brazos y sacando pecho. Lleva una camiseta blanca que le queda genial con su tono de piel y una falda, que estoy seguro que a su padre le parece demasiado corta, a cuadros. Es una chica muy guapa, de eso no me cabe duda. Pero la conozco desde que era una cría, la veo como si fuera una hermana. Y lo que ocurrió me lleva persiguiendo desde esa noche, no debí beber tanto. Nunca debí darle esperanzas.

—¿Creéis que para la semana que viene tendréis otro cargamento? Quiero que la tienda del hotel tenga suficiente stock para cuando empiece la nueva temporada.

Me saco la chequera y firmo un cheque con el pago acordado más un incentivo. Se lo doy a Joe y él se lo enseña a su hermano Marvin, que aplaude para luego tomar a su pequeño hijo de cuatro años en brazos.

—Te lo tendré antes de que acabe la semana —me dice Maggie, guiñándome un ojo.

La abrazo y ella me responde. Maggie es una persona tan generosa y buena que a veces pienso que es irreal.

Pretendo decirle mis planes, contarle que es lo que tengo pensado para su negocio de jabones naturales, pero unas risas me detienen. Proviene de dentro de la casa y cada vez son más fuertes. Tanisha pone mala cara en cuanto Charlie, la hermana de uno de mis mejores amigos, y Lieve salen con una bandeja llena de limonada.

Lieve, la pequeña chica de Houston que ha llegado nueva al Rancho, es encantadora. Parece un hada con sus ojos grandes y marrones, con esas pecas que surcan su rostro y con esa nariz de botón. Es menuda y delgada, quizá demasiado, pero tiene una belleza tan natural que ciega.

El pequeño Dreton se acerca a ella y le pide un vaso de limonada casera. Lieve se la da con una sonrisa en los labios y le revuelve el pelo. Marvin y su mujer se acercan y cogen otros, al igual que el viejo Joe y su mujer Brione, los patriarcas de la familia Walker. A lo lejos, Denelle les grita para que les dejen algo. Es la hija pequeña del viejo Joe y Brione y se casará en unos meses con Jay Lee.

Lieve se acerca a Tanisha y le pregunta algo, quiero suponer que le ha ofrecido limonada, pero la chica la ha mirado de arriba abajo con asco y la ha echado a un lado para venir hacia nosotros. Charlie, que la conozco desde que era una niña, se muerde la lengua mientras Lieve le dice que no pasa nada. Joe le lanza una mirada de advertencia a su hija, que pasa olímpicamente de él para ponerse a mi lado.

Lieve se acerca con Charlie y los reflejos del sol hacen que su cabello se vea brillante, sedoso y con unos reflejos dorados que son como una cascada de oro líquido.

Maggie coge un vaso de limonada y le da un trago. Entonces, Lieve me ofrece uno y yo lo acepto.

—¿Vas a la ciudad, Charlie? ¿Quieres que te acerque? —le pregunto.

Ella sacude la cabeza en negación y le pasa un brazo por los hombros a Lieve. Desvío la mirada hacia ella, que la evita a toda costa. De repente, Tanisha se cuelga de mi brazo. Me siento tan incómodo... pero ya no sé qué hacer. ¿Gritarle que me deje en paz es una opción? Porque ahora mismo es lo que más me apetece. Es agobiante y me está tocando las narices.

—No, no hace falta, Blaze, pero gracias. Me he traído la camioneta y en un rato me iré con Lieve a la ciudad —se miran y se ríen cómplices.

Maggie pone los ojos en blanco y Tanisha se yergue, mirándolas por encima del hombro.

—Miedo me da saber qué vais a hacer —murmura Joe.

—Oh, venga, Joe, solo me la voy a llevar a que conozca la ciudad —ríe Charlie.

—Y a buscar trabajo —interviene, por fin, Lieve en un hilo de voz.

¿Buscar trabajo? Eso significa que se quedará bastante tiempo, ¿no? Por un momento, Lieve clava su mirada en la mía y luego la retira para llevarla a sus pies. Consigo que Tanisha me suelte y me apoyo en la camioneta.

—¿Te quedarás mucho por aquí? —le pregunto con la esperanza de que me responda.

Y lo hace, pero no de la forma que yo esperaba.

—Quién sabe —se encoge de hombros.

¿Qué respuesta es esa? Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—Vaya, parece que la *pequeña vaquera* quiere hacerse la misteriosa —murmuro con una sonrisa socarrona.

Charlie se ríe a carcajadas mientras Lieve dirige su mirada achinada hacia mí.

—¿*Pequeña vaquera*? ¿Hacerme la misteriosa? Disculpa si lo que pretendo es salvaguardar mi privacidad con personas que no conozco —responde, alzando un poco la voz.

Bien, he conseguido que se moleste... y me encanta. Es demasiado fácil hacerla enojar.

—Oh, disculpe usted. —Por el rabillo del ojo veo como Joe y Maggie se van porque el viejo Joe los ha llamado—. Pensé que nuestra charla de ayer ya era suficiente.

Lieve levanta una ceja y sacude la cabeza.

—Pues yo lo que creo es que te ha dado demasiado el sol en la cabeza. ¿Cómo puedes creer que cinco minutos hablando es suficiente? —Su voz es apenas un susurro, pero sigue enojada.

Charlie, que me conoce muy bien, me lanza una mirada de advertencia. Sabe que lo estoy haciendo por chincharla. Y pretendo hacérselo saber, pero Tanisha interviene de un modo que no me gusta para nada.

—¿Quién crees que eres para hablarle así? —inquieta, encarándose a Lieve.

La castaña abre los ojos como platos y baja la mirada murmurando una disculpa. Siento cómo se encoge sobre sí misma y eso me hace apartar a Tanisha de un empujón suave, que la sorprende porque nunca lo he hecho.

—Tanisha, estaba bromeando con ella. No hay necesidad de hablarle así —la regaño y ella se cabrea de tal manera que se va hacia dentro de la casa.

Charlie chasquea la lengua y niega. Se cruza de brazos y deja salir un suspiro de sus labios.

—Es increíble que sea hija de Joe y Maggie —pone una mano en el hombro de Lieve y lo aprieta—. No te preocupes, Lieve, es idiota.

Me quito el sombrero y me paso la mano por el pelo.

—No pretendía que sucediera esto.

Lieve se encoge de hombros y me regala una sonrisa que no le llega a los ojos.

—No pasa nada —susurra—. Supongo que a Tanisha se le hace raro tener a alguien extraño en su casa.

—Y qué es tonta, te lo digo yo que la conozco desde que íbamos al colegio —interviene Charlie—. Oye, Blaze, ¿irás a la Herradura Dorada el sábado?

Me vuelvo a poner el sombrero y saco las llaves del coche. Asiento.

—Sí, claro, ¿por qué no venís con nosotros? Antes hemos pensado en hacer una barbacoa en mi casa.

Charlie la mira y me señala con un ademán de cabeza.

—¿Te apetece ir, Lieve? El sitio es genial y ponen muy buena música para mover el esqueleto al más puro estilo country. —Charlie hace un bailecito que nos hace reír.

Pero Lieve se pone roja y junta sus manos para troncharse los dedos.

—Es que no sé bailar country...

—Eso no es problema, yo tampoco sé —le guiño un ojo y ella enrojece más—. Venga, ánimo. Será muy divertido.

Lieve clava su mirada en mí por un momento y asiente.



CAPÍTULO 4

INCONMENSURABLE

LIEVE

La palabra inconmensurable significa enorme, algo que no puede medirse por su gran magnitud. Y esa es la definición de cuán feliz me siento en estos momentos.

Salgo de la librería del Señor Adams con una sonrisa de oreja a oreja y con un contrato por horas que he firmado hace dos minutos. He encontrado trabajo y la sensación es tan abrumadora que me veo caminando de manera secuencial hacia la camioneta de Charlie; que me espera fuera con un café frío, apoyada en el vehículo. Después de varios días buscando, lo he logrado y ha sido gracias a ella.

—Dime que eso es el contrato —desvía la mirada de mi mano a mi cara y, cuando asiento, pega un grito que atrae alguna mirada curiosa.

Me abraza y lo celebra conmigo.

—¿Ves? Te dije que venir aquí sería una buena opción. El Señor Adams lleva un tiempo buscando a alguien porque él ya está algo mayor.

Sí, Charlie me lo dijo hace dos días cuando pasamos por aquí, pero no me atreví a entrar porque supuse que no me lo darían. Había una cola de varias personas con sus currículums en mano y me acobardé.

Charlotte me da el café frío que ha pedido en la cafetería de la esquina y me agarra del brazo para ir a su camioneta. Le he dicho a Nana que llegaría antes de las doce y no quiero retrasarme, tengo que tomarme las vitaminas y sé que se preocuparía si no lo hiciera a mis horas.

—Es que no me lo creo —le digo y ella le pega un sorbo al café por la pajita—. Son solo unas horas al día, por la tarde, pero estoy segura de que el dinero vendrá genial en casa.

—¿Cuándo empiezas? —me pregunta.

Charlie abre la camioneta con la llave y nos subimos. Me pongo el cinturón y ella arranca.

—El lunes de cuatro a siete —respondo.

Ella asiente y hace una mueca con los labios.

—Yo empiezo a las tres en la tienda de mis padres —me hace saber—. Y acabo a las siete también, así que para irte a casa puedo llevarte yo.

Me giro un poco hacia ella y le sonrío. No sabe el favor que me haría porque dudo que pueda comprarme un coche con lo poco que tengo ahorrado. Quizá en unos meses...

—Te lo agradecería mucho, la verdad —suspiro y recuerdo la discusión que tuvo Tanisha con Nana por la furgoneta.

Fue horrible presenciarla, todavía se me encoje el pecho al acordarme de cómo me trató. Un escalofrío me recorre el cuerpo y Charlie se percata de mi malestar.

—¿Tanisha? —inquieta con un chasquido de lengua—. ¿Ha pasado algo?

Me encojo de hombros y bajo la mirada a los zapatos.

—¿Qué va a pasar? Que no me soporta, Charlie —resoplo y apoyo la cabeza en la mano mientras miro por la ventana.

La primera vez que la vi fue cuando llegué, esa misma noche. Ella volvía de algún sitio y cuando me vio con su familia en el porche su rostro se desencajó. Le preguntó a Nana quién era y, cuando la respuesta le llegó a los oídos, explotó sobre mí toda su ira. Desde entonces, y ya han pasado casi siete días, no me dirige la palabra salvo para insultarme o soltar alguna pulla dañina y afilada.

—No le hagas ni caso —interrumpe ella en mis pensamientos—. Conozco a Tanisha desde que iba al instituto, se lo tiene muy creído. —Aprieta el volante y la mandíbula, lo que me indica que hay algo más detrás de sus palabras.

Y por primera vez decido no quedarme con la duda.

—¿Te pasó algo con ella? —pregunto en un hilo de voz.

Charlotte para en un semáforo en rojo y deja que un suspiro largo y pesado salga a través de sus labios.

—Pasa que no la aguanto —refunfuña—. Mis padres se quedaron sin trabajo hace años, creo que estaba en décimo. Pues Tanisha fue diciendo que su familia nos había salvado de quedarnos en la calle.

Me quedo ojiplática.

—¿Por qué decía eso? —indago.

Charlie prosigue el camino cuando el semáforo se pone en verde y la veo sacudir la cabeza, como si aquella época quisiera olvidarla.

—Blaze acababa de terminar la carrera y empezó a construir el hotel. —Sí, lo he visto de lejos desde el Rancho y es inmenso—. Le propuso a mis padres ser los suministradores de su familia y mis padres aceptaron. Gracias a Blaze y a los Walker mis padres lograron saldar sus deudas.

¿Blaze? ¿Estamos hablando del mismo Blaze que me irrita cada vez que lo veo por el Rancho? No me lo imagino de esa manera.

—Pero Tanisha lo fue divulgando por todo el instituto. ¿Sabes la vergüenza que pasé?

Asiento en respuesta y me acabo el café.

—Claro que lo sé —murmuro—. Nana me hablaba mucho de ella y te juro que pensé que seríamos buenas amigas. Pero me odia.

Charlotte se quita el pelo del hombro y se lo tira para atrás mientras conduce. Resopla y pone los ojos en blanco.

—Tanisha odia a todo ser que respira su propio aire, se cree el ombligo del mundo. —Charlie toma el desvío y se introduce en la carretera que lleva a las afueras de la ciudad. A los pocos minutos, se empieza a levantar polvo por donde pasamos y es que hemos entrado en el camino que va directamente al Rancho—. ¿Sabes qué? Creo que a ti te tiene un poco de celos.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo? —pregunto con la voz una octava más alta.

Charlotte se ríe por lo bajo y saluda a una cuadrilla que está recogiendo trigo de una de las fincas. Los pobres están acalorados y pienso en la posibilidad de llevarles algo refrescante para que se tomen un descanso y no les dé algo por el calor que hace.

Charlie enciende la radio, suena *I Cross My Heart* de George Strait.

—Mi hermano es amigo de Blaze y me voy muchas veces con ellos. Los he escuchado hablar. —No entiendo por dónde van los tiros, así que frunzo el ceño—. Tanisha está colada por Blaze, Lieve.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Las carcajadas no tardan en llegar, pero es que no logro pillar lo que me quiere decir. Vale, Tanisha está colada por Blaze; aunque para no estarlo, tengo que admitir que es muy guapo. Pero ¿qué pinto yo ahí?

—Mira que eres boba —sisea ella—. ¡Pues que Blaze ha hablado contigo, ha mostrado interés en ti!

Charlie para justo en frente de casa y yo me volteo para mirarla atónita. Si me pinchan, no me sacan sangre.

—¿Te estás escuchando? Charlie, que a mi Blaze me da igual.

Me da igual amorosamente hablando porque cada vez que lo veo y se pone a charlar conmigo hace que acabe sonrojada y con muy mala leche.

—A ti te puede dar igual, pero a ella no. Es como una loba, Lieve. Y cuando se siente amenazada, ataca. —Charlie se quita el cinturón y pone una mano sobre la mía. La aprieta—. Blaze es un hombre muy guapo, ¿a qué sí?

Me encojo de hombros.

—No está mal —respondo, recordando sus preciosos ojos verdes.

—¿No está mal? —repite y yo asiento, quitándome el cinturón.

—Es muy molesto, siempre me está chinchando —respondo, bajándome de la camioneta. Charlie se pone a mi lado y sonrío—. Además, ¿qué edad tiene? ¿Veintisiete, veintiocho?

—En septiembre hará treinta.

Caminamos hacia el porche y nos sentamos en el columpio. Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Pues a eso me refiero —gesticulo con las manos—. ¿Cómo me va a mí a gustar un hombre de casi treinta años al que no conozco? Tanisha no tiene que temer nada porque ni me gusta ni quiero nada con él. ¡Es que no lo conozco! —exclamo, exasperada.

No entiendo la manera de pensar de Tanisha. Lo intento, pero no me entra en la cabeza que esté preocupada por algo tan estúpido.

—Además, ¿has visto a Tanisha? Es preciosa. —No miento cuando lo digo. Tanisha es un diamante de ébano. Guapa, sensual... todo lo que yo no soy.

Charlie para en seco y me mira con una ceja levantada.

—¿Estás insinuando que tú no lo eres? —Se cruza de brazos y yo asiento, por lo que me llevo un sopapo. Me quedo atónita mientras sobo la parte afectada—. Tú sí que eres tonta, pero tonta de remate. ¿Cómo puedes pensar eso de ti misma? Lieve, eres muy hermosa. —Y yo me miro de arriba abajo. Me está tomando el pelo y lo dice solo por cumplir—. Mira —me señala—, voy a dejar esta conversación para otro momento porque por ahí viene Maggie y sé que cómo nos escuche te mete otro sopapo de los grandes. Pero ya hablaremos tú y yo de eso.



Me miro en el espejo y hago una mueca con los labios. Me gusta, me gusta la silueta que me hace el pantalón y lo bonita que es la camiseta de tirantes que me ha prestado Charlie. Pero me siento tan fuera de lugar que pienso que estoy haciendo el ridículo. Alguien repiquetea a la puerta de mi habitación. Nana asoma la cabeza y abre los ojos, muy sorprendida.

Me he tirado dos horas acicalándome para estar lo más bonita posible. No todos los días me reunía para salir con un grupo de “mayores” y quería dar la talla, estar presentable. Pero esto... es muy diferente a cómo vestía en Houston. Aquí he cambiado el uniforme y los vestidos por pantalones tejanos.

Me ajusto el cinturón marrón y taconeó el suelo para comprobar que las botas me vienen bien. Me las ha dejado Charlotte y son preciosas, de un marrón oscuro que pega a la perfección con el cinturón y con mis ojos. Oteo en el espejo a una Lieve muy distinta, ya no solo por el poco maquillaje que llevo sino porque hay una leve luz que tintinea en mis ojos.

—Te ves preciosa. —Nana me coge de las manos y me lleva a la cama. Me sienta y me pinta los labios con un precioso brillo que le da algo de color, pero muy natural—. ¿Esa camiseta es de Charlie?

Me río por lo bajo y asiento.

—Y las botas.

Nana me acaricia la mejilla y sus ojos me transmiten todo el amor que ha faltado en mi hogar en Houston.

—Pues estás hermosa, Lieve —dice—. Y me siento muy orgullosa de ti. No llevas más que una semana aquí y ya has encontrado un trabajo y vas a salir.

Sé que para ella es emocionante porque en Houston no tenía el permiso para hacerlo. Iba a un colegio católico y la única amiga que tuve se fue a otro estado en cuanto comenzamos el instituto. Nunca me he sentido cómoda en ese ambiente, en el que todo eran las apariencias.

—Quiero ayudar —murmuro—. Tú siempre me has contado que, cuando Tanisha comenzó a trabajar, os daba su sueldo y Joe era quién lo administraba. Yo también quiero eso, Nana. —Ella se levanta y se cruza de brazos, pero tiene una sonrisa que le llega a los ojos—. Sé que no es mucho, pero de algo servirá.

Se pone a pensar durante unos minutos en los que mantiene su mirada oscura clavada en mí.

—Está bien, Lieve. Si quieres que sea así, lo haremos. Lo que no vas a negarme es una camioneta. La necesitas para ir a trabajar.

Escucho como Charlie aparca en la entrada. Pita y yo me doy la vuelta para ver por la ventana. Me acerco a Nana y le doy un beso en la mejilla. Es hora de irme, estoy nerviosa. Tengo el corazón que me va a mil revoluciones por segundo.

—Llegaré antes de las doce, lo prometo.

Nana me acompaña hasta la misma puerta de la camioneta de Charlie. Me despido de ella y ponemos rumbo hacia la casa de Blaze. Entre risas y con *November Rain* de *Guns N' Roses* llegamos a la entrada del rancho de Blaze.

El camino asfaltado nos lleva a través de vastos campos arados, listos para la siembra. El aroma a tierra fresca llena el aire, mezclado con el dulce olor de la hierba verde que rodea la casa. El rancho se extiende majestuosamente ante nosotras, con su cerco blanco impecable que bordea la propiedad.

A medida que nos acercamos, el paisaje se abre, revelando una casa de dos pisos, robusta y bien mantenida. La fachada es de un gris sobrio, con detalles de ladrillo que le dan un aire rústico. Grandes ventanas permiten que la luz del sol inunde el interior.

Alrededor de la casa, altos árboles de ramas desnudas se elevan hacia el cielo. Un camino de grava nos guía desde la entrada hasta un cobertizo azul al costado, probablemente utilizado para guardar herramientas y equipos de granja. Al lado, se puede ver un pequeño establo, pintado de rojo.

El paisaje detrás de la casa es impresionante, con campos que se extienden hasta donde alcanza la vista, y en la distancia, majestuosas montañas con sus picos cubiertos de nieve, la poca que queda de la última nevada.

Charlie apaga el motor de la camioneta y nos quedamos un momento en silencio. El sonido de *November Rain* se desvanece con lentitud, dejando solo el susurro del viento y el canto ocasional de un pájaro.

—Este lugar es increíble —digo, rompiendo el silencio.

Charlie asiente, sonriendo.

—Blaze siempre ha sabido elegir bien. Vamos, seguro que ya nos están esperando.



CAPÍTULO 5

LA HERRADURA DORADA

BLAZE

—¿Crees que hay algún loco que te está saboteando?

Saco de la barbacoa el filete y lo pongo en el plato. Will me mira con preocupación, sabe cuán importante es que esto salga bien.

—Sí —respondo, poniendo en la parrilla de la izquierda las verduras que Lineth ha comprado para hoy—. Estamos vigilando los ranchos y por ahora no ha habido más accidentes.

Chelsea se levanta de la silla y camina hacia nosotros con unas cervezas. Le da un beso en la mejilla a Will y se vuelve para seguir hablando con los demás.

—¿Accidentes? —Mi amigo se rasca la nuca y hace una mueca con los labios, igual a la que Charlotte—. Blaze, hermano, creo que esa no es la palabra adecuada.

Agarro las verduras con las pinzas y las pongo en otro plato. Escuchamos como se ríen detrás de nosotros y los observamos. Denise está al lado de Troy, la está abrazando por los hombros mientras le pega un trago al botellín. Chelsea, la novia de Will, se encuentra frente a ellos y los señala mientras se carcajea. Steven, en cambio, está apoyado en el pecho de Phalon y no paran de darse besos. Y Paul... Paul está hablando por teléfono con su jefe. Hace poco que se ha comprado un Motorola MicroTAC, es el único en el grupo que tiene un chisme de esos. A mí no es que me hagan mucha gracia, pero él lo necesita.

Will coge un chusco de pan y se lo lanza a Paul cuando cuelga. Me echo a reír mientras que el afectado se soba el hombro.

—¡Deja ya ese cacharro, hombre! —le grita Will—. Qué te va a dar tortícolis.

Le doy a Will un codazo en las costillas para que se calle. Hay veces en los que se puede volver muy pesado y no tiende a razonar. Es un niño en el cuerpo de un adulto. Mi amigo se pasa la mano por el pelo y se lo echa para atrás mientras que Paul resopla. Cuando acabamos de hacer las verduras, llevamos los platos a la mesa y sacamos otras dos cervezas de la nevera. Me siento al lado de Phalon.

—Entonces, ¿va a venir tu hermana y su amiga? —pregunta Chelsea.

Will asiente.

—Sí, tienen que estar a punto de llegar —mira el reloj de su muñeca—. Me ha dicho Charlie que Lieve es nueva y que se está quedando con los Walker.

Asiento y dejo la cerveza en la mesa.

—Sí, está con ellos —respondo—. Tiene la edad de Charlie.

Denise se echa a reír y se abanica con la mano. Últimamente está haciendo mucho calor.

—¿Y se lleva bien con Tanisha? Porque la chica tiene una obsesión contigo, Blaze, que no es normal —inquire.

Me remango la camisa hasta los codos y pongo los ojos en blanco.

—Tanisha no la soporta —interviene Steven—. Me han contado que el otro día le tuviste que parar los pies.

Frunzo el ceño ante la rapidez con la que se extienden los cuchicheos por los ranchos. Entrelazo los dedos de la mano y me inclino para delante.

—¿Quién demonios te lo ha dicho? —le pregunto, más por curiosidad que por otra cosa.

Phalon levanta la mano. Es el pequeño de los Wilson y se entera de todo lo que ocurre, incluso antes de que ocurra.

—Culpa mía, Blaze. Denise me contó lo que ocurrió y...

—Y tú se lo has contado a Steven, claro. —Troy le lanza una patata de bolsa y Phalon la coge en el aire y se la lleva a la boca—. Pero aquí lo importante es cómo es Lieve. No todos los días llega alguien nuevo al Rancho.

—A mí, por lo que he escuchado, es muy mona —murmura Denise—. No la he visto de cerca, pero Denelle me ha contado que es muy buena chica. Vamos, todo lo contrario a Tanisha y... —nos quedamos callados al escuchar un coche.

Observo por encima de la valla cómo Charlie y Lieve bajan de la furgoneta de la hermana de Will. Hay personas que pensarán que es un coñazo que tu hermana pequeña sea una integrante del grupo, sobre todo por la diferencia de años que nos llevamos, pero eso a nosotros no nos importa. Cuando Charlie tuvo la edad para empezar a salir, sus padres no la dejaban. Así que Will les propuso que fuera con él, así no estarían preocupados por la pequeña de los Jones. Charlotte se ha convertido en una especie de hermana pequeña para todos nosotros y no hay sábado que no contemos con ella en nuestros planes. Es el alma de la fiesta.

—Ostras, pues sí que es mona —sisea Denise, que es la primera en levantarse e ir hacia ellas.

Primero, abraza a Charlie y le revuelve el pelo. Se quedan en la entrada de la finca hablando después de que Charlotte le presente a Lieve. Pero el problema es que no puedo dejar de mirarla. Lleva un pantalón que le llega por la cadera y una camiseta de tirantes finos que deja ver parte de su estómago. No me había fijado en su silueta, quizá porque la última vez que la vi vestía unos pantalones holgados y una camiseta que no marcaba su cintura. Pero ahora que está aquí, bañada por el atardecer, veo lo hermosa que es.

Se ha dejado el pelo suelto y liso, se lleva un mechón detrás de la oreja y se ríe por lo bajo cuando Denise le dice algo sobre sus pendientes. Me gustaría pasar los dedos por las hebras sedosas y castañas de su cabello, pero ese es un pensamiento que se disuelve como la bruma.

Cuando caminan hacia nosotros, su mirada se clava en la mía por una fracción de segundo. Luego, la baja.

Will me da un golpe en el brazo y me pregunta con la mirada qué coño me pasa, porque no dejo de mirarla así. Y yo solo lo ignoro, apoyándome en el respaldo de la silla de madera que hemos sacado del cobertizo para la ocasión y pasando un brazo por detrás de la misma.

Chelsea se levanta y va a saludarlas, los demás no tardan en hacer lo mismo. Soy el único que se ha quedado sentado, aunque no tardo demasiado en arrastrar la silla y fundirme en un abrazo con Charlie, que se cuelga de mí como si fuera un mono. Lo lleva haciendo desde que es una cría. Soy el más alto de todo el grupo.

—Cada día estás más preparada para volver a la selva —le digo a Charlie.

Ella se baja y se echa a reír.

—A ver si voy a tener yo ahora culpa de que seas un gigante —responde, dándome un golpe en el costado—. Por cierto, Blaze, no nos retiraremos muy tarde. Lieve tiene que estar a las doce en casa.

Tomamos asiento alrededor de la mesa. Conforme va oscureciendo, los farolillos eléctricos que instalé hace unos meses se encienden y cogen más fuerza.

Lieve se sienta enfrente de mí, con Chelsea a la derecha y Charlie a la izquierda. La observo con el ceño fruncido.

—¿Te han puesto hora de llegada? —inquiero en su dirección.

Lieve levanta la mirada de sus manos y se encoge de hombros. Se pone nerviosa cuando todos dirigen la mirada a ella.

—Tanisha tiene que volver a casa a esa hora, así que yo hago lo mismo —explica en un hilo de voz.

Charlotte se inclina en la mesa y se sirve un poco de pollo. Deja el cuenco y chasquea la lengua.

—Maggie te ha dicho que puedes volver a la hora que quieras —comenta Charlie—. No entiendo por qué no lo haces.

Phalon se sirve un poco de verdura y me la pasa.

—Eso es verdad —habla Troy—. Tanisha nunca llega a la hora que le dicen.

—Eso es porque Lieve es una niña buena, ¿verdad? —bromeo para hacerla rabiar. Y parece que lo consigo porque ladea la cabeza y frunce el ceño—. ¿Eres una niña buena, Lieve?

Paul me echa una mirada de advertencia. Soy un socarrón, lo sé, pero es tan fácil enfadarla que me es imposible resistirme. Me encanta porque frunce la nariz y le sale una pequeña arruguita en ella que es muy graciosa.

—Se llama tener respeto, ¿sabes lo que significa eso? —Se escucha una ovación y sonrío con sorna.

—Quizá, ¿por qué no compruebas lo respetuoso que soy? —Se pone roja como un tomate y es cuando caigo en lo mal que ha sonado eso.

Recibo un sopapo por parte de Steven. Me lo merezco, me lo merezco por idiota.

—No te preocupes, Lieve —le dice Chelsea—, no le hagas caso a Blaze.

Me sobo la nuca y me disculpo con la mirada.

—No pretendía decir eso —siseo, pero Paul pasa la bandeja con la carne delante de mí

para que me calle y no diga otra de mis burradas.

Me conocen demasiado bien.

—¿Alguien quiere pollo? —pregunta Paul—. ¿Lieve?



Lieve está bailando *Boot Scootin' Boogie* de *Brooks & Dunn* con las chicas mientras que nosotros estamos en la barra con unas Coors. Troy les está contando sobre el último partido de los Dallas Cowboy. Por alguna razón que no termino de comprender, no puedo dejar de mirarla.

Steven le rebate el argumento. Su equipo favorito siempre ha sido los Houston Oilers y, sin siquiera verlo venir, es cuando comienza una batalla campal de cuál es el mejor equipo.

—¿Tú qué dices, Blaze? —me pregunta Phalon.

Giro sobre mis talones y levanto un dedo para que el camarero nos ponga otra ronda. Mientras que abre los botellines de Coors, me dirijo a ellos hasta cerrar un corrillo.

—Me ofende, Steven, que pienses que los Houston Oilers son mejores que los Dallas Cowboy —me encojo de hombros y él resopla.

—¡No me lo puedo creer! —refunfuña Steven.

Phalon lo agarra de la mano y se la aprieta en señal de ánimo. Normalmente, no suelen darse muestras de afecto en público por lo que pudiera pasar. Texas es todavía un estado en el que la homosexualidad no se ve con buenos ojos, a pesar de que no tiene absolutamente nada de malo. ¿Qué está mal en amar a una persona, aunque sea de tu mismo sexo?

Sí, cuando Phalon y Steven nos lo confesaron, nos quedamos en shock porque no es a lo que estamos acostumbrados. En el colegio te enseñan que lo normal es hombre y mujer. Y de cierta manera me siento culpable por esa primera reacción al enterarme, aunque ellos no lo tomaran en cuenta. No, no fue una reacción mala, solo algo pesada de procesar. Pero eso no significa que seamos como el ochenta por ciento de la población en Columbus, que los miran mal o se mete con ellos.

Lieve y Denise se acercan a la barra y, mientras que *Nissie* se pide una Miller, Lieve le pide un refresco. El camarero le dice algo al oído cuando se lo da y ella se pone roja como un tomate. Lieve se relame los labios y le da las gracias, la ha invitado y por cómo la mira sé que quiere algo más que solo una propina más grande.

Me llevo la Coors a los labios y le pego un trago. Denise se vuelve con las chicas, pero el camarero mantiene una conversación con Lieve. Sale de detrás de la barra y se pone a su lado.

Pongo los ojos en blanco y desvío la mirada a otro lado. Me enfoco en la conversación que Paul ha empezado sobre los teléfonos móviles y lo mucho que le jode su jefe con eso. Parece que todo va bien hasta que Phalon frunce el ceño y mira por encima de mi hombro.

—Eh, tíos, mirad —hace un ademán con la cabeza y todos desviamos la mirada hacia donde está apuntando con el mentón—. Parece que la está incomodando, ¿no?

Elevo una ceja cuando el camarero le toma la mano a Lieve y la atrae hacia él, a pesar de que ella está señalando a las chicas. Tiene cara de circunstancia, como si estuviera buscando una excusa para irse de allí.

Me termino la cerveza de un trago y dejo el botellín en la barra con un golpe seco, tal es

la fuerza que utilizo que tengo miedo de haber roto la botella. Con pasos largos y lentos y acerco a dónde están.

—En serio, te lo agradezco, pero tengo que ir con mis amigas —le dice Lieve con cierto tono de urgencia, lo que me confirma que lo que yo pensaba es verdad.

La está molestando.

—Venga, vamos, ¿por qué no te vienes conmigo a la parte de atrás? Podemos pasarlo muy bien —se lo dice con la voz jocosa.

Lieve intenta soltarse, pero él tiene más fuerza.

—Es que no quiero, suéltame. —Su voz es una súplica que parece que el camarero se lo toma como si fuera un juego.

—Vamos, no te hagas de rogar...

Le pongo la mano en el hombro al chico y lo aprieto con tanto fuerza que jadea del dolor. Su rostro se voltea y abre los ojos como platos cuando ve que soy yo. Suelta de inmediato a Lieve y yo me acerco hasta estar a solo dos centímetros de su cara.

—¿Es que no la has escuchado? Te está diciendo que no y cuando una mujer dice eso, es que no quiere nada contigo —murmuro con una sonrisa en los labios, esa misma que lo hace estremecer.

El chico me mira desde abajo y asiente.

—Si te vuelvo a ver cerca de ella, quienes vamos a ir a la parte de atrás somos tú y yo y jugaré duro. ¿Entendido? —misurro, permitiendo que cada palabra caiga con el peso de una amenaza.

El chico asiente con rapidez, con sus ojos llenos de miedo. Sin decir una palabra más, se aleja, mirando hacia atrás solo una vez para asegurarse de que no lo sigo.

Me giro hacia Lieve, que parece un poco más tranquila pero aún está temblando.

—¿Estás bien? —le pregunto, suavizando mi tono.

Ella asiente, respirando hondo para calmarse.

—Gracias —dice en voz baja.

—No tienes que agradecerme. Nadie debería tratarte así —respondo, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ella me da una pequeña sonrisa y asiente.

—Si alguien se te acerca así, dile que vienes con Blaze Jenkins.

Lieve se sonroja y vuelve a asentir. Las chicas, que parecen haberse percatado de todo, se acercan alarmadas desde la otra punta de la pista de baile.

Me alejo y vuelvo con los chicos, no sin antes echar una mirada hacia atrás y ver como sonrío. Y por alguna razón eso hace que mi corazón comience a latir con fuerza.



CAPÍTULO 6

SEMPITERNO

LIEVE

Siento la mirada de Tanisha sobre mí. Está a mi derecha, sentada y dándole vueltas al café con la cucharilla. Lleva así desde que llegué, no me soporta y las cosas han empeorado conforme los días han pasado.

¡Qué birria! Aunque tengo la esperanza de llevarme bien con ella, quiero hacer todo lo posible para que no me vea como una amenaza.

—Toma, cielo, tómate todas las vitaminas.

Nana pone enfrente de mí las cuatro gominolas que la doctora me ha recetado. Después de hacerme un examen exhaustivo con analíticas y todo, determinó que debía tomarlas por mi salud y así lo estoy haciendo.

Le sonrío y me llevo dos a la boca. Me cuesta masticar, he desayunado demasiado; hasta el punto de que me duele la mandíbula. Nana se ha empeñado en que coja algún kilo de más para cuando tenga que volver a ir a la doctora. Inicialmente, me han pautado dos kilos.

—¿Estás nerviosa por comenzar a trabajar? —me pregunta Joe.

Me meto las últimas dos gominolas a la boca y asiento mientras mastico. Trago y me tomo un poco de agua.

—Sí, estoy muy nerviosa. Tengo que estar allí a las cuatro y acabaré a las siete —le digo.

Joe asiente y vuelve a fijar la mirada en el periódico. Nana se pone detrás de mí y me

agarra por los hombros. La observo, tirando la cabeza hacia atrás.

—La camioneta está lista, las llaves están en la entrada —murmura.

Con ellos me siento bien, quizá demasiado. Nana es como una madre para mí. Ella es quien acudía a las reuniones, quien me llevaba al parque, quien me consolaba cuando estaba triste, la que iba a todos mis recitales... es la madre que no he tenido. Nana es la persona que me ha enseñado todo lo que sé y le doy gracias al altísimo por haberla puesto en mi camino.

Es un ángel.

—¿Cómo que la camioneta? ¡La camioneta me la llevo yo! —grita Tanisha, levantándose de la mesa y tirando la silla hacia atrás.

Doy un respingo del mismo susto, pero Nana ni se inmuta. La mira fijamente con el rostro serio. Joe deja el periódico en la mesa y se relame los labios.

—Tanisha, te recuerdo que quedamos en que la camioneta se la dejaríamos a Lieve porque tiene que ir a trabajar. —Su voz es tranquila.

—¿Y cómo se supone que voy yo a casa de Irma?! ¡He quedado con ellas para ir al centro comercial! —grita.

Trago saliva y miro a Nana, apurada.

—No pasa nada, yo puedo ir de otra manera —intento calmar el ambiente, pero recibo en respuesta la fría y calculadora mirada de Tanisha.

—Tú cállate, bicho palo —escupe con asco.

Entonces, Joe se levanta y da un golpe en la mesa. Se acerca a Tanisha y la señala con el dedo.

—No —le suelta y ella abre los ojos como platos—. No, Tanisha. Mientras que tú estás aquí a la bartola, Lieve ha encontrado un trabajo para ayudarnos. Mientras que Lieve llega a la hora que se acuerda, tú no. Mientras que ella intenta llevarse cordialmente, tú la insultas —espeta hacia su hija—. Se acabó, Tanisha. No voy a consentir que insultes así a Lieve. Ahora es miembro de esta familia te guste o no y vas a respetarla. —Tanisha intenta hablar, pero Joe le chista—. Y no me repliques.

Tanisha se va, pero con la camioneta. Sale de casa despavorida y murmurando maldiciones, coge las llaves de la entrada y arranca a pesar de que Nana le grita que no lo haga.

Me siento orgullosa de que Joe piense eso de mí, pero no eran las formas de decírselo a ella.

Decido no decir nada, me quedo callada y pensando en cómo voy a ir a la librería del Señor Adams. Todavía me quedan unas cuantas horas para ver cómo llego allí. Arrastro la silla y les doy una sonrisa tranquilizadora, lo último que quiero es que haya problemas por mi culpa.

—Iré a darle de comer a los caballos. —Esa es mi tarea de esta semana, me toca cuidarlos—. Estaba todo muy bueno, Nana.

Ella suspira y asiente.

—Encontraremos una solución, Lieve —dice ella, abrazándose a sí misma—. Disculpa a Tanisha, está pasando una etapa muy complicada.

Por lo que sé, Tanisha se graduó hace unos años en la Universidad, pero ha decidido no trabajar por el momento. Se pasa los días de aquí para allá y cuando vuelve a casa siempre es para discutir.

—No la excuses, Maggie. Tiene veinticinco años, ya es mayorcita para hacer estos berrinches —interviene Joe y dirige su oscura mirada a mí. Apoya las manos en la mesa y frunce los labios en una mueca—. No volverá a llamarte de esa manera, Lieve. En cuanto llegue

tomaremos medidas.

Nana asiente, pero en su mirada veo la tristeza de una madre que no sabe cómo ayudar a su hija. Sus ojos, normalmente llenos de vida, ahora parecen apagados y preocupados.

Me retiro para ir al establo. Me dirijo allí por el camino de tierra que ondea los cultivos de lavanda. Cuando llego, escucho cómo relinchan. La familia Walker, mi familia, tiene un caballo y una yegua. Agarro el saco de heno y alfalfa que Marvin dejó preparado ayer y abro la puerta con la cadera. Pero al entrar me pego un susto, grito y el saco cae al suelo.

Su sonrisa socarrona me saluda desde la penumbra del establo. Está apoyado en la puerta de madera, acariciando a Ranger. Lleva una camiseta blanca, unas botas Art y un vaquero que le hace un trasero... ¡Lieve, por favor, a lo que estás!

—¿He asustado a la pequeña vaquera? —pregunta con un tono de burla que me hace fruncir el ceño.

Me agacho para recoger el saco, escucho a Rossie relinchar. Pero sus manos, tibias y grandes, se posan sobre las mías para cargarlo.

—Gracias —le digo en un hilo de voz mientras pongo en los comederos una buena cantidad de heno—. Por lo del otro día.

Sí, le debía una y muy gorda.

Blaze es un tío muy peculiar. Me hace rabiar como ninguno, le odio por eso. Pero, luego, saca una parte de él, que es muy tierna, y me descoloca. Simplemente, la cabeza me hace ¡puf! cuando estoy cerca de él porque es tan... arg, no sé cómo describirlo.

—Ya te dije que no era nada —se apoya en una viga después de dejar el saco en el suelo—. Solo hice lo que debía hacer. Por cierto, ¿qué ha pasado con Tanisha? ¿No se habrá metido contigo otra vez?

Cojo el cepillo que hay en una estantería y me meto en el recinto de Rossie. Empiezo a peinarle la crin con cuidado y ella me mordisqueea la manga de la camiseta en busca de un premio por portarse tan bien.

—Vale, vale —susurro entre risas bajas mientras alcanzo una zanahoria de una bolsita de tela que hay colgada de un gancho postrado en la viga—. Toma.

Me hace cosquillas cuando se la come de mi mano.

Escucho un crujido y volteo el rostro. Blaze se ha apoyado con una pierna en una pared, tiene los brazos cruzados y eso hace que los músculos de sus brazos se marquen bajo la camiseta ajustada.

Es muy guapo, de eso no cabe duda.

Tiene la mirada clavada en mí y una sonrisa ladina surca su rostro en un ángulo que le da un aire de masculinidad apolínea impresionante. En realidad, todo él es increíble: desde sus ojos verdes hasta el lunar de su cuello.

—¿Necesitabas algo? —pregunto, tratando de sonar indiferente, aunque mi corazón late un poco más rápido.

—Nada en particular —responde Blaze en voz baja—. Todavía no me has respondido.

Pongo los ojos en blanco y sigo peinando a Rossie.

—A Tanisha no le ha parecido bien que me lleve la camioneta esta tarde. —No le doy muchas explicaciones.

Blaze se despegas de la pared y se rasca la sombra de barba de varios días que lleva perfectamente cuidada.

—¿No es cuando tenías que empezar a trabajar? —inquire él. Asiento en respuesta—.

Pasaré por ti y te llevaré, tengo que ir esta tarde a la ciudad.

Más que una pregunta, se trata de una afirmación y sé que discutir no tiene sentido. Muchos menos con Blaze Jenkins.

—No quiero causarte molestias —murmuro, limpiándose las manos con un paño.

Se me han quedado algo pegajosas de los lametones de Rossie. Les abro la puerta y Ranger es el primero en salir hacia los enormes campos. La yegua, al estar embarazada, va más lenta.

Blaze camina conmigo, viendo como Rossie y Ranger cabalgan por la finca. Corren y relinchan felices. Marvin, que los está esperando, los vigila de cerca. Ranger es un caballo rebelde por lo que he escuchado y todavía no está listo para juntarse con los demás. Van poco a poco con su adaptación. Lo recuperaron de un circo que llegó a Columbus y que la policía cerró por algún motivo legal del que no presté atención. Lo iban a sacrificar, pero los Walker lo acogieron.

Me guardo las manos en los bolsillos del pantalón y me quedo viendo, junto a Blaze, como Marvin intenta acercarlo a otros caballos. Al principio se resiste, pero lo logra.

—¡Lieve! —me llama Nana desde casa. Me giro—. ¿Puedes venir a ayudarme? —me pide.

Le hago una señal con el dedo pulgar en afirmación y ella vuelve dentro de la casa. Desvío la mirada hacia Blaze y pateo una piedra.

—Tengo que irme —murmuro.

—Yo también —dice él—. Paso a recogerte esta tarde.

Me guiña un ojo y se va hacia su camioneta.

—¡No hace falta! —exclamo mientras él saca las llaves y abre la puerta.

—Nos vemos esta tarde, Lieve. —Se despide, sube al coche y arranca.

¡Será idiota! Me quedo con cara de frustración mientras lo veo alejarse, pero no puedo evitar sonreír un poco por su terquedad.



A las tres y media la camioneta de Blaze para frente a casa. Veo como se baja desde la ventana de la habitación. Le estrecha la mano a Joe e intercambia unas palabras con él que le hacen fruncir el ceño y molestarse. La verdad es que Joe también estaba molesto en la comida, así que supongo que es algún problema del rancho.

Bajo las escaleras y me pongo el bolso en el hombro. Estoy nerviosa, quizá demasiado. Desde que mis padres decidieron que no trabajaría más en la escuela infantil, he estado muy pesimista respecto a mi futuro. La idea de cambiar de dirección y de entrar en un nuevo ambiente laboral me resulta abrumadora. Los nervios se apoderan de mí cada vez que pienso en las responsabilidades que tendré en el nuevo trabajo.

Salgo por la puerta principal y veo a Blaze de pie junto a la camioneta, que está aparcada en la entrada. Él está vestido de manera informal pero elegante, con una camiseta de color azul oscuro y unos jeans que resaltan su figura atlética. Se vuelve hacia mí y me sonríe.

—Hola, Lieve —saluda, abriendo la puerta del copiloto—. ¿Lista?

Asiento y me despido de Joe con un beso en la mejilla. Él me revuelve el pelo en respuesta.

—Más o menos —respondo, intentando esconder mi ansiedad mientras subo al vehículo—. Solo espero que todo salga bien.

Blaze cierra la puerta después de que me siento y se dirige al volante. Arranca la camioneta y comenzamos a rodar por el camino de tierra que lleva a la ciudad. A medida que nos alejamos del rancho, siento que la tensión se va desvaneciendo con lentitud.

—¿Cómo va todo en el rancho? —le pregunto, tratando de iniciar una conversación para distraerme.

Blaze aprieta el volante y la mandíbula.

—Más o menos —dice, manteniendo su mirada en la carretera—. Pero eso ahora no importa. —¿Y qué es lo que importa? ¿Qué es lo que mantiene a Blaze así de preocupado?—. ¿Sabes? Hemos pensado ir al cine este fin de semana a ver *The Hand That Rocks the Cradle*. ¿Por qué no te vienes con Charlie?

—¿Al cine? —le pregunto.

Blaze desvía por un segundo la mirada y asiente.

—Sí, puede ser divertido.

Una parte de mí me grita que le diga que no por Tanisha. No quiero que haya más mal rollo entre las dos y que me vea con Blaze solo aumentara unos celos inexplicables hacia algo que ella se ha montado en su mente. Pero me apetece tanto...

Entramos en la ciudad y, al no haber tráfico, llegamos a la librería del Señor Adams en cinco minutos. Me bajo y cierro la puerta. Me asomo por la ventanilla y le doy las gracias.

—Entonces, ¿vendrás el sábado? —insiste.

—Se lo preguntaré a Nana y a Joe —susurro.

Blaze suelta una risa baja y niega.

—Niña buena —suelta con una sonrisa socarrona.

Pongo los ojos en blanco.

—Gallito de pelea —respondo con exasperación—. Solo intento ser prudente.

Blaze suelta una risita y asiente, sin dejar de sonreír.

—Sí, sí. Lo que tú digas, niña buena. ¿Paso a recogerte a las siete?

Niego.

—Charlie me acercará a casa, pero gracias.

Me despido de Blaze y entro en la librería. El Señor Adams está detrás del mostrador y hay varias cajas por el suelo. En cuanto me ve, su cara se torna de alivio.

—Qué bien que hayas llegado ya, Lieve. Tenemos mucho trabajo.

Dejo el bolso en el mostrador y me agacho para ayudarlo. Pero cuando me levanto observo a Tanisha justo en frente de la librería con un grupo de cinco chicas. Tiene su mirada clavada en mí y no me gusta nada. Es como si me estuviera clavando dagas en el cuerpo con ella. Y no me huele bien, siento una sensación extraña en el cuerpo que no me genera nada de confianza.

Es un sentimiento sempiterno, de esos que se instalan en el pecho y no se van jamás. Ella nunca me va a aceptar y haber venido con Blaze ha sido el mayor de los errores que he podido cometer en mi vida.

«Tengo que dejar de ver a Blaze Jenkins».



CAPÍTULO 7

PETRICOLOR

LIEVE

Me encanta el olor de la lluvia al caer sobre el suelo seco. Ha comenzado a lloviznar y no encuentro mejor momento que este, en el que he acabado de trabajar y estoy esperando a Charlie bajo el resguardo de la pérgola de la librería. El Señor Adams me ha dejado sola una hora después de entrar y no solo he atendido a los clientes, sino que me he ocupado de todo sin ningún problema. Volver a trabajar me está dando la vida.

Me balanceo de atrás hacia delante, pero por el rabillo del ojo veo como Tanisha y sus amigas se acercan. Ella encabeza el grupo y se acerca con una actitud que me incapacita para pensar con claridad.

Trago saliva cuando está a unos pasos de mí e intento sonreír para relajar el ambiente.

—Hola, Tanisha, ¿cómo...?

Me arrastra del brazo hasta mandarme a la pared de la librería. Es un poco más alta que yo gracias a los zapatos de plataforma que lleva y aprovecha esa desventaja para intimidarme. Lo consigue. En cuanto una de sus manos me coge la cadena del collar que siempre llevo y me la arranca, rompiéndola, siento que me voy a venir abajo. Es de mi abuela, o lo era porque ahora se encuentra en sus manos resquebrajada. En su palma descansa el abalorio de oro en forma de caballo con la fecha en la que me la regaló.

—No me vengas con esa actitud de niña buena, cachalote —murmura.

Dos de sus amigas me rodean mientras que las otras dos se quedan atrás. ¿Acaba de

llamarme cachalote? Siento cómo los recuerdos me hacen desvariar y volver a un tiempo en el que todo estaba mal... yo estaba mal.

—¿Te has quedado sin habla, blanquita? —se chulea otra.

Tiene el pelo trenzado en la cabeza y luego dos enormes moños a cada lado. Se baja las gafas rosas de sol y me empuja. Mi hombro choca contra la pared. Lleva una camiseta de manga corta de los Chicago y una minifalda. Los pendientes de aro que visten sus orejas son enormes y temo que el peso haga que los agujeros se le deformen. La otra es un poco más morena que yo, de pelo moreno y ojos castaños. Lleva un peto largo y una camiseta de manga corta. También viste unos pendientes enormes.

Una mujer que pasa por allí las alenta a que me dejen, pero ellas comienzan a gritarle que las dejen en paz.

A estas horas y con la llovizna que cae, no hay mucha gente por la calle.

—Tanisha, tiene razón, esto ya es pasarse de la raya —le dice la rubia de atrás, que parece no estar de acuerdo con lo que están haciendo.

—Cállate, Chloe —le espeta Tanisha, tirando al suelo la cadena—. Y tú —me señala y da un paso hacia mí—, más te vale que no vuelvas a acercarte a Blaze. Es mío, ¿te queda claro?

A estas alturas, las piernas me tiemblan como gelatinas, pero me mantengo firme.

—Yo no tengo nada con Blaze —murmuro a trompicones.

Tanisha y las otras dos se ríen. Chasquea los dedos y la que está a mi derecha me da un puñetazo en el estómago que me tuerce hacia delante. Me lo agarro mientras intento recuperar el aire.

Una de las chicas que está detrás, la pelirroja, le coge el brazo a la que me ha atacado y la echa para atrás.

—Chloe, busca a un policía. Tanisha, te estás pasando —le grita.

Tanisha se le encara mientras yo recupero la compostura y observo como Charlie se acerca corriendo con su madre.

La poca gente que está por allí comienza a acercarse, preocupada de lo que está pasando. Pero Tanisha no se queda a gusto, así se acerca a mí hasta pegar su boca con mi oído.

—Si vuelvo a verte cerca de Blaze, te enterarás —susurra y se gira hacia las dos chicas—. Chloe, Trisha, esto deja bien claro de qué lado estáis —les dice y las mira de arriba abajo.

Un hombre me ayuda a incorporarme y me pregunta si estoy bien. Hago un ademán con la cabeza y tomo aire.

—Aquí no hay ningún bando, Tanisha. Lo que has hecho no está bien, te estás volviendo loca —murmura la pelirroja, Trisha.

Tanisha y sus dos amigas se van rápido en cuanto ven que Charlie y su madre se están acercando. Charlotte me agarra por los hombros y me pregunta si estoy bien mientras que su madre busca a mi agresora con la mirada, pero han desaparecido. Las otras dos están detrás del meollo de gente que me está rodeando.

—Lieve, demonios, ¿cómo podéis haber consentido esto? —brama Charlie en su dirección, levantando mi camiseta y viendo que tengo un moretón.

—Vamos, Lieve, te llevaremos a casa —me dice con suavidad la madre de Charlie.

La gente murmura mientras se va. Chloe y Trisha vienen al coche con nosotras. Me ayudan a sentarme en el asiento y la Señora Moore se asegura de que no sea nada grave. Luego, a petición mía, nos deja a las cuatro.

Ya no llueve, pero el olor del pericolor sigue impregnando el aire.

—No sabíamos lo que pretendía, lo sentimos —se disculpa Trisha—. De verdad que lo sentimos.

—No... no pasa nada —susurro.

El sol se pone en el horizonte y yo me recompongo poco a poco. ¡Cómo ha dolido!

—¿Qué no pasa nada? ¡Te han dado un puñetazo, Lieve! —exclama Charlie—. Tienes que decírselo a Nana y Joe, incluso a Blaze. Esa tía está loca de remate.

Nunca pensé que Tanisha fuera así. Lo que acaba de pasar no solo me ha dejado un buen moretón en el costado, sino que me ha abierto los ojos con la situación. En la Universidad no te enseñan a lidiar con cosas así, pero creo que lo mejor, de momento, es alejarme de Blaze y que ella vea que no soy ningún tipo de amenaza. Quizá acercarme poco a poco, entablar conversaciones tribales y... ¿a quién quiero engañar? Ahora cada vez que la vea voy a temer que me arree un mamporrazo. Aunque lo peor no es eso, lo terrorífico es cómo Tanisha es capaz de mandar sobre otros para que hagan lo que quiere.

Eso es lo verdaderamente escalofriante.

—Tanisha siempre ha estado pillada por Blaze. Sabemos que no es una excusa, pero creemos que es importante que lo sepas para que comprendas a que nivel de celos puede llegar —argumenta Trisha.

—Es muy territorial. Y a Charlotte no le ha hecho nada porque sabe que se lo diría a su hermano —interviene Chloe cuando la madre de Charlie se va porque han entrado unos clientes a su tienda, después de asegurarse de que estoy bien.

La pelirroja se baja la camiseta con un gráfico de los Dallas Cowboy, que se le ha subido cuando ha gesticulado. Es mucho más exagerada a la hora de hablar que la rubia: Chloe.

Me lo imaginaba. Es algo que ya me olía después de cómo me trató la primera vez que me vio. Pero no es solo eso. Tanisha presenta un cuadro clásico de obsesión. Eso sí lo llegué a ver en una de la carrera y sé lo peligroso que puede llegar a ser.

—Creo que sé lo que tengo que hacer. —A Charlie se le iluminan los ojos—. Y no, no voy a decir nada y tú tampoco.

Charlie hace una mueca y maldice por lo bajo. Me ayuda a subirme a su camioneta y me despido de Chloe y de Trisha. Emprendemos el camino hacia el rancho y nada más entrar al camino de tierra que da acceso a la pequeña comunidad de fincas, comienza a llover de nuevo... pero esta vez con más fuerza.

Charlie me deja en la puerta de casa después de quince minutos. Me bajo con cuidado y me asomo por la ventanilla. La lluvia me moja, pero no me importa.

—Gracias —murmuro.

Por un momento, ella frunce el ceño sin entender a qué se debe mi agradecimiento, pero cuando lo comprende, pone los ojos en blanco.

—No me des las gracias, tonta. Prométeme que si hay una próxima vez, Dios no lo quiera, vas a dejar que vaya detrás de ella y le patees el culo.

No puedo evitar reírme.

—Prometido.



Apago el despertador justo en el momento en el que suena estrambóticamente. El gallo lleva cantando ya un buen rato, pero me da pereza abrir los ojos. Al final, cuando me desperezo y remoloneo, lo hago y los rayos del sol me dan de manera directa en ellos.

Me rasco los ojos y me levanto de la cama con un dolor en el costado que me hace jadear. Me pongo delante del espejo y alzo la camiseta del pijama. Lo que observo no me gusta, el moretón se ha vuelto de un violeta oscuro muy feo.

Sin hacer muchos movimientos, me visto y bajo a desayunar. Nana tiene mi plato preparado y, delante, las vitaminas. Intento comer, hacer el amago de que todo está bien, pero hay un nudo en mi estómago incapaz de deshacerse, sobre todo cuando Tanisha baja con la mirada clavada en mí y una sonrisa victoriosa que me da escalofríos. Se acerca a Nana y le da un beso en la mejilla.

Se sienta enfrente de mí y coge su plato para empezar a comer.

—¿Sabes, mamá? Lieve y yo ayer estuvimos hablando —sonríe y cruza los brazos sobre su pecho—. Lieve me dijo que no me preocupara, que ella no iba a necesitar la camioneta. ¿A qué sí, Lieve?

A Nana se le iluminan los ojos, quizá por el pensamiento que cruza su mente de que Tanisha y yo nos podemos llevar bien. Y por un momento no quiero arrebatársela esa alegría, la emoción.

Asiento y me llevo un poco de huevos revueltos con queso a la boca. Prefiero comer a hablar. Nana se pone detrás de mí y me aprieta el hombro.

—Sabía qué os llevaríais bien —exclama—. Qué alegría me habéis dado, niñas. Pero, Lieve, ¿quién te llevará a la librería a trabajar.

—Pues... pues... —tartamudeo. Yo no sé mentir, pero ante la insistente mirada de Tanisha lo hago— Charlie.

Me meto más comida en la boca y mastico. Nana pretende decirnos algo, pero la camioneta de Blaze para justo en frente de la casa. Lo veo por la ventana y está guapísimo. Se levanta un poco el sombrero para saludar a Joe y toca la puerta con los nudillos. Me termino el plato corriendo y me voy a mi habitación para que Blaze no me vea. Desde arriba de las escaleras observo a Tanisha sonreír con satisfacción.

Me tiene comiendo de su mano, lo ha conseguido. Sabía que la felicidad no podía ser eterna, que se esfumaría en algún momento.

Lo que nunca imaginé es que fuera por ella, por Tanisha.



CAPÍTULO 8

ASFIXIA

BLAZE

Es la quinta vez en tres semanas que Lieve me esquivo y me estoy hartando. ¿Qué se supone que he hecho? ¿Por qué se ha molestado conmigo hasta el extremo de no saludarme? ¿Por qué huye de mí?

Cuando llego a casa, dejo el sombrero en el perchero y me quito la camisa de cuadros que ha acabado toda manchada gracias a Shadow. La encesto en el cesto de la ropa sucia y me voy directo al baño. Dejo que el agua caiga más bien fresca sobre mi cuerpo y me tiro el pelo para atrás. *Jump* de *Kris Kross* está sonando en la radio que he puesto a todo volumen antes de meterme en la ducha.

Cuando termino y salgo a la habitación para ponerme el pantalón del pijama, observo como el sol termina de esconderse en el horizonte.

Mis hermanos se meten mucho conmigo por preferir estar aquí, perdido en un rancho en Texas, que en California. Pero no entienden que esto es lo que me gusta. De los siete que somos, sólo yo he querido hacerme cargo del Rancho Jenkins y es la mejor elección que he podido tomar en mi vida. Aquí tengo todo lo que siempre he querido, los recuerdos de mi infancia y mi adolescencia.

Sí, aquí fue donde nací y me crié. Estuve cuatro años fuera por la Universidad y siempre tuve mi objetivo claro: quería crear un hotel rural en el rancho y que se abasteciera en todo lo posible con productos de origen hechos y cultivados por los ranchos de alrededor. Fue una idea

que mi hermano Taylor, el segundo, se tomó a broma mi proyecto. Él sigue con la expansión de la cadena hotelera de la familia por California. Soy yo quien le lleva las cuentas, ya que he estudiado administración de empresas. Y cuando lo conseguí... No puedo evitar sonreír al recordar su cara de imbécil cuando le enseñé a papá las ganancias con la primera apertura del Rancho del Alba. Hacía menos de un año que me había graduado y fue todo un éxito. Ahora ya vamos por la quinta reapertura de temporada y he mejorado las instalaciones. Comenzamos teniendo solo diez habitaciones, ahora ya vamos por cuarenta y espero que para la sexta apertura ya sean cincuenta. Esto dota a los ranchos de una estabilidad que hasta el momento no había.

Mi idea es que sea un hotel exclusivo para desconectar del estrés de la ciudad en el que las familias puedan descansar y divertirse. No más de cincuenta habitaciones, no quiero una sobreexplotación del terreno, más de la que ya estoy haciendo.

Al final, me quedo dormido después de cenar y me despierto cuando el sol sale. Me desperezó y bajo a desayunar. Hoy no tengo tantas cosas que hacer, en realidad, está todo listo para la quinta temporada. El rancho de los Olsen ha pensado que podría incluir como actividad ordeñar vacas y, por más ridículo que parezca, se han agotado en cuestión de minutos junto a las reservas de los dos primeros meses. Estamos dando reservas para junio.

Me visto con una camiseta de manga corta y unos pantalones de deporte para ir un rato al gimnasio con los chicos. Me calzo las deportivas y me subo al coche, dejando en el asiento del copiloto el macuto con la ropa de cambio.

Después de conducir por veinte minutos, llego. Paul ya está haciendo remo, Phalon se ha colado en la clase de aeróbic con Denise y Chelsea. Steven, en cambio, está hablando con el monitor que tienen trabajando.

Los saludo con una palmada en la espalda y bromeo con ellos antes de irme a la zona de las pesas. Cuando quiero darme cuenta, están conmigo y no paran de hablar del nuevo estreno que va haber en el cine dentro de unas semanas.

—¿Tú vendrás, Blaze? —me pregunta Troy.

Tiro las pesas al suelo y resoplo. Me he metido más kilos que la semana pasada y se nota, me duele todo.

—Pues no lo sé, depende de cómo vayan las reservas —respondo, mirándolos a través del espejo.

Denise y Chelsea salen de la clase de aeróbic con Phalon y se acercan a nosotros. En cuanto llegan, Denise me da un beso en la mejilla.

—Blaze, ¿cómo te va? —inquieta Chelsea con una enorme sonrisa.

—Bien, Chels, ya veo que vosotros habéis sudado la gota gorda. Oye, ¿y Will? ¿Dónde se ha metido el capullo de tu novio?

Chelsea hace una mueca y se seca el sudor con la toalla.

—Tenía trabajo, pero me ha dicho que vendrá a recogerme y...

La puerta del gimnasio se abre, dando paso a Tanisha y a dos de sus amigas. Pongo los ojos en blanco y sigo a lo mío a pesar de que se me pega como una lapa. Y no hay cosa que más me moleste que ella.

Tengo que hablar con Joe de esto, no la soporto más.

Es agotador.

Como puedo, me libero de ella y me voy a las duchas. Doy gracias a la recepcionista por vigilar las duchas porque temo que Tanisha entre en algún momento. Lo suyo es una obsesión enfermiza.

Salgo del gimnasio y me encuentro a todos reunidos con Will. Saludo a mi mejor amigo con una palmada en la espalda y nos vamos, como todos los sábados, al bar de Wyatt para tomarnos una birra. La camarera, Susan, nos las sirve en la mesa y soy el primero en darle un trago.

—Joder, tío, por ahí viene mi hermana —murmura Will, observando a través de las ventanas del bar.

Desvío la mirada hacia allí y la veo acercarse con ella, con Lieve. Es la primera en dos semanas que la veo y clavo la mirada en ella como si intentara capturar cada detalle de su rostro en mi memoria.

Se ríe junto a Charlie y entran, pero cuando me ve allí le dice algo al oído y se va. Charlotte se acerca a la mesa y nos saluda, le pide las llaves de casa a Will y se da media vuelta para irse. No obstante, la tomo del brazo y la paro. Necesito saber qué cojones le pasa a Lieve conmigo, qué he hecho mal.

—Tú, quieta ahí —le digo, levantando un poco la voz.

Ella me observa con el ceño fruncido por encima de su hombro. Se libera de mi agarre con un movimiento suave pero firme.

—¿Qué pasa, Blaze? —pregunta Charlotte, cruzándose de brazos y mirándome con exasperación.

Respiro hondo, tratando de mantener la calma. Siento la mirada de Will y de los demás clavada en mí, pero no puedo dejar pasar esto.

—Charlie, necesito saber qué le pasa a Lieve conmigo. No puedo seguir así, sin entender qué he hecho mal.

Ella suspira, relajando un poco la postura.

—Blaze, no es nada. Simplemente necesita tiempo para procesar algunas cosas. No es algo personal contigo.

Pero algo en su tono no me convence. La conozco demasiado bien como para no notar cuando está ocultando algo.

—No me mientas, Charlie —insisto, bajando la voz para que solo ella pueda escucharme—. Siento que algo no va bien y quiero arreglarlo, pero necesito saber qué está pasando.

Charlotte me mira a los ojos, evaluando si decirme la verdad o no. Quizá es porque siempre la estoy chinchando, molestando de una forma u otra. Finalmente, cede.

—Está bien —dice, bajando la voz también—. Lieve está pasando por un momento complicado. No tiene nada que ver contigo directamente, pero verte le recuerda a ciertas cosas que prefiere olvidar por ahora.

—¿Ciertas cosas? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Qué cosas?

Ella niega con la cabeza, como si no quisiera dar más detalles. Y Will se echa para atrás, apoya la espalda en la silla y chasquea la lengua. Charlie lo amenaza con la mirada y él entiende a la perfección que tiene que cerrar el pico.

—Eso es algo que Lieve debería decirte si alguna vez se siente preparada. Por ahora, lo mejor que puedes hacer es darle su espacio y mostrarle que estás allí para cuando esté lista.

Sus palabras me golpean como un jarro de agua fría. Asiento lentamente, sintiéndome impotente.

—Gracias, Charlie —murmuro.

Ella asiente y, sin decir nada más, se da la vuelta y se va. Y conforme escucho que la camioneta se va, me giro para encarar a Will. Pero es Denise quien lo acorrala.

—Tienes dos segundos para cantar qué coño está pasando —le advierte.

Will intercambia una mirada con Chelsea.

—Will —lo advierte Phalon—, ¿qué coño pasa?

Mi amigo suspira y se cruza de brazos. Se mantiene callado por unos segundos, que se me hacen eternos. Hasta que habla. Y cuando lo hace, siento como el mundo a mis pies se desintegra.

—Tanisha acorraló con dos amigas hace un par de semanas a Lieve a la salida del trabajo. Una de ellas le dio un puñetazo en el estómago —relata y Chelsea le acaricia la espalda—. Lo poco que sé es que Lieve ha decidido alejarse de ti, Blaze, porque Tanisha la amenazó de cierta manera.

Me quedo helado, sintiendo un frío recorrerme desde la nuca hasta los pies. La rabia empieza a bullir en mi interior, mezclada con una sensación de impotencia.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —pregunto con voz temblorosa, tratando de contener la ira.

Will me mira con expresión sombría.

—Escuché a mi hermana y a mi madre hablar de ello hace poco, Blze. Lieve les pidió que no te lo contaran. Ni a ti ni a Joe y Maggie, cree que lo mejor es alejarse para que Tanisha vea que no es un peligro o algo así. No quería que te metieras en problemas. Pensó que era mejor así.

—¿Mejor? —exclamo, sin poder contenerme—. ¡La están amenazando y golpeando, Will! ¿Cómo se supone que quedarse callado sea mejor?

—Blaze, cálmate —interviene Troy, poniendo una mano en mi hombro—. Entiendo que estés enfadado, pero no puedes hacer nada precipitadamente.

Respiro hondo, tratando de controlar mis emociones. La mirada de Lieve antes de irse, la forma en que evitó cualquier contacto visual conmigo... todo empieza a tener sentido ahora.

—Voy a hablar con ella —digo finalmente, más para mí mismo que para los demás—. No puedo dejar que esto siga así.

—Ten cuidado —me advierte Steven—. Tanisha no es alguien con quien se pueda razonar fácilmente.

Asiento, sabiendo que no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Voy a encontrar a Lieve —le digo—. Y voy a resolver esto, de una forma u otra.



CAPÍTULO 9

ETÉREO

LIEVE

Solo con el paso del tiempo sabemos si nuestras decisiones han sido acertadas o no. Eso lo solía decir una de las profesoras que más me ha marcado en toda mi vida estudiantil y cuánta razón tenía. La profesora Miller era, es y será una visionaria. Tenía una etérea percepción de la vida que me la inculcó con cada clase que daba con ella. De Miller aprendí que no podía dejarme vapulear por mis padres, que debía seguir mi camino les gustase o no. Quizá esos recuerdos fueron los que me hicieran estar aquí. Y a pesar de todo, de no haber vuelto a saber de mis padres en un mes y haberme alejado de todo lo que conocía como correcto, solo el tiempo me dará la respuesta a la pregunta de si he hecho bien en escaparme.

Escucho detrás de mí un relincho que me asusta. Y cuando me giro con la mano sobre el pecho, oteo a Shadow. Está en la puerta del establo y no lleva silla de montar. Creo que se ha escapado... otra vez.

Me acerco a él y lo acaricio. Baja la cabeza y rebusca en los pantalones, olfateando, una golosina. He hecho porciones redondas y pequeñas de zanahoria con Nana y las he guardado en una bolsa esta misma mañana, Shadow sabe que tengo algo que le gusta mucho. Y no dudo en sacar una y dársela. Me hace cosquillas cuando se la come, me rechupetea la palma de la mano y relincha feliz.

Me río y voy a lavarme las manos en la pila que hay allí para llenarles los bebederos de agua. De un momento a otro, ya no escucho al caballo negro. Así que sospecho que se ha ido.

Pero cuando me giro, mientras me seco las manos con un poco de papel, me quedo helada. El papel se cae de mis manos y siento que el aire abandona mis pulmones.

Blaze se acerca a pasos agigantados hacia mí y no me gusta nada la expresión de su rostro. Está cabreado.

Bajo la mirada e intento irme por su derecha, tengo que evitarlo a toda costa. Sin embargo, me coge de la camiseta y pellizca un poco de carne. Jadeo y el frunce el ceño.

—Levántate la camiseta —dice, serio y sin un ápice de amabilidad.

Abro los ojos y me hago para atrás con tan mala suerte de que me topo con una viga de madera.

—No —respondo, temblando.

—Lieve, levántate la camiseta. —Suenas como una amenaza. Retrocedo y niego. Blaze se desespera—. Levántate la puta camiseta o lo haré yo, Lieve.

Se acerca a mí y yo doy un paso hacia atrás. Odio esa rudeza en su voz, odio que se dirija así a mí. Intento escaparme, buscar alguna salida, pero Blaze es más listo y me acorrala contra la pared. Sus manos están a cada lado de mi cabeza y me mira desde arriba.

Desvío la mirada al suelo y lucho por no caerme. El solo recuerdo de lo que ocurrió aquel día me hace estremecer. Es como si sintiera de nuevo como la amiga de Tanisha me da el puñetazo. Me duele como si lo estuviera viviendo ahora mismo.

¿Y qué he hecho yo para que me trate así? ¿Qué he hecho yo para que una persona me agreda por una obsesión enfermiza por un hombro?

Los ojos se me llenan de lágrimas y me aferro a las paredes rugosas de madera para no caer en el llanto. Llevo guardándolo mucho tiempo, escondiéndolo y haciendo ver que todo está bien. No me he permitido llorar ni una sola vez por eso, pero qué falta me hace.

Blaze agarra mi barbilla con dos de sus dedos y me alza la mirada hasta clavarla en la de él. Y cuando me ve así, vulnerable, suaviza las facciones de su rostro.

—Enséñamelo, por favor —me dice con la voz mucho más dulce—. Enséñamelo, Lieve.

Lo sabe, él lo sabe. No sé cómo, ni quién, pero lo sabe.

Agarro con las manos temblorosas el dobladillo de la camiseta. Él se aparta un poco y, entonces, empiezo a levantar la camiseta hasta la altura del sujetador. Solo escucho como jadea, como sus tibios dedos acarician la zona en la que todavía se pueden ver restos del golpe.

—Lieve —susurra en un hilo de voz. Se lleva la mano a la boca—. Maldita sea.

La bajo y me encojo de hombros, restándole importancia al asunto.

—En su defensa tengo que decir que el problema de que el moretón siga ahí es porque tengo la piel muy sensible. —Intento bromear, pero él no se ríe.

—¿Y tú crees que es momento de saltar con esas? —inquire, preocupado—. No sé que voy a hacer con Tanisha, pero esto no va a quedar así. Lo siento, Lieve, de verdad que lo siento.

Me quedo mirándolo, tratando de comprender el torbellino de emociones que veo en sus ojos. Blaze siempre ha sido el más sereno de todos, el más gamberro, pero ahora parece a punto de estallar.

—Blaze, no tienes que hacer nada —le digo suavemente, tratando de calmarlo—. Esto es entre Tanisha y yo. No quiero que nadie más se meta.

Él sacude la cabeza con fuerza, como si la sola idea de quedarse al margen fuera insostenible.

—No puedo hacer eso, Lieve. No puedo verte así y no hacer nada al respecto. —Su voz tiembla, pero no de miedo, sino de rabia—. Y más cuando sé que todo es por mí.

Me siento en un bloque de paja en el que puse hace días una manta. Suelo venir mucho al establo a estar con los caballos y hay veces que me siento aquí por horas, así que quería estar cómoda.

—No sé cómo te has enterado, pero me da igual porque lo mejor es que mantengamos las distancias —le digo en un hilo de voz—. Tanisha tiene que ver y entender que no voy a por ti.

Blaze niega.

—No, lo que Tanisha tiene que entender es que no tiene el derecho de creer que puede ir por ahí agrediendo a nadie porque quiera estar conmigo —resopla. Blaze se apoya con una pierna en la pared y se cruza de brazos—. Yo no quiero que te alejes de mí, Lieve.

Levanto la mirada. ¿Puede ser más guapo? La respuesta es no. En aquella posición, Blaze parece una figura esculpida por un artista que no se ha permitido ningún error. Es alto, con un porte que destaca incluso en la penumbra del establo. Su cabello negro azabache cae desordenadamente sobre su frente, enmarcando un rostro de rasgos definidos y simétricos. Los ojos verdes, intensos y brillantes, parecen reflejar el mundo que lo rodea.

Su cuerpo es fuerte y atlético. Los músculos se perfilan bajo su camiseta ajustada. Pero a pesar de su apariencia robusta, hay una suavidad en su presencia, un lado amable y protector que siempre sale a relucir cuando estoy cerca.

Blaze tiene un corazón de oro, aunque le encanta chincharme y molestarme. Sin embargo, también tiene un lado infantil y juguetón que lo hace aún más encantador.

Es perfecto en todos los sentidos.

—¿Y si soy yo quién quiere que te alejes? —le pregunto y me levanto para darme la espalda. Necesito poner algo de distancia—. Eres molesto, irritante, engreído...

Interrumpe con una sonrisa en su rostro.

—Ya sé que soy perfecto, Lieve.

Me doy la vuelta con el ceño fruncido.

—Yo no he dicho eso —respondo.

Blaze se acerca y baja la cabeza hasta estar a la altura del oído.

—Pero lo has pensado.

Me aparto de él como si me hubiera dado un calambre. Me pongo tan nerviosa que al hacerme para atrás me topo con todo lo que hay a mi alrededor. Y eso parece hacerle mucha gracia porque se carcajea de mí.

A esto me refiero con que me irrita. ¿Por qué hace esas cosas?

Me siento abrumada por las palabras de Blaze, que aún resuenan en mis oídos. Mi corazón late con fuerza, y no sé si es de rabia o vergüenza. Siento mis mejillas ardiendo y bajo la mirada, deseando que el suelo me trague para escapar de esta situación tan embarazosa. Me siento infantil e impotente, como si cada movimiento que hago solo empeorara las cosas.

En un arranque de frustración, tomo la bolsa llena de zanahorias cortadas que tengo a mi lado y, casi sin pensarlo, se la lanzo a Blaze con toda mi fuerza. La bolsa describe un arco en el aire y, antes de que Blaze pueda reaccionar, le impacta justo en la cabeza. Él se queda anonadado, con la boca abierta y los ojos muy abiertos, mientras las zanahorias caen al suelo a su alrededor. Por un momento, el tiempo parece detenerse.

Y yo estallo en risas.

Blaze parpadea, sacudiéndose del impacto, y luego, para mi sorpresa, su expresión cambia. Una suave sonrisa se forma en sus labios y sus ojos se suavizan.

—Lo siento, Lieve —dice Blaze con una voz que suena sincera, aunque todavía hay un

rastró de diversión en su tono—. No quería molestarte tanto. Prometo que arreglaré las cosas.

Me quedo mirándolo, pero algo en la manera en que Blaze me está observando me hace dudar. Quizás realmente quiere arreglar las cosas. Suspiro profundamente, intentando calmar mi respiración.

—Está bien. No sé cómo lo vas a hacer, pero está bien —respondo al final—. Acepto tu ayuda.

Blaze asiente y, como si nada hubiera pasado, me invita a la apertura del hotel que va a reabrir.

—Tendré que preguntarle a Nana y Joe si puedo ir —respondo.

Blaze, que ya está caminando hacia su furgoneta, se da la vuelta con una sonrisa socarrona que hace que quiera lanzarle otra bolsa de zanahorias.

—¿Ves cómo sí eres una niña buena? —dice, y su tono juguetón y burlón me irrita y, al mismo tiempo, me hace sonreír contra mi voluntad.

«Maldito seas, Jenkins».



CAPÍTULO 10

PERENNE

BLAZE

«No voy a ser amable, no voy a tener piedad. Se acabó».

Conduzco hasta llegar al Rancho Walker. He esperado unos días para venir a hablar con Joe y Nana porque la situación es insostenible. Tanisha se pone todos los días enfrente de la librería en la que trabaja Lieve. La he observado de lejos, intenta intimidarla. Aunque más que intentar, lo hace. Veo todas las tardes como Lieve se encoge sobre sí misma, como se reduce a la nada.

Y eso me enfurece.

Me pone enfermo saber que la causa de eso soy yo. Nunca debí de pasar la fina línea que dividía a Tanisha y a mí. Tendría que haberle parado los pies muchísimo antes y no pensar que sería algo pasajero.

Pero no.

Lo que ha ocurrido con Lieve ha sido la gota que ha colmado el vaso y más después de ver lo que es capaz de hacer.

La carretera polvorienta se extiende delante de mí, serpenteando entre colinas y árboles cada vez más frondosos. El sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de un naranja profundo. Al llegar al Rancho Walker, estaciono el coche y respiro hondo antes de bajar. Necesito mantener la calma, pero estoy furioso.

Los brazos de Tanisha me envuelven en un cálido abrazo que no respondo. Ella se aparta

con el ceño fruncido, preguntándose qué diablos está pasando. La aparto sin siquiera mirarla. Y sé que eso le molesta.

Saludo a Joe con la mano. Él deja el saco de lavanda en el porche y me la estrecha.

—¿Qué te trae por aquí, Jenkins? ¿Has conseguido ya lo que te dije?

Otra de las razones por las que estoy aquí es porque Joe me pidió ayuda para encontrar una camioneta para Lieve. Tengo algunos contactos y no he dudado en utilizarlos para lograr mi objetivo: encontrarle un vehículo a Lieve.

Saco las llaves del bolsillo trasero del pantalón y se las enseño. Tintinean por el viento que se ha removido.

—¿Cuándo no he conseguido yo algo? —le pregunto.

Joe se ríe y me pasa un brazo por el hombro para que entre a su casa. Tanisha nos sigue desde atrás. No ha abierto el pico y lo agradezco.

Cuando pasamos a la cocina, Maggie está preparando palomitas. Escucho risas en la segunda planta y reconozco la de Lieve. Por el rabillo del ojo, observó a Tanisha poner los ojos en blanco, como si aquello no le agradara. Joe le enseña las llaves a Maggie y ella se acerca para darme un beso en la mejilla.

—Ya sabía yo que no ibas a fallar —me coge la cara entre sus manos y vuelve a besarme. Pero cuando mira las llaves con más atención, frunce el ceño—. Estas no son de la camioneta que dijimos.

Se las pasa a Joe y él asiente. Tomamos asiento en la mesa de la cocina y Maggie obliga a Tanisha a darme más espacio. Ella, refunfuñando, lo hace. Es como una niña.

Las palomitas comienzan a reventar en el microondas, llenando la cocina con su aroma. Todos nos sentamos alrededor de la mesa, las miradas fijas en las llaves que ahora descansan en el centro. Joe y Maggie intercambian miradas preocupadas, pero antes de que puedan decir algo, me adelanto.

—Sé que no es la camioneta que mencionamos —digo, con una sonrisa—, pero esta es mucho mejor. Tiene más espacio, mejor rendimiento y, además, la conseguí a un precio increíble. Os prometo que vale la pena.

Maggie cruza los brazos, aún un poco escéptica.

—¿Y cómo se supone que vamos a cubrir la diferencia de precio? Ya habíamos calculado el presupuesto justo.

Saco una chequera del bolsillo y la coloco sobre la mesa.

—Yo me encargo de eso. Consideradlo como mi contribución. Sé lo importante que es este regalo para Lieve y quiero asegurarme de que sea perfecto.

Entonces, Tanisha, abre los ojos como platos.

—¿Para Lieve? ¿Cómo qué para Lieve? —pregunta, exaltada.

Joe la mira con severidad. Sabe tan bien como yo que es capaz de dar un berrinche y la frena en seco.

—Lieve necesita una camioneta —le dice—. Y no se hable más.

Joe suspira y pasa una mano por su cabello, mirando a Maggie en busca de alguna señal. Maggie, por su parte, parece debatirse en su interior. Finalmente, con un suspiro, asiente.

—Está bien, Blaze —dice Maggie, resignada pero agradecida—. Si estás dispuesto a hacerlo, aceptamos. Estoy segura de que Lieve se va a llevar una gran sorpresa.

Sonrío, satisfecho.

—Claro que lo hará.

Las palomitas comienzan a reventar en el microondas, llenando el ambiente con su característico olor. ¿Cuántos llevaré sin ponerme delante de la televisión a comerme unas pocas mientras veo alguna serie? Mucho tiempo.

Y escucho pasos y risas que descienden hacia nosotros.

—Bueno, si Blaze dice que es mejor, tal vez deberíamos confiar en él. Después de todo, siempre ha sabido lo que hace —dice Joe, aunque su tono sigue siendo un poco renuente.

Maggie suspira y mira a Joe.

—Está bien. Confiaremos en tu juicio, Blaze.

Asiento con una sonrisa.

—No os preocupéis. Todo estará bien.

En ese momento, el microondas emite un pitido indicando que las palomitas están listas. Justo el momento en el que veo a Lieve bajar junto a Charlie y dos chicas que recuerdo haber visto con Tanisha.

Lleva un camisón, al igual que las otras chicas, y va descalza. El pelo lo tiene recogido en un moño y me parece percibir que se ha echado alguna crema en la cara por lo brillante que la tiene.

Aún así, Lieve está preciosa y me cuesta apartar la mirada de ella, que se ha quedado petrificada al saber qué hago aquí.

Charlie me saluda y va hacia el microondas para coger las palomitas.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, llevándose una a la boca.

Una de las otras chicas, la pelirroja, la imita.

Me levanto y me acerco a Lieve, pidiéndole disculpas con la mirada. Por un momento, no la desvía. Necesito que sea ella quien me dé el permiso para hablar. Lieve me mira fijamente, con sus ojos llenos de miedo, y siento cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Ella asiente ligeramente, dándome el permiso que tanto necesito.

—Joe, Maggie, no solo estoy aquí por... —me callo— ya sabéis. He venido para hablaros de algo que le incumbe a Tanisha.

Maggie frunce el ceño. Su mirada va de Tanisha a mí, como si fuera un partido de tenis.

—¿Qué ha pasado, Blaze? —inquire Joe, levantándose de la silla.

Me relamo los labios y Charlie le agarra la mano a Lieve.

—No quería que las cosas llegaran a este límite. —De soslayo, escucho a Tanisha resoplar e intentar irse, pero me interpongo entre ella y la salida y, con la voz más fría que un témpano, me dirijo a ella—. Tú quédate quieta ahí.

Quizá es porque nunca me ha visto así, pero baja la mirada y se vuelve hacia sus padres.

—¿Qué es lo que pasa, Blaze? —interviene Maggie.

Me cuesta mirarla a los ojos y decirle lo que ha hecho su hija. Sé que les va a doler, pero no puedo permitir que siga así.

—¿No tienes nada que contarle a tus padres, Tanisha? —me dirijo directamente a ella.

Y tal como sospechaba, se cruza de brazos y comienza a limpiarse las uñas.

—Yo no hice nada —responde.

Chasqueo la lengua, conteniendo las ganas de gritarle a la cara que es una niña engreída.

—Entonces, ¿el puñetazo que le diste a Lieve fue una ilusión? ¿Un acto hecho por alguna especie de magia?

Joe mira a su hija con los ojos muy abiertos y ella se aparta. Maggie se cae a la silla de

culo, sin creer lo que está escuchando.

—¡Eso es mentira, yo no le di ningún puñetazo! —grita Tanisha.

Aprieto las manos en puños y hago todo lo posible para relajarme. Una de las chicas que está al lado de Lieve la mira y suspira. Creo que se llama Chloe.

—Ella no lo dio, eso es verdad —argumenta, a lo que Tanisha sonríe—. Pero sí que fue la incitadora.

La sonrisa de la hija de Joe desaparece y Maggie se echa el pelo para atrás.

—Llevas desde que llegó Lieve diciendo que tendríamos que darle una paliza para que sepa quien manda. Esas fueron tus palabras, Tanisha. —La rubia se endereza y la enfrenta—. Tu amistad con nosotras acabó en el momento en el que le dijiste al oído a Rossie que le diera el puñetazo porque tenía varios anillos grandes en la mano y eso le haría más daño.

—Yo estaba allí y lo vi todo —interviene Charlie.

Joe se levanta y, sin decir nada, le calza una bofetada que le ladea la cabeza. Me quedo estático, nunca lo he visto así.

Joe se queda allí, temblando de rabia mientras Tanisha, con la mejilla enrojecida por la bofetada, lo mira con una mezcla de sorpresa y furia. Maggie se pone en pie de un salto, con sus ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa de indignación.

—¿Cómo pudiste hacer algo así, Tanisha?! —grita, sus palabras llenas de una desesperación que solo una madre puede sentir—. ¡Esa no es la manera en que te criamos!

Tanisha cruza los brazos y aparta la mirada, sus labios apretados en una línea dura. Está claro que no tiene intención de admitir su culpa.

—No fue mi culpa —murmura, pero su voz carece de la convicción necesaria para ser creíble.

Doy un paso adelante y le hablo con la voz firme.

—Tanisha, nunca debí consentir lo que ocurrió entre nosotros hace dos veranos. Fue un error y deberías dejarlo en paz. No somos nada y mucho menos algo tuyo. Esto tiene que terminar aquí y ahora.

Tanisha abre la boca para replicar, pero no le doy oportunidad. La mirada en mi rostro es de determinación absoluta, y por primera vez, Tanisha parece darse cuenta de la seriedad de la situación. Sin decir una palabra más, da media vuelta y sale de la casa. Unos momentos después, todos escuchan el sonido de la furgoneta arrancando y alejándose a toda velocidad.

La tensión en la sala se siente densa y pesada. Maggie se deja caer en una silla, sus manos temblorosas cubriendo su rostro mientras solloza suavemente. Joe, todavía temblando, se apoya en la mesa, tratando de recuperar la compostura. Respiro hondo y me dirijo a Lieve, que está de pie junto a Chloe.

Maggie se levanta con lentitud y, sin decir una palabra, abraza a Lieve con fuerza.

—¿Por qué no nos contaste nada, cariño? —pregunta.

Lieve se encoge de hombros, con sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—Pensé que lo mejor era dejar pasar las cosas, no quería causar problemas.

Me acerco y coloco una mano en su hombro. Lieve levanta la mirada y la clava en mí.

—Esa no es la solución, Lieve. Siempre es mejor hablar y enfrentar los problemas, por difícil que sea.

Lieve asiente y sonríe con timidez. Siento que es momento de irme porque tengo un compromiso importante al día siguiente: la reapertura del hotel, un evento crucial para el futuro del Rancho. Además, Lieve necesita espacio con sus amigas.

—Tengo que irme —digo, dirigiéndome a todos—. La reapertura del hotel es mañana y necesito descansar. Lieve, te espero allí. —Termino con una sonrisa cálida—. Niña buena.

Lieve sonrío con timidez otra vez y asiente. El corazón me da un vuelco a verla así. Me acerco a ella y la abrazo. Parece quedarse estática pero lo responde, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—Prefiero ser una niña buena que un cowboy de pacotilla —responde y no me queda de otra que reírme a carcajadas.

Se despega de mí y me despide con la mano.

Me subo al coche y niego con la cabeza.

Lieve es simplemente encantadora.

La noche está tranquila, con un cielo despejado lleno de estrellas que me acompaña en mi trayecto. El hotel ha sido una parte fundamental del Rancho desde sus inicios, y su reapertura representa no solo una oportunidad económica, sino también un renacimiento para todos los que formamos parte de esta comunidad.

Sin embargo, veo al sheriff parado junto a un coche. Por la matrícula sé que no es de aquí. Me hace el alto y paro. Se apoya en mi camioneta y bajo la ventanilla.

—Jenkins, ¿cómo te va? —pregunta.

—Muy bien, Wayne. ¿Pasa algo?

Él asiente y se acerca un poco más a mí.

—¿Tú conoces a alguien de aquí con el apellido Morgan? Tengo a este parado aquí que me ha preguntado por una tal no sé qué Morgan. No lo he entendido muy bien —me dice.

Me quedo pensando por un momento y niego.

—Ni idea, Wayne. En el rancho no hay ninguna Morgan.

El sheriff se da la vuelta y va hacia la ventanilla del otro coche, habiéndome dado las gracias.

Vuelvo a encender el motor, pero antes de irme escucho que le dice: —¿Lo ve? Aquí no hay ninguna Morgan, siento no poder ayudarle.

Mientras conduzco hacia casa, pienso en el apellido que me ha dicho. Los ranchos son bastante pequeños y sabría si alguien que se apellida Morgan vive allí. Así que me pregunto por qué alguien estaría buscando a una persona con el apellido Morgan en un lugar tan remoto como este rancho.



CAPÍTULO 11

OJALÁ

LIEVE

Es la primera vez que estoy en una celebración de este calibre y tengo que admitir que me siento muy cómoda rodeada de las chicas. Sí, las chicas. Tengo un grupo de amigas y eso hace unos meses hubiera sido impensable.

Ojalá esto fuera eterno, ojalá durara siempre.

Brindamos con Blaze y bebemos de la copa.

El jardín del Rancho del Alba está abarrotado de gente, incluso me han chivado que ha venido el alcalde de Columbus y varios empresarios importantes que esa misma noche se hospedarán aquí. Veo a un fotógrafo de la prensa local sacar fotos y me escondo detrás de Chloe para que no me saque. Es imprescindible pasar desapercibida todo lo posible, aunque eso parece imposible.

Nana me ha presentado a muchas personas, pero siempre ha mantenido mi historia muy a rajatabla. Ha sabido cambiar de tema de una manera experta y muy educada. La admiro, mucho.

Blaze pasa un brazo por mis hombros y me pega a él. Cuando quiero darme cuenta, están todos y Joe ha cogido la cámara de fotos de Steven para hacernos una grupal. Sonrío con timidez y dispara la Polaroid. Saca varias para cada uno de nosotros tengamos una copia de la instantánea que pasa del negro al color en cuestión de segundos.

Joe me da la mía y me lanza un beso antes de irse con Nana. La observo y me siento

orgullosa de mi elección para hoy. Me he puesto un vestido de color lavanda, de manga corta y ajustado en la cintura, que está rodeada por una cinta de satén. Las mangas son abullonadas y me he colocado unos zapatos con un poco de tacón. El pelo me lo he dejado suelto a elección de las chicas.

—Pues no sales nada mal —escucho que dice a mi lado.

Giro la cabeza hacia la derecha y veo a Blaze a solo unos centímetros de mi cara. Está sonriendo como un crío pequeño.

—¿Y por qué iba a salir mal? —le pregunto con el ceño fruncido.

Se encoge de hombros y coge una copa de champagne de uno de los camareros que se están paseando por el jardín con bandejas.

—Porque eres una pulga y pensaba que no saldrías —dice para hacerme enfadar.

—¡Blaze, deja a Lieve! —le grita Chelsea, dándole un golpe en el brazo—. Ya sabemos que es la pequeña del grupo, pero no es para que te estés metiendo siempre con ella.

Del grupo, me repito mentalmente. Eso suena muy bien.

Blaze se echa a reír, pretende decir algo pero un señor con barba lo interrumpe y le susurra algo al oído. Observa por encima de su hombro y se disculpa con nosotras para irse con un grupo de señores que le estrechan la mano.

Me quedo con Chloe, Charlie y Trisha. Nos ponemos en una esquina cerca de los canapés. Me como todos los que me apetecen sin sentir culpabilidad.

Mi madre siempre me ha mantenido muy a rajatabla con la comida. Para ella, pesar más de cuarenta y cinco kilos es sinónimo de estar gorda y eso yo no me lo podía permitir. Nunca he tenido una relación muy sana con ella hasta que vine aquí y encontré a la Doctora Morris. He conseguido alcanzar esos dos kilos de más que me pidió cuando entré en consulta. Nunca podré olvidar la cara de orgullo de Nana al ver que he engordado un poquito.

Mucha gente piensa que los problemas de peso sólo se rigen a las personas con obesidad. Pero están muy equivocados. Todavía recuerdo el sabor en la boca de la bilis después de vomitar una y otra vez cada vez que mi madre me pesaba en la báscula de su baño e indicaba que había engordado unos gramos. Todavía escucho mis tripas después de comer solo un huevo y manzana durante dos días. Nada de hidratos, nada de dulces. Solo verdura, pollo y una vez a la semana se me permitía un poco de arroz.

Mi madre estaba en cada una de las comidas, vigilando que no me sobrepasara. Nana no podía hacer mucho, pues se jugaba su puesto de trabajo y mi madre había instalado cámaras que vigilaban mi puerta; ya una vez se enteró de que Nana me traía algo de comer de noche y estuvo a punto de echarla.

Solo de recordarlo me dan escalofríos.

Bebo un poco de la copa de champagne, me mojo los labios porque no estoy acostumbrada a las burbujas y al sabor ácido que me deja al deslizarse por la garganta.

—Disculpe, ¿me deja pasar? —Me quedo paralizada y siento como mi mundo se viene abajo.

Es él, está aquí. Ha venido a por mí.

Por encima del hombro de Charlie lo observo y siento como la sangre se va de mi rostro. ¿Qué hace él aquí? Siento que el aire abandona mis pulmones y el lugar me da vueltas. Me giro para que no me vea y Trisha es la primera en darse cuenta de que algo no va bien.

Deja la copa en una bandeja que pasa por su lado y se acerca a mí. Le siguen Charlie y Chloe. Entre las tres logran hacer una especie de muro que me tapa de su vista. Sin embargo, por

el rabillo del ojo observo como se acerca a Nana.

—Lieve, qué...

Nana se lleva las manos a la espalda y me hace una señal para que me vaya de allí. Ya, rápido.

—No puede verme —les susurro con las piernas hechas mantequilla.

Charlie frunce el ceño y otea a Edward. No vacilan ni un segundo. Charlie se pone a mi derecha y Trisha a la izquierda, Chloe va detrás de mí para cubrirme. Escucho cómo Edward le levanta la voz a Nana y es el momento perfecto en el que puedo escabullirme a través de las personas que se han comenzado a agrupar para ver qué pasa para irme hacia el cobertizo.

Entramos al hotel y cruzamos el restaurante a toda prisa, pero antes de poder salir para subirnos al coche de Charlie, alguien me toma de la mano y me para en seco. Asustada, me giro. Pero logro volver a respirar con normalidad cuando descubro que es Blaze.

—¿Por qué os vais tan rápido? —pregunta con el ceño fruncido.

Hoy lleva un vaquero y una camisa que marca cada uno de sus músculos. Pero mantiene una expresión dura, seria. Sabe que algo no va bien, Blaze es demasiado perspicaz como para no darse cuenta de las cosas.

—Tenemos prisa —dice Trisha como si nada.

Blaze se cruza de brazos y clava su mirada en mí, tan penetrante, tan... Tengo que desviar la mirada al suelo y morderme el labio inferior. Si Edward está aquí es porque tiene la certeza de mi paradero. Y si él la tiene, también la tendrán ellos.

—¿Vas a contarme qué pasa, por qué estás huyendo? —pregunta, pero sé que me lo dice a mí.

Me debato en sí decírselo o no. Una parte de mí quiere confiar en Blaze, contarle todo y descargar el peso que llevo sobre mis hombros. La otra parte, sin embargo, teme las consecuencias. ¿Qué pasará si él no lo entiende? ¿Si decide que es demasiado peligroso y me deja sola?

Me armo de valor y suspiro profundamente, sintiendo cómo el aire tembloroso abandona mis pulmones. Levanto la vista y lo miro directamente a los ojos, aunque su mirada me hace sentir desnuda y vulnerable.

—Me está buscando a mí, Blaze. Tengo que salir de aquí.

Blaze se queda en silencio por un momento, procesando mis palabras. Puedo ver la tensión en su mandíbula y cómo sus ojos se endurecen con determinación.

—¿Por qué te está buscando? —pregunta finalmente.

Charlie me da un leve apretón que me devuelve un poco de calma. Su presencia me recuerda que no estoy sola, pero también me hace consciente de que me están buscando y no van a parar hasta encontrarme.

—Ese es mi... mi... —me callo porque no soy capaz de articular palabra alguna— era mi prometido.

El silencio se vuelve pesado, llenando el espacio entre nosotros. Siento la presión de sus miradas, la de Blaze llena de preocupación y la de las chicas de apoyo incondicional.

—¿Tu prometido? —repite Blaze, tratando de entender lo que ocurre—. ¿Es él quien te está buscando?

—Hace un mes y medio que me fui de casa porque mis padres se habían empeñado en que me casara con él —La explicación sale sola de mis labios, llevándose todo a su paso... hasta mi alma.

No se lo había dicho a nadie, salvo a Nana, hasta ahora. Y sí, me he desprendido de un peso sobre los hombros, pero la preocupación sigue ahí. Ojalá que desapareciera, ojalá me dejaran en paz para vivir mi vida. Pero para ellos solo soy una mercancía, algo que pueden vender a su antojo por poder.

—¿Te querían obligar a...? —Trisha se lleva la mano a la boca y Chloe me aprieta el hombro—. Tenemos que sacarla de aquí ya, Blaze.

Él, que siempre lo he visto muy seguro de sí mismo, duda de qué hacer. Me mira y no parpadea, quizá por la situación. No obstante, acaba agarrando mi mano con fuerza, unido sus dedos con los suyos y arrastrándome hacia su camioneta.

El aire fuera es fresco, un perfecto día de abril que se ha visto torcido por mí. Como siempre. Fuera no hay gente, pero se escucha movimiento en el jardín, griteríos y muchos murmullos a la vez.

—Escuchadme, nadie puede saber dónde está Lieve —abre la puerta del copiloto y me hace subir—. Necesito que vayáis a casa de Nana y recojáis todo lo de Lieve. Tenéis que hacerlo rápido. Ese tío estaba ayer por aquí preguntando por... ¿Morgan?

Suspiro conforme su mirada se clava en mí.

—Es mi apellido, Lieve Morgan —respondo.

Blaze asiente.

—Es muy probable que la policía vaya a casa de Maggie a registrarla. Hablaré con el sheriff —me agito, pero Blaze apoya su mano en mi rodilla y hace el amago de una sonrisa—. No te preocupes, es de confianza.

—Aquí nadie mueve un dedo sin que Blaze lo sepa antes, Lieve —me asegura Charlie—. Confía en él.

Trago saliva con dureza y asiento. Blaze cierra la puerta y se sube. Mete la llave en el contacto de la camioneta y el motor ruge. Baja la ventanilla, por la que se asoman las chicas.

—No digáis nada de dónde está Lieve. Id a casa de Maggie y haced lo que os he dicho con discreción. Dudo que ese tío tarde mucho en avisar al Capitán Jefferson.

Chloe da varios golpes en la camioneta antes de que Blaze arranque a toda velocidad. Me agarro al cinturón mientras veo como se levantan una cantidad indecente de polvo.

Conforme el Rancho del Alma se queda atrás, yome hundo más en el asiento, tratando de calmar el torbellino de emociones que llevo dentro. Mis pensamientos vuelan tan rápido como la camioneta.

—Blaze —digo en voz baja, apenas audible por el rugido del motor—, ¿qué vamos a hacer ahora?

Él no aparta la vista de la carretera, pero puedo ver cómo se tensa su mandíbula.

—Primero, asegurarnos de que estás a salvo, Lieve —responde con determinación—. Después, ya veremos.

—¿Y dónde me llevas? —pregunto.

Él sonríe sin enseñar los dientes.

—A mi casa.



CAPÍTULO 12

LUMINISCENCIA

LIEVE

Rozo con las yemas de los dedos el cuadro con la foto de familia que Blaze tiene en la mesilla de noche de su habitación. Huele a él, toda la habitación lo hace.

La habitación de Blaze es una mezcla de su personalidad. Las paredes están pintadas de un tono cálido y terroso, un color que recuerda al atardecer sobre los campos que rodean la casa.

El suelo es de madera vieja, crujiente en algunos lugares, con una alfombra al pie de la cama que muestra patrones geométricos en tonos rojos y marrones. La cama es grande, con un cabecero de hierro forjado que tiene un diseño intrincado, casi artístico. Las sábanas son de un azul profundo.

La mesilla de noche, robusta y hecha a mano, alberga varios objetos personales. Además del cuadro con la foto de familia, hay un reloj despertador, con su tic-tac constante llenando el silencio de la habitación.

En la ventana, unas cortinas permiten que entre la luz de la luna. Las estrellas parpadean a través del vidrio.

Pero lo que me llama la atención es eso: la foto. No parece haber pasado mucho tiempo desde que la echaron. Cuento a unas veintipico personas, incluyendo a una cantidad indecente de niños que están riéndose porque Blaze está enseñándoles la lengua. No es la foto perfecta de familia, todos están mirando hacia otro lado en vez de a la cámara. Pero se están riendo, sonriendo. No hay leves sonrisas, ni caras serias. No hay un *no sonrías tanto, que se te notan las*

arrugas de la boca.

—Es mi familia.

Dejo la foto de nuevo en su sitio y giro sobre mis talones. Blaze lleva un pantalón de pijama y tiene el torso al aire. Está apoyado en el marco de la puerta con una sonrisa socarrona que le cruza todo el rostro. Los brazos cruzados sobre su pecho hacen que los músculos de sus brazos se vean mucho más anchos.

Me veo obligada a bajar la mirada. Va como si nada, como si le importara más bien poco que yo estuviera aquí.

Se acerca y coge el marco. Sonríe y lo vuelve a dejar en su sitio.

—Somos siete hermanos, el más pequeño tiene tu edad.

Cómo me hubiera gustado a mí tener hermanos, pero mis padres nunca han querido más hijos. Dicen que con uno, sobre todo como yo, les basta y le sobra. Es una espinita que tengo clavada en el corazón, quizá por eso tengo la ilusión de tener una gran familia. *Porque siempre he sido yo sola.*

—¿Y el mayor? —le pregunto en un hilo de voz, sentándome a su lado en la cama.

Vuelve a coger la imagen.

—Es Andrew —lo señala con el dedo— y la de la derecha su mujer Brooke. ¿Ves al niño que tengo justo enfrente?

—¿A quién le estás sacando la lengua?

Blaze asiente y se ríe por lo bajo.

—Es mi sobrino Evan, tiene cinco años y es un torbellino. La de al lado, la niña que Evan coge de la mano, es Emma. Y el bebé que Brooke tiene en brazos es Daisy —me explica—. Luego están mis padres —los señala—: Oliver y Abigail. Andrew es el primero, luego viene Taylor; que es la segunda, luego yo; que soy el tercero, John; el cuarto, Theodoro; el quinto, Summer; la sexta, y Luke; el pequeño de la casa y por quien mis padres decidieron no tener más hijos.

Frunzo el ceño.

—¿Decidieron no tener más hijos porque ya érais siete? —pregunto con toda la inocencia del mundo.

Blaze deja la foto y se ríe a carcajadas mientras niega.

—Decidieron no tener más hijos porque Luke es un trefemeque. Siempre la estaba liando, siempre encontraba cómo sacar a mis padres de sus casillas. Era, y sigue siendo, un trasto. El problema de mi hermano Lukes era que tenías que preocuparte cuando no se le escuchaba, era muy revoltoso. Sino mis padres hubieran ido a por el equipo de fútbol —murmura, mirándome—. ¿Y tú, Lieve Morgan? ¿Qué es de ti?

Me encojo de hombros y me abrazo a mí misma.

—No hay mucho que contar.

Y es verdad.

No lo hago por querer hacerme la interesante. Es porque no hay mucho que contar, por lo menos si no quieres deprimirte.

—¡Vamos! ¿Qué es lo que guardas detrás de esa sonrisa tímida? —Dos de sus dedos me cogen el mentón y levanta mi rostro hasta hacer que clave mi mirada en la de él. Me relamo los labios y niego—. Vamos, Lieve, soy tu amigo, ¿no?

Enarco una ceja. ¿Amigo? Blaze es esa persona que me hace enfadar como nadie, que me increpa y me irrita con una facilidad casi apabullante. Pero luego hace cosas como las de

ahora y se me ablanda el corazón. Quizá es él y los demás son lo más cercano que he tenido de amigos en mi vida.

—No sé ni cómo definirte —susurro.

Blaze se lleva la mano al corazón y se hace el ofendido. Sí, definitivamente es idiota. Un vaquero idiota y dramático que me saca de mis casillas y me ablanda el corazón con su encanto innato.

—Puedes hacerlo cómo el espectacular y asombroso, además de guapo, hombre que te ha salvado el trasero —dice, bromeando.

—Tú te lo tienes muy creído —sonríe sin enseñar los dientes.

Entonces, en la penumbra de la habitación, Blaze se acerca con una sonrisa amable en los labios. Me da un toque en la nariz y yo la frunzo.

—Pero has sonreído, Lieve, y te aseguro que sería capaz de hacer lo que fuera por verte siempre así.

Me acaricia el rostro con dulzura y yo me pongo roja. Ningún chico, en la poca vida amorosa que he tenido, me ha dicho algo así. Y a pesar de que me guste, de que su tacto caliente sobre mi piel sea de lo mejor que me haya podido pasar en mucho tiempo, me aparto.

—No estoy acostumbrada a esto —murmuro por lo bajo, agarrando con fuerza la sábana y haciéndola un nudo entre mis dedos.

—¿A qué te coqueteen o al afecto, Lieve?

Parpadeo con perplejidad. «Ha dicho coquetear, ha dicho coquetear», me alarmo. Aunque caigo en la cuenta de que Blaize le coquetea hasta a la más anciana del rancho. Él es así, un bravucón engreído.

—Las dos —respondo sin cortarme un pelo—. El afecto puede tener significados muy diferentes según para quién, Blaze. Para mis padres, el afecto o el cariño se demostraba haciendo lo que ellos querían sin rechistar.

Me muevo incómoda sobre la cama y desvío la mirada hacia la ventana. La noche ha caído y con ella todo rastro de la calidez del día. Las sombras se alargan en el horizonte por los faros de los coches que vienen y van de casa de Nana y el viento susurra secretos que no alcanzo a descifrar.

Las estrellas brillan con una intensidad inusual, como si intentaran compensar la oscuridad que se cierne sobre el rancho. Me pierdo en el parpadeo lejano de esos astros, buscando una paz que parece esquivo.

—Te entiendo, ¿sabes? —hace círculos en la sábana con su dedo—. Mis abuelos por parte de madre eran iguales. Querían que mi madre se casara con alguien que ella no amaba. En parte, me recuerdas a ella. Siempre tan buena, tan bondadosa, siempre haciendo lo que ellos deseaban para no decepcionarlos... No puedo creer que a día de hoy todavía haya un porcentaje, demasiado alto para para mi gusto, de matrimonios concertados.

Lo que nunca he imaginado es que él pudiera entenderme.

—El ocho por ciento —respondo sin parpadear—. Todavía son el ocho por ciento, aunque ahora parece ser que hay leyes mucho más duras para evitarlos.

Blaze asiente.

—Sí, hay leyes más duras, pero solo si sale a la luz. Lieve, si no te hubieras ido, ¿lo habrías hecho? —inquiere con el rostro duro.

Me levanto y voy hacia la ventana. Me apoyo en la pared y descubro un poco la cortina para ver cómo los coches de la policía se van junto al de Edward.

¿Lo hubiera hecho? ¿Me habría casado con él aunque eso supusiera no ser feliz? Sí, claro que lo habría hecho. Es lo que mis padres siempre han querido para mí y yo solo he sabido satisfacerlos a pesar de caer en el hoyo más oscuro que alguna vez había imaginado.

Siento un nudo en la garganta y la presión en mis ojos se intensifica. Respiro hondo, intentando mantener la compostura. No quiero que Blaize vea mi vulnerabilidad, pero su pregunta me ha golpeado en lo más profundo.

—Sí —susurro al fin, mi voz apenas audible—. Lo habría hecho. No sabía cómo decir que no. No sabía cómo ponerme a mí misma primero.

Blaize se levanta y se acerca a mí.

—Lieve —dice con una firmeza delicada—, ya no estás allí. No tienes que seguir haciendo lo que otros quieren. Mereces ser feliz. Mereces vivir tu vida según tus propios términos.

Me limpio una lágrima traicionera con el dorso de la mano y asiento.

—Has conseguido salir de ahí —me aprieta el hombro con cariño—, eso ya te hace vencedora.

—¿Y alguna vez parará eso? —le pregunto con la voz entrecortada—. ¿Alguna vez dejarán de buscarme, de intentar que vuelva?

Blaze me gira y me abraza. Abro los ojos como platos, pero los cierro de inmediato cuando sus brazos me rodean y me aprietan contra su cuerpo. Suspiro, «no tenía ni idea de lo que necesitaba esto».

—Claro que lo hará, algún día —susurra él en mi oído mientras me acaricia el pelo—. Solo tienes que sanar, Lieve.

Me separo de él y sonrío con timidez.

—¿Y después de eso?

—Después de eso les darás una patada en el trasero y espero estar ahí para verlo —me guiña un ojo y salta en carcajadas.



CAPÍTULO 13

TRANQUILIDAD

LIEVE

Cuando me despierto, escucho voces bajas, lejanas, que vienen de la planta de abajo. Me estiro y caigo de nuevo en la almohada. No sé dónde diablos habrá dormido Blaze, pero su cama ha sido mía por toda la noche y no he podido estar más a gusto. No sé si por su perfume, impregnado en cada parte de su habitación, o porque la cama es muy cómoda... y grande. O quizá soy demasiado pequeña y me parece enorme.

Me quito las sábanas, tirándolas hacia atrás y pongo los pies en el suelo. La madera cruje, pero no demasiado.

Camino, vistiendo solo una camiseta que me ha dejado Blaze y que me llega por las rodillas de los Dallas Cowboy, hacia las escaleras y las bajo, intentando no hacer ruido. Nana y Joe están allí con el sheriff, lo reconozco porque ha venido varias veces a la librería a comprar libros para su hija.

—Jenkins, me la estoy jugando. ¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? —le pregunta.

Me asomo con mucho cuidado. Me quedo allí, pegada a la pared y quieta.

—Sí. Lieve nunca mentiría y mucho menos Maggie y Joe. Quieren obligarla a casarse con ese tío, no puedes dejar que el Capitán se entere de esto.

Me abruma la confianza que Blaze deposita en mí. Apenas me conoce, pero está haciendo todo lo posible para ayudarme. Y eso dice muchísimo de él.

—Clyde, esa niña está en peligro —le dice Nana en un sollozo—. Me da igual las veces que vengan a registrar mi casa, a buscarla diciendo que soy yo quien la ha incitado a irse. Mi niña, mi Lieve, no se irá con ellos.

Su Lieve.

Qué bien suena.

—La parte positiva es que no han encontrado nada de ella. No sé cómo lo has hecho, Jenkins, pero lo has conseguido. Ahora, si quieren volver a entrar, deberán tener permiso de un juez y antes me lo tendrán que notificar a mí.

—¿Significa que Lieve está segura? —inquire Joe con un atisbo de esperanza.

El sheriff chasquea la lengua y me asomo. Blaze está de pie, apoyado con las dos manos en la mesa. Nana y Joe están sentados justo en frente del sheriff. En la mesa hay tazas de café y unas cuentas tortitas con sirope de arce. Me rugen las tripas.

—No lo estará hasta que sea ella quien se enfrente a ellos —explica—. Por lo poco que me habéis explicado, ahora mismo eso es imposible. Y es normal debido a la situación que ha vivido y está viviendo. Sé de casos de chicas a las que les ha costado años enfrentarse a sus padres hasta decir basta.

—¿A qué grado de dominio ha estado sometida Lieve como para estar así? —pregunta Blaze con un tono de puro enfado.

—No te haces una idea, Blaze —susurra Nana y veo veo como Joe le aprieta la mano—. Aquello era un infierno.

¿Un infierno? Eso se queda corto.

Mis padres son de esos que se llenan la boca diciendo que tienen la familia perfecta, pero cuán equivocada es esa imagen. Desde fuera, todo parece impecable, pero la realidad dentro de esas paredes es otra historia. Durante años, fui sometida a un control absoluto, un dominio que no dejaba espacio para mi propia voluntad. Cada decisión, cada pensamiento, cada sentimiento era monitoreado y juzgado. Era como vivir en una prisión sin barrotes visibles, pero con cadenas que me ataban el alma.

—Creo que dejarán durante un tiempo de husmear, pero sí ha venido aquí es porque estáis en el foco de su atención —aclara el sheriff—. Lo importante ahora es que Lieve se recupere y pueda enfrentar esa situación. Yo me encargaré de lo demás.

Nana se levanta y le da las gracias al sheriff mientras le estrecha la mano. Joe la imita y Blaze lo acompaña a la puerta. Cuando la cierra, se echa el pelo para atrás y bufa.

—¿Cómo pueden ser así? —se pregunta más para él que para los demás.

Esa es una pregunta que me he hecho yo durante muchos años. Nadie tiene la capacidad de saber la razón de cómo el ser humano puede llegar a semejante grado de maldad. Somos una especie que nos destruimos mutuamente, que solo pensamos en el dominio ajeno y el poder. Somos superficiales, la única razón por la que mis padres mantienen esa fachada de perfección es para alimentar su propio ego, para tener algo de lo que presumir ante los demás.

Desde pequeña, me había preguntado qué había hecho mal para merecer tal trato. ¿Por qué ellos, que deberían amarme y protegerme, me habían convertido en su prisionera? Las cicatrices emocionales que dejaron en mí eran profundas, y cada vez que trataba de pensar en ello, sentía como si esas heridas se reabrieran, sangrando de nuevo.

Ver a Blaze tan frustrado, tan impotente, me hacía sentir una mezcla de tristeza y gratitud. Tristeza porque sabía que nunca podría entender del todo lo que había pasado, y gratitud porque, a pesar de todo, estaba allí, a mi lado, dispuesto a luchar por mí.

—Si tú pusieras... —murmura Joe entre dientes, apretando los puños.

—¿Si supiera qué? —inquire Blaze con el ceño fruncido.

Aparezco por el arco que da entrada a la cocina encogida sobre mí. Nana abre los ojos y viene a abrazarme. Me estrecha entre sus brazos y me da un millón de besos en la cara, por todos lados.

—Todo lo que han hecho, Blaze —respondo—. Para que me casara con Edward, hicieron de todo. Hasta ir a la escuela infantil y decir que iba a dejar de trabajar porque me iba a dedicar a mi marido y la casa. Hasta armar una fiesta de pedida sorpresa con todo el mundo para no poder negarme. Hasta ser capaces de mil y una barbaridades para que lo hiciera.

Aprieta la mandíbula. Blaze se tensa y acaba maldiciendo por lo bajo.

Pone una de las manos en su cadera y otra la señala con la palma hacia arriba.

—No voy a dejar que pongan un pie en el rancho, Lieve. —La lleva a su corazón—. Lo prometo. No voy a dejar que se acerquen a ti si tú no quieres.

Se lo agradezco con una sonrisa y me siento para desayunar con ellos hasta que me acabo todo el plato de tortitas que, al parecer, ha preparado Blaze. No están nada mal, debo admitir. Aparte de tener un corazón de oro, y de ser un creído, cocina bien.

Cuando me las acabo, me dirijo a la habitación para cambiarme. En cinco minutos estoy ya abajo, lista para volver a... a casa. Suena raro llamar hogar a un lugar que, en realidad, no lo ha sido nunca, pero que se siente más cálido y seguro que cualquier otro lugar en el que he estado.

Me despido de Blaze con un abrazo y me voy con Nana y Joe.

El camino hacia el rancho es tranquilo, interrumpido solo por el canto de los pájaros y el suave crujir de las hojas bajo nuestro paso con la furgoneta. Cuando llegamos al rancho de los Walker, noto algo diferente en la entrada. Aparcada junto a la cerca hay una camioneta reluciente, nueva, que no había visto antes. Mis pasos se detienen, y me quedo mirando, perpleja, mientras Nana y Joe intercambian sonrisas cómplices a mis espaldas.

—¿Qué es esto? —pregunto, señalándola.

Nana se adelanta.

—Es tuya, Lieve —anuncia con voz cálida—. Joe y yo pensamos que te vendría bien tener tu propio medio de transporte.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras intento procesar lo que acabo de escuchar.

—¿Mía? Pero... no puedo aceptar algo así. Debe haber costado una fortuna.

Joe, con su habitual calma, da un paso adelante y coloca una mano sobre mi hombro.

—Es un regalo adelantado de cumpleaños, querida. Sabemos que has pasado por mucho, y queríamos darte algo especial, algo que te recuerde que ahora tienes una familia y un hogar aquí.

Sacudo la cabeza, todavía luchando por asimilarlo.

—No puedo aceptar algo tan grande. Os prometo que los pagaré hasta el último centavo que ha costado.

Nana sonríe y niega con la cabeza.

—No es necesario. Esto es un regalo, Lieve. Un regalo de cumpleaños. Queremos que te sientas bienvenida y que sepas cuánto te valoramos.

¿Eso es tener una familia? ¿Es este calor en el corazón lo que significa pertenecer a alguien, a algún lugar?

Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras doy un paso adelante y abrazo a Nana y

Joe con fuerza.

—Gracias, muchas gracias. No sabéis cuánto significa esto para mí.

Ellos me devuelven el abrazo. Cuando finalmente me separo, noto que Blaze ha llegado al rancho. Tenemos que volver a hacer una vida normal, y eso significa trabajar. No podemos dejar nuestros quehaceres por lo que ha ocurrido.

—¿Qué tal te parece tu nueva camioneta? —pregunta, guiñandome un ojo.

—¿Tú lo sabías? —me acerco a él y le doy un golpe en el brazo que hace que se ría—. Es increíble —respondo, sin poder dejar de sonreír—. Nunca en mi vida me imaginé algo así.

Nana y Joe se sientan en el porche, observando con cariño mientras Blaze y yo inspeccionamos la camioneta. Me enseña los controles y me explica cómo funciona todo. Sus manos son firmes y seguras mientras me muestra cada detalle.

—Esta camioneta es perfecta para ti —dice, mirándome a los ojos—. Fuerte, resistente y capaz de enfrentar cualquier cosa. Como tú —agrega con una sonrisa.

Río, sacudiendo la cabeza.

—Aún no me siento tan fuerte.

Blaze asiente.

—Lo serás, Lieve. —Cierra la puerta de la furgoneta y se mete las manos en los bolsillos del pantalón vaquero—. Oye, Lieve, ¿por qué no vienes el sábado al cine? Vamos a ir todos.

—¿Todos? ¿Eso incluye a Trisha y Chloe? —le pregunto.

Sé que Charlie va a ir sin pensarlo porque está hasta las trancas de Paul. No quiero dejar de lado a Trisha y a Chloe. Ahora son mis amigas y para mí sería muy importante que ellas también pudieran venir.

—¿Lo dices por qué estaban en el grupito de Tanisha? —Blaze se apoya en la camioneta. Asiento en respuesta y él sonríe de medio lado—. Lieve, creo que has crecido en un mundo distinto al mío —se ríe por lo bajo—. Pero sí, por supuesto que pueden venir.

¿Cómo es posible que todo aquí sea tan diferente? Me doy cuenta de que, en este lugar, las cosas no son tan complicadas como las he hecho en mi cabeza durante tanto tiempo. Aquí, las diferencias se desvanecen, y las personas son valoradas por quienes son, no por los grupos a los que pertenecen.

—Gracias, Blaze —digo, sinceramente agradecida.

—No hay de qué —responde, su sonrisa cálida y reconfortante—. Vamos a pasar un buen rato, te lo prometo.

Y lo supe, supe que ese día sería inolvidable.



CAPÍTULO 14

SERENIDAD

LIEVE

La sensación de levantarme serena, en paz, se me hacía demasiado extraña. Es como si hubiera pasado toda mi vida en un constante estado de tensión, de expectativas y decepciones, y de repente, aquel peso que oprimía mi pecho se ha disipado. La mañana en el rancho se presenta radiante, con el sol filtrándose a través de las cortinas y los sonidos familiares de los animales despertando en la distancia. Pero en mi interior, todo era diferente.

Edward se ha ido, y con él todas las expectativas y presiones que mis padres habían puesto sobre mis hombros, por lo menos hasta que vuelvan a hacer presencia. Lo harán en algún momento, lo sé. Desde que era una niña, me habían enseñado que mi destino era casarme con alguien, con un buen partido según los estándares de nuestra comunidad. Pero nunca me había sentido a gusto con esa idea. Edward era un buen chico, amable y educado, pero no era alguien a quien amara, alguien con quien quisiera estar.

Él también está bajo los efectos de esa presión social. Y no lo culpo por presentarse aquí porque es un títere más dentro de esta absurda función.

Me levanto de la cama, notando la ligereza en mi cuerpo. Es como si, por primera vez en años, mis movimientos no estuvieran guiados por la obligación. Me acerco a la ventana y abro las cortinas, dejando que la luz del sol inunde la habitación. Los campos del rancho se extienden ante mí, verdes y llenos de vida.

Y desde allí lo veo.

Blaze está junto a Shadow y otros caballos. Lleva un sombrero vaquero y una camiseta que, a pesar de la distancia que me separa de él, se funde con su cuerpo. Ensilla a Shadow y desvía la mirada hacia la casa. Sonríe y me saluda, moviendo su mano.

Le respondo de la misma manera y me alejo de allí para cambiarme.

Bajo las escaleras ya vestida, y en la cocina, encuentro a Nana preparando el desayuno. Sus ojos se levantan hacia mí con una mezcla de preocupación y alivio, es como si siguiera pensando en que algún día desapareceré. Sé que ella también ha sentido el peso de toda esta parafernalia, aunque siempre ha intentado ocultarlo. Nos miramos en silencio por un momento, y luego me acerco a ella, abrazándola con fuerza.

—Está bien, Nana —le susurro—. Todo está bien.

Ella asiente, su cuerpo se relaja en mi abrazo. Sé que también está aliviada. Su corazón siempre ha estado con el mío. Me siento y me como el desayuno mientras que las noticias están de fondo. Nana me ha puesto un bol de yogur, fruta, miel y crema de cacahuete. Está delicioso y me lo acabo todo hasta rebañar el plato.

Entonces, me voy a mis quehaceres.

Salgo al campo. Los caballos pastan tranquilamente, y el aire fresco de la mañana me llena los pulmones. Me acerco a mi caballo favorito, Rossie, y le echo heno en el recobeco de la comida. Ranger es el siguiente. Lo acaricio y él busca en alguno de los bolsillos de mi vaquero las ansiadas zanahorias.

—Si os portáis bien —les digo, saliendo de su espacio—, os traeré muchas.

—Y si yo me porto bien, ¿qué me vas a traer? —preguntan a mi espalda.

Por primera vez, no me asusto. Sigo acariciando a Ranger y a Rossie mientras que una sonrisa cruza mi rostro.

—¿A ti? —inquiero. Y lo siento detrás de mí, muy cerca. Miro por encima de mi hombro y observo como Blaze se encuentra a solo centímetros de mi rostro. Me pongo roja por la cercanía y carraspeo—. A ti te voy a dar un buen empujón si no te alejas un poco.

Blaze se ríe, una carcajada profunda que hace eco en el establo. Da un paso atrás, levantando las manos en un gesto de rendición. Y más le vale porque como no se aparte voy a hacer lo que sea para que Rossie le dé una coz.

—No quería asustarte, Lieve. Solo quería saber qué tengo que hacer para merecer una zanahoria —me guiña el ojo, juguetón.

—Primero, dejar de ser un metiche —respondo, dándole una suave palmada en el hombro mientras paso junto a él para dejar la bolsa de heno en su sitio—. Y segundo, trabajar tanto como estos dos —señalo a Rossie y Ranger.

Blaze pone una expresión de falsa indignación mientras que los caballos relinchan.

—¿Trabajar? Yo soy el que mantiene este rancho en pie.

Río, disfrutando de esto. Blaze siempre sabe cómo hacerme reír, cómo hacer que todo parezca más ligero. No sé cómo lo consigue, pero lo hace.

—Claro, claro —respondo, arqueando una ceja—. Porque es tan difícil levantarse temprano, montar a caballo y... ¿Qué más haces? Ah, sí, tocar las narices.

Blaze me lanza una mirada ofendida, más dramática que la de un actor profesional en un culebrón, y se lleva una mano al pecho.

—¡Eso es una acusación grave, señorita! Tendré que defender mi honor —exclama.

Me cruzo de brazos y detengo una risa que quiere salir de mi pecho con fuerza.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

Blaze se acerca de nuevo, esta vez más lentamente, y se detiene enfrente. Baja la cabeza y me reta con la mirada.

—Bueno, podría desafiarte a una carrera de caballos. Pero... sé que perderías.

Lo miro con incredulidad.

—Básicamente porque no sé montar a caballo, que, sino, perderías —chasqueo la lengua y niego—. Ahora ya en serio, Blaze, ¿cómo te va la mañana?

Se encoge de hombros y se apoya en una viga. Se tira el sombrero para atrás, haciendo un gesto muy sensual. Bueno, Blaze es muy sexy. Me pregunto si será consciente de ello o no, aunque conociéndolo estoy segura de que la respuesta es afirmativa.

—Bien —dice—. He cerrado otro mes más de reservas, ya vamos a por julio.

Abro los ojos, impresionada, y me dirijo hacia el estante en dónde está la bolsa con las zanahorias para Rossie y Ranger, aunque saco otra más para Shadow.

—¿Ya has cerrado todo junio? Impresionante. —Se la doy a Shadow y relincha de felicidad. Lo acaricio mientras que él no me quita la mirada de encima—. Nana me dijo que está intentando que me cojan para la escuela de verano como profesora.

Blaze se aparta de la pared y camina hacia mí. Acaricia a Shadow y le da unas palmaditas en el lomo.

—¿Eres profesora? —inquire en mi dirección.

—Sí —respondo con una sonrisa al recordar las prácticas cuando finalicé la carrera.

La clase, los niños, sus risas y preguntas curiosas... Enseñar siempre ha sido una de mis mayores pasiones.

—Pues estoy seguro de que te seleccionarán —murmura con una sonrisa socarrona—. ¿Te apetece ir a dar una vuelta con Shadow? —señala la silla.

Niego de inmediato.

—No sé montar —susurro.

Pero, de inmediato, Blaze empieza a reírse a carcajadas. Abro los ojos como platos

cuando caigo en lo mal que ha sonado eso. Me pongo roja como un tomate y le arreo un manotazo.

—¡No me refería a eso! —Siento cómo la cara me arde—. ¡Eres un malpensado, Blaze!

Blaze trata de contener la risa, pero su mirada traviesa me indica que sigue disfrutando de mi incomodidad.

—Lo siento, Lieve. No pude evitarlo —dice, levantando las manos en señal de rendición—. Pero en serio, ¿quieres intentarlo? Yo te ayudo.

Sigo sintiendo el calor en mis mejillas y bajo la mirada, incómoda. No me gusta sentirme avergonzada, y mucho menos delante de Blaze, pero su tono amable y la sinceridad que destila por cada poro me hacen dudar.

—No sé, Blaze. Podría caerme —murmuro.

—No te preocupes, estarás segura. Yo estaré contigo todo el tiempo. —Me da una mirada tranquilizadora—. Vamos, no puedes vivir en un rancho y no saber montar. Es casi un crimen.

Sus palabras me sacan una pequeña risa, y me doy cuenta de que tiene razón. No puedo dejar que el miedo me detenga.

—Está bien, lo intentaré —digo.

Blaze sonríe ampliamente. Se acerca a Shadow y coloca mejor la silla de montar con cuidado, asegurándose de que esté bien ajustada.

—Primero, coloca tu pie en el estribo y sujétate de la silla —me instruye con suavidad.

Sigo sus indicaciones, aunque mis manos tiemblan un poco. Blaze se coloca detrás de mí, con sus manos firmes sosteniéndome por la cintura mientras me ayuda a subir a Shadow. Su toque es cálido, y me siento un poco más segura.

—Ahí lo tienes —dice con una sonrisa—. ¿Ves? No ha sido tan difícil.

Respiro hondo, tratando de calmar los nervios mientras me acomodo en la silla. Shadow se mueve un poco, pero Blaze mantiene una mano en las riendas, asegurándose de que el caballo esté tranquilo.

—Muy bien, ahora voy a subir detrás de ti —anuncia Blaze.

Lo miro sorprendida, y antes de que pueda decir algo, él ya está montado detrás de mí, con sus brazos rodeándome para tomar las riendas. La cercanía hace que el corazón me lata con fuerza, pero trato de concentrarme y mantenerme equilibrada.

—¿Lista? —susurra en mi oído.

Asiento, incapaz de hablar. Blaze da una ligera presión a las riendas y Shadow comienza a moverse con un paso tranquilo. Al principio, estoy tensa, pero Blaze murmura que no me preocupe.

—Relájate, Lieve. Solo disfruta del paseo —me dice con suavidad.

Poco a poco, empiezo a relajarme, dejándome llevar por el ritmo constante de Shadow y el cálido sol de la mañana. Los campos se extienden ante nosotros, verdes y tranquilos, y el sonido de los cascos del caballo es casi hipnótico.

Blaze guía a Shadow hacia el borde del rancho y nos dirigimos hacia un sendero que lleva al río Alum Creek Lake. El paisaje es hermoso, y siento una serenidad que no había experimentado en mucho tiempo.

—Blaze, esto es... increíble —digo finalmente, girando un poco la cabeza para mirarlo.

Él sonríe.

—Me alegra que te guste. Este es uno de mis lugares favoritos.

Seguimos avanzando, y la conversación fluye de manera natural. Blaze me cuenta historias sobre su infancia en el rancho, sus travesuras y aventuras con sus hermanos que me hacen reír. Ya apuntaba maneras de ser todo un galán desde pequeño. Yo le hablo de mis sueños y aspiraciones, de cómo siempre he querido ser profesora y ayudar a los niños. Nunca se lo había contado a nadie con tanta sinceridad, y me sorprende lo fácil que es abrirme con él. Aunque una parte de mí siente miedo de esa comodidad. Es inquietante como una persona a la que conoces de solo un mes y medio tiene la capacidad de generar esa confianza en ti hasta el punto de abrirte y contarle tus sueños.

Después de un rato, llegamos al río Alum Creek Lake. El agua brilla bajo el sol y hay una tranquilidad en el aire que hace que todo parezca perfecto.

—Ven, vamos a bajarnos aquí —dice Blaze, deteniendo a Shadow y ayudándome a desmontar.

Mis piernas tiemblan un poco al tocar el suelo, pero Blaze me sostiene firmemente hasta que recupero el equilibrio. Luego, guía a Shadow hacia un pequeño cobertizo donde el caballo puede descansar y beber agua.

—¿Qué es este lugar? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Es mi casa, bueno, otra de ellas —responde Blaze.

Me toma de la mano y me lleva hacia una gran casa de madera que se encuentra cerca del río. La casa es impresionante, con grandes ventanas que ofrecen vistas panorámicas del paisaje circundante.

—Blaze, es... increíble —digo, sin poder ocultar mi asombro.

—Lo sé —afirma—. Y por dentro es todavía mejor, pero no me he traído las llaves. Cuando llega mayo, solemos venir muy a menudo, quizá este año te quieras unir a nosotros.

—¿De verdad? —inquiero con emoción.

Él asiente con una sonrisa.

—Claro. Además, creo que a Denisse le encantas. Está fascinada contigo —pone los ojos en blanco—. No la entiendo, si eres...

—¿Si soy qué? —pregunto, levantando una ceja.

Blaze se ríe y sacude la cabeza.

—No, no, mejor no digo nada. No quiero que luego te pongas a llorar porque te dije la verdad.

Le doy un empujón suave, riéndome.

—¡Oh, vamos, Blaze! No soy tan sensible.

Blaze se pone una mano en el pecho, simulando sorpresa.

—¿En serio? Porque la última vez que te hice una broma, casi te caes de la silla.

—¡Eso no es verdad! Bueno, ¡sí! Pero en mi defensa tengo que decir que has sido tú el que me ha soltado que había un bicho cerca de mí. Ha sido una broma de muy mal gusto —protesto, sonrojándome al recordar el incidente por el que casi me caigo, minutos antes de llegar aquí, de la silla.

—Ah, sí lo es. Si no fuera por mi gran habilidad de rescate, habrías acabado en el suelo —dice, dándose aires.

—Oh, claro, eres todo un héroe —respondo con sarcasmo, cruzando los brazos.

Blaze me mira con una sonrisa traviesa.

—Sabes, Lieve, no puedes resistirte a mi encanto. Es algo que tienes que aceptar.

—¿Tu encanto? ¿Es eso lo que llaman ahora la arrogancia? —respondo, sonriendo.

Blaze finge estar herido, llevándose una mano al corazón.

—Me has herido profundamente, Lieve. Tendré que irme a llorar en un rincón.

Nos miramos en silencio por un momento antes de que ambos estallamos en risas. La tensión que había sentido antes se disipa por completo, y me doy cuenta de lo cómoda que me siento con él.

—En serio, Lieve. Creo que deberías venir más a menudo. Denisse te adora y... bueno, yo también disfruto de tu compañía —dice, más serio esta vez.

Siento un calor agradable en mi pecho al escuchar sus palabras.

—Te tomaré la palabra —susurro, mirando mis zapatos—. ¿Por qué no volvemos ya? Tengo qué hacer cosas en el rancho.

¿Quién iba a pensar que Blaze Jenkins fuera así? Me ayuda a subir a Shadow y volvemos por el mismo camino hasta llegar al rancho. Me bajo del caballo y me hago una coleta porque hace bastante calor. Blaze hace un gesto con el sombrero cuando Nana se acerca. Me pasa un brazo por los hombros y lo mira, que baja del caballo.

—¿Te has divertido, cielo? —me pregunta Nana con una sonrisa.

Sin embargo, antes de que pueda responder, veo a Tanisha saliendo de la casa. Mientras pasa al lado de nosotros, me mira de arriba abajo con una expresión evaluadora. Desde que Nana y Joe se enteraron de lo que había hecho Tanisha, ella ha evitado acercarse a mí. Por una parte,

me siento más segura así porque Tanisha me ha dejado en paz y, por lo menos, la convivencia se ha vuelto más amena.

—Sí, me lo he pasado muy bien —le digo a Nana, tratando de ignorar la mirada de Tanisha—, pero he vuelto para ayudar.

—Eso es lo que me gusta escuchar —responde Nana, dándome una palmada en el hombro.

Tanisha se dirige a su camioneta y se va sin decir una palabra. Veo a Nana observándola con una expresión de preocupación, pero no dice nada. Me vuelvo hacia Blaze, quien me mira con una sonrisa tranquilizadora.

—Nos vemos el sábado para el cine con los demás, ¿verdad? —pregunta Blaze.

—Claro, allí estaré —respondo, sonriendo.

Blaze se inclina un poco más cerca, con una chispa de diversión brillando en sus ojos.

—Y no te preocupes, Lieve. Si Tanisha intenta algo, estaré ahí para protegerte —dice en tono de broma, pero con una seriedad subyacente que me reconforta.

Le doy un empujón suave en el hombro y se va riendo.

«Jenkins, eres un idiota muy encantador».

Me despido de él y me voy con Nana y Denelle a hacer jabones para el Rancho del Alma. Me gusta sentirme tranquila, ojalá durara esto toda la vida... pero lo que no sabía es que esa serenidad acabaría pronto.

Y de la peor forma posible.



CAPÍTULO 15

CULPABLE

BLAZE

Me acerco con tal sigilo a dónde se encuentra que ni el sonido más mínimo escapa de mis pasos. La librería está en silencio, excepto por el suave susurro de las páginas al pasar y el murmullo distante de una conversación en la parte trasera. Me escondo tras una estantería, observándola trabajar.

Lieve está de pie frente a una estantería, absorta en su tarea de organizar libros. Lleva un vestido primaveral que realza su figura esbelta, de un tono pastel que contrasta con su piel clara. El vestido se mueve suavemente con cada uno de sus movimientos. Su cabello, suelto y brillante, cae sobre sus hombros. No puedo evitar pensar en lo hermosa que se ve.

Me acerco un poco más, aprovechando el momento. Hay algo en la forma en que se concentra, en cómo sus labios se curvan ligeramente mientras examina los títulos, que me hace sonreír. Me detengo justo detrás de ella, a punto de dar el siguiente paso, y de repente le doy un susto.

—¡Boo! —exclamo en voz baja pero lo suficientemente fuerte para que me escuche.

Lieve da un pequeño brinco, y los libros que tenía en las manos caen al suelo con un ruido sordo. Sus ojos se abren desmesuradamente y su respiración se acelera por el susto. Me siento un poco culpable, pero no puedo evitar reírme ante su reacción.

—¡Blaze! —exclama ella, llevándose una mano al pecho—. ¡Me has asustado!

—Lo siento, no he podido resistirme —digo, aún con una sonrisa en los labios mientras me agacho para ayudarla a recogerlos.

Sus ojos marrones me miran con una mezcla de reproche y diversión.

—Eres imposible —dice, sacudiendo la cabeza con una sonrisa que suaviza su reprimenda.

—Lo sé, lo sé. Pero vengo con noticias —digo, levantándome con los libros en la mano y ayudándola a colocarlos de nuevo en la estantería—. El plan de ir al cine se ha cancelado.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta ella, frunciendo el ceño.

—Hay partido de los Dallas Cowboys, y lo vamos a ver en mi casa —respondo con una sonrisa traviesa.

—¿Un partido? Pero yo no entiendo nada de fútbol americano —protesta, cruzando los brazos.

—No necesitas entender, solo disfrutar de la compañía —digo, acercándome un poco más, con ese aire bravucón y coqueto que sé que la desconcierta—. Vamos, Lieve, será divertido. Además, podré explicarte las reglas mientras lo vemos. ¿Qué dices?

Ella suspira.

—Está bien, Blaze. Pero espero que tengas algo más que cerveza y patatas fritas en tu casa.

—¡Por supuesto! —digo, levantando las manos en señal de rendición—. Prometo una buena comida y una gran compañía.

Lieve y yo intercambiamos unas últimas palabras, ella con una sonrisa amable y yo con un guiño juguetón que la hace enrojecer. Me despido de ella, prometiéndole que la tarde será memorable y divertida.

—Nos vemos más tarde, Blaze. Y gracias por el susto —dice ella, con una risa ligera mientras se da la vuelta y regresa a su tarea.

La observo por un momento, apreciando la ligereza de su paso y la elegancia con la que se mueve. Luego me dirijo a mi furgoneta, estacionada a unas cuerdas de la librería.

De repente, escucho mi nombre. Al principio, pienso que es una ilusión. Pero entonces, una voz familiar y no que no oír rompe la tranquilidad.

—¡Blaze! ¡Blaze, espera!

Me giro, y veo a Tanisha corriendo hacia mí. Sus largos rizos oscuros se balancean con cada paso, y sus ojos están llenos de súplica. Mi corazón se hunde un poco, sabiendo que esta confrontación era inevitable, pero estaba deseando que no ocurriera.

—Tanisha, déjame en paz —digo, tratando de mantener mi voz firme pero sin gritar.

No quiero dar un espectáculo en medio de la calle.

Ella no se detiene. Se acerca aún más. La furia empieza a hervir dentro de mí. Cuando finalmente está a solo unos metros de distancia, me detengo en seco y la miro directamente a los ojos.

—Blaze, por favor, solo quiero hablar contigo —dice con desesperación.

—No tengo nada que decirte —respondo, empezando a caminar de nuevo hacia la furgoneta.

Pero Tanisha no se da por vencida. Siento su mano en mi brazo, y me vuelvo, enfadadísimo, la agarro del brazo y la arrastro a un callejón cercano, lejos de las miradas curiosas.

—¡Blaze, por favor! —grita ella, pero la ignoro, empujándola suavemente pero con firmeza contra una pared.

—Tanisha, tienes que dejarme en paz —digo con mi voz ahora baja y con un filo peligroso—. Lo que ocurrió entre nosotros fue un error. Una equivocación de la que ambos somos responsables, pero que no debería haber pasado nunca.

—Pero yo te quiero —dice ella con sus ojos llenándose de lágrimas.

—¡Pues yo no! —exclamo, y aunque sé que mis palabras son crueles, no puedo detenerme—. Nunca te quise. Fue un momento de debilidad, de confusión. ¡Joder, Tanisha, estaba borracho! Pero no significa nada para mí. Tú no significas nada para mí.

Sus lágrimas caen libremente, y aunque una parte de mí se siente miserable por hacerla llorar, sé que es necesario. Necesita entender que no hay futuro para nosotros, que cualquier esperanza que tenga es en vano.

—¿Por qué eres tan cruel? —susurra, quebrándosele la voz.

—Porque necesitas escucharlo de una vez por todas —respondo, mi voz endurecida—. No quiero saber nada de ti. Necesito que entiendas que debes alejarte de mí. Tengo mi propia vida, y tú no formas parte de ella. He consentido esto durante mucho tiempo y no debería de haber sido así.

Tanisha se queda en silencio, con las lágrimas todavía corriendo por sus mejillas. Finalmente, asiente con lentitud, como si por fin comprendiera la magnitud de mis palabras. Me siento aliviado, pero también lleno de una amarga tristeza por cómo he tenido que hablarle.

—Está bien, Blaze —dice finalmente, su voz apenas es audible—. Te dejaré en paz.

La suelto, sintiendo un peso enorme en mi pecho. La observo alejarse, sus hombros están hundidos y su paso es lento. Parte de mí quiere ir tras ella, pero sé que eso solo empeoraría las cosas. Necesito ser firme para que ella pueda seguir adelante.

Para seguir yo adelante.

Regreso a mi furgoneta, tratando de sacudirme la sensación de culpa. Inmediatamente, Lieve aparece en mi mente. Necesito concentrarme en eso, en lo positivo. Mientras me subo a la furgoneta y arranco el motor, trato de dejar atrás el encuentro con Tanisha, aunque sus palabras y lágrimas sigan resonando en mi cabeza.

No me gusta ser así, lo odio.

Conduzco hacia casa, tratando de enfocarme en el partido de los Dallas Cowboys y en la compañía de Lieve. Pero a medida que me acerco al rancho, una sensación de inquietud empieza a asentarse en mi estómago. Recuerdo las últimas semanas, los problemas que han estado ocurriendo y cómo todo parece estar saliéndose de control.

Al llegar, noto el coche de mi tío Owen estacionado frente a la casa. Estaciono y salgo de la furgoneta, caminando hacia la casa con pasos pesados.

Lo he tenido que llamar. Él es quién nos ayuda con el Rancho del Alma y su experiencia me ayudará a saber qué hacer en este caso. Ayer hubo otra muerte y alguien vio a un encapuchado salir del establo. Esta vez ha sido un caballo.

—¡Tío Owen! —llamo al entrar, y su rostro curtido por los años aparece en el umbral de la cocina, con una sonrisa cansada.

—Blaze, muchacho, ven aquí —dice, abriendo los brazos.

Nos sentamos en la mesa de la cocina, y Owen me sirve una taza de café fuerte que ha preparado mientras yo no estaba. Su mirada es seria, y sé que está tan preocupado como yo por lo que está ocurriendo.

Mi tío Owen tiene acceso a mi casa. En realidad, todos la tienen.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta, aunque ambos sabemos la respuesta.

—No bien, tío. Estoy realmente preocupado. Hay alguien que quiere que no nos vaya bien, y no sé quién puede ser. —Tomo un sorbo de café, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. En lo que llevamos de año, han envenenado a varias de nuestras vacas y arrasado con toda una plantación. Estamos perdiendo mucho dinero y, lo peor, es que estamos perdiendo la confianza de nuestros trabajadores y proveedores. Espero solventar eso con la facturación de la reapertura.

Owen asiente. Está claro que esto le afecta tanto como a mí.

—He estado pensando en eso, Blaze. No es normal que estas cosas pasen así, de repente y de manera tan sistemática. —Su voz baja, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando—. Creo que quien quiera que sea, está aquí, dentro del rancho.

Sus palabras me golpean como una tonelada de ladrillos. Miro a mi tío, tratando de procesar lo que acaba de decir.

—¿Dentro del rancho? ¿Quieres decir que crees que es alguien de nuestro propio equipo?

Owen asiente lentamente, con sus ojos fijos en los míos.

—Sí, eso creo. Alguien que tiene acceso, que sabe cuándo y cómo actuar sin ser descubierto. Alguien en quien confiamos.

El pensamiento me llena de una mezcla de rabia y desesperación. No quiero creer que alguien de nuestro equipo, alguien en quien hemos confiado y a quien hemos tratado como a una

familia, pueda estar detrás de todo esto. Pero la lógica de Owen tiene sentido, y no puedo ignorarla.

—¿Quién podría ser? —pregunto.

—No lo sé, Blaze. Pero necesitamos estar atentos, vigilar más de cerca. Hablar con la gente, tratar de descubrir quién podría tener motivos para hacernos esto.

Asiento. Cada rostro conocido se convierte en una posible amenaza, cada gesto amistoso en una posible máscara.

Nos quedamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La gravedad de la situación pesa sobre nosotros como una losa, y sé que las cosas no serán iguales hasta que descubramos quién está detrás de todo esto y porqué lo está haciendo.

Necesito encontrar al culpable.



CAPÍTULO 16

NIÑA BUENA

LIEVE

Despierto con la sensación de que el sol me acaricia el rostro. Parpadeo y veo cómo los rayos se cuelan a través de las cortinas, bañando la habitación en una luz dorada. El sueño se disipa lentamente mientras me desperezco y me incorporo en la cama. La casa está en silencio, un silencio que resulta extrañamente reconfortante.

Me visto con rapidez, eligiendo unos jeans y una camiseta sencilla y básica. Mi estómago ruge, recordándome que no cené mucho anoche. Bajo las escaleras en dirección a la cocina, atraída por el aroma tentador del café recién hecho y el inconfundible olor del pan tostado.

Al entrar en la cocina, mis ojos se detienen en la figura sentada a la mesa. Es Tanisha. Mi cuerpo se tensa y una ola de ansiedad recorre mi espina dorsal. Hace unas semanas, Tanisha logró que otra chica me diera un puñetazo en el estómago. El recuerdo es vívido, y todavía puedo sentir el dolor y la humillación.

Tanisha levanta la mirada y me ve. Una sonrisa se dibuja en su rostro, pero no es la sonrisa maliciosa que recuerdo. Esta parece... diferente. Casi amigable. Trato de controlar mi

respiración, pero es difícil no sentir el miedo apretando mi pecho.

—Hola, Lieve —dice con una voz sorprendentemente suave—. ¿Te gustaría sentarte conmigo?

Dudo por un momento, mi mente en un torbellino de contradicciones. Finalmente, asiento y camino hacia la mesa. Con cada paso, mi corazón late más fuerte, como si quisiera salir corriendo. Me siento frente a ella, con mucho cuidado, como si estuviera acercándome a un animal salvaje que podría atacar en cualquier momento.

Tanisha me mira con una expresión que no logro descifrar. No parece tener malas intenciones, pero mi instinto me dice que no baje la guardia. Suelto un suspiro lento, intentando calmarme.

—Lieve, sé que lo que te hice estuvo muy mal —comienza con sus ojos fijos en los míos—. Quiero disculparme por lo que ocurrió. No debí haberlo permitido.

Sus palabras me toman por sorpresa. Espero a que mi mente las procese, y me doy cuenta de que no hay rastro de burla o sarcasmo en su voz. Solo parece... sincera.

—¿Por qué ahora? —logro preguntar con la voz apenas un susurro.

—Porque me di cuenta de que estaba equivocada —suspira y aparta la mirada por un momento—. Estaba enfadada por cosas que no tienen nada que ver contigo, y lo pagué contigo. Eso no fue justo.

La miro, tratando de entender sus motivos. ¿Es posible que realmente haya cambiado, qué esté arrepentida? La Tanisha que tengo delante parece una persona distinta a la que me aterrorizó hace semanas.

—No fue fácil para mí —continúa—. Mis padres me hablaron, Blaze lo hizo. Me hicieron ver las cosas de otra manera. A veces, uno necesita escuchar la verdad de quienes le importan para entender realmente el daño que ha causado.

Asiento con lentitud. Las palabras de Tanisha parecen sinceras, y aunque una parte de mí quiere creer en su arrepentimiento, otra parte sigue en alerta. El miedo no desaparece tan fácilmente.

—Gracias por decirlo —respondo—. Aprecio que te disculpes.

La conversación entre Tanisha y yo continúa en un silencio incómodo, roto solo por los sonidos de la cocina. Mi mente sigue dando vueltas, tratando de comprender el cambio en ella. De repente, rompe el silencio con una pregunta que me toma por sorpresa.

—¿Cómo has estado? —pregunta, su mirada parece sincera mientras me observa—. Sé

que después de lo que pasó, debiste sentirte mal.

Titubeo antes de responder, pero decido ser honesta.

—No ha sido fácil —admito, jugando nerviosamente con mi tenedor—. Pero estoy tratando de seguir adelante.

Tanisha asiente con comprensión, inclinándose un poco hacia adelante, como si quisiera mostrar interés genuino.

—Eres fuerte, Lieve. Lo noto. —Sus palabras son suaves, casi reconfortantes—. A veces, las personas buenas como tú son las que más sufren en manos de los demás.

Un leve rubor colorea mis mejillas. No estoy acostumbrada a recibir cumplidos, y menos de alguien que alguna vez me hizo tanto daño.

—Gracias, supongo —respondo con una sonrisa tímida—. ¿Y tú? ¿Cómo has estado?

Tanisha suspira y mira su taza de café, como si buscara las palabras adecuadas.

—He estado reflexionando mucho —dice finalmente—. Sobre mis acciones, mis decisiones... Me doy cuenta de que he hecho cosas que no están bien, y quiero cambiar.

Me sorprende lo fácil que resulta hablar con ella. Es como si una barrera invisible se hubiera levantado, permitiendo que nos comuniquemos de una manera que nunca creí posible. Sin embargo, una parte de mí sigue en guardia.

—Es bueno escuchar eso —digo—. Todos cometemos errores, lo importante es aprender de ellos.

Tanisha asiente de nuevo, y por un momento, una sombra de algo que no logro identificar cruza su rostro. Pero tan rápido como aparece, desaparece.

—Siempre he admirado lo buena persona que eres, Lieve —continúa, sus palabras son como una caricia suave—. Incluso después de lo que pasó, no guardas rencor. Eso es admirable.

Me siento incómoda con tanta atención, pero sus palabras me llegan al corazón. Quiero creer en el bien de las personas, y tal vez Tanisha realmente esté cambiando.

—Creo que todos merecen una segunda oportunidad —respondo, tratando de mantener la conversación ligera—. Y me alegra que por fin podamos comunicarnos, hablar. Nunca he pretendido venir aquí y robarte a tu familia.

Tanisha me mira, sus ojos brillan con una intensidad que no había notado antes. Hay algo en su mirada que me hace sentir pequeña, vulnerable. Pero me sacudo esa sensación, atribuyéndola a mi imaginación.

—Sabes, Lieve —dice de repente, su tono volviéndose más suave, casi íntimo—, siempre me ha parecido que eres una niña muy buena. Demasiado buena, quizás.

Sus palabras me desconciertan. Hay algo en la forma en que lo dice que me hace sentir incómoda, pero no puedo identificar qué es.

—Gracias, creo —respondo, confundida—. No sé si eso es algo malo...

Tanisha ríe suavemente, y el sonido es dulce, casi musical. Pero hay algo en su risa que me pone los pelos de punta, algo que no logro descifrar del todo. La forma en que dice "niña buena" me hace sentir como si fuera un cumplido con doble filo, y eso me molesta.

—No sé si eso es algo malo... —repito, con la voz sonando más insegura de lo que me gustaría.

Tanisha deja de reír y me mira con una expresión de fingida sorpresa.

—Oh, ¿te molesta que te lo diga? —pregunta, inclinándose un poco hacia adelante—. No era mi intención ofenderte, Lieve. Es solo que... siempre has sido tan buena, tan perfecta.

El rubor en mis mejillas se intensifica, pero no de vergüenza, sino de irritación. He escuchado ese tipo de comentario antes, y nunca me ha gustado. Ser "buena" siempre parece venir con una connotación de debilidad, de ser alguien a quien se puede pisotear sin repercusiones. Y Tanisha lo sabe. Ella lo sabe y lo está utilizando a su favor.

—No me molesta ser buena persona —respondo, tratando de mantener la calma—. Solo que a veces parece que la gente lo usa en mi contra.

Tanisha inclina la cabeza, como si estuviera considerando mis palabras.

—Entiendo lo que dices —dice con un tono comprensivo—. Pero créeme, no todos ven la bondad como una debilidad. De hecho, a veces es lo que más se necesita en este mundo tan cruel.

Sus palabras suenan sinceras, pero no puedo evitar sentir que hay algo más detrás de ellas. Como si estuviera probando mis límites, viendo hasta dónde puede llegar antes de que me quiebre. Trago saliva y decido cambiar de tema, esperando aliviar la creciente tensión que se está generando en mi pecho. Quiero creer que son cosas mías, la imaginación jugándome una mala pasada. Todavía no conozco a Tanisha y su forma de hablar o decir las cosas. Me convengo de que es eso, mi ingenio.

—¿Sabes? —dice de repente, rompiendo el silencio—. Realmente me alegra que hayamos tenido esta conversación, Lieve. Creo que es un buen comienzo para dejar atrás lo que pasó.

Asiento, aunque sigo sintiendo una punzada de incomodidad. No estoy segura de si puedo confiar en esta nueva Tanisha. Pero, por ahora, decido darle el beneficio de la duda.

—Sí, yo también lo creo —respondo, levantándome de la mesa—. Bueno, tengo que prepararme. Voy a ir a ver el partido de los Dallas Cowboys a casa de Blaze.

Tanisha sonrío, pero hay algo en su mirada que me pone en alerta.

—Eso suena divertido. Espero que te diviertas, Lieve.

Le devuelvo la sonrisa, aunque de manera forzada, y me dirijo a mi habitación. Al cerrar la puerta, respiro profundamente, intentando liberar la tensión acumulada sobre mis hombros. Me siento en el borde de la cama y dejo que mis pensamientos vuelen por un momento.

El comentario de Tanisha sobre ser una "niña buena" sigue resonando en mi cabeza. Siempre he odiado esa etiqueta. Ser buena no significa ser débil, pero parece que mucha gente no lo entiende. Recuerdo las veces que me han pisoteado, aprovechándose de mi bondad. El incidente con Tanisha y la chica que me golpeó no fue el primero, y temo que no será el último si no cambio algo.

Me levanto y me miro en el espejo. Necesito ser más fuerte, más asertiva. Tanisha puede haber cambiado o no, pero eso no debería de importar. Lo que importa es cómo me veo a mí misma y cómo me defiendo.

Comienzo a prepararme para salir. Me pongo unos jeans y una camiseta que deja ver mi ombligo. Me cepillo el cabello y lo dejo suelto, cayendo sobre mis hombros. Mientras me alisto, pienso en Blaze.

Termino de prepararme y miro mi reflejo una vez más. No soy solo una "niña buena". Soy fuerte, y es hora de demostrarlo.

Bajo las escaleras y salgo de la casa. Mientras camino hacia la furgoneta para ir a casa de Blaze, repaso mentalmente todo lo que quiero cambiar en mi vida. No más dejar que otros decidan mi valor. No más aceptar el papel de la chica que siempre está ahí para los demás, pero nunca para ella misma.

Al llegar a la puerta de Blaze, respiro hondo y sonrío. Hoy será diferente. Hoy, empiezo a demostrar quién soy realmente. Toco el timbre y espero, sintiendo que cada segundo que pasa es un paso más hacia mi transformación.

Blaze abre la puerta con una gran sonrisa y me invita a pasar.

—¡Lieve! —exclama Blaze, dándome un abrazo—. ¡Justo a tiempo! El partido está por comenzar.

Me río y me uno a ellos en la sala, sintiéndome más relajada. Pero en el fondo de mi mente, las palabras de Tanisha siguen presentes, como un recordatorio constante de lo que debo superar.

Hoy he empezado a cambiar, y no pienso detenerme.

No soy una niña buena y lo voy a demostrar.



CAPÍTULO 17

MOMENTOS

BLAZE

El sol comienza a descender.

El aire está lleno del sonido de grillos y el ocasional mugido de una vaca lejana. Estoy en la sala de juegos de mi casa, una espaciosa habitación que he diseñado yo mismo con un gran televisor, un cómodo sofá, un minibar bien surtido y una mesa de billar en el centro. He preparado todo para una tarde perfecta con mis amigos y el partido de los Dallas Cowboys en la televisión. Y ella, Lieve. He comprado su pizza y refresco favorito.

Phalon y Steven han sido los primeros en llegar. Phalon siempre trae una energía positiva a cualquier quedada y esta vez no ha sido diferente. Con la camiseta de los Dallas, se adentra por el pasillo hasta dejarse caer en el sofá. Steven, en cambio, es más calmado. Quizá por eso hacen tan buena pareja, porque son como el yin y el yan. Luego llegan Chelsea y Will, seguidos de Paul y Charlotte, Denise y Troy, y finalmente Chloe y Trisha.

Lieve llega al final, justo cuando el partido está a punto de empezar. No puedo evitar notar lo hermosa que se ve. Lleva un top corto que deja ver su ombligo, unos vaqueros ajustados y botas vaqueras. Su cabello cae alrededor de sus hombros, y sus ojos brillan con timidez.. No puedo apartar la vista de ella, y me encuentro deseando estar más cerca de lo que debería.

—¡Blaze! —exclama Phalon, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Estás listo para ver a los Cowboys ganar?

—¡Claro que sí! —respondo, forzando una sonrisa y apartando mis pensamientos de Lieve. Ella es solo una amiga, me repito. Nada más—. ¡Vamos a darles una paliza!

El partido comienza, y la sala se llena de gritos. Todos estamos absortos en el juego, animando y maldiciendo a medida que los Cowboys avanzan y retroceden. Estoy sentado junto a Lieve en el sofá, y aunque trato de concentrarme en el partido, no puedo evitar sentir la proximidad de su cuerpo, el suave roce de su brazo contra el mío. Como cuando montamos en Shadow.

—¡No, joder, qué mierda! —exclamo cuando el equipo contrario hace una jugada y consigue un punto.

Lieve ríe, una risa melodiosa que me hace relajarme un poco.

Cuando el partido termina, con una victoria ajustada para los Cowboys, así que todos estamos de buen humor. Me levanto y me dirijo al minibar, sirviendo bebidas para todos; excepto para Lieve que no toma alcohol. Luego, Chelsea sugiere poner algo de música, y pronto la sala se llena con *Save the best for last* de Vanesa Williams.

—Ha estado bien, ¿eh? —le pregunto a Lieve.

Asiento.

—Me encanta el fútbol americano. Antes, siempre lo veía con mis hermanos y mi padre, pero desde que se fueron a California es más complicado reunirnos para verlo —le digo, cogiendo de la pared el taco—. ¿Os hace una partida?

—¡Vamos a jugar, te pienso patear el trasero! —exclama Paul.

Todos están de acuerdo en echar una partida, pero quienes jugamos primero somos Paul y yo. Las apuestas se cierran y Lieve me guiña un ojo poniendo diez dólares a mi favor.

Tomo un sorbo de mi cerveza y me acerco a Lieve, que está de pie junto a la mesa de billar, observando a los demás prepararse para cuando acabemos la partida.

—¿Quieres, Lieve? —pregunto, tratando de sonar casual.

—No sé jugar muy bien —responde ella, con una sonrisa tímida.

—Te enseñaré —digo, sintiendo una oleada de emoción.

Este es el momento perfecto para acercarme a ella.

—Pero estás jugando con Paul y, si yo cojo eso —señala el taco—, voy a hacer que pierdas.

Me río por lo bajo y le hago un ademán con la cabeza para que se acerque.

—Adiós a mis diez dólares —murmura y Charlie se carcajea.

Tomo una tiza y la paso por la punta del taco, luego me coloco detrás de Lieve, mostrándole cómo sostenerlo correctamente. La proximidad de nuestros cuerpos hace que mi corazón lata más rápido. Puedo sentir el calor de su piel y el dulce aroma de su perfume.

—Así, sostén el taco firme pero relajado —digo con mi voz baja y suave—. Ahora,

inclínate un poco más y apunta a la bola blanca.

Lieve sigue mis instrucciones, y yo coloco mis manos sobre las de ella para guiarla.

—Ya estoy oliendo el dinero —canturrea Paul, pasándole un brazo a Charlie por los hombros.

La tensión en el aire es palpable, y siento un escalofrío recorrer mi columna vertebral. Estamos tan cerca que puedo sentir su respiración.

—¿Así? —pregunta Lieve, girando la cabeza para mirarme. Sus ojos brillan con algo que me hace sentir aún más atraído hacia ella.

—Sí, exactamente así —murmuro con los ojos fijos en los suyos.

Lieve se concentra en la bola blanca y, con un suave movimiento, la golpea y se desliza por la mesa, golpeando otra bola y acercándose al objetivo.

—¡Lo has hecho! —exclamo cuando la bola cae por el agujero.

Lieve sonrío, y siento una calidez en mi pecho. Por un momento, todo lo demás desaparece: los problemas en el rancho, la confrontación con Tanisha, todo se desvanece y solo quedamos nosotros dos, juntos un instante.

Lieve me pasa el taco y se hace para atrás. Me sonrío y pone las manos detrás de su espalda.

—Haz que no pierda mis diez dólares, vaquero —murmura y me guiña un ojo.

Asiento y acabo ganándole a Paul después de una partida reñida que casi pierdo por fijarme en otra cosa que no es la mesa. Lieve se había apoyado y su escote quedaba a mi vista. Me he puesto nervioso.

La música sigue sonando después de la partida y las risas llenan la sala, pero no puedo apartar mi mente de Lieve. Intento convencerme de que ella es solo una amiga y decido concentrarme en otras cosas como beber cerveza mientras celebramos la victoria de los Dallas.

No soy el único que se pimpla los botellines. Es la primera vez que veo a Lieve beber y siento que se está desmadrando. Paul ha desaparecido con Charlie y eso solo significa una cosa que no quiero ni pensar y mucho menos decir porque Will se cabrearía. Lo que nadie sabe de esos dos es que llevan un tiempo viéndose para echar un polvo. Los pillé hace un mes y poco en casa de Paul.

Will está muy acaramelado con Chelsea. Phalon y Denisse bailan con Chloe y Trisha. Troy, Steven y Lieve están al lado de la ventana, riéndose por a saber qué tontería. Me acerco a ellos cuando veo como Lieve se bebe otro chupito.

Vale, estoy contento, pero no borracho como una cuba. Sé cuál es mi límite.

Smells Like Teen Spirit de *Nirvana* comienza a sonar por la radio justo en el momento en el que le cojo a Lieve el vaso de chupito que se iba a beber. Ella se gira y me mira con el rostro fruncido en desagrado.

—¡Eso es mío! —exclama, intentando cogerlo.

Lo alzo todo lo que mi brazo da de sí y ella pega un saltito que la tambalea.

—No.

Voy hacia la cocina y tiro el líquido por el desagüe del lavaplatos. Ella refunfuña como una niña pequeña, algo que me produce mucha gracia.

—No es justo —se cruza de brazos—. Era mío... vaquero engreído y arrogante roba chupitos.

Hace una mueca y me parece la cosa más bonita del mundo. Se hace aire con la mano, probablemente tratando de disipar los efectos del alcohol que ha estado bebiendo. Es muy posible que la cantidad de bebida que ha ingerido le esté afectando más de lo que pensaba.

Me acerco a ella hasta que solo estoy a unos escasos centímetros de su cuerpo. Le doy un toque en la nariz y se queja, una sonrisa socarrona e involuntaria sube a mis ojos. Es imposible que hasta así esté tan bonita.

Apoyo las manos en la encimera y me inclino hacia ella, bajando la cabeza. Lieve tiene la mirada clavada en mí y parece estar nerviosa por la cercanía de mi rostro con el suyo.

—Y tú eres una niña borracha y —me muerdo el labio inferior y levanto su mentón con dos de mis dedos— buena. Eres demasiado buena, Lieve.

Parece que mis palabras la molestan.

—No soy una buena niña, Blaze —dice—. Estoy harta de eso.

Me río a carcajadas, lo que parece enfadarla más. Por sus ojos aparece una sombra de desdén, y puedo ver cómo se cruza de brazos con firmeza, su expresión se torna aún más seria.

—¿Por qué te ríes? —pregunta.

—Lo siento —digo, tratando de contener mi risa—. Es solo que... la forma en que lo dices. Es como si estuvieras intentando convencerte a ti misma de algo.

Ella frunce el ceño y clava su mirada en mí.

—¿Crees que no puedo ser más impulsiva, dejar de ser una niña buena? —inquire.

No tengo tiempo para formular una respuesta porque, en un movimiento inesperado, Lieve me rodea con los brazos el cuello y se alza de puntillas. Sus labios encuentran los míos con una urgencia que me deja sin aliento. Por un momento, me quedo estático, sorprendido. Mi primer impulso es separarla de mí, tomarla de las caderas y apartarla, pero algo en el fondo de mí me lo impide.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la oleada de sensaciones que me invaden. El calor de su cuerpo contra el mío, la suavidad de sus labios, la forma en que sus manos se aferran a mi cuello. La intensidad de su beso es como una chispa que enciende un fuego dentro de mí, y me encuentro respondiendo con la misma pasión.

Llevo a sus piernas hacia mi cintura, alzándola con facilidad hasta que se sienta sobre la encimera de la cocina. La superficie fría del mármol contrasta con el calor que desprendemos. Sus piernas rodean mi cintura, acercándonos aún más mientras nuestros labios se mueven en un

beso ardiente y ansioso. Siento su respiración entrecortada mezclándose con la mía, con el ritmo acelerado de nuestros corazones sincronizándose en un latido frenético.

Estamos tan inmersos en el momento que el mundo exterior parece desvanecerse. Sin embargo, el sonido estrepitoso de un vaso de cristal cayendo al suelo nos arranca abruptamente de nuestro momento. El estruendo del cristal roto hace eco en la cocina, y el ruido parece amplificado en comparación con el silencio repentino que sigue al incidente.

Nos separamos de inmediato, el rostro de Lieve está sonrojado y con los ojos abiertos como platos. Me giro para ver a nuestros amigos de pie en la entrada de la cocina, con expresiones de confusión. Phalon está mirando el desastre con los ojos bien abiertos, y el vaso roto a sus pies.

—¡Oh, Dios! —exclama Chloe—. Lo siento, no sabía que... ¡Lo siento!

Trisha, que está junto a Chloe, se cubre la boca con la mano, su cara se torna roja mientras observa la escena. Todos los ojos están fijos en nosotros, y puedo sentir la presión como Lieve se esconde en mi pecho.

—¡Largo! —exclamo, tosco.

Se largan de allí como si hubieran visto al mismo demonio. Lieve agacha la cabeza y se pone más roja que un tomate.

—Lieve, yo... —me interrumpe una carcajada.

Se ríe y siento que es la risa más bonita que he escuchado en mi vida. La imito, me empiezo a reír con ella y niego ante la situación.

—Haremos como si no hubiera pasado nada, vaquero —me dice, pegándome unos golpecitos en la espalda. —Asiento porque es lo mejor. Lieve mira el reloj de la cocina y resopla al ver que son las doce de la noche—. Tengo que irme, no quiero llegar tarde.

Saca las llaves de la furgoneta de su bolsillo y se las quito. No pienso dejar que conduzca en su estado. Sería un suicidio en toda regla.

—Deja que te lleve alguna de las chicas —le digo—. Estás un poco...

Lieve baja la mirada al suelo y se mete las manos a los bolsillos del pantalón.

—¿Contenta? —insta y se relame los labios. Una chispa de diversión cruza su iris—. Blaze, no estoy borracha si es lo que te preocupa. Además, hoy Charlie duerme conmigo y ella no ha bebido.

Me quedo más tranquilo cuando me quita las llaves de la mano y se va hacia ella. Lieve y Charlie se despiden de los demás y se van. Trisha y Chloe han decidido irse también con ellas. Y cuando escucho que la camioneta se va de la finca, doce pares de ojos se dirigen a mí.

Camino hacia la nevera y saco una cerveza mientras que las preguntas vuelan de un lado para otro. Pero hay una, la de Denisse, que es la única que respondo.

—¿Qué cojones ha sido eso? —inquire con una sonrisa ladina en los labios.

Me encojo de hombros y despego los labios del botellín.

—No tengo ni idea.

«Pero ha sido una pasada», pienso.



CAPÍTULO 18

OBSTÁCULO

LIEVE

—¡Es que no me puedo creer que te hayas morreado con Blaze! —exclama Chloe, eufórica.

Sabía que no era buena idea invitarlas a ver *Beverly Hills, 90210*, pero Nana se empeñó en que era una buena idea y aquí están ahora... hostigándome el día de después con lo que ocurrió con Blaze. Después de diez días. Eso sí son amigas.

Aunque cada vez que lo pienso... ¿cómo fui capaz de hacer eso? Quizá el alcohol tuvo algo que ver, pero ¿besarlo? Si hubiéramos estado solo estoy segura de que la cosa no hubiera acabado ahí. Y solo de pensarlo se me eriza la piel y algo dentro de mí se enciende.

Me tapo la cara con la almohada y me tiro hacia atrás. De eso hace ya una semana y media y siguen sin dejarlo pasar. No es que yo misma lo haya superado del todo; a veces me cuesta creer que realmente pasó. Aún así, recordar el beso me hace sonrojarme instantáneamente, y mis amigas, obviamente, no pueden dejar de notarlo.

—¡Mírala! ¡Se está poniendo roja otra vez! —dice Trisha entre risas, mientras Charlie la acompaña con una carcajada.

—Deberíamos haber estado ahí para verlo —añade Charlie, con una sonrisa traviesa moviendo sus caderas con la música del cierre de la serie—. Blaze, el tipo más guapo y perfecto

de toda Texas, besando a nuestra Lieve.

Sueltan un chillido ahogado y yo me vuelvo a esconder tras la almohada.

—Por favor, chicas, ya basta —protesto desde debajo, con mi voz amortiguada pero avergonzada—. Fue solo un beso.

—¡Solo un beso! —replica Chloe—. Fue un beso épico, y lo sabes. Todos lo vimos, Lieve. ¿Cómo besa? ¿Es verdad lo que dicen?

—¿Qué es lo que dicen? —frunzo el ceño y clavo la mirada en Chloe.

Me siento en la cama, sosteniendo la almohada contra mi pecho. Mis amigas no dejarán que esto se muera tan fácilmente, y parte de mí lo agradece. El beso con Blaze fue un momento mágico, algo que nunca hubiera imaginado que me pasaría. Sin embargo, cada vez que lo pienso, mi corazón late un poco más rápido y mis mejillas se calientan, evidenciando lo que significó para mí.

—Ya sabes —suspira Charlie y se deja caer a mi lado en la cama—, que besa como los dioses.

¿Lo hace? ¿Esa es la descripción para definir el beso de Blaze? Porque siento que se queda corta. Me encojo de hombros y me muerdo el labio inferior.

—No he tenido muchas experiencias, pero —una sonrisa sube a mis labios— besa de maravilla. He como si... ¡arg! No tengo palabras.

Las chicas vuelvan a pegar un grito ahogado.

—Te juro que pensé que os íbais a poner ahí a... ya sabes qué —susurra Trisha para que nadie nos escuche.

—Buf, no, eso no —aireo la mano delante de ella—. Además, qué vergüenza. Estoy segura de que Blaze habrá tenido muchas... muchas...

—Qué se ha tirado a muchas, vamos —interviene Charlie.

Toda sonrojada, asiento.

—Sí, eso. Y yo no tengo experiencia, así que lo mejor que pudo pasar es que...

—¿Eres virgen? —inquieta Chloe con los ojos muy abiertos, como si no se lo creyera.

Me relamo los labios y asiento. ¿Tan sorprendente es ser virgen a los veintitrés años?

—¿Nunca has hecho nada de nada? —murmura Charlie y vuelvo a asentir—. ¿Pero nada de nada?

—De algún toqueteo inocente no he pasado —respondo con timidez—. Pero es que no había un solo chico que me diera la confianza suficiente como para... eso. Tendríais que ver cómo eran todos —resoplo—. Y para uno que me gustaba va y se lía con otra delante de mis narices luego de decirme que me quiere.

—Pues qué gilipollas —exclama Trisha. Se levanta del suelo y se sienta en la cama a mi derecha. me pasa un brazo por los hombros y me da un empujoncito. Charlie se levanta y se ata

el pelo con una goma—. Yo sí lo he hecho y ¿sabes qué? Me hubiera gustado esperar un poco más porque vaya primera vez, qué desastre. —Se ríe por lo bajo.

—Eso es verdad —dice Charlie—. Tú tómatelo con calma. Cuando tengo que llegar, llegará.

—Pero lo más importante —Chloe repta hacia nosotras, pero sigue en el suelo de mi habitación— es que estés segura. No tiene porque ser el de toda la vida, ¿comprendes? Pero tienes que estar segura, hacerlo con quien quieres y porque quieres.

Les sonrío.

—Bueno, chicas, ¿vamos a por ese helado? —sugiere Trisha, mirando su reloj—. Hace un día perfecto para salir.

Asiento, agradecida por el cambio de tema. Nos preparamos rápidamente y salimos de mi habitación, todavía riendo y bromeando.



Mientras caminamos por el centro, el sol brilla con fuerza y la brisa de la primavera nos envuelve con su calidez. Es un sábado perfecto, uno de esos días en los que todo parece posible.

Llegamos a la heladería y nos sentamos en una mesa al aire libre. Cada una pide su helado favorito, y mientras esperamos, seguimos charlando animadamente sobre todo y nada. La conversación vuelve inevitablemente a Blaze, pero esta vez puedo unirme a las risas sin sentirme completamente abrumada.

—¿Y has hablado con él desde entonces? —pregunta Charlie, curiosa.

—No mucho —respondo—. Ha estado bastante ocupado con el rancho y todo eso. Pero nos hemos visto y hemos intercambiado algunas palabras.

—Seguro que quiere verte más —dice Chloe, dándome un codazo—. Solo está jugando a ser difícil.

Río, aunque una parte de mí se pregunta si realmente será así. Blaze es tan misterioso que es difícil saber lo que realmente piensa. Pero por ahora, estoy contenta con cómo están las cosas.

Existiendo simplemente.

Viviendo.

El helado es frío y cremoso, y cada cucharada se derrite en mi boca. Decidimos dar un paseo después de terminarlos. Las tiendas están llenas de gente, y las calles vibran de vida. Nos

detenemos a mirar escaparates, comentando la ropa y los accesorios que más nos gustan.

Observo una falda que nunca en la vida me hubiera puesto si siguiera con mis padres y me veo tentada a entrar y comprarla con lo que Nana me da para mí de mi sueldo.

Sé que en esto puede surgir mucha controversia, pero los ranchos están pasando una época un poco calamitosa y lo mínimo que puedo hacer es ofrecerle a Nana y Joe mi pequeño sueldo para ahorrar un poco más por lo que pudiera pasar. No sé mucho del tema porque tanto Blaze como Nana y Joe se han mostrado algo reacios a hablar de ello, supongo que por algún motivo de peso. Y a mí con lo que me da me sobra y me basta para mis cosas y para ahorrar un poquito.

Todo parece perfecto, hasta que lo veo. De pie frente a una tienda de libros, Edward. Mi corazón se detiene por un segundo. Edward, el que era mi prometido por inri de mis padres. La tensión se acumula en mi pecho y el mundo a mi alrededor parece ralentizarse.

Mis amigas siguen hablando animadamente, ajenas a mi repentino cambio de humor. Trato de respirar hondo y mantener la calma, pero es difícil. Edward me ve. Sus ojos se encuentran con los míos y siento como si el suelo desapareciera bajo mis pies.

—¿Lieve, estás bien? —pregunta Chloe, notando mi palidez.

No puedo responder. El mundo se me viene abajo cuando la mirada de Edward cae sobre la mía y sé que no tengo escapatoria.

Edward se acerca lentamente, con sus pasos firmes y decididos, aunque su rostro muestra preocupación y tristeza. Trago saliva con dureza, sintiendo que mi corazón late desbocado en mi pecho. Decido encararlo pase lo que pase. No puedo huir de esto, no puedo seguir permitiendo que mi vida sea dictada por otros.

—Lieve —dice Edward al llegar a mi lado, y antes de que pueda reaccionar, me envuelve en un abrazo.

Me quedo paralizada por un momento, sorprendida por el gesto. A pesar de todo, Edward siempre ha sido un buen chico. Nos conocemos desde la infancia, y sé que él solo está siguiendo las órdenes de mis padres y de los suyos.

—He estado muy preocupado por ti —dice, apartándose ligeramente para mirarme a los ojos—. Sabía que te encontraría aquí. Debes volver a casa. Los preparativos de la boda están casi acabados.

Mis amigas, que hasta ahora han estado observando en silencio, se quedan boquiabiertas. El shock en sus rostros refleja el mío. Niego con la cabeza, sintiendo una oleada de determinación que revienta en mi interior como una bomba.

—No, Edward. No voy a volver —digo con firmeza—. No voy a casarme contigo porque no te amo. Tengo una nueva vida aquí, una vida que he elegido.

Edward parece angustiado, temeroso de lo que pueda pasar. Mira a su alrededor, como buscando apoyo, pero sabe que está solo en esto.

—Lieve, por favor —insiste con desesperación—. No sabes lo que podría pasar si no

vuelves. Tus padres...

Mis padres, mis padres... ¡estoy harta de ellos!

—No más, Edward —lo interrumpo—. Ya es hora de que hagamos lo que nosotros queremos y no las imposiciones de nuestros padres. No merecemos vivir una vida que no hemos elegido.

La sorpresa en su rostro es palpable. Edward baja la mirada por un momento, procesando mis palabras. Luego, como si una carga pesada cayera de sus hombros, suspira.

Edward y yo hemos hablado muchísimas veces de todo esto. De cómo sería ser libres y sé que él también puede conseguirlo. Lo aparto un poco para que nadie nos escuche y vamos hacia un parque en dónde hay niños jugando. Andamos por el camino serpenteante en silencio, con las chicas expectantes de lo que puede ocurrir.

—Lieve... —comienza, con su voz en apenas un susurro—. La verdad es que... me gusta alguien. Yo tampoco quiero casarme. Pero no sabía cómo decirlo, no sabía cómo enfrentar a nuestros padres —dice por fin.

Mis amigas se miran entre ellas, sin saber qué decir. El alivio en mi pecho es inmenso. He hecho lo correcto.

—Edward —digo suavemente, parando y tomándolo de las manos—. Tienes que ser valiente. Tienes que seguir tu corazón. No podemos vivir nuestras vidas para complacer a otros. Tienes un talento innato, estoy segura que habrán muchos bufetes de abogados dispuestos a contratarte. No todo depende de tus padres y de los míos.

Edward asiente, su expresión cambia a una de gratitud.

Paramos debajo de un gran árbol que da sombra. El parque es enorme y se extiende a nuestro alrededor.

—Lieve tiene razón —interviene Trisha—. No podéis hacer lo que vuestros padres os imponen.

Chloe y Charlie asienten.

—Lo sé —susurra él y me sonrío—. ¿Tú estás bien?

Asiento y me encojo de hombros.

—Bueno, ahora también limpio el establo y me lleno de porquería las botas —todos ríen conmigo, incluyéndolo a él—. Pero estoy bien, Ed. Te lo juro.

—Gracias, Lieve —dice, abrazándome—. Gracias por ser valiente por los dos y hacer esto.

Nos quedamos en silencio por un momento, una tregua tácita entre nosotros. Sé que esto no será fácil para él, pero al menos ahora ambos tenemos la oportunidad de buscar nuestra verdadera felicidad.

—No diré dónde estás —prometo, mirándome con sinceridad—. Te deseo lo mejor, Lieve. De verdad. Y espero estar en contacto contigo. ¿Podré escribirte?

—Por supuesto —le froto los brazos—. Creo que sabes perfectamente dónde vivo, ¿no? —Él se ríe por lo bajo y asiente—. Escríbeme cuando lo necesites. Mucha suerte —respondo, sintiendo una punzada de tristeza.

Edward se despide con una última sonrisa y nos dirigimos a su coche los cinco. Lo veo alejarse. Sé que esto es solo el comienzo de un nuevo capítulo, tanto para él como para mí. Lo despidió con la mano hasta que el coche desaparece en el horizonte.

Charlie me pasa un brazo por los hombros y me pega a ella. Pero cuando pienso que todo se acaba ahí, escucho su voz a mi espalda. Esa misma que hace que me erice.

—¿Ese no era...?

Abro los ojos como platos cuando la sombra de Blaze Jenkins cubre mi cuerpo. Me doy la vuelta, viendo como tiene los brazos sobre su pecho y el ceño fruncido. Está enfadado, pero lo único que se me ocurre es mirar sus labios... esos que no me saco de mis sueños.

—No tienes que preocuparte de nada, Jenkins. —Trisha me rodea con su brazo y me pega a ella. Sonríe con orgullo—. Creo que Lieve ha conseguido arreglar esto ella sola.

Me mira y yo le sonrío con timidez.

Una mujer pasa por mi lado y me empuja, va tan rápido que siquiera tiene la decencia de disculparse. Blaze la mira mal, pero no le dice absolutamente nada.

—Edward no va a decir dónde estoy —le aseguro—. Ya es hora de que tanto él como yo tomemos las riendas de nuestra vida, ¿no?

Blaze frunce todavía más su ceño y yo comienzo a caminar, pasando por su lado como si nada. En realidad, su mirada sobre mí es tan intensa que dudo que se la pueda sostener sin derretirme.

Pero me toma del brazo y hace que me gire.

—Entonces, ¿está todo bien? —pregunta él, quizá con una segunda intención escondida.

Las chicas se ríen y yo asiento.

—Sí, Jenkins, todo está bien —le aseguro.

Él me suelta, con un atisbo de sonrisa que le tintinea en los ojos verdes, y se pasa la mano por el pelo para echarlo para atrás.

—¿Eso significa que te veré la semana que viene en la casa del lago?

¿La casa del lago, eh? Sé por Charlie que han hecho planes, pero no sabía si ir o no. Blaze no me había dicho nada hasta ahora y no quería autoinvitarme. Además de que me da vergüenza. Pero ahora, ¿cómo negarme?

Asiento mientras me muerdo el labio inferior y alzo la mirada.

—Nos veremos allí.



CAPÍTULO 19

TENSIÓN

LIEVE

—Muy bien, Lieve, has ganado... cinco kilos.

La Doctora Morris lo apunta en su cuaderno, una sonrisa de satisfacción suavizando sus rasgos normalmente serios. Yo, sentada frente a ella, siento un torrente de emociones mientras la observo anotar los datos. Mis ojos se encuentran con los de Nana, quien está sentada a mi lado, y veo un destello de orgullo en ellos.

Hace unos meses, el consultorio de la Doctora Morris era un lugar que temía. Cada visita era una confrontación con mi fragilidad, una lucha constante contra el reflejo en el espejo que me devolvía una imagen distorsionada de mí misma y que yo creía correcta. Pero hoy, sentada en esa misma silla, mi perspectiva sobre mí misma ha cambiado. Yo he cambiado. Me siento más fuerte, más viva. El camino hacia la recuperación de la anorexia nerviosa no ha sido fácil, pero hoy, los cinco kilos ganados son una victoria, un símbolo tangible de mi progreso.

—Es un gran avance, Lieve —dice la Doctora Morris, cerrando su cuaderno y mirándome directamente a los ojos—. Sé lo difícil que ha sido este proceso para ti. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de tu esfuerzo y de tu valentía.

Asiento con una sonrisa tímida en los labios.

Mi cuerpo ha comenzado a transformarse de maneras que nunca habría imaginado. Mis

senos, antes casi inexistentes, han comenzado a crecer, añadiendo una nueva dimensión a mi figura que encuentro sorprendentemente sensual.

—Me siento... diferente —digo, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que estoy sintiendo—. Más fuerte, más bien. Y creo que incluso me gusta más así.

Nana, que ha estado escuchando atentamente, sonrío y aprieta mi mano.

—Estoy tan feliz por ti, cielo. Sabía que podías hacerlo.

Al salir del consultorio, siento que un peso enorme ha sido levantado de mis hombros. La brisa fresca de la mañana acaricia mi rostro, y por primera vez en mucho tiempo, respiro profundamente, disfrutando del momento.

—¿Qué te parece si vamos de compras? —propone Nana con entusiasmo mientras nos dirigimos al coche—. Te vendría bien comprarte algo nuevo para este fin de semana, ¿no crees? —inquire con cierta picardía.

Y es cuando me doy cuenta de que sabe qué pasó con Blaze. A Nana no se le escapa una.

—Oh, Dios, ¿no me digas qué...? —titubeo y me tapo la cara con las manos cuando asiente mientras ríe.

Me pongo el cinturón, sintiendo como el rostro se me torna rojo de un momento a otro. Nana avanza por las calles de Columbus hasta llegar al centro comercial, una gran plataforma con tiendas por todos lados que nos recibe con más bullicio de lo habitual al ser jueves.

La idea de ir de tiendas con Nana suena emocionante, algo que hace tiempo que no disfrutaba.

—Yo lo sé todo —murmura ella. Y cuando aparca en el estacionamiento, me mira—. Blaze es un buen chico. Me gusta. Algo mayor que tú, eso sí, pero... —la interrumpo.

—¡Nana, por favor, que aquello fue una tontería! Blaze no me gusta.

Y una mierda, me dice mi subconsciente.

Ella eleva una ceja y se desabrocha el cinturón, lo que le otorga más movilidad para poder girarse hacia mí.

—¿Amigos? ¿A un amigo se le mete la lengua hasta la campanilla? —inquire, haciéndome bajar la mirada hacia mis zapatos avergonzada—. Nunca hemos tenido esta conversación, pero, Lieve —me pone la mano en la rodilla y levanto la mirada—, si algún día necesitas saber algo, si necesitas hablar porque tienes dudas, dímelo. Ahora eres... diferente. —Me acaricia el rostro—. Lo que quiero decir es que... ¡joder, sí que se hace complicad! —masculla—. Lo que quiero decir es que tu cuerpo está cambiando y, Lieve, te ves maravillosa. Y tienes una edad. Es normal que quieras ¿experimentar? Sí, eso mismo.

No mentía cuando le he dicho a la doctora que mi cuerpo ha cambiado. Necesito ropa interior que no me venga tan ajustada, sobre todo del pecho porque parece que me va a explotar en cualquier momento de tan apretadas que van. Pero no es solo eso. Ayer hablé con Denisse y me dijo que me llevara el bikini... y no tengo ninguno. La realidad es que nunca he utilizado, más que nada porque no me dejaron mis padres. Decían que enseñaba mucha piel. Pero el solo

hecho de imaginarme con Blaze en el lago hace que algo dentro de mí se encienda.

La anorexia nerviosa ha sido como una sombra constante en mi vida, una lucha interna que afectaba todos los aspectos de mi existencia.

—Lo sé, Nana —le digo con una sonrisa que no llega a los ojos—. Pero Blaze y yo solo somos amigos, de verdad. Lo que ocurrió esa noche fue una tontería. Bebí un poquito y se me fue de las manos.

Ella asiente, pero veo que no se ha creído ni una de mis palabras. Es que ni yo misma lo he hecho. Tendría que ser más convincente.

Llegamos al centro comercial y comenzamos a recorrer las tiendas, buscando ropa que resalte mi nueva figura. Nana selecciona un par de vestidos y algunas blusas que cree que me quedarán perfectas. Me siento un poco nerviosa al probarme la ropa, pero al ver mi reflejo en el espejo, no puedo evitar sonreír. La ropa se ajusta a mis nuevas curvas de una manera que me resulta extrañamente satisfactoria.

Y sexy, muy sexy.

—Te ves hermosa, Lieve —dice Nana desde fuera del probador, mirándome con cariño—. Ese vestido rojo es perfecto para ti.

Salgo del probador y doy una vuelta, admirando cómo el vestido cae suavemente sobre mi cuerpo. Me siento femenina y segura de mí misma, algo que pensé que nunca volvería a experimentar.

—¿Qué te parece, Nana? —digo, con la voz ligeramente quebrada por la emoción—. ¿Nos lo llevamos?

—Se vienen todos a casa y esos bikinis también —responde Nana, acariciando mi cabello con ternura—. Estoy tan orgullosa de la mujer en la que te estás convirtiendo, Lieve.

Tuerzo el gesto y me aparto hacia atrás para que una señora pase a otro probador.

—Son muchas cosas, Nana —le digo—. Con un par de camisetas, el vestido y el bikini sobra. Es lo esencial.

—Ah, no. —Se levanta a toda velocidad y me señala. Me hago para atrás hasta chocar contra la puerta del probador—. Te lo vas a llevar todo y no se hable más. Necesitas ropa, Lieve. —Se acerca y me señala el montón de ropa interior que hay bajo los pantalones—. Y eso incluye toda esa, ya es hora de que te veas como la mujer que eres.

Me pongo roja y me río por la vergüenza. Nana ha escogido un sinfín de conjuntos, sujetadores y braguitas que ha ido metiendo en la cesta después de que me probara una parte de arriba. Conoce mejor mis tallas que yo misma.

—Pero nadie la va a ver, ¿qué más da? —inquiero por lo bajo, para que la cotilla del probador de al lado no nos oiga.

—¿Y tú qué sabes cuándo vas a recibir visita? —me guiña un ojo y me empuja hacia el probador para que me cambie.



Me ato el lazo del bikini al cuello y respiro hondo cuando observo mi figura en el espejo. La prenda queda perfectamente pegado al cuerpo, resaltando cada una de mis nuevas curvas como si hubiera sido hecho a medida para mí.

Me pongo una falda vaquera y una camiseta blanca con unas sandalias que me he comprado para la ocasión. Cojo la mochila que me he preparado con las cosas que me voy a llevar y bajo las escaleras escuchando como Blaze habla con Nana.

Se supone que tenía que haber venido Charlie, pero por alguna razón ha decidido ir antes con Paul para empezar a preparar las cosas. Al haber trabajado tanto Blaze como yo porque él tenía que hacer no sé qué en el rancho, vamos a llegar los últimos. ¡Y eso que es su propia casa! Pero me gusta que considere a sus amigos como parte de su familia y que tenga esa confianza con ellos.

—Hola —murmuro en el último escalón.

Blaze se da la vuelta y me mira de arriba abajo con una sombra en los ojos que me hace sonrojar, sobre todo cuando se fija en el escote de la camiseta y deja ahí sus ojos por unos segundos.

—Lieve —susurra, sin saber qué decir—, estás...

¿Lo he dejado sin palabras? ¿Eso es bueno? Bajo el último escalón y él se adelanta para coger la mochila y echársela al hombro.

—¿Estoy...? —espero a que termine la frase.

—Muy mona —me guiña el ojo y yo me río como una idiota.

«¿Pero qué me pasa con este tío?», me pregunto. Nana nos acompaña hasta la camioneta de Blaze. Me subo en el asiento del copiloto después de despedirme de ella, pero se asoma por la ventanilla.

—Lieve, come —me dice por lo bajo—. Y tómate todas las vitaminas y... —la interrumpo con una suave risa.

Blaze se entretiene mirando su reloj, supongo que nos quiere dar algo de intimidad.

—Lo sé, Nana. Lo sé, te llamaré cuando llegue, lo prometo.

Se aparta y da varios golpes para indicarle a Blaze que ya nos podemos ir. Por el retrovisor, observo cómo se espera a que desaparezcamos de su vista para entrar de nuevo a casa. Nana es como la madre que nunca he tenido y lo digo abiertamente porque es la verdad.

Mientras avanzamos por los senderos arenosos, no puedo evitar comparar a Nana con mi

madre. Siempre ha sido una figura distante, ocupada con sus propios problemas y preocupaciones. Nunca tuvo tiempo para preocuparse de mis necesidades o emociones. Las comidas en familia eran raras y llenas de silencio, y cualquier intento de conversación solía ser breve y superficial.

Mamá se fijaba mucho en lo que los demás pudieran pensar de nosotros, de ella; pero sobre todo de mí. Por eso se pasó toda la vida educándome para que fuera la mujer perfecta: una talla tres, calma y obediente. No podía equivocarme, no podía reírme alto y me prohibió jugar con otras cosas que no eran muñecas.

Nana, en cambio, es todo lo contrario. Se preocupa por cada detalle de mi vida, desde mi alimentación hasta mis estudios. Siempre sabe cuándo algo me preocupa y está dispuesta a escuchar sin juzgar. Su presencia es reconfortante, algo que nunca experimenté con mi madre.

—Nana es increíble, ¿verdad? —comento, más para mí misma que para Blaze.

—Sí, lo es —responde él, con una sonrisa.

—Lo sé —digo, mirando por la ventanilla mientras el paisaje pasa a nuestro alrededor—. A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si mi madre fuera más como Nana.

Blaze no dice nada, pero su mano se posa suavemente sobre la mía. La miro y luego a él, que no quita la vista del camino.

—Lo que te iba a decir es que estás muy sexy con esa falda —suelta, haciendo que me ponga más roja que un tomate y que quita la mano de la suya.

—Y tú flipas en colores —murmuro por lo bajo.

Blaze se ríe y niega. Su risa es contagiosa, una de esas que te hacen sonreír sin querer, y no puedo evitar devolverle una mirada juguetona. Mientras continuamos nuestro camino, noto que su mano regresa a la mía, esta vez más firme, como si quisiera asegurarme que sus palabras son sinceras.

—¿Por qué lo iba a flipar? Lo digo en serio, Lieve. Te ves increíble hoy —insiste, lanzándome una mirada de reojo que hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿Ah, sí? ¿Quizá por qué eres un imbécil al que le encanta verme avergonzada?—digo, tratando de mantener la compostura aunque siento cómo el rubor sigue subiendo por mis mejillas—. Pues tú tampoco te ves nada mal, Blaze.

Él sonríe con esa sonrisa que siempre logra hacer que me sienta especial. Sigo mirándolo de reojo, observando cómo sus ojos brillan con diversión y algo más que no logro descifrar del todo.

—Puede ser que me encante verte sonrojada, sobre todo por mí. Pero te aseguro que estás para quitarte ese modelito a bocados, Lieve.

Me inclino sobre la radio y la enciendo. Todavía estoy procesando lo que acaba de soltar por esa boca y siento como la sangre abandona mi cuerpo para ubicarse en mi cara. *No One Else On Earth* de Wynonna Judd suena por toda la camioneta y yo me quedo callada, escuchándola mientras observo por la ventana.

El corazón me va a mil por hora, pero sé que Blaze lo dice porque es un zalamero. ¿Cómo podría él fijarse en alguien como yo? Sería estúpido.

Parte del trayecto, que no dura más que veinticinco minutos, lo pasamos en silencio, como si ninguno de los dos supiera qué decir. La tensión es palpable y no he podido evitar mirarlo de soslayo de vez en cuando. Me he puesto roja cuando he comprobado que a él le ha pasado igual. Y eso hace que algo en mi estómago se revolucione, como si un millón de mariposas salieran volando al mismo tiempo.

—¿Sabes lo qué más me apetece ahora, Lieve?

Qué no diga una de sus burradas, qué estoy a nada de explotar. Él parece darse cuenta de lo que estoy pensando y se ríe a carcajadas.

—Iba a decir darme un baño en el río, malpensada. Nunca imaginé que fueras —se calla y frunce el ceño—. ¿Pero qué cojones...? —murmura Blaze, mirando fijamente hacia la casa una vez que ha aparcado.

—¿Qué pasa? —pregunto, observando en la misma dirección que él.

Abro la boca para decir algo, pero la cierro de inmediato al darme cuenta de lo que estoy viendo. ¿Por qué me tienen que pasar a mí estas cosas? ¿Por qué?

—Esto no puede estar pasando —digo, llevándome las manos a la cara.



CAPÍTULO 20

LA CASA DEL LAGO

LIEVE

—¡Pero qué estaba desnudo, Charlotte! —exclamo, levántandome de la cama y echándome el pelo para atrás—. Desnudo, desnudo.

Ella me chista y se asegura de que no haya nadie cerca que nos haya podido oír. Abre un poco la puerta de la habitación y husmea de un lado del pasillo al otro.

—Ya lo sé, joder —responde, cerrándola—. Estábamos solos y... —se tapa la cara con las manos—. Joder, solo queríamos estar un ratito juntos. Pero ha venido mi hermano y ha tenido que esconderse en el primer sitio que se le ha ocurrido.

Encontrar a Paul en el balcón de la que va a ser mi habitación por tres días no ha sido lo mejor, sobre todo porque el pobre estaba desnudo y tapándose sus partes con el macetero que hay decorando el sitio y que no pienso tocar en mi vida. Creo que ha sido más el impacto de saber que Charlie se está acostando con él que encontrarlo como Dios lo trajo al mundo.

Me dejo caer en la cama, pero recuerdo que han estado los dos ahí haciendo a saber qué y me levanto de un salto.

—¿Paul, tía? ¿En serio? —le pregunto—. ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo estás saliendo con él?

Charlie se ríe por lo bajo y niega, se pone una camisa que se deja abierta para bajar al

lago en dónde ya están todos.

—¿Quién dice que estoy saliendo con él?

Levanto las manos, ofuscada.

—Qué solo te lo estás tirando —murmuro, llevándome las manos a la cabeza—. Y, encima, habréis hecho de todo ahí. —Señalo la cama y hago una mueca de asco.

Ella tuerce el gesto y se muerde el labio inferior.

—De todo, de todo... apenas nos ha dado tiempo a echar uno rapidito —confiesa y yo me pongo roja, pero no sé si de vergüenza o de qué.

Me cruzo de brazos y la miro. Mi amiga clava la mirada en mí y me pide disculpas con ella. Suspiro y me dirijo a ella.

—¿Desde cuándo...? —me callo porque no sé cómo decirlo.

—¿Desde cuándo follamos? —finaliza ella, haciéndome poner los ojos en blanco—. Llama a las cosas por su nombre, Lieve. No pasa nada —se ríe por lo bajo y va a la mesita de noche a dejar los pendientes que se ha quitado—. Paul y yo llevamos así unos meses. En realidad, fue él con quién lo hice la primera vez, ¿sabes? Fue hace unos años y decidimos no decir nada porque mi hermano es un poco celoso en ese aspecto. He tenido algún que otro noviete, pero nada en comparación con él, Lieve —me confiesa y se sienta en el borde de la cama. La imito y me pongo una mano sobre la suya—. Me gusta, me gusta mucho, pero no sabemos cómo decirlo o hacerlo.

—¿Y tú él le gustas o solo eres un pasatiempo? —pregunto con inquina.

Lo último que quiero es que Charlie sufra por un tío.

Se abraza a ella misma y sonrío con timidez.

—Le gusto, Lieve, le gusto —responde con sinceridad. Sus ojos se iluminan de una manera única y eso me hace ver qué está hasta las trancas por él—. Cuando estoy con Paul es diferente, ¿sabes? No es solo estar en una habitación. Es el después, el quedarte mirando a esa persona, que te abraza, que te susurre, que te haga reír y que puedas hablar con él mientras lo miras a los ojos.

Siento una punzada de inseguridad en el pecho mientras escucho a Charlie hablar de su relación con Paul. He estado en una encrucijada respecto a estos temas, atrapada entre el deseo de experimentar y el temor de lo desconocido. A pesar de la aparente soltura con la que Charlie habla de sus experiencias, yo me siento completamente perdida. Mi experiencia en el amor ha sido limitada y más bien teórica. He leído sobre ello, visto películas románticas y escuchado hablar, pero cuando se trata de vivirlo, me siento insegura.

—Te quería pedir algo, Lieve —me aprieta la mano y se relame los labios—. ¿Podrías dejarme la habitación para estar con Paul? No tenemos muchas oportunidades como estas y mi hermano estará entretenido con Chelsea.

Me quedo atónita. Pensé que me diría que no dijese nada, pero en vez de eso lo que ha soltado es que me largue de la habitación para que puedan estar solos. ¿y cómo decirle que no

después de lo que me ha contado?

—¿Y dónde se supone que voy a dormir yo? —le pregunto.

Ella se rasca la nuca y se levanta de la cama.

—Con el único otro soltero de la pandilla: con Blaze.

Se me salen los ojos de las órbitas y me levanto de un salto. ¿Dormir? ¿Con Blaze? Amantes me voy al establo.

—Tú flipas en colores —le suelto, pretendiendo irme de allí.

—Lieve, por favor, quédate —me ruega—. Sé que suena extraño, pero no hay otro lugar. Además, Blaze es un buen chico. No va a hacer nada que te incomode.

Miro a Charlie, buscando alguna señal de que esto es una broma, pero todo lo que veo es sinceridad. Suspiro, tratando de calmar la tormenta de emociones que siento por dentro. Blaze y yo hemos estado coqueteando (o eso creo), sí, pero compartir una habitación es otro nivel. Me pone nerviosa pensar en compartir un espacio tan reducido con él, con su cuerpo y con lo que me hace sentir cuando estoy cerca de él.

Suspiro, derrotada por sus ojos de cordero degollado.

—Está bien. —Charlie pega un bote y me abraza—. ¡Pero me debes una y muy gorda! —La rodeo con mis brazos y ella asiente mientras me da las gracias.

Me da besos por toda la cara y se acerca a la puerta.

—Te he dejado una camisa como las mías ahí —hace un ademán hacia el armario y yo lo oteo con el ceño fruncido. Charlie me mira de arriba abajo y sonríe como una loba—. Estás poniéndote muy sexy, Lieve. Me gusta.

Cierra la puerta y me quedo sola allí. Entonces, me paro un momento a ver la habitación. Es bastante grande, con una cama matrimonial ubicada en el centro, cubierta con un edredón de flores en tonos pastel que le da un aire acogedor y hogareño. Las paredes están revestidas de madera clara, lo que realza la calidez del espacio, mientras que grandes ventanales dejan entrar la luz del atardecer, iluminando cada rincón con un brillo dorado.

En una esquina de la habitación, hay una cómoda antigua de madera oscura, adornada con detalles tallados a mano. Sobre ella, un espejo de marco dorado refleja la luz del exterior, haciendo que la habitación parezca aún más espaciosa. Al lado de la cómoda, un perchero sostiene varias camisas de franela y un par de abrigos gruesos, probablemente dejados allí para los frescos anocheceres junto al lago.

El suelo está cubierto por una alfombra de lana en tonos terracota y crema, que amortigua cada uno de mis pasos mientras me muevo por la habitación.

En la mesita de noche al lado de la cama, una lámpara de pie con pantalla de tela ilumina suavemente el área, junto a un par de libros apilados cuidadosamente. Todo en la habitación refleja una sensación de cuidado y amor por los detalles, desde los pequeños cojines decorativos hasta las cortinas de encaje que cuelgan de las ventanas.

Respiro hondo, tratando de calmarme mientras exploro el espacio con la mirada. Todo es tan diferente a mi propio cuarto, tan meticulosamente ordenado y lleno de objetos personales que narran la historia de mi vida. Aquí, en esta casa junto al lago, me siento un poco desubicada, pero al mismo tiempo, hay algo reconfortante en la simplicidad y el encanto del lugar.

Me acerco al armario y abro la puerta, encontrando la camisa que Charlie mencionó. Es una de esas camisas de franela que tanto le gustan. Me la pongo, notando lo cómoda que es, y me miro en el espejo. La camisa me queda grande, pero es suave y liviana. Bajo llevo el bikini dorado que hace contraste con mi piel nívea.

Me enfundo en las zapatillas y bajo hasta llegar a la parte de atrás de la casa que lleva al lago. Los veo a todos allí, dentro del agua menos a Blaze. Chloe agita el brazo en cuánto me ve y todos los ojos se dirigen a mí. Me acerco hacia dónde están las cosas y me quito la camisa.

Blaze se acerca a mi oído, con los brazos cruzados sobre su torso desnudo. ¡Y cómo está!

—¿Te espero en mi habitación en cuánto todos se hayan metido en las suyas? —me pregunta. Y el susurro en mi oído hace que me erice. Asiento en respuesta y él me echa un vistazo—. Creo que reitero lo que te he dicho antes.

Hace que me ponga roja y que una risa floja escape de mis labios. Entonces, Blaze se acerca y me coge en brazos por sorpresa. Me aferro con fuerza a su cuello en el momento en el que se lanza al lago.

El agua fría choca contra mi cuerpo y nos sumergimos hasta el fondo para luego salir a la superficie. Blaze me suelta y cuando salgo, y consigo que el pelo vuelva a su ser, lo miro con los ojos entrecerrados. Estoy a solo centímetros de él, hasta el punto de sentir su aliento mezclarse con el mío.

Blaze no para de reírse y le saco el dedo en respuesta. Pero al ver que no cesa la risa, me abalanzó sobre él, comenzando una guerra de aguadillas en las que tengo todas las de perder.

—Te vas a enterar, cowboy de pacotilla —le digo.

Blaze se prepara para cogerme. En sus labios hay una sonrisa torcida que me indica que esto no va a acabar aquí.

—Te estoy esperando, muñeca —responde.



Salgo de la habitación justo en el momento en el que tocan la puerta con los nudillos mientras me seco el pelo con una toalla. Paul está aquí, apoyado en el marco de la puerta. Pongo los ojos en blanco y él pasa. Charlie se lanza a sus brazos y la puerta se cierra con un golpe seco.

Me voy directa a la habitación que me han dicho antes de que la fogata que hemos hecho en el jardín de atrás se apagara: última puerta del pasillo, a la derecha. Camino con el camisón que tengo por pijama. Es blanco, de manga corta y con un lacito justo a la altura del valle de los senos. Me viene por la rodilla y es bastante fresco. El único inconveniente es que es lo único que me he echado para dormir pensando que lo haría con Charlie y no con Blaze. Y no pienso ponerme un pantalón vaquero porque se me clavarían todas las costuras.

Llego y entro a la habitación con sigilo. Pero cuando levanto la mirada del suelo y cierro la puerta, abro los ojos como platos al encontrarme a Blaze desnudo. ¡Desnudo y con el pelo húmedo! Lo he visto todo. ¡Todo! Y no puedo evitar la imagen en la cabeza mientras siento como la sangre se acumula en mi rostro y abandona absolutamente todo mi cuerpo.

Aprieto los puños y siento como la respiración se me entrecorta. ¡Madre mía! Eso es... es... Intento quitarlo de mi mente, guardarlo en lo más profundo de mí. Pero no puedo. No puedo olvidar su cuerpo, No puedo olvidar su cuerpo, su figura apolínea que parece esculpida por los mismos dioses.

Blaze tiene un cuerpo que podría pertenecer a una estatua griega. Sus hombros son anchos y musculosos, marcados por líneas definidas que descienden hacia sus brazos fuertes y bien formados. Los músculos de su pecho se tensan ligeramente mientras se mueve. Sus pectorales son firmes, y debajo de ellos, sus abdominales se marcan en una perfecta y definida 'tableta de chocolate'.

Su piel, aún húmeda por la ducha, brilla bajo la suave luz de la habitación, realzando cada curva y cada músculo. Los surcos de sus oblicuos se delinean claramente, formando esa 'V' que lleva la mirada hacia abajo, hacia sus caderas estrechas y sus muslos poderosos. Sus piernas son largas y fuertes. Y su miembro...

Me doy la vuelta mientras él ríe por lo bajo.

—Ni que nunca hubieras visto a un hombre desnudo —murmura en un susurro con diversión.

—Podrías haberte puesto algo —susurro, muerta de la vergüenza.

Hay un momento de silencio y luego escucho pasos. Me toca el hombro y baja sus labios hasta mi oreja.

—Ya puedes darte la vuelta —me dice, erizándose la piel.

Lo hago. Se ha puesto unos pantalones de pijama, pero sigue sin camiseta. Su sonrisa socarrona sigue intacta. Camina hacia la cama y se tumba allí. Palmea su lado y lo imito, pero estoy tiesa y boca arriba.

—Lieve, por Dios, relájate —me dice—. Pareces una estatua. De verdad, es como si...

Se calla de inmediato y frunce el ceño. Titubea palabras incoherentes y yo me giro para no verle la cara.

—Espera, ¿tú nunca...?

Niego en respuesta, dándole la espalda. Estoy mirando hacia la ventana y no pienso

girarme para ver cómo se burla de mí por ser virgen a mi edad.

—Sí, ¿pasa algo? —digo con un tono defensivo.

Me acurruco de lado. Nos quedamos en silencio durante un tiempo hasta que él decide romperlo.

—No, claro que no pasa nada. Pero nunca lo hubiera pensado —murmura.

Aplastando la almohada con la cabeza y apretando la sábana con la mano en un puño, lo miro por encima del hombro.

—¿Por qué soy de ciudad y se supone que estoy más modernizada que la gente de un rancho o por qué todas a mi edad ya se han tirado a alguien? —Sigo a la defensiva.

La diferencia entre la gente de ciudad y de pueblo, o un rancho, es en cómo piensan. Me he encontrado a personas que pensaban que, por ser de Houston, mi mentalidad; y otra parte de mi cuerpo; era mucho más abierta. O que por mi edad ya tendría que haber tenido relaciones sexuales.

Blaze se pega a mí y levanto la mirada, girándome un poco hacia él, para verlo. Está serio, como si este tema le hubiera impactado.

—No —responde—. No es por eso. Eres una mujer tan inteligente, tan hermosa, Lieve que pensé que tú ya tendrías experiencias en... en eso. Perdóname.

Y sé que lo dice en serio por el brillo de sus ojos verdes. Niego y vuelvo a ponerme mirando hacia la ventana.

—¿Inteligente? ¿Hermosa? —Río con amargura—. Hermosas son las chicas con las que antes me juntaba. Ella sí que son perfectas.

—¿Y tú no lo eres? —inquire a mi espalda.

—Da igual, Blaze. A mí nunca me miraran como a ellas.

Se hace otro silencio.

—¿Mirarte cómo? —pregunta en un susurro.

Suspiro y me doy la vuelta para ponerme boca arriba. Miro el techo, cierro los ojos y sonrío con amargura.

—Con deseo, Blaze. A mí nunca nadie me ha mirado así, nunca me han tocado hasta el punto de estallar en mil pedazos. —Los abro y lo observo. Hago una mueca y vuelvo a la posición fetal de lado para intentar dormir y que el nudo que se ha formado en mi garganta no explote—. Yo nunca le voy a gustar a nadie, Blaze, no de esa manera.

Y por un momento cierro los ojos para hacer el amago de intentar dormir. Pero su pregunta, y su respiración en mi oído, me hacen mirarlo por encima de mi hombro. Blaze está reclinado sobre mi cuerpo, pegado a mí hasta el punto de que no queda ni un solo centímetro de distancia.

—¿Y a ti te gustaría eso, Lieve? —Tengo su rostro a solo centímetros del mío y sus ojos

brillan con una intensidad que me apabulla—. ¿Te gustaría sentir el deseo?

Asiento y me relamo los labios. Mi mirada se dirige a su boca y luego a sus ojos otra vez.

—Me encantaría que alguien me mirara como Paul a Charlie, o como Will a Chelsea — respondo.

Entonces, Blaze me gira sobre la cama y se pone encima de mí. Su cuerpo sube el mío y se aguanta con las manos. Baja un poco la cabeza y acaricia su nariz con la mía. En su mirada hay una sombra de deseo mezclada con ternura, una combinación que me deja sin aliento.

—Lieve —murmura, su voz un susurro lleno de promesas—, lo que no entiendo es cómo todavía no te has dado cuenta.

Frunzo el ceño y él pega su cadera a mi cuerpo. Siento su miembro erecto contra mi cuerpo. Su aliento cálido acaricia mi piel y me estremezco bajo su peso. Mis manos, casi por instinto, suben por sus brazos, sintiendo cada músculo tenso bajo la piel. Blaze baja lentamente su cabeza hasta que sus labios rozan los míos en apenas un toque.

—Lo mucho que te deseo, Lieve —confiesa en un susurro—. Y esta noche pienso hacerte explotar.



CAPÍTULO 21

DESEO

LIEVE

El camisón se sube hasta mi cadera mientras sus manos recorren mi cuerpo y sus labios devoran los míos en un beso que me enciende el alma, con una urgencia y una reverencia abismal. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo acerco más a mí. Y en un movimiento de piernas para rodear su cintura, mi sexo choca con el de Blaze.

¿Sabéis esa sensación de que todo os da igual y solo queréis vivir el momento? Pues esa es la que me está poseyendo ahora mismo. Quiero disfrutar, experimentar y ya pensaré en las consecuencias.

Blaze deja mis labios solo para dirigirse abajo y morder esa zona entre el lóbulo y el cuello que me hace gimotear por lo bajo y estar a su merced. Sus manos recorren mis piernas, pero no pasa del muslo, se quedan ahí y vuelven a descender.

Sus besos van cayendo lentamente hasta llegar al valle de mis senos. Alza la mirada, para pedirme permiso, y yo asiento en respuesta. Las yemas de una de sus manos deslizan la tela hacia abajo, haciendo que mis senos se aúpen. Los observa con devoción, con hambre. Se inclina hacia mí y me besa. Cuando su lengua entra en la mía, captura uno de mis pezones con dos de sus dedos.

Jadeo.

El colchón gruñe y se hunde a mi derecha mientras el calor sigue surfeando cada parte de mi ser. Pone una mano en mi vientre y otra en mis costillas para acercarme a él, a su pecho descubierto, y brindarme su calor. Me aprieta contra él y me da besos húmedos en el cuello mientras que sus dedos torturan magistralmente uno de mis senos.

Enreda sus piernas con las mías y algo duro se me acerca por detrás. Blaze muerde el lóbulo de mi oreja y gimo un poquito. Me siento floja, a su entera merced. Los dedos que tiene en mi vientre comienzan a hacer círculos sobre la fina tela que cubre mi cuerpo. Me arqueo cuando los baja hacia el ombligo.

—¿Qué es lo que quieres, Lieve? —me pregunta con la voz ronca, rota por el deseo.

Y escucharlo así hace que retuerza y clave la mirada en la de él.

—Más —susurro.

Su cuerpo se tensa y escucho una risa baja, que me eriza la piel, pegada a mi cuello. Sus dedos viajan hasta la cinturilla de las braguitas y el primer roce me arranca un jadeo de la parte más profunda de la garganta.

Blaze suelta un sonido de satisfacción cuando me encuentra tan húmeda. Echo la cabeza hacia atrás y me apoyo en su hombro cuando empieza a hacer círculos alrededor de ese punto de placer que se encuentra entre mis piernas. El pulgar da vueltas alrededor de ese lugar, jugando conmigo. Su mano libre coge uno de mis senos.

Entonces, Blaze mete uno de sus dedos en mi interior mientras el pulgar sigue haciendo círculos sobre el ápice de entre mis muslos. Me retuerzo como puedo y beso sus labios, acallando los gemidos que salen de mis labios sin permiso.

Hunde otro dedo en mi interior y siento de dejo de existir. No me importa quién sea él o yo, lo que haya ocurrido en un pasado o lo que pueda suceder en el futuro, o las consecuencias de esto. Solo quiero dejarme ir, disfrutar de lo que Blaze me está dando.

Sus dedos entran y salen, duros y firmes, mientras el pulgar sigue a lo suyo. Blaze mete la lengua en mi boca, dejándome ver lo que haría si se introdujera en mi interior. Y por primera vez siento la necesidad de que lo haga. Pero el miedo a esa primera vez me vence y me rindo a sus caricias.

—Lieve... —susurra en mi oído— vamos, muñeca, hazlo.

El orgasmo me corre por la columna y Blaze cubre mis labios para devorar el sonido. Tiemblo entre sus brazos y siento que la respiración me va a mil por hora, como un caballo desbocado. Me rompo en mil pedazos y él me aprieta más para sujetarme. Tengo miedo de derretirme, de perderme. Sus dedos me atraviesan una y otra vez, ahora suaves pero firmes, hasta que me siento morir entre sus brazos.

Jadeo con fuerza cuando saca sus dedos de mi interior y retrocede un poco para mirarme.

—¿Sigues creyendo que no te desean? —pregunta con una sonrisa socarrona en los labios, esa que tanto lo caracteriza. Me doy la vuelta, acomodando la parte de arriba del camisón mientras siento cómo me ruborizo. Baja el rostro y me da un beso en la punta de la nariz. Se acomoda y me rodea con sus brazos; así sin más, haciendo que hunda mi cara en su pecho—.

Duerme, Lieve.

El sueño me vence antes de lo que pretendo y es la primera noche que no me despierto con el miedo de que mis padres me encuentren. Es la primera vez en muchos años que estoy en calma, segura.



Me despierto en calma, con los primeros rayos de sol dándome en el rostro. Pero no puedo moverme, unos brazos titánicos me sujetan por la cintura. Parpadeo y me inclino un poco hacia arriba para poder girarme. Y cuando lo veo dormido a mi lado, el corazón me da un vuelco.

Los recuerdos de lo que había pasado me engullen y me veo sometida ante los pensamientos intrusos de mi mente sobre lo ocurrido. Blaze se remueve un poco y decido volver a acostarme, pero esta vez mirándolo. Recorro su rostro con las yemas de mis dedos, flojas, quitándole un mechón de cabello azabache como la misma noche de un desierto de la frente.

Joder, es guapísimo.

Está relajado, con la respiración acompasada y no me ha soltado en ningún momento de la noche, como si temiera que me escapara. Su pecho sube y baja tranquilamente, pero se revuelve cuando paso un dedo por su labio inferior. Lo aparto cuando aprieta los ojos, los abre poco a poco y no duda en brindarme una sonrisa.

—Hola —le digo, pero él me coge el mentón con dos de sus dedos y funde sus labios con los míos.

Cierro los ojos y me dejo llevar hasta que nos tenemos que separar por falta de aire.

—Buenos días, muñeca —responde, soltándome al fin para desperezarse—. ¿Qué hora es?

—Son las... —miro el reloj de la mesita de noche y hago una mueca con los labios— seis y media de la mañana. —Me relamo los labios y él pasa un brazo por debajo de su cabeza—. ¿Ahora ya no soy una niña buena?

Me acomodo de lado y él se ríe por lo bajo. Se pone en la misma posición en la que estoy yo y me arrastra hacia su cuerpo. Miles de mariposas empiezan a revolotear en mi interior cuando acaricia mi espalda de arriba abajo.

—Ahora eres una niña muy traviesa —murmura con picardía.

Me muerdo el labio inferior, sopesando cómo decirle que no quiero que nadie se entere de esto.

—Oye, Blaze, respecto a lo que ha pasado... —me callo y me sonrojo— lo que ha pasado...

Pero él parece leerme la mente.

—¿Qué ha pasado? —se hace el loco con una sonrisa genuina en los labios—. Yo solo he dormido con mi amiga —me guiña un ojo y yo se lo agradezco—. ¿Ha pasado algo de lo que deba enterarme, Lieve?

Sonrío.

—Gracias —susurro, revolviéndole el pelo y levántandome de la cama—. ¿Os gustan a todos las tortitas? He pensando en hacer unas cuantas con huevos revueltos y bacon, que vi ayer que había en la nevera.

Blaze se levanta conmigo y estira los brazos.

—A mí me encantan —responde. Busca en su mesita el reloj de muñeca que siempre suele llevar y se lo pone. Lo espero cerca de la puerta para ir con él abajo. Pero antes de salir, me coge del brazo y me para en seco—. Lieve, ¿puedo hacerte una pregunta?

Asiento con el ceño fruncido.

—Sí, bueno, ya la estás haciendo —murmuro, desviando la mirada a mis pies—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué Nana te ha insistido en que comas? —inquire.

Me quedo estática y me debato en si contarle la verdad o simplemente omitir la pregunta e irme. Pero Blaze me ha demostrado tanto en tan poco tiempo, ha creado un vínculo de confianza, que opto por la primera opción.

—Blaze, al llegar aquí creo que pudiste ver que estaba mucho más delgada. —Me rasco la nuca y él asiente, serio y solemne—. Llegué al rancho pesando cuarenta y cinco kilos. —No me atrevo a mirarle a la cara, me siento avergonzada de ello—. Nana se dio cuenta de que había bajado más de peso desde que ella se fue de casa y me llevó a la consulta de la Doctora Morris. Determinó, después de varios estudios, que tenía anorexia nerviosa causada, principalmente, por la privación de alimentos y que podría derivar en una malnutrición muy severa si no cogía peso y me plantaba en el ideal para mí.

Trago saliva con dureza, pero él me coge el rostro con sus manos y hace que lo mire.

—¿Tienes...? —lo interrumpo.

—Sí —respondo, mirándolo directamente a los ojos—. Mi madre está obsesionada con la delgadez y siempre ha medido lo que como de una manera muy estricta. Creo que se debe a algún problema que tuvo ella con el peso cuando era joven, nunca me lo ha dicho, pero una vez vi una foto suya.

—Lieve —titubea—, no sabía nada.

Sus manos dejan mi rostro y yo sonrío.

—Pero estoy mejor, Blaze. He llegado a la meta que me puso la doctora y voy a por otra más. Tengo una cita con ella en una semana y media.

Pasa un brazo por mis hombros y me pega a él para abrazarme. Me da un beso en la

coronilla y me acaricia la espalda.

—Quiero que sepas que eres hermosa, Lieve. Mucho —susurra en mi oído—. ¿Qué te parece si la semana que viene vamos al autocine y luego te llevo a un sitio secreto?

Me despego de él y lo observo con el ceño fruncido.

—¿Al autocine? Nunca he ido —entrelazo los dedos de mis manos y me muerdo el labio inferior.

—¿Nunca? —Niego y Blaze se ríe por lo bajo—. Tengo tantas cosas que enseñarte, Lieve... —se calla y suspira—. Pero, por ahora, haremos eso: ir al autocine el sábado que viene y luego te llevaré a un sitio secreto. ¿Qué te parece?

¿Es una cita? ¿Blaze me está invitando a una? Me quedo sin aliento en el momento en el que me pone un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Y no, no es una cita. Solo somos dos amigos que van a ir a ver una película. —Es como si me leyera la mente, o es que mi cara habla por sí sola.

—Sí es así... —comento, tomando el pomo de la puerta—. Ven a recogerme el sábado a las siete a la librería. Invitas tú. —Salgo de la habitación y escucho cómo se ríe.

«Voy a quedar con Blaze, voy a quedar sola con Blaze».



CAPÍTULO 22

ALTERCADO

BLAZE

No he podido dejar de pensar en Lieve en toda la maldita semana. Me ha tocado mucho los cojones no poder pararme a hablar con ella ni un solo segundo por la mierda que tengo encima. Han encontrado un virulento pesticida cerca del campo de lavanda. Por suerte, Joe estaba haciendo guardia y pudo espantar a quién quiera que fuera; porque no lo vio, no pudo verle la cara por la oscuridad de la noche. Doy un golpe en la mesa y hasta Wayne se asusta. Estamos en el despacho de mi casa, con Joe, el sheriff y mi tío Owen.

—Cálmate, chico —me dice el tío Owen—. Estoy seguro que Wayne podrá hacer algo para coger a quienes nos están jodiendo, ¿verdad, sheriff?

Wayne asiente y se rasca la barba incipiente de varios días que lleva.

Wayne, el sheriff, suspira y se inclina hacia adelante, apoyando los codos sobre sus rodillas. Nos observa a todos con una mirada cansada pero decidida.

—Estamos haciendo todo lo posible, Blaze —dice con voz grave—. He puesto a más hombres a patrullar la zona y estamos revisando las pocas cámaras de seguridad que tenemos. Pero quienquiera que sea, sabe lo que está haciendo. No hemos encontrado huellas ni pruebas concretas.

Mi tío Owen asiente, con su rostro reflejando la preocupación.

—Entonces, ¿qué propones? —pregunto—. Porque esto no puede seguir así. Si el pesticida hubiese llegado a la lavanda, podríamos haber perdido toda la cosecha y con ello, una parte importante de nuestros ingresos. Y muchas familias dependen de ellos, Wayne.

—Podríamos organizar más patrullas y asegurar mejor el perímetro —sugiere Joe—. Y quizás deberíamos considerar la posibilidad de ofrecer una recompensa por información. La gente del pueblo podría saber algo.

—Eso es una buena idea, Joe —responde Wayne—. Además, quiero hablar con la comunidad. Organizar una reunión y alertar a todos sobre lo que está pasando. Quizás alguien haya visto algo sospechoso y no lo haya considerado importante. No creo que sea nadie de dentro, hay mucho en juego. Y la descripción que nos dio Joe no conecta con nadie de aquí.

Me levanto de la silla y comienzo a caminar de un lado a otro del despacho. La frustración y la preocupación se mezclan en mi pecho, pero trato de mantener la calma.

—Tenemos que hacerlo, y rápido —digo finalmente—. No solo por nosotros, sino también por la gente que trabaja aquí. No podemos permitir que el Rancho del Alma se convierta en un blanco fácil para estos ataques.

—Blaze tiene razón —dice el tío Owen—. Pero, ¿quién nos puede ayudar para hablar con la gente? Sabes tan bien como yo que hay algunos que son un poco reacias a nosotros.

Eso es verdad. Todavía hay gente recriminado lo que sucedió en la época de la esclavitud. No tenemos perdón de Dios por lo que hicimos, pero yo no tengo nada que ver en eso. Yo no soy como otras personas, que ven a la gente negra como inferior. Para mí son mis iguales, mis amigos, mi familia.

—Deberíamos hablar con Lieve. Ella es buena con la gente, tiene ese don de hacer que la escuchen. Podría ayudarnos a calmar a los trabajadores y asegurarnos de que todos estén atentos y vigilantes —propone Joe.

El nombre de Lieve me golpea como un puñetazo en el estómago. ¿Ella me ayudará? Necesito su ayuda, pero no quiero ponerla en peligro por esta mierda. Me detengo y miro a mi tío, asintiendo lentamente.

—Hablaré con ella —digo con un suspiro—. Pero primero, debemos organizar la reunión con la comunidad. Wayne, ¿puedes encargarte de eso?

—Claro que sí —responde el sheriff—. Mañana por la tarde en el salón de la comunidad. ¿Os parece bien?

Todos asienten, y siento una chispa de esperanza en medio de la oscuridad que nos rodea. Si podemos unir a la comunidad y trabajar juntos, tal vez podamos descubrir quién está detrás de estos ataques y detenerlos antes de que sea demasiado tarde.



Paro frente a la casa de Maggie y de Joe. Me bajo de la camioneta y saludo a Denelle con la mano. Me acerco al porche y le hago una carantoña al pequeño Anthony, que está comiéndose un trozo de manzana encima de las rodillas de su madre.

—Denelle, ¿has visto a Lieve? Necesito hablar con ella —le pregunto.

Ella asiente y señala con un ademán de cabeza el cobertizo.

—Está con Rossie y Ranger.

Pretendo ir hacia allí, pero Tanisha sale de la casa con un vaso de limonada. Está muy sonriente y me lo ofrece.

—Blaze, qué alegría verte —se me hace raro escucharla de esa manera, parece... normal—. ¿Quieres una limonada? Iba a llevarle una a Lieve.

Abro los ojos, atónito. ¿Tanisha iba a hacer qué? Desvío la mirada hacia Denelle y ella levanta el pulgar, dándome a entender que las cosas han mejorado mucho en casa desde la última vez que hablé con ella. Y eso me alegra. Le tengo mucho aprecio a Tanisha, es como una hermana pequeña y me hubiera disgustado mucho tener que romper tantos años de amistad con ella por su obsesión conmigo. Quizá ser directo ha sido la solución.

—Oh, no, gracias. Pero puedo llevársela yo, tengo que hablar con ella.

Tanisha parpadea, pero reacciona dándome un vaso y ofreciéndome una gran sonrisa.

—¡Claro! —exclama—. Tengo que irme dentro a hacer lo que mi madre me ha mandado, espero que vaya todo bien, Blaze.

Y tal como ha aparecido, se va. Desvío la mirada hacia Denelle y ella se ríe mientras mueve sus piernas para que Anthony se divierta.

—Ha dado un cambio increíble. No sé que le dijiste, pero ha funcionado.

Sonrío y me despido de ella antes de caminar hacia el cobertizo. A medida que me acerco, puedo escuchar el sonido del agua corriendo y el suave murmullo de Lieve hablándole a Rossie. Me detengo en la entrada y la veo allí, bañando a la yegua con una manguera. El sol se refleja en su cabello, haciéndolo brillar. Me quedo mirándola, atontado por su belleza y la serenidad que irradia.

Decido ser sigiloso y darle un susto. Me acerco lentamente, tratando de no hacer ruido. Cuando estoy lo suficientemente cerca, extendiendo las manos y le tapo los ojos.

—¿Quién soy? —le pregunto, tratando de imitar una voz grave.

Lieve se sobresalta y gira bruscamente, soltando un pequeño grito de sorpresa. La manguera se descontrola y un chorro de agua fría la empapa. Ella se ríe, pero sus ojos se ensanchan al verme. Retrocedo, riendo a carcajadas.

—¡Blaze! —exclama—. ¡Me has asustado!

—Lo siento —digo entre risas—. No he podido resistirme.

Ella me lanza una mirada asesina y luego me da un golpe en el brazo. Pero todo lo que

puedo pensar es en lo sexy que se ve con el pelo mojado y la ropa pegada a su cuerpo. Lieve se escurre el pelo con las manos, tratando de arreglar el desastre.

—Eres imposible —dice, pero hay una chispa de diversión en sus ojos.

—Lo sé, pero me quieres así —respondo, sin poder apartar la mirada de ella.

Lieve sacude la cabeza y vuelve a centrarse en Rossie, aunque puedo notar que también está intentando ocultar una sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta mientras continúa bañando a la yegua.

—Necesitaba hablar contigo —digo, recordando la verdadera razón por la que estoy aquí—. Necesito tu ayuda.

—Claro, dime —dice, su tono volviéndose más serio mientras sigue ocupándose de Rossie.

—Sabes que llevamos unas semanas ocultando algo, ¿verdad? —Ella asiente y me mira de soslayo. No puedo evitar fijarme en cómo los pezones se le marcan sobre la camiseta y me veo en la obligación de sacudir la cabeza—. Quieres sabotear el Rancho del Alma, Lieve.

Ella suelta una exclamación.

—¿Qué está pasando, Blaze? —inquire, preocupada.

Le cuento todo, incluso lo que discutimos en la reunión y los planes que tenemos para proteger el rancho. Ella escucha atentamente, asintiendo de vez en cuando.

—Suena a que tienes un buen plan —dice—. Y, por supuesto, puedes contar conmigo para lo que necesites. También hablaré con algunos de los trabajadores, asegurarme de que todos estén alertas.

—Gracias, Lieve. —la abrazo por la espalda y ella se apoya en mi pecho—. Tu apoyo significa mucho —respondo, sintiendo un peso menos en mis hombros.

Ella sonríe y termina de bañar a Rossie, dejando que la yegua se sacuda y se seque al sol. Luego se vuelve hacia mí, con una mirada decidida.

—Esto te va a costar unas palomitas el sábado, que lo sepas —murmura, enrollando la manguera—. Por qué sigue en pie, ¿no?

Me río entre dientes y asiento. la tomo de los hombros y hago que me mire a los ojos.

—No lo cancelaría por nada del mundo, muñeca.

Lieve sonríe, y por un momento, el mundo se detiene. Me inclino hacia ella, acercándome cada vez más. Siento su aliento en mis labios, y la tensión entre nosotros es palpable. No puedo contenerme más. Cierro la distancia y mis labios se encuentran con los suyos en un beso cargado de intensidad y deseo.

Ella responde con la misma pasión, sus manos suben por mis brazos hasta rodear mi cuello, atrayéndome más cerca. Mis manos se mueven por su espalda, sintiendo cada curva y línea de su cuerpo. La necesidad de estar más cerca de ella es abrumadora, así que la levanto en

peso con facilidad y la llevo hacia la pared del cobertizo, presionándola suavemente contra la madera.

Lieve deja escapar un suave gemido al sentir la solidez de la pared detrás de ella. Mis manos se deslizan por su cintura, explorando cada centímetro de su piel a través de la tela húmeda de su ropa. Siento su cuerpo temblar bajo mi toque y eso solo intensifica mi deseo. Mis labios se mueven con urgencia, besándola con pasión, mientras mis manos se deslizan por sus caderas y muslos.

Ella me corresponde con igual fervor, sus dedos exploran mi cabello y mi espalda. Siento cómo se enredan en mi pelo, tirando suavemente, lo que hace que un gemido bajo escape de mi garganta. La intensidad del momento es casi abrumadora, pero en el mejor de los sentidos. Nos devoramos, como si quisiéramos fundirnos el uno con el otro.

—Blaze... —murmura contra mis labios, con su voz cargada de deseo.

—Lieve... —respondo, con mi voz ronca por la intensidad del momento.

¿Qué cojones me está pasando con ella?

Mis manos se aventuran debajo de su camiseta mojada, encontrando la calidez de su piel. Su cuerpo responde al instante, arqueándose contra mí. Me pierdo en la sensación de su suavidad y el calor de su piel contra mis dedos. Cada toque, cada caricia, nos acerca más, nos une de una manera que va más allá de las palabras.

Lieve me besa con una pasión que nunca antes había sentido, como si hubiera estado esperando este momento tanto como yo desde que regresamos del lago. Sus labios se mueven sobre los míos, exigiendo y dando a la vez, mientras nuestras respiraciones se entrelazan y nuestros corazones latén al unísono. La pared del cobertizo es nuestra única testigo, una silueta oscura en el cálido atardecer.

Pero nos separamos cuando escuchamos pasos.

—¿Lieve? ¿Blaze? ¿Estáis ahí? —Es Tanisha, justo en el peor momento.

Lieve se baja de mis brazos y se coloca bien la camiseta. Da la espalda a la entrada para acompañar su respiración y que Tanisha no descubra lo que estábamos haciendo. Yo, en cambio, me apoyo en la pared y cruzo los brazos sobre el pecho.

Una última mirada cómplice es lo que intercambio con Lieve antes de que Tanisha asome la cabeza.

—¡Estáis aquí! —exclama ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Mamá me ha preguntado si te quedas a comer, Blaze.

Parece que no sospecha nada de lo que ha ocurrido y prefiero que sea así.

—Eh, no, no puedo. Tengo muchas cosas que hacer —me excuso y ella hace una mueca.

—Qué mal, mamá ha hecho su receta secreta de guiso —nos guiña un ojo—. Lieve, ¿has acabado? —Tanisha camina hacia Lieve y la ayuda a guardar las cosas en una bolsa—. ¿Vamos juntas?

Lieve asiente y se despide de mí con una sonrisa.

—Nos vemos mañana —le digo.



Al día siguiente, el salón de la comunidad está lleno de gente. Los rostros familiares del muestran preocupación. Me encuentro al frente, junto con Wayne, Joe y mi tío Owen. Lieve está entre la multitud, sus ojos están fijos en mí.

—Gracias a todos por venir —comienza Wayne, su voz resuena en el salón—. Nos enfrentamos a una situación grave. Como muchos de vosotros sabéis, ha habido varios intentos de sabotaje en el Rancho del Alma. El último incidente involucró un pesticida peligroso cerca del campo de lavanda. Necesitamos vuestra ayuda para detener esto.

La multitud murmura, y algunas caras muestran sorpresa y alarma. Levanto la mano para pedir silencio y doy un paso adelante.

—No podemos hacerlo solos —digo, tratando de mantener la voz firme—. Necesitamos que todos estéis atentos. Si veis algo sospechoso, por favor, informadlo. También estamos ofreciendo una recompensa por cualquier información que conduzca a la identificación y captura de los responsables.

Los murmullos aumentan, incluso de los que comienzan a echarnos en cara cosas de la época de la esclavitud, y veo a varias personas asintiendo con la cabeza. Lieve da un paso adelante, con su mirada fija en mí.

—Esto nos afecta a todos —dice con su voz suave—. El Rancho del Alma de Blaze es parte de nuestra comunidad. Si lo dañan, todos sufrimos. Mantengamos los ojos abiertos y cuidemos los unos a los otros.

Su intervención parece calmar a la multitud, y por un momento, siento que tal vez, solo tal vez, podemos superar y encontrar al culpable.

Wayne asiente y se aclara la garganta.

—Eso es correcto. Necesitamos estar unidos en esto. La seguridad de todos depende de nuestra vigilancia y cooperación.

Lieve me mira y asiente, dándome la confianza que necesito para seguir adelante.

—Gracias a todos por vuestro apoyo —añado—. No permitiremos que nadie nos divida o nos haga daño. Ahora, si me disculpáis, debo hablar con Wayne para ultimar algunos detalles.

La multitud comienza a dispersarse, algunos aún murmurando entre ellos, pero la mayoría parecen haber entendido la gravedad de la situación. Mientras tanto, Wayne se me acerca y me indica que tiene algo en su coche que podría ser útil para la seguridad del rancho.

—Lieve, ¿podrías ir al coche y traer la caja que está en el asiento trasero? —le pide.

—Claro, enseguida —responde ella, y se dirige hacia el coche.

Me quedo hablando con él y con mi tío Owen dentro del salón, discutiendo los próximos pasos y cómo podríamos aumentar la seguridad en el rancho. Pero apenas han pasado unos minutos cuando escuchamos un grito desgarrador proveniente del exterior.

—¡Blaze! —Es la voz de Lieve, llena de dolor y pánico.

Sin pensarlo dos veces, salgo corriendo del salón, seguido de cerca por Maggie y Joe, mi tío Owen y el sheriff. Al llegar afuera, veo a Lieve en el suelo, con una mano en la cabeza y sangre corriendo por su sien. Mi corazón se detiene por un instante antes de que la rabia y la preocupación tomen el control.

—¡Lieve! —grito mientras me acerco a ella, arrodillándome a su lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Lieve intenta incorporarse, pero la ayudo a mantenerse sentada. Su rostro está pálido y sus ojos muestran el dolor y el miedo que siente.

—Alguien... alguien me atacó —dice con la voz temblorosa—. Me ha dicho que si seguimos intentando encontrar al culpable, van a hacer cosas malas. Que nos detengamos ahora mismo.

La furia se apodera de mí al escuchar esas palabras. Miro a Wayne, quien ya está sacando su radio para pedir refuerzos, y luego a mi tío Owen, que está revisando los alrededores, buscando cualquier rastro del atacante.

—Vamos a llevarte a un médico —digo, tratando de mantener la calma mientras la ayudo a ponerse de pie—. Maggie, ¿puedes traer el coche?

—Sí, voy por él —responde ella, corriendo hacia el vehículo.

Mientras espero, mantengo a Lieve cerca, protegiéndola con mi cuerpo. No puedo evitar sentir una profunda sensación de impotencia y de rabia. ¿Cómo se atreven a amenazarla? ¿Cómo se atreven a atacarla?

Cuando Joe y Maggie llegaron con el coche, ayudamos a Lieve a subir y nos dirigimos de inmediato al centro médico más cercano. En el camino, trato de calmarla, aunque mi mente está en otra parte, pensando en quién podría estar detrás de todo esto y cómo voy a hacerles pagar.

Finalmente, llegamos. Los doctores atienden a Lieve de inmediato, y me quedo en la sala de espera. No permitiré que esto quede impune. Me levanto y camino de un lado a otro, esperando noticias de Lieve. Esto no va a quedar así. Voy a encontrar al responsable, y cuando lo haga, se arrepentirá de haber cruzado esa fina línea.

Vamos a proteger lo que es nuestro. Y voy a asegurarme de que el responsable pague por lo que han hecho.



CAPÍTULO 23

RESILIENCIA

LIEVE

Farfullo una maldición cuando Nana me pasa el algodón por la herida. Me quejo y hago una mueca. Han pasado varios días desde que me atacaron y todavía sigo sintiendo escalofríos. Recuerdo su mano sobre mi brazo, fría y callosa. Me lanzó contra el suelo con tan mala suerte que me di con la puerta abierta del coche del sheriff Wayne. Y su voz... creo que la reconocería hasta en un concierto de AC/DC.

—Quédate quieta, Lieve —murmura Denelle con el pequeño Anthony en brazos.

—Es que duele —me quejo como una niña pequeña.

Nana me mira con una ceja alzada y se ríe.

—¿Estás quejándote por esto? ¿Me lo estás diciendo en serio? —inquire ella con diversión—. Sigues siendo una niña.

«Una niña muy traviesa». Recuerdo sus palabras y me sonrojo levemente. Pero ¿qué somos Blaze y yo? ¿Amigos o...? Me quito la idea de la cabeza y clavo la mirada en la puerta, en la que está Tanisha apoyada en el marco. Ella me sonríe y se la devuelvo.

—Eso es porque Lieve no está acostumbrada a eso, mamá —dice y se acerca a mí. Se acuclilla y ayuda a su madre a limpiarme la herida—. Aquí nos hacíamos heridas así día sí y día también.

Nana observa a su hija y en sus ojos veo la tranquilidad de saber que las cosas han mejorado. Me siento completamente en paz al ver a Nana así, feliz. Es un sentimiento reconfortante, uno que hace que el dolor de la herida pase a un segundo plano.

Tanisha y yo nos llevamos bien, y eso ha traído un cambio positivo en ella. La Tanisha de antes solía ser más cerrada, menos propensa a mostrar su cariño y a involucrarse en estos momentos. Pero ahora, verla tan atenta y preocupada por mí es un claro indicio de su transformación.

Mientras Nana y Tanisha continúan limpiando la herida, noto la sonrisa en el rostro de Nana. Esa sonrisa lo dice todo. Es una sonrisa de satisfacción, de alivio. Para ella, no hay mayor consuelo que ver a su hija y a mí en armonía.

—Eso es verdad —masculla Denelle, acunando a su hijo—. De pequeña, Tanisha siempre estaba de un lado para otro y se hacía heridas de estas a diario. —Se levanta de la silla y le revuelve el pelo—. Pero Lieve también se acostumbrará —me guiña un ojo—, ya verás.

Tuerzo el gesto.

—Mientras que no sea cómo me he hecho esta... —murmuro entre dientes.

Tanisha se levanta y suspira.

—Tuvo que ser un momento horrible, menos mal que ya ha pasado y que han puesto más vigilancia —argumenta, frotándose las manos—. Bueno, mamá, yo me voy que he quedado con mis amigas. ¡Hasta luego!

Cuando Tanisha se va, Nana se sienta junto a mí y me mira con curiosidad.

—Lieve, cariño, ¿cómo te lo pasaste en la casa del lago? No hemos tenido mucho tiempo para hablar de ello.

Me relajo un poco y sonrío.

—Lo pasé muy bien, Nana. Fue increíble. —Quizá más que eso—. Y se portaron muy bien con nosotras. Además, he quedado con Blaze para ir al autocine hoy. Puedo ir, ¿verdad?

Nana suelta una risita y se plancha la camisa.

—No hace falta que me pidas permiso, Lieve. Eres libre de ir y venir cuando quieras. Puedes llegar a la hora que te apetezca y más si vas con Blaze.

Me sonrojo un poco y me remuevo en mi asiento.

—Gracias, Nana. Pero me gusta que sepas dónde estoy.

Ella asiente y luego me mira con una chispa traviesa en los ojos.

—¿Y qué hay entre tú y Blaze? —pregunta sin rodeos.

Niego rápidamente, aunque siento el calor subiendo a mis mejillas. ¿Será que ha notado algo por mucha que quiera ocultarlo?

—Nada, Nana. Solo somos amigos.

No insiste y simplemente sonríe.

—Est  bien, Lieve. Solo quería saber si había algo entre vosotros —me aclara—. Se os ve tan bien juntos...

Me levanto y me estiro un poco.

—Bueno, tengo que ir a trabajar. No quiero llegar tarde, ya sabes cómo es el Señor Adams.

Nana se levanta de la cama y pone las manos en las caderas.

—Pero si el Señor Adams te tiene como si fueras su hija —replica.

Y es verdad. Desde que estoy trabajando en la librería, se porta muy bien conmigo. Es un jefe ejemplar y siempre est  dispuesto a enseñarme algo nuevo sobre libros y literatura. Me ha hecho sentir parte de la familia de la librería, y eso me motiva a dar lo mejor de mí cada día.

—Aun así, no quiero aprovecharme de su amabilidad. —Le sonrío a Nana antes de dirigirme a mi habitación para vestirme.

All  saco el vestido blanco que había elegido para hoy. Me lo pongo con cuidado, ajustando los tirantes delgados sobre mis hombros y alisando la falda corta que roza suavemente mis muslos. El vestido es sencillo pero elegante, perfecto para el calor de la primavera. Me miro en el espejo y dejo mi cabello suelto, cayendo liso y brillante sobre los hombros.

El vestido realza mis curvas de manera sutil, y me hace sentirme fresca. Me pongo unos zapatos cómodos, que combinan perfectamente con el vestido. Salgo de la habitación y paso por la cocina donde Nana todavía está ocupada con algunas tareas. Me despido de ella con un beso en la mejilla.

—Nos vemos luego, Nana.

—Nos vemos, Lieve. Que tengas un buen día en el trabajo y dale recuerdos a Blaze de mi parte.

Charlie est  esperándome fuera y frunce el ceño cuando me meto en la camioneta. Le he pedido que me lleve para luego irme con Blaze.

Mi amiga me mira de arriba abajo y hace una mueca.

—Ese vestido es muy bonito, Lieve —comenta con un tono neutral mientras pone en marcha la camioneta y toma el camino terroso hacia el centro.

—Gracias, Charlie —respondo, ajust ndome en el asiento y tratando de no parecer nerviosa.

La camioneta avanza lentamente, levantando una nube de polvo a su paso. Charlie me observa de reojo y, después de un silencio, pregunta directamente: —Entonces,  qu  planes tienes con Blaze esta noche?  Autocine?

Les he contado que he quedado con él porque las muy cotillas nos escucharon hablar. Rezo para que no indaguen más y descubran lo que est  pasando entre los dos. Me daría mucha vergüenza que Blaze y yo hemos tenido momentos...  ntimos.

Me sonrojo ligeramente, recordando la conversación con Nana, y dirijo la mirada a la ventanilla.

—Sí —respondo, tratando de sonar casual y evitando decirle que luego quiere llevarme a otro lugar.

Ella asiente, pero su expresión se mantiene con la mirada fija en la carretera.

—¿Y estás emocionada por eso? ¿O es algo más que solo emoción? Porque te has puesto guapísima.

Sus palabras me hacen reflexionar. Blaze y yo hemos sido amigos desde hace un tiempo, sobre todo ahora que ya no es tan idiota conmigo y ha dejado un poco más de lado el querer verme enfadada, pero últimamente he sentido algo más profundo por él cada vez que estamos juntos. Algo que me da miedo.

—No lo sé, Charlie —respondo con sinceridad—. Blaze es un buen chico. Siempre ha estado ahí para mí, especialmente después de todo lo que ha pasado. Pero no quiero que esto pase de una amistad. Eso es lo más importante para mí. Además, ¿cómo se fijaría en alguien como yo? Y deja ya de pensar en eso, nunca tendría algo con Blaze. Es un idiota.

Charlie se echa a reír.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no dejarte llevar en algún momento? A veces, lo que empieza como una amistad puede convertirse en algo más hermoso. Yo os veo con mucha complicidad.

Y tanto. Tenemos tanta complicidad que he dejado que sea el primero que se meta entre mis piernas, o algo por el estilo. Pero eso no se lo voy a decir.

Charlie suspira, sus ojos fijos en el camino delante de ella.

—A veces, Lieve, hay que arriesgarse para obtener algo mejor. La vida es corta y no sabemos qué nos depara el futuro.

Sus palabras resuenan en mi mente mientras la camioneta avanza por el camino cada vez más pavimentado al acercarnos al centro. Charlie me saca de mis pensamientos con una pregunta más suave.

—¿Cómo te sientes cuando estás con él?

Respiro hondo y miro por la ventana.

—Me siento feliz. Tranquila. Como si todo fuera posible.

—Eso es comprensible —admite Charlie—. Es Blaze Jenkins. —Las dos reímos—. No sé, tía, piénsatelo. He escuchado que Blaze es una máquina en la cama.

Me pongo colorada. ¿Una máquina en la cama? Eso se queda corto. Solo de recordar sus dedos en mi interior, sus labios sobre los míos... me enciendo como una llama.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? —le pregunto con curiosidad.

Ella se encoge de hombros y hace una mueca con los labios.

—Tanisha —responde, dejándome atónita—. El día después de liarse con él, fue pregonando que era una máquina sexual. He intentado hablar con Blaze de eso, pero siempre se ha mostrado muy reacio, así que...

—¿Tanisha se ha acostado con Blaze? —inquiero, perpleja.

«Nunca me lo ha contado, nunca me lo ha dicho»; pienso para mis adentros. Charlie asiente y nos sumimos en el silencio mientras que *Bohemian Rhapsody* de *Queen* suena por los altavoces de la camioneta.

La camioneta finalmente llega al centro del pueblo, y Charlie estaciona frente a la librería donde trabajo. Me giro hacia ella y le sonrío.

—Gracias, Charlie. ¿Hablamos mañana?

Ella sonrío y me da una palmadita en el hombro.

—Iremos las chicas y yo para que nos cuentes qué ha pasado con Blaze —me guiña un ojo.

Salgo de la camioneta y me dirijo a la librería. El Señor Adams está allí, como siempre, organizando algunos libros detrás del mostrador. Me recibe con una sonrisa cálida.

—¡Buenas tardes, Lieve! —dice con su característico entusiasmo. Adoro a este hombre y su buen humor—. Pero qué guapa que vas hoy, niña.

—Buenas tardes, Señor Adams. —Le devuelvo la sonrisa.

La librería está tranquila, como siempre a esta hora. El olor a papel y tinta es reconfortante, es como un santuario que me permite ordenar mis pensamientos. Me pierdo en las estanterías, reorganizando libros y atendiendo a los pocos clientes que entran. Sin embargo, mi mente sigue volviendo a Blaze y a lo que ocurrió en la casa del lago.

—Lieve, ¿podrías ayudarme a catalogar estos nuevos títulos? —pregunta con una sonrisa.

—Claro, Señor Adams, voy ya.

El sol está cayendo y se espera una noche un poco fresca. Cuando veo como las hojas de los árboles se mueven ligeramente es cuando caigo en que, quizá, ponerme este vestido no ha sido la mejor opción. Pero quería impresionarlo, quería que Blaze me mirara como lo hizo la otra noche.

Y es que la sensación de sentirme deseada es... apabullante. Pero no deseada por los demás, no, sino por él. La diferencia radica en la intensidad y en la profundidad de ese deseo, en cómo se infiltra bajo mi piel y llega hasta lo más profundo de mi alma, avivando cada fibra de mi ser con una energía electrizante.

Blaze está apoyado en su camioneta, con los brazos cruzados sobre su pecho y con el pie apoyado en la rueda. Me despido del Señor Adams, que me da un poco más de dinero por haberme encargado de los albaranes, y salgo de la librería. El dulce olor de la última horneada de tarta de manzana de la pastelería de al lado hace que mis tripas rujan en cuanto llego a su lado y él se ríe, pero no duda en darme un abrazo y abrirme la puerta del copiloto de la camioneta para que me suba.

Desde el primer momento en que nuestros ojos se encuentran, algo cambia entre nosotros. Una corriente invisible y poderosa comienza a fluir, conectándonos de una manera que nunca había experimentado. Es como si el universo mismo conspirara para que nuestros caminos se cruzaran, y en ese cruce, un fuego inextinguible se encendiera.

Me echa un vistazo de arriba abajo, fijándose en cómo el vestido se ha subido un poco en la zona de los muslos. Los aprieto mientras una mirada fugaz a sus hipnóticos ojos verdes hace que me sonroje.

Le ruego al cielo que encienda ya el motor y nos vayamos, la intensidad de su mirada es sofocante; una sensación que hace que algo en mi interior se prenda como la pólvora al contacto del fuego.

Pone sus manos en el volante y sonríe con picardía.

—¿Te he dicho alguna vez que estás para comerte? —me pregunta, echando un vistazo de nuevo a mis piernas.

Me muerdo el labio inferior y desvío la mirada ligeramente a la ventana. La gente pasa de aquí para allí, no quiero que nadie nos escuche.

—¿Y yo qué eres un perverso?

Blaze se echa a reír, tirando la cabeza para atrás. Su piel ha tomado un color más dorado, gracias a las horas de trabajo de campo que hace todos los días, que combina a la perfección con su cabello azabache. Un mechón le cae sobre la frente y se lo echa para atrás. Sin embargo, lo más impresionante es el brillo que refleja cada vez que me mira.

Hoy se ha puesto una chaqueta de cuero negra que resalta su figura atlética. La chaqueta tiene ese brillo sutil del cuero bien cuidado, con cremalleras que le dan un toque de rebeldía. Debajo lleva una camiseta negra simple, de cuello redondo. Sus jeans son de un azul claro, un poco desgastados en las rodillas y los muslos, como si hubieran sido sus favoritos durante años. Los bajos de los jeans caen justo sobre un par de botas negras, de cuero también.

Blaze enciende el motor y me pega un último vistazo antes de emprender el camino hacia el autocine.

—¿Ahora ya no soy un idiota? —se rasca la incipiente barba de varios días, pero bien arreglada, que lleva y se desvía hacia la derecha.

—Tú siempre eres un idiota, Jenkins —me río por lo bajo—. Por cierto, ¿qué película vamos a ver?

A Blaze le cruza el rostro una sonrisa que hace que me erice, pero de miedo. No me gusta nada esa sonrisa socarrona.

—¿Te suena *A Nightmare on Elm Street*?

«No me jodas».



CAPÍTULO 24

CONFESIONES

LIEVE

Le doy un golpe en el brazo a Blaze mientras me río y me llevo el trozo de pizza a la boca. Le pego un mordisco y me lo acabo en un periquete.

—¡Eres un cerdo! —exclamo—. ¡Sabías perfectamente qué odio esas películas!

Blaze saca otra porción de pizza del cartón y la muerde. Pasa uno de sus brazos por detrás de la cabeza y se apoya en la cabina. Estamos en la caja de carga, en un mirador precioso desde el que se ve Columbus y, a lo lejos, el rancho. Los árboles nos rodean y el viento sopla con livieza. Huele a césped recién cortado, gracias a las pocas gotas que han caído mientras veíamos la película, y hay grillos cantando.

—¿Y tu sabes lo bien que me ha salido la jugada? No te has apartado de mí ni un segundo —se recochinea y yo vuelvo a darle un manotazo.

—Lo que yo te decía, eres un cerdo —murmuro, acabándome la pizza—. Pero ha estado bien, no voy a dormir en cinco años como mínimo pero bien.

Es curioso cómo en tres meses he podido cambiar tanto. Podría pintar una línea con cada uno de los momentos en los que me he sentido feliz.

—Entonces, Lieve, ¿te gustó la película o solo la compañía? —dice Blaze con una sonrisa pícaro, inclinándose un poco hacia mí.

La luna nos alumbra y yo me pongo un mechón de pelo detrás de la oreja. Me encojo de piernas y me abrazo a mí misma. Hace un poco de frío y yo voy en tirantes.

—Un poco de ambas, supongo —respondo, sintiendo cómo mi corazón late más rápido cada vez que está cerca. Él se acerca un poco más, y el calor de su cuerpo me envuelve.

Nuestros hombros se rozan y, por un momento, el mundo exterior desaparece. Solo existimos nosotros dos. Blaze me da un toque en la nariz y sonrío con ternura.

—¿Sabes? Me encanta cómo tus ojos reflejan la luz de las estrellas —dice en un susurro mientras me pone otro mechón detrás de la oreja.

Mis mejillas se sonrojan, y bajo la mirada, un poco abrumada. Quiero que se acerque más, quiero que su cuerpo se enrede con el mío, quiero... Pero entonces, un pensamiento intrusivo cruza mi mente.

Me aparto un poco y levanto la mirada, encontrando en sus ojos un brillo de deseo que me quema.

—Blaze, necesito preguntarte algo —digo, con mi voz temblando ligeramente.

Él frunce el ceño, notando el cambio en mi tono.

—Claro, lo que sea —responde.

Tomo una respiración profunda, intentando reunir el valor para formular la pregunta que ha estado rondando en mi mente.

—Charlie me dijo que tú y Tanisha... —dudo por un momento, pero luego lo suelto—. Que vosotros os acostásteis. ¿Es eso cierto?

Blaze parpadea, sorprendido. Un silencio tenso se instala entre nosotros, solo roto por el canto de los grillos y el susurro del viento.

—No, Lieve. Eso no es verdad —responde con firmeza—. Tanisha y yo nunca tuvimos nada de eso. Una noche, en La Herradura, me pasé de copas y nos liamos, pero solo fueron unos besos. Sé que Tanisha lo ha ido diciendo por ahí, pero te juro que no pasó más que lo que te he contado.

Lo miro fijamente, buscando alguna señal de duda o vacilación en su rostro, pero no encuentro nada. Solo honestidad y una profunda seriedad en su mirada.

—Confío en ti —digo al fin, sintiendo cómo una carga se aligera de mis hombros—. Y si tú me dices que no pasó nada, es porque no ocurrió.

Blaze se quita la chaqueta y me la pone por encima. Me envuelve con su brazo y me pega a su cuerpo. Apoyo mi cabeza en su hombro mientras que hace círculos con las yemas de sus dedos en mi espalda baja.

Me gusta, me gusta estar así con él. Me encantaría que el tiempo se detuviera, quedarme así de por vida; con las estrellas alumbrando el firmamento y el canto de los grillos llenando cada rincón de este mirador. Me dijo que es su sitio secreto, pero no me he atrevido a preguntarle por qué. Quizá es aquí dónde trae a sus citas para impresionarlas, pero si es así conmigo lo ha

conseguido.

Le acaricio de arriba abajo el brazo, sintiendo el calor de su piel contra la mía. Es suave y dura a la vez, un contraste tan... tan de él. Blaze es simplemente Blaze. Puede hacerte rabiarse como un niño pequeño y amarte como un hombre.

—Lieve, ¿te gustó lo que pasó en la casa del lago?

Levanto la mirada y siento la intensidad de la suya. Y tiemblo cuando su aliento se mezcla con el mío por la cercanía. Pasa uno de sus dedos por la herida y acaricia mi mejilla. Se ha borrado todo rastro de broma de su rostro, me lo está preguntando en serio.

—Blaze, lo que pasó... —siento como el corazón se desemboca como un caballo salvaje.

Aparto la mirada de sus ojos verdes e intento apartarme, pero me lo impide. Uno de sus fuertes brazos me agarra de la cintura y me sujeta a él como si tuviera miedo de que saliera despavorida. No lo niego, es una de las opciones que sopeso en mi cabeza porque la intensidad de lo que siento por él ha ido creciendo y me da miedo. Mucho miedo.

Logro escabullirme y bajarme de la caja de carga, pero él es más rápido que yo y me agarra del brazo para detenerme.

—Lieve, no huyas —dice con un tono firme—. Solo quiero saber si te gustó.

—¿Y para qué quieres saber eso? Solo fue un momento de alivio, ya está. No tienes que sentirte presionado por hacerlo, por hacerme a mí un favor.

Parpadea, perplejo. Blaze me suelta y frunce el ceño.

—¿Crees que lo que ocurrió en la casa del lago y el otro día en el cobertizo fue por hacerte un favor? ¿Crees que —nos señala— todo lo que te digo es por... por...? —Se calla y se pasa una mano por el pelo—. ¿Por qué cojones crees que lo hago, Lieve?

Me encojo de hombros y me doy la vuelta.

—Por lo que te conté. Eres muy bueno, Blaze —murmuro en un susurro—. De verdad que lo eres, pero no quiero que esto pase de castaño a oscuro, no quiero hacerme ilusiones y luego venirme abajo porque todo ha sido por hacerme el favor y quitarme un peso de los hombros con mi maldita virginidad y todo lo que eso conlleva.

Le doy una patada a una piedra y esta sale rodando hacia otro lado. Entre nosotros se ha formado un silencio que rompe con una risa baja. ¿Se está riendo de mí? Me doy la vuelta con las manos hechas puños y más roja que un tomate y lo veo con cada brazo a un lado de su cuerpo y con una sonrisa ladina en los labios.

Se acerca a mí y me aupa de un solo movimiento. Enrollo mis piernas en su cuerpo y dejo que me lleve hacia la caja de carga, en dónde me sienta y me abra las piernas con sus manos.

—¿De verdad crees que esto —me arrastra hasta que tengo el culo casi fuera de la caja. pega su cadera a mi cuerpo y se cuela entre mis piernas para pegar su miembro duro y firme bajo sus pantalones a mi sexo— es por qué te quiero hacer un favor? —Bajo la mirada hacia nuestros

cuerpos y me sonrojo—. Lieve, si te he preguntado si te gustó es porque llevo desde ese día queriendo tumbarte en mi cama, abrirte de piernas y perderme en ti durante toda la noche. ¿Sabes lo mucho que me costó respetar ese límite? Mírame y dime qué es lo que ves, Lieve —me alza la barbilla con dos de sus dedos y me obliga a mirarle. Los ojos le brillan y tienen una sombra de deseo que me hace tragar duro—. Dímelo, Lieve. ¿Qué ves?

—Yo... yo... —titubeo sin saber qué decir.

Entonces, Blaze sonrío y me coge la cara con sus manos. Junta sus labios con los míos y suspiro, dejándome llevar por su sabor. Su lengua se mete en mi boca, exigente. Le sigo el ritmo como puedo, me siento tonta a su lado. Cuando nos separamos, siento su corazón junto al mío, latiendo en la misma sintonía.

—Mañana me tengo que ir a California, Lieve. Me iré unas semanas porque tengo que administrar varios negocios familiares —me confiesa, dejándome atónita.

¿Se va? ¿Por cuánto? ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Pero cuando vuelva, quiero una cosa —dice, señalándome.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cosa? —pregunto con curiosidad.

Blaze se relame los labios y se rasca la nuca, parece que se ha puesto nervioso.

—He hablado con Paul. No le he dicho nada respecto a lo que pasó, pero escucharlo ha hecho que me dé cuenta de algunas cosas, Lieve —murmura y se troncha los dedos—. Lo que quiero decirte es que cuando vuelva quiero una cita. Una cita de verdad, Lieve.

Abro los ojos como platos y siento mi corazón acelerarse. No puedo creer lo que estoy escuchando.

—¿Una cita? —repito, tratando de asegurarme de que no he oído mal. Él asiente, sus ojos fijos en los míos, mostrando una vulnerabilidad que rara vez he visto en él.

—Sí, una cita de verdad. Quiero que nos demos una oportunidad, Lieve. Quiero conocerte mejor, pasar tiempo contigo y ver a dónde nos lleva esto —dice, con su voz temblando ligeramente al final—. Joder, muñeca, me gusta mucho pasar tiempo contigo y ¿por qué no?

¿Por qué soy casi siete años menor que él? ¿Por qué me parece imposible? ¿Por qué siento que se está riendo en mi cara?

—¿Estás de broma, verdad? —le pregunto con el ceño fruncido y ofendida—. ¿Esto es una broma de las tuyas?

Ahora, el ofendido es él.

—¡No, claro que no! Joder, Lieve, me gustas, ¿vale? Me gustas por muchas razones —me pega a su cuerpo y yo tiemblo. Está entre mis piernas y yo sentada en la caja de carga. Me coge los brazos y hace que los envuelva alrededor de su cuello—. Me gusta que seas tan inteligente —me da un beso en los labios y se aparta un poco para darme uno en la nariz—. Me gusta tu bondad —otro más, pero ahora en la mejilla—. Me gusta tu sonrisa —otro más—. Me

gusta cuando te enfadas y frunces la nariz —otro más—. Me gustan tus ojos, tu inocencia y me enloquece haber sido el primero en probar tu cuerpo. Viniste aquí hace tres meses, pero has hecho que sean de los mejores de mi vida a pesar de lo malo.

Una chispa de emoción salpica mi rostro y rezo para que no sea una broma de mal gusto. No sé qué esperar ni cómo manejar esto, pero la sinceridad en sus ojos me da valor.

—Blaze, yo... —comienzo, pero las palabras se me atragantan. Tomo una respiración profunda, intentando calmar los latidos de mi corazón—. A la mierda todo.

Hundo mis dedos en su cabello y lo atraigo hacia mí. Sus labios se encuentran con los míos en un choque apasionado, lleno de deseo y necesidad. Sus manos se deslizan por mi espalda, presionándome contra él con una urgencia que me hace sentir viva. Nuestros labios se mueven en sincronía, explorándose mutuamente con una pasión que no deja espacio para dudas. Siento su respiración mezclarse con la mía, y el mundo a nuestro alrededor desaparece, dejando solo el calor de nuestros cuerpos y el latido frenético de nuestros corazones. Blaze profundiza el beso, con su lengua rozando la mía en una danza sensual que me hace estremecer.

Mis manos bajan por su cuello, acariciando su piel cálida mientras él me sujeta con firmeza, como si temiera que pudiera escapar. Sus dedos encuentran la piel desnuda de mi sexo bajo mis braguitas, y el contacto es electrizante. Un gemido escapa de mis labios, y Blaze lo absorbe con un ardor que me hace temblar.

Se separa ligeramente, con sus labios apenas rozando los míos mientras susurra:

—No tienes idea de cuánto he esperado esto.

Sus palabras envían una oleada de calor por mi cuerpo. Lo miro a los ojos, esos ojos que brillan con una intensidad que nunca había visto antes.

—Blaze... —murmuro, apenas capaz de formar palabras coherentes. Pero no necesito decir más.

Él entiende. Lo veo en su expresión, en la forma en que me mira como si fuera la única persona en el mundo. Sus labios vuelven a encontrar los míos, esta vez con una ternura que contrasta con la pasión inicial.

Me tumba en la carrocera y el frío me hace estremecer. Estamos en medio de la naturaleza y me sujeta por el vientre cuando intento erguirme.

—¿Y si alguien...? —Blaze se ríe y roza el botón de entre mis piernas que me hace jadear y poner los ojos en blanco del gusto.

—No te preocupes, preciosa. Nadie nos va a ver, te lo prometo —me coge del trasero y me atrae a él, sacándolo por la mitad de la camioneta.

Hace que doble las piernas y baja su cabeza a mi sexo. Abro los ojos por la sorpresa cuando su lengua me lame y arquea la espalda. Mis manos van a su cabello de manera involuntaria y lo acerco más a mí.

Blaze sube la mano libre hacia uno de mis senos. La mete por el escote y tortura uno de mis pezones mientras que su lengua se deleita con el ápice de entre mis muslos. Levanto la

cadera en busca de más cuando la introduce en mi interior, simulando el acto y siento como el calor explota y recorre mi cuerpo en una sacudida que me hace gemir por lo alto.

Me muerdo el labio inferior para no gritar y Blaze sigue hasta que mi sexo arde por el orgasmo demoledor que me ha hecho tener. Con la respiración entrecortada, levanto un poco la vista para observar como se relame, como si hubiera sido su banquete personal. Tengo el seno fuera del vestido y la falda subida hasta la cadera. Me arreglo con suma rapidez y él se ríe por lo bajo. Pero entre sus piernas el bulto persiste, firme.

Blaze niega y se acerca a mí para besarme suavemente.

—Ya habrá tiempo para otras cosas, Lieve. Lo que quiero es que disfrutes porque si tú lo haces, yo también.

Me muerdo el labio inferior y asiento.

Blaze me ayuda a bajar y me pone su chaqueta sobre los hombros. Me abre la puerta del copiloto y la cierra cuando he subido. Y por primera vez no me arrepiento de no haber vivido algunas cosas cuando era más joven, porque Blaze se está encargando de que la experiencia sea inolvidable.

Aunque lo que ni él ni yo sabíamos es que no éramos los únicos allí a los que aquello no se nos olvidaría en la vida.



CAPÍTULO 25

EL PELIGRO ACECHA EN CADA ESQUINA

BLAZE

Observo el imponente paisaje de California a medida que el coche se desliza por la carretera que me lleva a casa de mis padres. Mi hermano Andrew me necesita para administrar unas cosas de una de sus empresas y he venido en cuanto he podido.

La majestuosa mansión de los años treinta se extiende por toda la hacienda que compraron hace quince años para venir aquí a vivir. La casa es una obra maestra de estilo colonial español construida queme recibe con sus paredes blancas resplandecientes bajo el sol californiano y sus techos de tejas rojas que contrastan con el cielo azul claro. Palmeras altas y jardines meticulosamente cuidados rodean la entrada.

Apago el motor y bajo del coche. Antes de que pueda cerrar la puerta, Evan, mi sobrino de cinco años, sale corriendo hacia mí con los brazos abiertos y una sonrisa que ilumina su rostro.

—¡Tío Blaze! —grita Evan mientras se lanza a mis brazos. Lo levanto en el aire y lo abrazo con fuerza.

—¡Evan! ¡Cómo has crecido! —exclamo, revolviéndole el pelo.

Evan ríe y se baja.

—¡Estoy tan feliz de que estés aquí, tío! ¿Sabes que papi me ha comprado un coche así

de *glande*? —Hace un gesto con sus manos y abre mucho los ojos.

—¡Así de grande! —me llevo las manos a la cabeza de manera exagerada y él asiente. Veo a mis padres salir y los saludo con la mano—. Tengo una idea, ¿qué te parece si luego echamos una carrera? Tú con tu nuevo coche y yo con uno de los míos.

Uno de mis hobbies cuando era pequeño era coleccionar coches. Siempre me ha gustado, incluso más que jugar con ellos. Pero, desde que Evan llegó a nuestras vidas, otra de mis aficiones es jugar con él a las carreras.

Oliver y Abigail, mis padres, se acercan con pasos serenos. Oliver extiende los brazos para abrazarme. Abigail se une al abrazo con una sonrisa amorosa.

—Blaze, hijo, qué alegría tenerte de vuelta —dice papá, dándome una palmada en el hombro—. Y veo que solo.

Mi padre tiene, desde hace unos años, la manía de preguntar siempre que vengo a verlos si tengo novia.

—Nos alegra mucho verte —agrega mamá, acariciando mi mejilla con ternura.

—Yo también estoy feliz de estar aquí —respondo—. ¿Dónde está el capullo de mi hermano?

Entramos juntos a la casa, pasando por el amplio vestíbulo con sus suelos de baldosas de terracota y techos altos adornados con vigas de madera oscura. Los muebles antiguos y las obras de arte cuidadosamente seleccionadas añaden un toque de elegancia al ambiente.

En el salón principal, Andrew y Brooke nos esperan. Andrew, robusto y con una mirada intensa, se levanta del sofá al verme. Brooke, elegante, se une a él con una sonrisa radiante.

—Blaze, enano, ven aquí —dice Andrew mientras estrecha mi mano y luego me abraza con fuerza—. ¿Cómo has estado? ¿Eso es una cana? —me chincha.

Tenemos una pelea de hermanos en la que acabamos riéndonos como dos críos.

—Lo mismo digo, Andrew —respondo y hago un ademán con la cabeza—. Ya veo que a ti sí que han salido canas. Brooke, ¿estás pensando ya en buscarte a alguien más joven?

Brooke me da un beso en la mejilla y se ríe por lo bajo mientras sujeta a la pequeña Daisy en brazos.

—Ya estáis como siempre —pone los ojos ne blanco y yo le hago carantoñas a la pequeña—. Has hecho un largo viaje. Espero que estés listo para ponerte manos a la obra —me advierte y yo me pongo recto y hago un saludo militar.

—Sí, señor —bromeo, a lo que el pequeño Evan y la pequeña Emma, mi sobrina de tres años, ríen—. Estoy listo. Pero antes, hay algo importante que necesito discutir con todos vosotros.

La familia se reúne alrededor de la amplia mesa de caoba del comedor, mientras Evan y Emma juegan en una esquina con sus juguetes. La luz del sol se filtra por las ventanas arqueadas.

Respiro profundamente antes de comenzar a contarles lo que ocurre.

—Andrew, Brooke, mamá, papá... creo que alguien está intentando sabotear el rancho.

El ambiente en la habitación se tensa instantáneamente. Andrew frunce el ceño, mirándome con seriedad.

—¿Sabotear el rancho? ¿Qué pruebas tienes? —inquire.

—He estado recibiendo informes sobre incidentes extraños: equipos que fallan sin motivo, suministros que desaparecen misteriosamente, muertes de animales, pesticidas y empleados que han mencionado comportamientos sospechosos —explico con determinación—. Al principio pensé que eran coincidencias, pero ahora creo que alguien está tramando algo en nuestra contra.

Mamá cubre su boca con una mano, preocupada.

—Pero ¿quién podría querer hacernos algo así? ¿Y por qué?

Sé lo que ese lugar significa para ella. Fue su hogar, nuestro hogar. Mi padre y ella construyeron la casa poco a poco con sus propias manos cuando se fugaron para estar juntos, sin nada. Han luchado toda su vida por conseguir lo que ahora tienen, por darnos lo mejor.

Recuerdo vagamente cómo papá venía del trabajo con una tableta de chocolate y la repartía entre los tres que éramos mientras que mi madre le reprochaba que la hubiera comprado. Él la ponía en sus piernas, le acariciaba la mejilla y le decía que cómo no iba a traerla con lo feliz que nos hacía una onza de chocolate.

En aquel momento no estábamos bien de dinero, no fue hasta meses después que mi padre comenzó a invertir lo poco que tenía y ganó una fortuna. Algo que supo administrar y que nos ha inculcado.

—No estoy seguro de quién está detrás ni lo que pretenden, pero podría ser alguien con intereses en nuestras tierras o nuestras operaciones —respondo, pensativo—. Podría ser un competidor.

Oliver asiente con lentitud.

—Debemos tomar esto muy en serio. No podemos permitir que pongan en peligro todo lo que hemos construido —dice y yo miro de soslayo a los pequeños.

—El sheriff Wayne ya está al tanto y ha puesto más vigilancia. Pero el otro día, cuando nos reunimos con la comunidad para decirlo, hubo un altercado. Atacaron a Lieve y la amenazaron.

A mi padre le sale una sonrisa que intenta disimular con un carraspeo. Pero el brillo en sus ojos lo delata. Mierda, no tendría que haber dicho nada de ella.

—¿Quién es Lieve? —Mi hermano me da un codazo en las costillas—. No me digas que tienes novia y no nos has dicho nada.

Andrew es el mayor y es quién se encarga de darle el visto bueno. ¿Por qué? Ni idea, pero las pocas chicas que ha conocido y que han salido conmigo no le han gustado ni un pelo. Semanas después ya no estaba con ellas. Es como si presintiera el futuro con solo verlas.

—Una amiga —respondo—. De momento —susurro y mi padre se ríe, pero mamá... mamá me analiza. Me mira con los ojos entrecerrados y eso no es bueno. Es como si estuviera leyéndome la mente—. A lo que voy es que salió a por unas cosas al coche de Wayne y la atacaron.

—Entonces, tenemos un problema muy serio —murmura Brooke, haciendo una mueca—. Pobre chica, espero que esté mejor.

Asiento y entrelazo los dedos de las manos.

—¿Qué hacemos, papá? —le pregunta Andrew.

Mi padre se levanta y va, con las manos en la espalda, hacia el ventanal que da al jardín trasero. Lleva un pantalón claro y un polo, como si hubiera venido de venir de jugar al golf. Su pelo es frondoso, pero cano. Con los años, le han ido saliendo canas que lo han hecho ver más atractivo a ojos de mi madre. O eso dice ella. La verdad es que debo admitir que mi padre es muy atractivo y tenemos la suerte de haber salido a él, pero con los ojos de mamá. Es como si el gen Jenkins predominara ante todo. Y sino que se lo pregunten a Brooke.

—De momento, ir el cuatro de julio a pasar allí unos días en familia. —Se da la vuelta y me sonríe—. Iremos todos y no me valen las excusas. Tengo ganas de ver a mi viejo amigo Joe, hace mucho que no hablamos. Y tú —señala mientras viene hacia mí. Coloca una mano en mi hombro y lo aprieta—, ¿por qué no le dices a tu amiga que venga?

Mamá lo mira con una ceja alzada y luego ríe entre dientes.

—Oliver, deja a tu hijo —insta ella, levantándose. Me aprieta la mejilla como cuando era pequeño y yo me quejo—. Nos la presentará cuando él crea conveniente.

Resoplo y me cruzo de brazos.

—¿Pero me habéis escuchado? —inquiero—. Lieve no es mi novia.

—De momento —repite Brooke.

—¿Y? —me encojo de hombros.

—Pues que es la primera vez que no nos dices nada, Blaze —murmura Andrew.

Siempre que he salido con una chica, o que la he conocido, mi familia ha estado al tanto de ello. Solo han conocido a una: Vanessa, mi amor de instituto. Quizá después de que se fuera lejos a estudiar a la Universidad hizo que dejara de confiar en el amor. Sí, he salido con chicas, pero poniendo siempre un límite que Lieve ha conseguido quebrar en cuestión de meses. Por eso nunca se las presentaba a mi familia, aunque supieran de su existencia porque soy un bocazas y no puedo callarme con ellos.

Pero ella es diferente, mi Lieve es especial.

Brooke decide irse con los niños a jugar al jardín y mamá la acompaña. Papá recibe una llamada que no puede atrasar y se va hacia su despacho. Me quedo allí a solas con Andrew, que me invita a una copa de Whisky. Nos sentamos en el sofá y le pego un trago.

—Tiene que gustarte mucho —comenta y yo frunzo el ceño.

—¿Gustarme el qué? —Salgo de mi ensoñación.

Andrew me coge del hombro y se ríe.

—¿Quién va a ser, idota? Esa chica, Lieve —responde, dejando el vaso en la mesita del centro—. ¿Estás saliendo con ella o todavía no?

Andrew siempre ha sido mi persona, y la de todos mis hermanos y hermanas. Si hay un problema, siempre acudimos a él. Si necesitamos saber algo, siempre vamos a Andrew.

Niego y suspiro.

—No, pero le he pedido una cita para cuando vuelva.

—¿Y la conoces desde hace mucho tiempo? —pregunta con interés.

—Tres meses más o menos —murmuro para que nadie nos escuche. Y solo de recordarla, sonrío como un imbécil—. Lieve es especial, Andrew.

—Ya lo veo —hace un ademán con la cabeza—. Te ha dado fuerte, no te veía así desde lo de Vanessa. Bueno, no, creo que ni en ese momento.

Clavo la mirada inquisitiva en él.

—¿A qué te refieres?

Andrew palmea mi espalda y se levanta.

—A que se te pone cara de imbécil cuando piensas o hablas de ella, un brillito especial en los ojos que no tenías ni con Vanessa —responde él, carcajeándose. Le azuzo un golpe en el costado—. Ahora tienes que hacer las cosas bien, Blaze. Si te gusta de verdad, tanto como para no decirnos nada y eso ya es mucho, conquistala.

Asiento.

—Eso estoy intentando, Andrew —le confieso—. Quiero darle todo lo que no ha tenido.

Mi hermano frunce el ceño y se acerca a la chimenea para ver las fotos que tiene mamá de los niños. La coge y su expresión se relaja.

—¿Es que qué edad tiene? —curioseas.

—Veintitrés años, bueno, en dos semanas los hace. Pero no ha tenido experiencias amorosas como para... —me callo y me relamo los labios. Mi hermano me mira desde su posición—. Ha pasado por lo mismo que mamá.

Y solo me hace falta decirle eso para que lo entienda todo.

—Entonces tienes que cuidarla, Blaze, porque si le haces daño te va a costar esto —me enseña el puño derecho y yo sonrío—. No seas un cabrón.

Me levanto y lo abrazo.

—Gracias, Andrew —le digo y él niega.

—Para eso están los hermanos mayores, ¿no? Por cierto, ¿es guapa? —me interroga—.

Bueno, hablaremos de ello después de que acabes de organizar la contabilidad de la empresa. Pero quiero los detalles de cómo es antes de que llegue el cuatro de julio.

Junio.

Han pasado quince días desde que llegué de Columbus y las ganas que tengo de volver son infinitas. Observo el regalo que le he comprado a Lieve y sonrío. Brooke me ha ayudado a elegirlo porque yo tengo un gusto de mierda. Lo meto en la maleta de mano y la cierro.

Charlie me ha llamado hace un rato porque le ha organizado una fiesta sorpresa a Lieve y me ha pedido que me la lleve durante todo el día para que ella pueda prepararla con las chicas. Habrá mucha gente, así que todo tiene que salir perfecto o Charlotte me pondrá los huevos de corbata.

Mi madre me abraza y me despide. Tengo que llegar pronto al aeropuerto, quiero volver a casa y verla porque en lo único que he podido pensar en estas dos semanas ha sido en ella. Todos los días la llamaba y me pasaba horas escuchando su voz y hablando. ¿Cómo es posible que pueda hacerlo todos los días y no ser algo monótono?

Pero cuando voy a subirme al coche, Brooke me dice que alguien me está llamando. Voy hacia dentro de casa y cojo el teléfono, escuchando una respiración agitada.

—¿Quién es? —pregunto.

—Blaze. —Es Lieve y parece muy agitada.

—¿Lieve? ¿Qué te ocurre? —inquiero, reuniendo allí a mi familia.

Ella parece coger aire.

—He visto al hombre que me atacó, lo he visto Blaze. Sé quién es —susurra—. Por favor, tienes que volver ya. Lo he escuchado hablar con otra persona y estaban diciendo cosas muy malas.

Intercambio una mirada de preocupación con mi padre y le hago un ademán con la cabeza para que sepa que es sobre el rancho.

—No te preocupes, voy a tomar el vuelo en unas horas. ¿Te han visto?

—No —responde segura—, cuando los he escuchado entrar al cobertizo me he escondido. —Miro la hora en mi reloj y marca las cuatro de la mañana—. Blaze, han echado algo la tubería que hay en el cobertizo. He cerrado la llave de paso porque es la que va a las casas. No sé que era, pero en cuanto se han ido la he cerrado y he venido a llamarte.

Maldigo y me echo el pelo para atrás.

—Quédate en casa y no le digas nada a nadie. Yo llegaré en un par de horas. Lieve, que nadie toque el agua, ¿entendido?

—Date prisa, Blaze, esto no me gusta nada.



CAPÍTULO 26

FELIZ CUMPLEAÑOS

LIEVE

Estoy tan nerviosa que no puedo dormir. Estoy harta de mirar al techo y contar ovejitas para intentar conciliar el sueño. Son las tres de la mañana y no paro de mirar el reloj para contar las horas que me faltan para ver a Blaze. Han pasado quince días y es mi cumpleaños número veintitrés.

Me quito la manta del cuerpo y me levanto. A estas horas está todo el mundo en brazos de Morfeo y los ranchos están casi a oscuras, solo la luz tenue del porche está encendida. Hay un silencio sepulcral que se rompe por el relincho de Rossie, que hace un par de días tuvo a su pequeño potrillo.

No suelo salir de noche, pero necesito distraerme o acabaré loca de tanto oír el tic tac de las manecillas del reloj. Así que bajo con sigilo las escaleras y salgo al porche. El aire fresco de junio acaricia mi rostro y yo solo puedo sonreír. Nana me ha dicho que pronto llegará la época de huracanes y hay que empezar a prepararse. En Columbus no suelen haber muchos incidentes, pero más vale prevenir que curar, por eso hemos ido al supermercado a comprar conservas y agua embotellada.

Me dirijo hacia el cobertizo, en dónde está Pegaso con Rossie. Pegaso es blanco, de ahí le viene el nombre, y su nacimiento fue la experiencia más asquerosa e impactante de mi vida. Ver nacer a ese pequeño potrillo, que ya camina de un lado a otro, me ha servido para darme

cuenta de cuán astuta e impresionante es la fauna que nos rodea.

Entro sin encender la luz, llevando en la mano una linterna con las pilas cargadas, y me asomo. Pegaso, que me ha olido, viene hacia la puerta. Rossie saca la cabeza y me sopla en la cara, haciendo que mi pelo se eche para atrás. Me río y me introduzco dentro de su espacio.

Rossie se tumba y yo me siento a su lado para acariciarle el lomo. Pegaso juega; se acerca a mí y luego se aleja, me coge la camiseta de pijama, la estira y vuelve a alejarse mientras relincha.

Pero estando ahí escucho pasos acelerados y a alguien maldecir. Rossie se levanta y patatea el suelo. Pegaso se pone al lado de su madre y yo me acerco a la puerta para ver quién es. Y cuando escucho la voz de más cerca, me estremezco.

Es él.

Reconozco su voz y ahora puedo verle la cara. Es un chico no mucho más mayor que yo, de tez clara y pelo rizado y pelirrojo. Lleva ropa negra para confundirse con la noche. Saca un cigarrillo del bolsillo de su pantalón y lo enciende. Está de espaldas a mí, pero su mano abierta a uno de los lados de su cuerpo muestra los cayos que tiene.

Con el corazón latiendo a mil por hora, me escondo en una esquina, detrás de las pacas de paja que logran ocultarme, ya que están apiladas unas encima de las otras. Me encojo y meto la cabeza entre las piernas mientras rezo todo lo que sé para que no me pille.

Mi primer pensamiento es que viene a por mí y que ha sido una muy mala idea salir de noche. Pero oigo como un coche aparca cerca sin hacer mucho ruido. El cobertizo está en medio de los campos de lavanda, un poco alejado de los ranchos; así que, a no ser que estés despierto o tengas el sueño muy ligero, puede parecer imperceptible.

—Has tardado —le dice a alguien.

El otro hombre le da una colleja, la escucho a pesar de no verla.

—El jefe me ha retenido y no hables tan alto, idiota —susurra. Me asomo un poco y oteo como el desconocido le da algo al pelirrojo, como una especie de tarro con algún polvo dentro—. Dice el jefe que tiene que ser esta noche, que no puede esperar más.

Me vuelvo a esconder cuando los dos se adentran hacia la zona en la que están las tuberías que llevan el agua a las casas y a los establos. Uno de ellos da una patada a la puerta haciendo que Pegaso retroceda y Rossie relinche y pateee el suelo. Se carcajea y yo aprieto los puños.

—Deja de hacer el gilipollas y ayúdame —farfulla el desconocido al que todavía no le he visto la cara porque me ha dado la espalda.

Escucho maldiciones y ruidos metálicos. Me vuelvo a asomar y observo cómo están vertiendo el polvo del frasco en la tubería principal. Si alguien tomara agua y esta pasara por las tuberías, se contaminaría. Los ranchos tienen un sistema en el que se quedan vacías y solo dan paso al agua si alguien la abre desde sus casas o de alguno de los cobertizos. Nana me explicó que se hizo así para no malgastar y que por eso una vez que abres la llave tarda un poco en caer.

—Vámonos —dice el pelirrojo—, no quiero estar aquí cuando esto empiece.

—Toma, esto es lo acordado.

La puerta del cobertizo se cierra y escucho como se suben al coche y se van. Pasan varios minutos hasta que ya no oigo el coche y es cuando me atrevo a salir. Me acerco a la tubería y busco con urgencia la llave de paso principal que cierra el flujo de agua a todos los ranchos. Sé que está aquí porque Joe me lo dijo.

Y la encuentro, así que con todas mis fuerzas, porque está un poco atascada, la cierro. Sea lo que sea que han puesto en la tubería, no puede tocar el agua o estaremos en problemas.

Corro hacia la casa de Nana lo más rápido que puedo, pero por el camino me tropiezo y me caigo, haciéndome un raspón en la rodilla. Me duele, pero me levanto y sigo. El estruendo al abrir la puerta hace que Nana y Joe se despierten y bajen corriendo. Cuando me ven tan agitada, vienen hacia mí.

—Lieve, ¿pero qué...?

Voy hacia la cocina y marco el número de la casa de los padres de Blaze en California con las manos temblorosas, sangrando por la rodilla izquierda y con la respiración acelerada.

—Por favor, necesito hablar con Blaze Jenkins, es urgente —digo, nada más cogen el teléfono.

No me hacen esperar mucho. Nana se acerca y me pasa la mano por la espalda.

—¿Quién es? —pregunta al otro lado de la línea. .

—Blaze —murmuro.

—¿Lieve? ¿Qué te ocurre? —inquire, con el tono de voz preocupado.

Cojo aire y disparo.

—He visto al hombre que me atacó, lo he visto Blaze. Sé quién es —susurro y Nana se lleva la mano al pecho—. Por favor, tienes que volver ya. Lo he escuchado hablar con otra persona y estaban diciendo cosas muy malas.

Intercambio una mirada de preocupación con Joe.

—No te preocupes, voy a tomar el vuelo en unas horas. ¿Te han visto?

—No —respondo—, cuando los he escuchado entrar al cobertizo me he escondido. Blaze, han echado algo la tubería que hay en el cobertizo. He cerrado la llave de paso porque es la que va a las casas. No sé qué era, pero en cuanto se han ido la he cerrado y he venido a llamarte.

Maldice.

—Quédate en casa y no le digas nada a nadie. Yo llegaré en un par de horas. Lieve, que nadie toque el agua, ¿entendido?

—Date prisa, Blaze, esto no me gusta nada.

Cuelgo y me dejo caer en la silla de la cocina. Nana saca un botiquín y Joe inspecciona los alrededores desde la ventana.

—¿Has visto qué han echado? —me pregunta Joe.

Asiento y tomo aire. Me quejo cuando Nana me pone una gasa con algo que no sé que es en la herida.

—Eran unos polvos azules. Han desenroscado la tubería, los han echado y se han ido —le digo y él frunce el ceño.

—¿Polvos azules? —frunce el ceño y se lleva las manos a la cabeza—. Mierda, es carbofurano. Voy a avisar a Wayne y a los demás para que nadie abra el agua. Posiblemente solo se haya quedado en esa parte, pero tendremos que prevenir.

—Y cambiarlas. Vamos a tener que cambiar las tuberías del cobertizo, Joe —añade Nana y se yergue—. Has sido muy rápida, Lieve. Si alguien hubiera ingerido eso...

Me muerdo el labio inferior.

—Los animales y las cosechas estarían muertos en veinticuatro horas. Y nosotros no hubiéramos tardado mucho en caer —finaliza Joe, saliendo de la casa.

Quieren matarnos, quieren acabar con nosotros de una manera u otra... y lo peor es que no sabemos porqué ni quién es.



Desde la ventana miro como toda la gente del rancho está en nuestra propiedad. Wayne y un equipo de especialistas analiza la sustancia y llegan a la conclusión de que es lo que ha dicho Joe.

Son solo las siete de la mañana, pero hay varias personas cambiando las tuberías y poniendo unos filtros en las nuevas por si queda algún resto de la sustancia que han echado. Pero lo peor no ha sido eso, sino tener que darle al sheriff Wayne la descripción de mi atacante. Han sido cuarenta y cinco minutos muy largos en los que Nana me ha acompañado. De la otra persona solo he podido decir que era castaño y que debía medir como un metro ochenta.

Me encojo de piernas y apoyo la cabeza en ellas. Estoy en el banquito de la ventana, observándolo y pensando en cómo podía haber acabado. Si hubiéramos tomado agua contaminada es muy probable que en pocos días comenzáramos a... a morir.

A lo lejos, un coche se acerca levantando una nube de polvo. Afino más la vista y me levanto de un salto para salir. Blaze aparca y sale como alma que lleva el diablo del coche. Cierra la puerta con un golpe sordo y busca a alguien con la mirada.

Me asomo por la puerta con la rodilla vendada y él sube los escalones del porche y me abraza. Siento miradas curiosas sobre nosotros, pero me dan igual. Sus brazos me rodean y yo dejo que me aplaste contra su cuerpo, necesitaba sentir esto.

—¿Por qué siempre que te veo últimamente te has hecho algo? —me pregunta para que la tensión de la situación se disuada.

Me encojo de hombros y me separo un poco de él.

—Será porque necesito que me cuides, ¿no? —se ríe a carcajadas y desvía la mirada a mis pies—. Han cambiado las tuberías y han puesto un filtro por si queda algún residuo. Blaze, quién sea que está detrás de esto no va en broma.

Él asiente y mira hacia el cobertizo.

—Esto no me gusta nada, Lieve. Mi familia ya está al tanto y mi padre va a tomar cartas en el asunto, vamos a contratar seguridad privada.

¿Hasta ese punto ha tenido que llegar? Me parece de película, de estas que le gustan a Joe.

—Le he dado la descripción al sheriff, solo he visto a uno.

Blaze entrelaza nuestras manos y me lleva hacia donde está el Wayne con los demás. Les está dando instrucciones de cómo actuar en casa de ver a alguien sospechoso cerca. Cuando el sheriff ve a Blaze, le estrecha la mano. Wayne se quita el sombrero y enciende un cigarro. Exhala el aire.

—Jenkins, ¿qué vamos a hacer? —le pregunta.

Detrás del sheriff hay algunos cuantos agentes, esperando a que Blaze les indique qué hacer.

—Vamos a poner seguridad privada. Necesitaré tu ayuda, Wayne, para coordinarla. Esto ha sido un intento de homicidio masivo, sheriff.

La palabra me genera escalofríos y Blaze se da cuenta, por eso aprieta mi mano.

El caos que había envuelto el sitio empieza a disiparse lentamente. Las sirenas y los gritos se apagan. Las personas que habían allí se retiran poco a poco, algunas todavía murmurando sobre lo sucedido. Blaze se asegura de que todo esté bajo control, hablando con los agentes y el sheriff, organizando la seguridad con una eficiencia que admiro.

Finalmente, solo quedamos él y yo. Blaze me mira, su expresión se suaviza al notar mi agotamiento. Acaricio a Pegaso, sintiendo la calidez y tranquilidad que el animal transmite, como si entendiera que lo necesitaba en ese momento. Su pelaje es suave bajo mis dedos.

De repente, siento una presión firme en mi brazo. Blaze me gira con suavidad y antes de que pueda reaccionar, me encuentra pegada a la fría pared detrás de mí. Sus ojos se clavan en los míos. Sin decir una palabra, se inclina y me besa. Es un beso apasionado que me deja sin aliento. Sus labios se mueven sobre los míos con una intensidad que me hace olvidar todo lo demás. Mis manos se aferran a su camisa.

Cuando nos separamos, ambos respiramos pesadamente. Blaze me mira con una sonrisa suave, con sus ojos brillando con algo que solo puedo describir como adoración.

—Feliz cumpleaños, Lieve —dice, con su voz un susurro.



CAPÍTULO 27

EL REGALO

LIEVE

Me ha dejado sola, con los ojos vendados. Toco la tela con las yemas de los dedos y me dan ganas de meterle un buen golpe. Blaze me ha insistido mucho en venir, pero ahora va y me deja sola. Me ha ayudado a bajar del coche, me ha dado un beso en la mejilla y ha desaparecido. ¡Y anda que me contesta cuando lo llamo!

—¡Blaze, maldita sea, ¿puedo quitarme ya esto? —inquiero al aire.

Pero no hay respuesta. Cansada, me quito la venda y observo a todos lados. Es un imbécil, pero que mucho. Dejo la tela encima del capó de la furgoneta y entro en la casa del lago. Solo escucho el canto de los pájaros y el crujir de la madera cuando pongo un pie en la casa.

Todo está muy silencioso.

—¿Crees que es momento de jugar al escondite? Blaze, eres un crío —exclamo y lo busco por la cocina.

No sé cómo me he dejado convencer de venir aquí con él, ¡con todo el trabajo que hay en el rancho! Mi corazón martillea en el pecho, y temo que me dé un susto. Pero cuando llego al comedor y me acerco a la cristalera, me quedo perpleja.

Abro la puerta y el aire fresco me acaricia el rostro. El sol brilla con intensidad, pero el calor es suave, como si el día entero estuviera conspirando para hacerme sentir especial. Frente a

mí, un sendero de pétalos de rosas se extiende hacia el lago. Parece sacado de un sueño.

Doy el primer paso y mis pies crujen suavemente sobre la gravilla, mezclada con la fragancia de las flores. Justo a un lado del camino, veo la primera nota, cuidadosamente doblada y sujeta con una pequeña piedra. La recojo y la abro con manos temblorosas, como si cada palabra que encontrara allí fuera a revelarme un secreto.

"1. Me gusta cómo sonríes incluso cuando estás triste, porque me haces creer que todo mejorará."

El nudo en mi garganta crece, pero no de tristeza, sino de una alegría tan profunda que me deja sin aliento. Sigo caminando y, a pocos metros, otra nota me espera. Con el ceño fruncido, me agacho y la cojo.

"2. Adoro cómo te apasionas por cada cosa que haces, como si el mundo dependiera de ello."

Me detengo un momento, absorbiendo cada palabra. Miro alrededor y veo el lago destellando a la distancia, reflejando el cielo azul. Avanzo un poco más y encuentro otra.

"3. Amo tu risa. Esa risa que llena de luz cualquier habitación, sin importar cuán oscura sea."

Me río, un sonido suave y tembloroso que parece mezclarse con el murmullo del viento entre los árboles. Sigo adelante, recogiendo cada nota con cuidado.

"4. Me gusta cómo siempre sabes qué decir para hacerme sentir mejor, incluso cuando no lo sabes."

El camino de pétalos me guía, llevándome más cerca del lago. Veo la manta extendida y una cesta de picnic a lo lejos.

"5. Admiro tu fuerza, esa que demuestras incluso cuando crees que no la tienes."

"6. Me encanta tu capacidad para ver belleza en las cosas más simples."

"7. Me fascina cómo tus ojos brillan cuando hablas de algo que amas."

Me acerco más al lago, pero el recorrido es tan dulce que no quiero apresurarme. Esto es la cosa más impresionante que me han hecho en la vida. El nudo en la garganta se afloja por momentos, dejando paso a una emoción que me cuesta contener.

"8. Me gusta cómo me haces sentir."

Es su letra, la reconocería entre un millón. Las ha escrito Blaze a mano y eso solo lo hace más increíble.

"9. Amo tu valentía. Eres más valiente de lo que crees."

"10. Me gusta cómo me comprendes, incluso cuando no digo nada."

Blaze me está mostrando una parte de él que rara vez deja ver, una vulnerabilidad que hace que mi corazón lata más rápido.

"11. Adoro tu ternura"

"12. Me fascina cómo transformar lo ordinario en algo extraordinario."

"13. Me encanta cómo me miras, como si fuera lo más importante del mundo."

El lago está más cerca ahora, el agua es brillante y tranquila. La manta está perfectamente colocada, y la cesta de picnic tiene una botella que sobresale.

"14. Amo tu honestidad. Siempre dices lo que piensas y sientes, sin adornos."

"15. Me gusta cómo me haces reír, incluso en mis peores días."

"16. Me encanta tu creatividad."

"17. Adoro tu bondad, esa que demuestras con todos los que te rodean."

Cada nota es una declaración, un pedazo del alma de Blaze que me entrega sin reservas. Me siento abrumada, pero de la mejor manera posible. Y recuerdo las palabras que me dijo, que recordaría este día de por vida.

"18. Me fascina tu capacidad para soñar, incluso cuando el mundo se pone difícil."

"19. Me gusta cómo me haces sentir seguro, simplemente con estar a mi lado."

"20. Amo tu paciencia, esa que demuestras cuando más la necesito."

"21. Me encanta cómo eres auténtica, siempre fiel a ti misma."

Ya estoy casi en la manta, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Hay una última nota, justo al borde del lago, donde la brisa suave acaricia la superficie del agua.

"22. Me gusta cómo me haces querer ser una mejor persona."

Recojo la última nota, sintiendo que todo culmina en este preciso momento. Pero cuando me doy la vuelta, con todas las notas en la mano, Blaze está allí de pie con una última en la mano. Le sonrío y me la da. Entonces, la leo.

"23. Pienso seriamente en qué cuento de hadas me he metido. Es cierto eso que dicen, que la vida está hecha de momentos, y tú, Lieve, eres mi momento favorito."

—Así que, ¿soy tu momento favorito? —le pregunto, mordiéndome el labio inferior.

Blaze se acerca, me toma de la cintura y me atrae a su cuerpo. Ladea la cabeza a los lados y duda, dándome un toque en la nariz que me hace fruncirla.

—Sí, pero tengo otro favorito —susurra y me acaricia la mejilla con las yemas de sus dedos.

—¿Cuál? —le pregunto.

Y él se ríe, me toma del rostro con las dos manos y me besa. Lo hace hasta que nos quedamos sin aire, suave pero firme.

—Este —responde.

Blaze me lleva hacia la manta y nos sentamos. Saca una botella de vino tinto y dos copas de cristal. La abre con habilidad, vertiendo el vino en las copas.

—Feliz cumpleaños, Lieve —dice, alzando su copa.

—Gracias, Blaze. —Brindamos, y el sonido de las copas al chocar es como una música delicada que rompe el canto de los pájaros.

Blaze empieza a sacar comida de la cesta: una selección de quesos, frutas frescas, panes crujientes y embutidos. La disposición es perfecta, como si hubiera pasado horas asegurándose de que todo fuera perfecto. Tomo un trozo de queso y lo saboreo lentamente, sintiendo cada textura y sabor como si fuera la primera vez.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? —le pregunto con curiosidad.

Se encoge de hombros y bebe un poco.

—Un tiempo —admite con una sonrisa juguetona—. Quería que fuera especial, como tú.

Siento mis mejillas sonrojarse y desvío la mirada hacia el lago, tratando de contener la oleada de emociones que amenaza con desbordarse. Blaze siempre ha tenido esa habilidad de decir las cosas más simples y hacer que mi corazón se acelere.

—Me has dejado sin palabras —le digo, volviendo mi mirada hacia él.

—¿De verdad? Entonces —busca algo en la cesta y saca una cajita. Cuando la abre, me quedo estática. Es un precioso collar con un aplique de un caballo. La caja de terciopelo es suave al tacto y el colgante pinta de ser caro... muy caro. Lo observo y vuelvo al collar, boquiabierta —, quizá esto no te guste tanto.

Le doy un golpe en el brazo y él se ríe. Me da la caja y yo admiro la cadena y el aplique de oro. Brilla como el sol reflejándose en el lago, y la delicadeza del diseño me deja sin aliento.

—Blaze, es precioso... pero es demasiado. —Mis palabras son un susurro.

Tengo las emociones a flor de piel.

—Nada es demasiado para ti, Lieve —responde con una seriedad que me toca el alma.

Me toma el collar y se mueve detrás de mí. Siento sus manos cálidas y firmes mientras me aparta el cabello a un lado, y luego el toque frío del oro contra mi piel. Blaze cierra el broche y me roza la nuca con un beso suave que me hace estremecer.

—Perfecto —dice.

Me giro y me lanzo a sus brazos, enterrando mi rostro en su cuello. Me envuelve con sus brazos fuertes.

—Gracias —susurro contra su piel—. No solo por el collar, sino por todo esto, por hacerme sentir tan especial.

—Tú haces que todo esto valga la pena —responde él, acariciándome la espalda con ternura.

Nos separamos lo justo para mirarnos a los ojos, y en su mirada veo el reflejo de mis propios sentimientos. Me relamo los labios y él me toma de la nuca para fundir sus labios contra los míos.

Tira de mí hasta acostarme sobre la manta. Blaze se pone encima de mí y me da un beso en la zona entre el hombro y el cuello que me hace estremecerme. Luego, deja un reguero por toda mi cara que me hace reír. Entierro las manos en su pelo ondulado y negro como la noche en el desierto y lo acerco más a mí. Sus manos acarician mis piernas, él está entre ellas. Le rodeo el rostro con las manos e inclino la cabeza un poco hacia atrás para profundizar el beso.

Pero sé que debemos parar, todavía no conozco lo suficiente a Blaze como para dar *ese* paso.

Se relame los labios cuando se aparta y se apoya en uno de los codos para tumbarse a mi lado. Alcanza las fresas y me da la primera, que muerdo y mastico saboreando su dulzor. Quiero hablar, decirle lo que siento respecto a... a tener sexo con él. Pero hay algo que me para, quizá la vergüenza o no sé.

Pero lo vuelve a hacer, Blaze me lee el pensamiento.

—No te preocupes, ¿vale? —dice con una sonrisa genuina en los labios—. Entiendo que todavía no es el momento.

Miro hacia otro lado y el pelo me cae por un hombro. En esta posición, de lado, tengo el vestido subido hasta los muslos y se me ve un buen escote. Y sé que le gusta, siento su mirada lasciva sobre mí de vez en cuando.

Me lo quiere arrancar, me quiere hacer suya. Y a mí la idea cada vez me desagrada menos.

—Blaze... es que... —me pone un dedo sobre los labios para hacerme callar.

—No me tienes que dar explicaciones —murmura, sincero—. Lieve, me atraes, me gustas. Lo que tenga que venir, que venga. Pero cuando sea el momento y solo si estás segura.

¿Y cómo explico yo lo perfecto que es? Otro tío, como me pasó una vez con John de la clase de química, hubiera ido a bajarme las bragas y le hubiera importado una mierda todo lo demás. Pero Blaze no, él no es así.

—Blaze, ¿puedo hacerte una pregunta? —inquiero en su dirección, sintiendo como me sonrojo. Él asiente y se mete un trozo de queso en la boca—. ¿Cómo es?

En un principio, frunce el ceño, pero luego relaja las facciones de su rostro y se ríe por lo bajo. Pasa su mano libre por las hebras de mi pelo.

—Pues la primera vez es muy bonita, si lo haces con quien quieres —responde.

—¿Tú lo hiciste con quién querías? —Asiente y a mí me entra la curiosidad—. ¿Quién fue?

A Blaze le cubre un manto oscuro los ojos, una sombra que me hace saber que quizá no ha sido la pregunta correcta. Pero, aún así, me responde con una suavidad y una sinceridad que me apabulla.

—Se llama Vanessa y fue mi novia del instituto. Fue en el baile de bienvenida —se limita a decir, pero continúa después de clavar su mirada en mí—. Se fue a estudiar a otra Universidad, una que estaba muy lejos de la mía, y conoció a alguien.

¿Entonces lo dejó ella? Eso significa que Blaze tiene una herida abierta... y yo una inseguridad que tiene nombre y apellidos.

—No tienes que decirme nada más. —Blaze nunca me ha dicho nada de ella, así que supongo que es algo muy privado y no quiero presionarlo a pesar de que *necesito* saber más.

Ahora soy yo quién le acaricia la mejilla y él ladea la cabeza para profundizar el toque. Cierra los ojos y se queda en silencio unos minutos.

—Vanessa es mi pasado, Lieve —dice—. Y creo que ahora hay alguien más en mi presente y futuro.

¿Alguien más? ¿Me está diciendo que hay alguien más y hace diez minutos quería meterse entre mis piernas? ¡Será gilipollas! Quito la mano de su mejilla y lo miro con los ojos entrecerrados. Entonces, Blaze niega y se ríe a carcajadas. En un rápido movimiento, enreda sus piernas con las mías y se pone encima de mí. Me coge las muñecas con sus manos y las acaricia con los pulgares.

—Suéltame —le exijo con cara de pocos amigos.

—Lieve, eres tan inocente —susurra y se acerca a mi oído—. ¿Todavía no has entendido que esa persona eres tú? —Nos miramos a los ojos y me da un pico. Ve la hora en su reloj y frunce los labios—. Tenemos que irnos.

Se levanta y me ayuda a hacer lo mismo. Recogemos todo y lo dejamos en la cocina de la casa del lago. Sobre las cinco de la tarde, salimos en dirección al rancho en su camioneta. Blaze canturrea el último hit de *Straight Tequila Night* de *John Anderson* que suena por la radio y yo lo sigo.

De reojo, veo como mira el collar que me ha regalado. El sol ya está bajando en el horizonte cuando finalmente nos ponemos en marcha hacia el rancho. Blaze maneja con una mano en el volante y la otra entrelazada con la mía. La carretera serpenteante nos lleva de regreso a casa.

Al llegar al rancho, noto algo extraño. La casa está en completo silencio, algo poco común considerando el bullicio usual. Blaze apaga el motor y me ayuda a bajar del coche.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto, mirando alrededor con curiosidad.

Blaze sonrío, ese tipo de sonrisa que revela que tiene un secreto.

—Ven conmigo —dice, tomando mi mano y guiándome hacia la entrada principal.

Entramos a la casa y el silencio es aún más evidente. La luz del atardecer inunda el pasillo. Mis pasos resuenan suavemente en el suelo de madera mientras caminamos hacia el jardín trasero.

—Blaze, ¿qué está pasando? —insisto.

Él se detiene frente a la puerta que da al jardín, se vuelve para mirarme y me guiña un ojo. Entonces, abre la puerta de par en par. Lo que veo me deja sin aliento. El jardín está lleno de luces tintineantes, linternas colgadas de los árboles y velas en cada mesa. Y en medio de todo eso, ellos.

—¡Feliz cumpleaños, Lieve! —gritan todos al unísono.

Hay una mesa larga en el centro del jardín, cubierta de deliciosos platillos y una enorme tarta de cumpleaños decorada con flores de azúcar y velas. Veintitrés para ser más exactos.

Blaze me toma de la mano y me lleva hasta allí, donde la tarta espera ser cortada.

—¡Pide un deseo! —me dice alguien desde la multitud.

Cierro los ojos y lo hago. Soplo las velas y el jardín estalla en aplausos y vítores. Y sé que nadie puede arruinar esto... *o eso creo*.



CAPÍTULO 28

CELOS

BLAZE

Un traidor pulula entre nosotros.

Dejo que un suspiro abandone mis labios y vuelvo a leer los informes de la seguridad privada y del sheriff Wayne. Nadie, absolutamente nadie sabe quién es el pelirrojo. Pero lo peor es que alguien los está ayudando desde dentro.

Me levanto de la silla y me dirijo a la ventana que da a la parte de atrás del Rancho del Alma. Allí veo cómo las familias que se están alojando se entretienen dándoles cuidados a un grupo de ponis. Los niños más pequeños están emocionado y por un momento recuerdo a mis sobrinos. A ellos también les gustará estar aquí cuando vengan, papá se sentirá orgulloso de lo que estoy consiguiendo.

Y a Andrew le daré una lección.

Mi padre, cuando nos dijo que se iba con mamá a California, nos sentó a todos alrededor de la mesa y preguntó quién quería quedarse con todo esto. Nadie comentó nada, nadie quería hacerse cargo de esto... incluido yo porque, a pesar de tener una idea, me daba miedo. Papá llegó a la conclusión de que lo mejor era venderlo y fue cuando vi una sombra de tristeza en los ojos de mamá. Comprendí que el rancho era su vida y que no podía dejar pasar la oportunidad de realizar lo que tenía en mente. Así que me lo quedé yo, aunque Andrew se rió de mí en mi cara y le aseguré que algún día se comería sus palabras.

Ese día ha llegado y el sabor es agridulce.

Me encanta estar aquí, me siento muy orgulloso de todo lo que he conseguido. Pero que haya alguien que nos quiera sabotear es lo que me mantiene en tensión. Sobre todo si tiene un topo dentro.

Alguien repiquetea la puerta del despacho y le doy paso. El tío Owen ha venido a por unos papeles para llevarlos al gestor. Entra con un traje de pantalón y chaqueta, pisando fuerte como siempre ha hecho.

—Tío Owen —lo saludo con un abrazo—, ¿cómo has estado?

Me ofrece una sonrisa que no le llega a los ojos, parece cansado.

—Bien, Blaze, bien. Todo lo bien que puede estar un viejo como yo —se ríe y le ofrezco asiento justo enfrente de mí.

El tío Owen es el hermano mayor de mi padre y siempre ha estado ahí para ayudarnos. Cuando mi padre tuvo la suerte de ganar dinero, introdujo a su hermano en sus negocios para que lo ayudara. Más tarde, formó sus propias empresas, pero siempre al lado de mi padre. Son uña y carne.

—¿Y tú cómo estás? ¿Van bien las cosas? —inquire.

Me dejo caer en la silla giratoria del despacho y niego.

—No, tío, no están bien las cosas —digo y él frunce el ceño—. Han vuelto a intentar sabotearnos.

Se levanta y maldice por lo alto, exasperado. El tío Owen fue de los pocos que me apoyaron cuando decidí montar el rancho. Es tan mío como suyo y sé que esto le trae de cabeza tanto como a mí.

—¿Qué han intentado hacer esta vez? —se apoya en la mesa con las dos manos y clava la mirada en mí—. Tenemos que encontrar al culpable.

—Solo se han colado. La vigilancia privada que puse ha surgido efecto, pero han entrado. Sabían cuándo y dónde, lo que significa que tenemos a un topo dentro que sabe cuáles son los cambios y turnos —me acerco al límite de la ventana.

Me cuesta estar sentado, necesito encontrar una solución y seguir esperando a que suceda algo más no es una opción. Este rancho es nuestra vida, nuestro sustento, y no podemos permitir que alguien venga a destruirlo todo.

—Tío Owen, necesitamos un plan. No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que vuelvan a atacar —mi voz se rompe al final de la frase, pero trato de mantenerme firme.

El tío Owen se rasca la barbilla pensativo, sus ojos se entrecierran mientras contempla la situación. Siempre ha sido un hombre de pocas palabras, pero cuando habla, sé que vale la pena escuchar.

—Blaze, creo que necesitamos ir más allá de solo protegernos. Debemos contraatacar.

—Sus palabras me sorprenden.

—¿Contraatacar? —repito, tratando de imaginar cómo podríamos hacerlo.

—Sí, pero no me refiero a la violencia. Necesitamos recopilar pruebas. Si sabemos que hay un topo, debemos identificarlo y asegurarnos de que pague por lo que está haciendo. Pero, más allá de eso, debemos entender qué quieren, cuál es su objetivo final.

Asiento lentamente, viendo la lógica en sus palabras. Durante mucho tiempo, hemos estado jugando a la defensiva, pero ahora veo que eso solo nos deja vulnerables.

—Podemos empezar investigando a todos los empleados —propongo—. Revisar sus antecedentes, sus actividades recientes, todo lo que pueda darnos una pista de quién está detrás de esto.

—Y también deberíamos ampliar la vigilancia —añade Owen—. Quizá instalar cámaras de esas nuevas que han sacado al mercado en lugares estratégicos, incluso en donde los empleados no sepan que las hay. Así, si alguien intenta algo, lo tendremos grabado.

Las cámaras de vigilancia acaban de entrar en el mercado y son toda una novedad. Me parece increíble que esos cacharros lo puedan grabar todo y luego solo reproducirlo. Son caras, sí, pero quizá imprescindibles para coger al culpable.

—Me parece bien, pero necesitamos más que solo cámaras. Necesitamos a alguien en quien confiemos plenamente para llevar a cabo esta investigación desde dentro —comento, sabiendo que encontrar a esa persona no será fácil.

—Tengo a alguien en mente —dice Owen después de una pausa—. Es un antiguo amigo mío, exmilitar. Se llama Sam. Es de fiar y tiene experiencia en inteligencia y seguridad. Si alguien puede ayudarnos, es él.

¿Sam? Sé quién es y no es santo de mi devoción, pero si Owen se fía de él yo también.

—¿Sam Carter? —Tío Owen asiente y ladeo la cabeza—. Es bastante extremista, ¿no crees?

Sam tiene fama de no estar muy de acuerdo con la inclusión de los negros en la sociedad, los sigue viendo como personas inferiores. Pero ha estado en el ejército y luchó en la Guerra de Vietnam.

—Sé que no es de tu agrado —pone una mano en mi hombro y lo aprieta—. Pero es lo que necesitamos.

—Suenas perfecto —respondo. Con alguien como Sam de nuestro lado, podríamos tener una oportunidad real de resolver esto—. Por cierto, ¿Sam podría hacerme un favor?

—Claro, ¿qué necesitas?

Sam Carter tiene amistad con el director del colegio y no puedo evitar pensar en Lieve. Involuntariamente, sonrío.

—Tengo una amiga que es profesora de infantil, quizá Sam podría hablarle de ella al director del colegio.

Mi tío Owen se ríe a carcajadas, asiente y se dirige al teléfono para hacer una llamada. Mientras lo hace, miro por la ventana. Este rancho no es solo tierra y ganado; es nuestro hogar, nuestra vida. Y haré lo que sea necesario para protegerlo.

Owen cuelga el teléfono y se vuelve hacia mí.

—Sam está en camino. Llegará mañana por la mañana porque han ido a visitar a sus padres. Hasta entonces, creo que deberíamos revisar los registros de la vigilancia de anoche. Quizás haya algo que se nos haya pasado. Y respecto a esa amiga...

Me relamo los labios y me encojo de hombros de forma casual.

—Se llama Lieve y me gusta —respondo.

Asiente con una sonrisa en los labios y se despide de mí para irse, tiene asuntos que resolver.

Me vuelvo a sentar y giro sobre mí.



El trabajo ha acabado y me encuentro exhausto. Otra semana más en la que todavía no sé quién es el traidor, en que la noche se vuelve extensa pensando en aquellos que me rodean y sabiendo que es uno de ellos. Agobiado y sucio, manchado de barro hasta las orejas gracias a Shadow, me meto en la ducha y dejo que el agua destense la presión que siento sobre los hombros. Cuando salgo, con el pelo húmedo y una toalla envuelta en la cintura, el teléfono de casa comienza a sonar con un estruendo que lo revuelve todo. Maldiciendo, voy hacia él y lo cojo.

—Blaze, tío, nos vamos a la Herradura Dorada, ¿te vienes? —Es Will y parece que está en algún sitio con mucha gente porque se escucha bullicio.

—¿Dónde cojones estás? —le pregunto, apoyándome en la pared.

Lo escucho resoplar.

—Mi hermana está con las chicas y tienen una montada en el salón... —murmura—. Lieve viene.

Su nombre hace que el corazón me dé un tumbo, que en mi estómago bailen un millón de mariposas y que me replantee seriamente lo que significa cansancio. Llevo sin ver a Lieve desde el día de su cumpleaños y eso fue hace una semana. El trabajo me ha tenido tan ocupado que solo hemos hablado por teléfono.

—¿Lieve va a la Herradura Dorada? —le pregunto.

—Oh, sí, y tendrías que... ¡Ouch! —Will suelta una maldición. Alguien le ha dado una colleja y no precisamente floja—. Bueno, tío, ¿te vienes o no? Nosotros nos vamos ya.

—Llego en veinte minutos —le cuelgo.

Me pongo unos vaqueros desgastados, de esos que llevan conmigo desde la universidad y que se han convertido en una segunda piel. La tela está suave por el uso y las rodillas tienen un par de agujeros estratégicamente colocados. Busco una camiseta blanca en el cajón, una sencilla pero con un corte que resalta mis hombros. La meto por dentro del pantalón y ajusto el cinturón. Me calzo unas zapatillas negras de cuero, también viejas pero cuidadas, y me miro en el espejo.

Estoy listo.

Salgo de casa y camino hacia mi coche. El motor ruge al encenderlo, y la música de If You Asked Me To de Céline Dion llena el aire. Conduzco hacia la Herradura Dorada, un bar que se ha convertido en nuestro punto de encuentro habitual de los sábados. Está situado en una esquina de la ciudad, con luces de neón y una fachada que ha visto mejores días, pero que guarda dentro de sí un ambiente que es una maravilla.

El tráfico es ligero y llego en menos de veinte minutos. Aparco frente al bar y bajo del coche. El letrero de la Herradura Dorada brilla en la noche, atrayendo a muchas personas. La puerta de entrada es pesada y de madera, con un pomo de latón que brilla bajo la luz de la luna.

Empujo la puerta y entro.

El lugar está lleno de gente, la música suena a todo volumen y las luces parpadean en sincronía con los latidos de mi corazón. Busco con la mirada hasta que la veo. Lieve está de pie cerca de la barra, hablando con un chico. Lleva puesto un vestido azul oscuro, brillante, que se ajusta a sus curvas y resplandece con cada movimiento. Sus piernas largas y bronceadas se asoman debajo del vestido, y un par de sandalias rosadas completan su atuendo.

Mi corazón late con fuerza y siento una punzada de celos al verla reír con el tipo que está a su lado. Me acerco, tratando de mantener la calma, pero mis puños se aprietan involuntariamente.

—Hola, Lieve —saludo, mirándola directamente a los ojos. Luego me vuelvo hacia el chico—. ¿Y tú quién eres?

El chico, sorprendido por mi tono, retrocede un paso. Tiene el cabello oscuro y una sonrisa que no me gusta.

—Soy Alex —responde, intentando sonar confiado—. ¿Y tú?

—Soy Blaze. Y te sugiero que mantengas las manos lejos de Lieve.

Lieve me mira con una mezcla de sorpresa e irritación.

—Blaze, ¿qué estás haciendo? —me pregunta.

—Solo estoy asegurándome de que estés bien —respondo, sin quitarle la vista de encima a Alex.

Ya me acuerdo de quién es este gilipollas. Hace unas semanas lo vi intentando ligar con

una chica y el dueño del local le tuvo que pedir que se fuera porque la estaba molestando.

—Estaba perfectamente bien hasta que llegaste tú —replica ella, cruzando los brazos.

—No parecía que lo estuvieras —murmuro, finalmente apartando la mirada de Alex para encontrarme con los ojos de Lieve.

Ella suspira y sacude la cabeza.

—Blaze, no puedes simplemente aparecer y comportarte como si fueras mi guardaespaldas. No necesito que me protejas de todo el mundo.

¿Protegerla de todo el mundo? No, la quiero proteger de ese imbécil. No quiero siquiera que la mire y ese sentimiento en mí hace que me quede sin palabras. Nunca he sido de los tíos que sienten celos, ni siquiera me ha pasado con Vanessa. Pero con Lieve es diferente.

—No estaba protegiéndote, solo... —mi voz se apaga mientras busco las palabras adecuadas.

—Solo estabas siendo un idiota —interrumpe Lieve—. Alex es un amigo y tú no tenías derecho a hablarle así.

Siento una oleada de vergüenza y me paso una mano por el cabello, sin saber qué decir. En ese momento, Will aparece entre la multitud, sonriendo y ajeno a lo que está pasando.

—¡Blaze, tío! —me llama, levantando una mano en saludo—. ¡Lieve, hola!

—Hola, Will —responde Lieve, con su tono más suave pero aún molesto.

Will frunce el ceño al darse cuenta.

—¿Me he perdido algo? —pregunta, desviando su mirada de Lieve a mí.

—Nada que valga la pena mencionar —responde Lieve, lanzándome una última mirada de reproche antes de volverse hacia Alex—. Vamos, Alex, necesito una bebida.

Los veo alejarse y siento un peso en el pecho. Will me da una palmada en el hombro, sin saber qué decir.

—¿Ese no es el chico al que tuvieron que echar por estar molestando a una chica? —me pregunta al fin.

Asiento, sin dejar de mirarla. Will resopla y me da otra palmadita en la espalda.

—¿Y de qué lo conoce Lieve? —inquire.

La respuesta llega desde atrás.

—Lieve ha comenzado a trabajar en la escuela infantil, la llamaron el lunes. Alex trabaja también allí —relata Denisse y yo la miro con una ceja alzada—. ¿Qué? Me lo ha contado ella. —Hace un ademán hacia Lieve.

—Pues es un baboso —insta Troy, pegándole un trago a su cerveza.

Mascullo una maldición cuando Alex, mientras se ríe con Lieve, le toca el brazo. Desvía la mirada hacia mí por un segundo y me obligo a tomar aire para no perder los estribos e ir a

romperle esa bonita cara de imbécil que tiene.

—Es el hijo mayor de Carter, sino ¿por qué creéis que está en la escuela infantil trabajando? —nos dice Charlie, poniendo los ojos en blanco.

—¿De Sam Carter? —inquiero y ella asiente.

La noche en la Herradura Dorada acaba de volverse mucho más complicada.



CAPÍTULO 29

LIMERENCIA

LIEVE

Alex me invita a una cerveza, pero se la deniego. Por hoy ya he bebido suficiente, no quiero que me pase como en el partido de los Dallas Cowboy. Pero él insiste una vez más y eso me molesta. Encontrarlo en la Herradura Dorada ha sido una sorpresa. Alex es mi compañero en el colegio y me cae muy bien, pero está siendo demasiado insistente y algo pegajoso.

—¿Sabes? Creo que ya tengo que irme —le digo para escapar de allí sin quedar mal—. Estoy segura de que Nana me está esperando.

Pero Alex me cierra el paso y yo me doy un golpe mental al no haberle hecho caso a Blaze. Apesta a cerveza y odio cuando su aliento choca con el mío.

—Venga, Lieve, vamos a divertirnos un poco —se pega a mí y yo doy un paso hacia atrás cuando intenta tomarme de la cintura.

—Alex, es que... —Pero Alex está tan bebido que piensa con claridad y no entiende las indirectas. Ni las directas tampoco.

Estoy atrapada entre la barra y él. Se acerca a mí y yo siento el borde de la madera clavarse en mi espalda. Pone sus manos a cada lado de mi cuerpo y baja la cabeza, buscando mis labios. Lo aparto de un empujón. Alex se choca con varias personas y, cuando se vuelve hacia mí, lo hace con una sombra cubriendo sus ojos marrones.

Busco con la mirada a Charlie y la veo hablando con Trisha y Chole en una esquina. me intercepta y le pido ayuda cuando Alex me toma de la muñeca con fuerza y me acerca a él.

—Llevas calentándose toda la noche, Lieve. ¿Piensas que ahora te puedes largar así? —me pregunta mientras intento zafarme.

¿Calentándolo? Solo he sido amable con él porque me cae, o caía mejor dicho, bien.

—Te estás confundiendo —me zafo de su agarre y lo señalo—. Somos compañeros, amigos. No he hecho nada para... para... —me da asco decir esa palabra.

Hay un grupo de seis personas cerca que comienzan a murmurar entre ellos. Nos observan de soslayo por el espectáculo que está dando Alex.

—¿Y ese vestido qué? ¿Y esa risita? —Meneo la cabeza ante tal absurdez—. Eres una calientapollas. —Se bebe un chupito que estaba en la barra de un trago y se limpia los labios con el dorso de la mano.

Y es ese el preciso momento en el que la luz se va y se queda todo a oscuras. Es sábado y la Herradura está repleta de gente, personas que han escuchado a la perfección lo que ha dicho Alex y que han dirigido sus miradas hacia nosotros. Me muerdo de la vergüenza, siento que me encojo y que él se crece.

—Qué se enteren todos —exclama con la voz alcoholizada y tambaleándose—, que se enteren todos que Lieve Morgan es una...

Pego un brinco y me tapo la boca con las manos cuando Blaze le propina un puñetazo que lo deja tirado en el suelo y sin la capacidad de levantarse. Lo intenta, pero no lo consigue. Afuera, un trueno rompe el silencio ensordecedor que se ha hecho en la herradura.

Blaze se agacha y lo coge de la pechera hasta acercarlo a él.

—Si vuelvo a verte cerca de ella, te mato —murmura—. Si vuelvo a ver que molesta a otra mujer, te mato. ¿Te queda claro? —le pregunta.

Alex, que parece que la borrachera se le ha ido de sopetón, asiente. Blaze lo suelta y se levanta, dirige su mirada dura hacia mí y yo solo puedo apartarla. Se acerca y pone una mano en la parte baja de mi espalda. Odio decir esto, pero él tenía razón. Y yo solo lo he llamado idiota. La única tonta he sido yo.

Me guía hacia fuera del local después de decirle a Will que nos íbamos. Está lloviendo y la Herradura sigue a oscuras. El viento huracanado hace que el pelo se me arremoline. Blaze maldice por lo bajo cuando un coche de policía pasa por la calle anunciando que un huracán de categoría cuatro está a punto de tocar tierra.

—Vamos, Lieve —me dice antes de que todo el mundo salga.

Me coge de la mano y me lleva, bajo la lluvia, hacia su camioneta. Entramos y enciende el motor para dirigirse al rancho. Me he empapado de cabeza a pies y el tiempo empeora con el paso de los minutos. Sabíamos que iba a entrar un huracán, estamos en la época, pero se esperaba que fuera de categoría uno o dos como mucho... no de cuatro.

—Tenemos que llegar antes de que esto se ponga peor —dice, arrancando y lanzándose

a la carretera.

Asiento y me pongo el cinturón.

El ambiente se vuelve tenso, estamos en un silencio que solo se rompe con el sonido de los truenos cruzando el cielo. Me abrazo y bajo la mirada. He sido una idota al no fiarme de Blaze y ahora no sé qué decirle.

Pensé que Alex era un compañero, un amigo con el que me lo podía pasar bien hablando y tomándome una copa. Y ha resultado ser un gilipollas de carrera. Lo peor de todo es que ahora lo voy a tener que ver en la escuela y eso es lo que más me desagrada.

—No te preocupes —murmura Blaze, mirando por el cristal y haciendo una mueca ante el tiempo.

—¿Qué no me preocupe? —le pregunto, frunciendo el ceño.

Él se ríe, con una risa ronca y baja.

—Estás pensando muy alto, es como si lo escuchara.

Su mano viaja a la mía, sobre mi rodilla, y la aprieta cuando entrelaza nuestros dedos. Es tan cálida, tan grande...

—He sido una tonta, Blaze. Lo siento —suelto—. Tú solo querías protegerme y yo...

Suelta una carcajada y pretende meterse por el camino que lleva al rancho, pero hay un árbol caído atravesando el camino. Blaze para el coche y se echa para atrás, cierra los ojos y suelta un suspiro por sus labios; esos que quiero besar hasta el cansancio.

—No quería protegerte, Lieve —dice y se relame los labios. Abre los ojos y clava la mirada en mí—. Estaba celoso.

Parpadeo, perpleja.

—¿Celoso?

Blaze asiente.

—Estabas riéndote con él, con ese vestido —me da un repaso y se muerde el labio inferior—. Me he puesto celoso.

Me muerdo el carrillo y me lleno de un sentimiento que hace que mi corazón se ablande. No sé describirlo, sólo puedo acariciarle la mejilla con las yemas de los dedos y soltar una risa baja.

—Blaze, si me he puesto esto —lo señalo— es porque venías tú.

No miento cuando lo digo. Estaba con las chicas en casa de Charlie y cuando nos ha dicho Will que Blaze venía, le he pedido un vestido. Mi amiga ha insistido en que me ponga este y Chloe y Trisha han estado de acuerdo. Y la verdad es que ha sido la mejor elección porque en sus ojos brilla algo profundo. Una sensación se instala en la parte baja de mi estómago. La anticipación de algo que quiero que suceda y con lo que llevo soñando desde que nos besamos por primera vez.

Me quito el cinturón y me pongo encima de él en un solo movimiento. Me importa bien poco estar en la cuneta de una carretera con un huracán a punto de azotar Columbus. Solo quiero que sus labios de miel se fundan con los míos, que sus manos dancen por todo mi cuerpo.

Blaze se sorprende en un principio, pero cuando rozo mi nariz con la suya todo cambia. Me coge la cara entre sus manos y me besa hasta saciarse. Introduce su lengua en mi cavidad y con la mía en una guerra en las que tengo todas la de perder. Me entrego a él y jadeo cuando su miembro roza mi sexo por debajo de la ropa interior.

Sin embargo, parece que algo lo detiene y aparta su rostro del mío después de mordirme el labio inferior. Lo rozo con mis dedos y él mira hacia otro lado.

—Tenemos que parar, Lieve —susurra con la voz entrecortada.

Esta vez soy yo quien toma su rostro entre las manos. Lo beso y él jadea. Me aparto y clavo mi mirada en él.

—No quiero parar, Blaze. Ya no.

Inclina la cabeza hacia un lado, pensativo. Solo nos conocemos desde hace cuatro meses, pero no quiero esperar más. ¿Por qué hacerlo cuándo es lo que siento? ¿Voy a ser peor mujer por entregarme a Blaze? Es un movimiento que me indica que está buscando duda y consentimiento. Sé que no haría nada que no quisiera.

Parece sorprendido, pero cuando lo cojo por los hombros y lo aprieto contra mí, dándole un beso en el cuello, sus brazos se mueven rápidamente por mi cuerpo como por un reflejo. Entonces, pongo mis manos en su cabello, atrayéndolo hacia mí y nuestros labios se encuentran. Pierdo la noción del tiempo y de la realidad. Sus brazos ceden y se deslizan alrededor de mi cuerpo, sujetándome con fuerza. Su boca es incontenible y me besa con todo, con sus labios, su lengua, con su alma.

Le respondo de la misma manera, pero un trueno hace que nos separemos. Las alarmas suenan por todos lados para alertar a la gente a que se resguarde de la tormenta y Blaze me ayuda a ponerme en el asiento del copiloto.

—Nos vamos a mi casa, desde allí puedes llamar a Maggie y decirle que estás conmigo.

Asiento y me pongo el cinturón, sintiendo como mi sexo se ha humedecido con sus caricias. Blaze conduce hacia su casa, que tiene otro acceso diferente al de el rancho de los Walker. Llegamos en cuestión de diez minutos y lo primero que hace Blaze es ayudarme a entrar en casa. Me empapo de pies a cabeza otra vez y, a pesar de estar en junio, las fuertes rachas de viento han hecho que me hiele.

—Voy a ver como está Shadow y a asegurarme de que está bien. El teléfono está en la cocina, cortarán la luz pronto como han hecho en el centro —me advierte.

Asiento con la cabeza y él, antes de irse, me toma de la cintura y funde sus labios con los míos. Nos separamos y me mira con un brillo en los ojos que me hace sonrojar. Acaricia mi mejilla y me pone un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja.

Un último beso fugaz es el que hace que se vaya al cobertizo a ver cómo está Shadow. Y yo aprovecho el momento para llamar a Nana y explicarle que nos ha pillado desprevenidos la

tormenta.

Marco el número y espero a que me responda.

—¿Quién es? —pregunta, se escucha un poco mal.

—Nana, soy Lieve —le digo—. Estoy en casa de Blaze, hay un árbol obstaculizando el acceso al rancho.

—¿Lieve? Oh, cielo, menos mal que me has llamado. —Nana avisa a Joe—. Entonces, ¿estás con Blaze? —Un trueno quiebra el cielo en mil pedazos y me hace estremecer.

—Sí, me quedaré aquí hasta que amengüe la tormenta —escucho la puerta abrirse y cerrarse.

Blaze aparece por el arco de la entrada y se quita los zapatos y la camisa, tirándolos directamente al suelo.

—Está bien, cielo, ten mucho... —pero un trueno vuelve a quebrar el cielo y la luz se va, dejándonos a oscuras.

Cuelgo el teléfono y me abrazo mientras Blaze busca por la cocina a tientas una linterna. La encuentra después de darse varios golpes con la mesa y las sillas. No puedo evitar reírme.

Cuando tiene la bolsa con lo necesario en la mano y la linterna apuntando al pasillo, me guía hacia su habitación. Me sé el recorrido de memoria a pesar de solo haber estado aquí un par de veces. Y cuando abre la puerta, todo huele a él.

Se asegura de que las ventanas estén bien cerradas y aseguradas. Por suerte, su habitación está en un ángulo en el que no es peligroso estar, sobre todo por los cristales reforzados especiales para huracanes.

Comienza a encender algunas velas que descansan sobre sus platillos para que la cera no caiga sobre la superficie. De repente, todo se vuelve mucho más íntimo. Blaze apaga la cerilla, meneándola en el aire, y se da la vuelta. Me mira de arriba abajo y se acerca a mí. Estoy levemente encogida por la ropa húmeda que cala hasta el último de mis huesos. Pasea sus dedos por mis brazos.

—Tienes que quitarte esto o te vas a resfriar —murmura con una sonrisa cerrada.

Le rodeo el cuello con mis brazos y él baja la cabeza hasta juntarla con la mía. Su aliento se funde con el mío y yo lo inevitable acaba pasando. Blaze me pega a su cuerpo con violencia y besa mis labios con una necesidad imparable.

Y le respondo de la misma manera.



CAPÍTULO 30

LA PRIMERA VEZ

LIEVE

Cuando mis manos bajan al pecho de Blaze y le rodeo el cuello, él emite un sonido desde el fondo de su garganta que me asusta y me excita a partes iguales. Nunca he sentido nada de esto por nadie y la sensación me abruma. De repente, siento un muro de piedra contra mi cuerpo. Me levanta del suelo y rodeo su cintura con mis piernas sin dejar de besarlo. Blaze se deja caer sentado a la cama y en esta posición, al ser más alto que yo, le permite besar mi cuello y acariciar mi espalda. La sensación de sus labios en la zona entre el hombro y el cuello hacen que arquee la espalda mientras suelto un jadeo. Y eso parece volverlo loco. Entrelazo los dedos en su pelo y lo pego más a mí si es que eso es posible. Suelto un gemido en el momento en el que sus tibios dedos bajan por mi espalda hasta mi trasero.

Es entonces cuando Blaze se aparta. Sus ojos están encendidos con un deseo que siento en lo más profundo de mi ser, o quizá es un reflejo de los míos.

Ambos nos esforzamos para recuperar el aliento y desvío la mirada a la ventana durante un momento cuando un trueno vuelve a romper la quietud del cielo encapotado de nubes negras.

—¿Estás segura de esto? —Me está preguntando, me está pidiendo permiso.

«Sí», pienso. «Claro que sí».

Blaze apoya su cabeza en mi cuello mientras que su mano me acaricia la espalda. Inhala y vuelve a subir la mirada hacia mí. La respuesta viene en forma de movimiento. Hago círculos con mi cadera sobre su miembro y él jadea.

Sus manos deslizan hacia abajo la cremallera del vestido y las yemas de sus dedos hacen que los finos tirantes acaben bajo mis hombros. El vestido cae hasta mi cintura, dejando expuestos mis senos ante él, que se relame los labios con un anhelo desbordante. Me lo quita y lo tira a un lado del suelo. Volvemos a besarnos, pero esta vez con mucho más detenimiento mientras que Blaze juega con uno de mis pezones. Gimo en respuesta a su tacto. Y con manos torpes y temblorosas, le desabrocho el cinturón.

En un rápido movimiento, Blaze me pone contra el colchón y coge uno de mis pezones entre sus labios. Se levanta bajo mi atenta mirada. Se quita los pantalones vaqueros y la ropa interior de golpe, dejando libre su miembro, erecto y preparado para mí. Trago saliva con dureza cuando lo veo.

No tarda ni dos segundos en ponerse entre mis piernas y deslizar las braguitas hasta quitarlas. Luego, se pone a mi lado y me roza el sexo. Jadeo y me arqueo.

—Blaze, yo nunca he...

Me pone un dedo sobre los labios. Entiende como me siento, lo veo en sus ojos verdes.

—Deja que lo haga, Lieve —dice con súplica y su voz retumba en mi pecho—. Deja que sea yo quien te guíe, pequeña.

No puedo hablar, pero tomo aire y asiento.

De lado tal como está, hunde una mano en mi pelo. Me besa y con el pulgar traza círculos, rozando esa parte sensible de mi sexo. Respiro bruscamente mientras juega conmigo, mientras sus labios se apoderan de los míos.

Instintivamente, mi mano roza su miembro y él se agita. Me sorprende lo suave que es en contraste con su dureza. Blaze aparta mi mano y deja de besarme. La sube a mi rostro y acaricia mi nariz con la suya.

—Ya habrá tiempo para eso —susurra con una sonrisa cerrada—. Hoy es para ti, Lieve. Hoy estoy aquí para ti.

Introduce un dedo en mi interior y echo la cabeza hacia atrás. Escucho como suelta un jadeo.

—Estás muy húmeda, muñeca —murmura con la voz ronca.

Mueve los dedos con lentitud de dentro afuera y me aferro a las sábanas, clavando mis uñas en ellas.

—¿Confías en mí? —lo oigo preguntar, pero estoy a punto de perderme en el más placentero de los abismos.

—Sí —respondo sin aliento, levantando las caderas para profundizar sus movimientos.

Me besa de nuevo y ese es el pistoletazo de salida para que el orgasmo explote en mi interior. Me dejo llevar por la sensación que recorre mi cuerpo y veo como sus labios aplacan mis gemidos.

—Dime que soy el único, Lieve —me ruega, poniéndose encima de mí—. Dímelo, pequeña.

Tomo su cara entre mis manos, con la respiración jadeante, buscando sus ojos.

—Lo eres, Blaze —contesto.

Me besa antes de abrirme las piernas y pasar un brazo alrededor de mi cintura para posicionarse. Toma un duro pezón entre sus dientes, lamiéndolo hasta que un sonido gutural escapa de mis labios.

Blaze tantea la mesilla de noche y saca algo que por la luz no veo muy bien que es. Lo rompe con los dientes y se lo pone. Tiene que ser un preservativo, de esos que mis padres odian porque van contra la iglesia y contra sus valores.

Blaze vuelve a ponerse entre mis piernas. Me da un suave beso y el tacto enciende mi piel. Le rodeo la cintura con las piernas y siento su miembro en mi entrada. Entra en mí lentamente y siento como los músculos de mi sexo se expanden por su invasión. Jadeo por la impresión y me aferro a su espalda. Siento una ligera punzada de dolor, una molestia, cuando se introduce completamente en mí. Y se queda ahí, Blaze sigue besándome y se queda quiero en mi interior para que me adapte a él.

Se retira y me clava la mirada en mí. Vuelve a empujar, pero esta vez un poco más duro. Y no puedo evitar echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos cuando me penetra por segunda vez.

Al principio es lento, suave. Pero pronto sus embestidas se vuelven más implacables, más rudas. Él se mueve más profundo y más rápido, bombeando dentro de mí. Siento la presión aumentando en mi bajo abdomen, me sumerjo en una espiral en la que siquiera soy consciente de mis palabras salvo porque le pido más. Me aferro a su espalda y dejo que mis uñas arañen su

espalda. Y explotó. Blaze se corre poco después. Lo siento palpar dentro de mí.

Apoya su frente contra la mía mientras intentamos reponernos. Me besa la cara, los ojos y los labios. Y yo me río por lo bajo mientras se retira de mi interior. Blaze se pone a mi lado y se quita el preservativo.

Me atrae hasta él y me abraza. Pongo mi cabeza en su pecho y cierro los ojos. Blaze me acaricia la espalda y sucumbo a Morfeo.



Me despierto con la sensación de estar flotando en una nube. Me remuevo en la cama, pero siento como algo me agarra por la cintura. Abro los ojos lentamente y lo veo, mirándome con una sonrisa que no le llega a los ojos por el cansancio. Tiene el pelo revuelto y eso lo hace ver tan sexy que me cuesta hasta respirar.

—Tienes ojeras —susurro, pasando mi pulgar por ellas—. ¿Qué hora es?

Intento levantarme para ver la hora en el despertador, pero me lo impide. Blaze me arrastra dentro de las sábanas y me acurruca en sus brazos.

—Son las nueve de la mañana —responde y acaricia mi nariz con la suya para luego besarme con una suavidad y una delicadeza que me llena el alma—. Todavía estamos en alerta, el viento ha llegado hasta los ciento veinte kilómetros. Están todas las carreteras cortadas.

—¿Eso significa que voy a estar aquí contigo hasta que el huracán pase? —le pregunto y él asiente.

Una sonrisa lobuna llega a sus ojos verdes. Se mueve rápido y se pone encima de mí, tomándome por sorpresa.

—Te voy a tener en la cama hasta el cansancio.

Baja su cabeza y besa mi cuello, mi mandíbula, mis labios... todo. Cierro los ojos y dejo que la sensación de su cálida lengua me sacuda.

—Blaze —digo su nombre en un susurro ronco y él levanta la vista desde mi estómago, hasta dónde ha llegado dejando un reguero de besos—, no podemos quedarnos en la cama todo el día por mucho que nos apetezca.

Sonríe y le brillan los ojos.

—¿Y eso quien lo dice?

Se esconde bajo la sábana y me toma de la cintura. Me dobla las rodillas y lo escucho reír.

—¿Te parece poco que lo dig...? Arg, joder —musito, dejando que mi cuerpo caiga a la cama.

Me muerdo el labio inferior y echo la cabeza hacia atrás. Su lengua lame mi sexo y para justo en la parte más sensible. La tortura y con ella a mí. Lo agarro del cabello y lo atraigo hacia mí para sentirlo mucho más profundo.

Abro los ojos cuando la tensión se comienza a acumular en mi abdomen. Me retuerzo bajo su lengua y las caricias que su mano libre deja en uno de mis senos.

No sé cómo lo hace Blaze, pero siempre consigue que llegue al más profundo éxtasis; hasta quebrarme en mil pedazos. Y esta vez no es diferente.

Profundiza sus movimientos. Su pulgar, que ha abandonado mi seno, hace círculos sobre el monte de mi intimidad. Y exploto, me rompo en mil pedazos y me sacudo por las caricias de su lengua.

Pero lo increíble es poder ver cómo me mira cuando lo hago, la manera en la que se relame los labios como si hubiera sido su banquete es excitante. El deseo cubre sus pupilas y no tardo en cogerle la cara entre mis manos y hacer que me bese, sintiendo mi sabor.

¿Cómo será el suyo?

Mi mano se cuela entre nuestros cuerpos y acaricio su miembro. Blaze toma una respiración larga y resguarda su rostro en mi cuello, como si se estuviera controlando. Cuando alza la mirada, soy consciente de que está haciendo un gran esfuerzo para no abrirme de piernas ahora mismo e introducirse en mí con fuerza, duro.

—Si haces eso, no me voy a poder controlar —susurra, pero lo acaricio de arriba abajo mientras me mantiene la mirada y él jadea.

Aprovecho para hacer que gire sobre sí mismo y quedarme yo arriba. Es grande, venoso y extremadamente suave. Me deslizó por su cuerpo y lo cojo con las manos. Blaze pretende decirme algo, alejarme de él, pero lo introduzco en mi boca haciendo que suelte una maldición.

No soy ninguna experta y sé que mi torpeza me puede jugar una mala pasada, pero

quiero hacerlo, quiero lamerlo al igual que él ha hecho conmigo. Quiero darle el mismo placer que él me ha dado.

Y creo que lo consigo. Blaze me agarra de la nuca y me ayuda a mejorar mis movimientos. Paso la lengua por la punta y se estremece. Recoge mi pelo con una de sus manos y un sonido gutural sale de su garganta.

Me aparta, con las respiración entrecortada, y se sienta en la cama. Me atrae hacia él, rebusca en su cajón y saca otro envoltorio que rompe con los dientes. Se lo pone y bajo la cadera para que se introduzca de a una en mí. Me acomodo sobre su miembro y jadeo cuando me da una palmada en el trasero. Lo miro con los ojos abiertos, sorprendida.

—Vamos, muñeca, ahora te toca a ti. Móntame.

Me enciende, sus palabras me prenden en llamas y lo único que soy capaz de hacer es moverme de arriba abajo en un movimiento rápido y duro al bajar de nuevo. Me arrastra con él hasta ponerse en el borde de la cama, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y vuelvo a bajar.

En esta posición, estando sentada encima de él, lo siento todavía más profundo. Y sí, al principio es un poco molesto, pero, conforme se introduce en mi interior, se siente mejor.

Lo monto mientras nos miramos a los ojos. Blaze me ayuda, tomándome del trasero. Lo único que se escucha es el viento y la lluvia mezclarse con nuestros jadeos.

Mis movimientos son más rápidos, buscando el consuelo del orgasmo, y le muerdo el cuello al bajar la cabeza. Blaze me toma de la nuca y hace que lo bese, pero es tal el grado de excitación que tengo que le muerdo el labio inferior.

—Solo... solo un poco más —gimo.

—Eso es, muñeca, solo un poco más —repite él, alzando las caderas—. Vamos, Lieve, córrrete para mí.

Y lo hago. Dejo que el orgasmo me recorra el cuerpo mientras que él sigue bombeando en mi interior hasta alcanzar el clímax.

Me apoyo en su hombro, agitada y con el pecho subiendo y bajando como si hubiera corrido una maratón, y me río. Me echo a reír y él hace lo mismo. Me bajo y mis piernas parecen de mantequilla hasta el punto de tener que dejarme caer en la cama mientras que el viento sacude los cristales.

—¿Esto es siempre así? —le pregunto.

Blaze se deja caer a mi lado y se encoge de hombros.

—¿Me lo preguntas por todas las mujeres que han estado en mi cama o por curiosidad?
—Lo miro con una ceja enarcada y él se burla de mí.

Es un provocador, y esa ha sido una pregunta de muy mal gusto; pero sé que lo está diciendo de broma y no puedo recriminarle nada. Querer a una persona también es aceptar lo malo y Blaze hay veces que tiene filtro.

Le doy un codazo y él se carcajea. Me coge de la muñeca y la besa con cariño, acariciando luego mi hombro con la punta de su nariz.

—Nunca ha habido otra en mi cama, Lieve —me asegura y yo frunzo el ceño—. Nunca he traído a una chica a mi casa para...

Me sonrojo de inmediato.

—¿Nunca?

Él niega.

—No, nunca. Eres la primera.

Sus palabras me sorprenden y mi corazón se calienta, se hincha de un sentimiento que me asusta.

—¿Y por qué soy la primera? —Las palabras salen solas de mis labios, esperando hallar una respuesta que aclare todas mis dudas.

Se encoge de hombros y mira al techo.

—Mira, Lieve, antes de que aparecieras me gustaba quedar con chicas. Es lo normal, ¿no? —Es como si se lo estuviera preguntando a él mismo—. Pero nunca las traje aquí porque este es mi sitio seguro, mi refugio. Y siempre he tenido claro que la persona que estuviera conmigo aquí, la persona a la que le hiciera el amor en esta cama, tenía que ser especial. —Desvía la mirada de nuevo a mí—. Y tú lo eres, Lieve. Lo eres por muchas razones, pero la más importante es que te has colado en mi corazón de una manera inexplicable. Y no sé si eso es bueno o malo, si esto durará siempre, si será así de explosivo. —Se apoya en uno de sus brazos—. Lo único que tengo claro es que me gustas, Lieve. Que te quiero y lo demás me da igual. Me da igual el tiempo, la edad o la condición. Que lo único que me importa eres tú y si sientes lo mismo por mí.

¿Acaba de declararse, de decirme a la cara que me quiere y que le gusto? ¿Qué le da

igual todo? Estoy hiperventilando, el cerebro me ha hecho ¡PUF! y parece que lo nota porque se ríe por lo bajo.

—Creo que se te ha olvidado respirar —murmura y me da un toque en la nariz—. No tienes que decirme lo mismo, Lieve. Me conformo con saber que he hecho bien las cosas, que te he dado el momento que soñabas y te mereces.

Qué me merezco...

Nunca nadie me ha dicho algo así y por alguna razón me emociona. No tengo palabras para decirle porque me he quedado muda. Pero le sonrío y asiento. Ridícula es poco. ¿Cómo he podido perder la capacidad de expresarme? «Quizá porque nadie te ha dicho eso nunca, nadie (con la excepción de Nana) te ha dicho que te quiere», me dice mi subconsciente.

Blaze se levanta de la cama y busca a tientas la linterna. Se pone unos pantalones de pijama y se gira cuando llega a la puerta.

—Voy a hacer unos sándwiches antes de que se estropee el fiambre —me dice, tomando el pomo de la puerta—. Y creo que tengo galletas de chocolate para el postre. Espérame aquí, hoy vas a almorzar en la cama como las reinas —me guiña un ojo.

Blaze la abre y pretende salir. Pero cuando pone un pie en el pasillo, me levanto y me tapo el cuerpo con la manta.

—Blaze, espera —le digo. Se detiene y se da la vuelta con el ceño fruncido—. Yo... yo... yo también te quiero, aunque seas un vaquero idiota y narcisista.

Lo he dicho, lo he dicho y él me ha sonreído abiertamente.



CAPÍTULO 31

SAM CARTER

BLAZE

Paro frente a la casa de los Walker y me giro para observar a Lieve. Lleva una camiseta mía de cuando iba a la universidad que le llega por las rodillas y se ha hecho una coleta. Sus mejillas todavía están rosadas por el beso en el dorso de la mano, y hay una suavidad en su mirada que me hace sentir algo profundo y puro.

—Gracias por traerme, Blaze —dice Lieve en voz baja, jugando nerviosamente con los bordes de la camiseta. Sus ojos se encuentran con los míos, y veo en ellos una mezcla de gratitud y algo más, algo que no estoy seguro de poder descifrar en este momento.

—No tienes que agradecerme nada, Lieve. —Mi voz es suave, casi un susurro, como si temiera romper la magia de este momento.

Ella sonríe tímidamente y baja la mirada. El silencio entre nosotros no es incómodo. Pienso en las palabras de mi padre, en cómo el amor llega cuando menos lo esperas y lo devasta todo. ¿Es esto lo que está ocurriendo entre nosotros? ¿Esto que siento es a causa del amor?

Tomo una respiración profunda y me animo a romper el silencio.

—Lieve, sé que esto es nuevo y tal vez un poco confuso para ti. Y entiendo que quieras mantenerlo en secreto por un tiempo. —Le aprieto con suavidad la mano, buscando—. Pero quiero que sepas que estoy aquí para ti, sin importar lo que decidas.

Ella asiente con lentitud, con sus ojos brillando con una mezcla de emociones.

—Gracias, Blaze. —Su voz es un susurro suave, cargado de sinceridad—. Solo necesito un poco de tiempo para procesar todo esto.

—Lo entiendo. —Sonrío, tratando de transmitirle la tranquilidad que siento en mi corazón—. No hay prisa.

Y no la hay. Solo quiero que Lieve procese todo lo que siente, al igual que yo.

Lieve me devuelve la sonrisa, y por un momento, todo parece encajar en su lugar. Nos quedamos en silencio, disfrutando de la presencia del otro, hasta que finalmente, ella se inclina hacia mí y me da un suave beso en la mejilla.

—Buenas noches, Blaze.

—Buenas noches, Lieve. —Abre la puerta para irse, pero la agarro del antebrazo antes de que salga. La atraigo hacia mí, le doy un beso rápido y me separo de ella—. ¿Te gustaría venir a cenar conmigo el sábado?

Ella se sonroja.

—¿Es una cita? —pregunta ella.

Sonrío y me relamo los labios.

—Es una cita —respondo.

Ella se ríe por lo bajo y asiente.

—Está bien —acepta—, pero que nadie se entere.

La veo bajar del coche y caminar hacia la puerta de la casa de los Walker. Antes de entrar, se gira y me lanza una última mirada. Cuando finalmente cierra la puerta detrás de ella, me quedo sentado en el coche.

Miro las estrellas a través del parabrisas y me permito sonreír.

«¿Qué me has hecho, Lieve?»



Estoy en mi despacho, firmando unos papeles que me ha traído Joe para la recepción de la mercancía que estaba esperando. Lo invito a que se siente y le ofrezco un vaso de Whisky.

—No te preocupes, Jenkins —me dice mientras se sienta pesadamente en una de las sillas de cuero frente a mi escritorio—. ¿Han habido muchas bajas después del huracán?

Sé que con bajas se refiere a los clientes y a los posibles daños, pero, gracias al cielo, no ha habido ni una sola. Se debe en gran parte a la seguridad que hemos implementado en el rancho, incluyendo los cristales de seguridad contra huracanes y otros refuerzos que hemos hecho a lo largo de los años.

—Por suerte, no, Joe —respondo, deslizando los documentos firmados hacia él—. La seguridad que hemos implementado ha funcionado bien. Los cristales de seguridad contra huracanes han sido una inversión que ha valido la pena.

Joe asiente, tomando un sorbo del whisky que finalmente aceptó.

—Me alegra oír eso. Pero no puedo evitar preocuparme por esos incidentes que hemos tenido últimamente. ¿Crees que tiene que ver con alguien que quiera comprar las tierras?

Sacudo la cabeza, aunque en el fondo comparto sus preocupaciones. No quiero imaginarme eso, pero parece que es la única explicación lógica. Sino, ¿por qué nos querrían sabotear?

—No estoy seguro, Joe. Por eso he contratado a Sam Carter para que investigue. Necesitamos saber quién está detrás de todo esto y por qué.

Joe frunce el ceño, claramente incómodo.

—Sam Carter, ¿eh? No me cae especialmente bien, Blaze. Ese hombre tiene ideas muy retrógradas. Está en contra de los míos y no confío en alguien así.

—Lo sé, Joe, lo sé —le digo con un suspiro—. Sam es un hijo de puta, no hay duda. Pero también es bueno en su trabajo. Fue militar y sabe lo que hace. Espero que pronto descubra quién es el culpable para poder dejar de necesitar sus servicios.

Joe asiente, aunque sigue con la mandíbula tensa.

—Espero que tengas razón. La seguridad de todos aquí es lo más importante.

Justo cuando estoy a punto de responder, el teléfono en mi escritorio suena. Levanto el auricular y me sorprendo al escuchar la voz de Lieve al otro lado de la línea.

—Blaze, ¿puedes venir a recogerme a la escuela? —suena preocupada—. Alex no para de molestarme y no sé qué hacer. Y, por favor, no le digas a Joe que soy yo. Sé que está por allí

y no quiero que se preocupe.

Mi corazón se acelera al escuchar la angustia en su voz.

—Claro. Iré en cuanto pueda. No te preocupes.

Cuelgo el teléfono y me vuelvo hacia Joe.

—Lo siento, Joe. Tengo que ir a un lugar.

Joe asiente con comprensión.

—Ve, Blaze. Aquí nos encargamos del resto.

Salgo rápidamente del despacho, dejando a Joe con los papeles y el whisky. Subo a mi coche y enciendo el motor, pensando en Lieve y en cómo su voz temblaba por la preocupación. No permitiré que nadie la moleste, especialmente Alex.

Cuando llego, observo como Lieve sale de la escuela con unos cuantos libros en la mano. Lleva un precioso vestido veraniego de manga corta que le llega por las rodillas y unas sandalias. Se despidе de un grupo de niños, que la abrazan con cariño como si la conocieran de toda la vida y dirige su mirada a mí; que me encuentro esperándola, apoyado en la camioneta.

Miro a ambos lados de la calle y cruzo, llegando a la entrada de la escuela. Allí está Lieve, esperando con sus libros en la mano y una expresión de alivio al verme.

—Gracias por venir, Blaze —dice, con su sonrisa iluminando su rostro.

—No te preocupes, Lieve. Sabes que estoy aquí para que lo necesites. —Le cojo los libros y ella me lo agradece con una sonrisa.

Mientras caminamos hacia el coche, Lieve comienza a contarme lo que ha sucedido y no puedo evitar encenderme.

—Ha estado todo el día insistiendo, pidiéndome disculpas por lo que pasó el sábado. — Su voz suena cansada, como si estuviera agotada de lidiar con Alex—. Le dije claramente que somos solo compañeros de trabajo, pero no parece entenderlo.

Puedo sentir la tensión en su voz y veo cómo sus hombros están tensos. Me duele verla así.

—No te preocupes, Lieve. Me encargaré del asunto. —Le aseguro mientras le abro la puerta del coche y la ayudo a subir.

Subo al coche y arrancamos. El camino de regreso al rancho es tranquilo, con el sol de la tarde bañando los campos en una cálida luz dorada. Miro a Lieve de reojo, notando cómo su semblante se relaja poco a poco.

—Sabes, Blaze, a veces me pregunto si estoy haciendo lo correcto al seguir trabajando en la escuela. No quiero causarte problemas y estoy segura de que el Señor Adams volvería a contratarme. —Su voz es un susurro.

¡Y una mierda! No pienso dejar que por un imbécil Lieve pierda la oportunidad de trabajar de lo que ama.

—Lieve, tú no eres el problema. Alex es el que está comportándose de manera inapropiada, y no permitiré que te haga sentir incómoda. —Le aseguro.

Ella asiente, mirando por la ventana.

—Gracias, Blaze. De verdad.

Llegamos al rancho y aparco el coche. Salimos y me dirijo a la casa, todavía llevando sus libros. La acompaño hasta la puerta y nos detenemos un momento, disfrutando del silencio y la tranquilidad del lugar.

—Blaze, en serio, gracias por todo. No sé qué haría sin ti. —Su voz es suave y sincera.

Lieve se muerde el labio inferior y yo me apoyo en una de las vigas del porche. Sonrío como un niño pequeño.

—¿Y si me das un beso? —le pregunto con una sonrisa lobuna.

Lieve se sonroja y mira a todos lados. Me da un golpe con el codo en las costillas y yo me río a carcajadas.

—Blaze, por favor —me ruega, pero una sonrisilla cruza su rostro.

Le doy los libros y me acerco a su oído.

—Te espero hoy en el cobertizo, a las diez —susurro, haciendo que se entremezcla.

Lieve se relame los labios y asiente.

—Allí estaré.



Son las nueve y media cuando Carter se presenta en mi casa. Estoy preparándome para ver a Lieve y lo último que quiero es verlo. La brisa de la noche trae consigo el aroma del polvo y la hierba seca del rancho, mezclado con el peculiar olor del cuero envejecido de la silla de montar que aún cuelga en el porche. El sol comienza a hundirse en el horizonte.

Carter es un hombre alto y delgado, con un porte que no deja lugar a dudas sobre su experiencia militar, aunque intenta disimularlo con su sombrero de vaquero ligeramente inclinado y sus botas desgastadas. Sus ojos, fríos y calculadores, recorren cada rincón de mi propiedad como si ya la considerara suya. Sin embargo, lo más inquietante es la calma que emana de su presencia, una calma que se siente casi como una amenaza.

—Blaze —dice, con una voz tan suave como el terciopelo, pero tan peligrosa como una serpiente cascabel—. Buenas noches.

—Carter —respondo, sin siquiera intentar esconder mi desconfianza—. ¿Qué tienes para mí?

Él da un paso adelante, y su sombra se alarga hacia mí como si intentara atraparme. Por un momento, todo lo que se oye es el canto de los grillos y el lejano mugido de una vaca.

—Las cosas han cambiado —comienza, sacando un sobre del interior de su chaqueta—. Tengo un mensaje para ti.

Mis ojos se entrecierran mientras lo observo. No es el típico informe que esperaba. No hay listas de nombres, ni fotos borrosas, ni mapas detallados. Solo un sobre. Un simple y maldito sobre.

—¿Qué mensaje? —pregunto, intentando mantener la calma.

Carter sonríe, una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Tienes que vender las tierras, Blaze. Si no quieres problemas, claro.

El silencio que sigue a sus palabras es ensordecedor. El rancho, mi hogar, todo lo que he conocido y trabajado, ahora reducido a una simple transacción comercial. Siento cómo la ira comienza a hervir en mi interior, una mezcla de indignación y frustración.

—¿Vender las tierras? —Mi voz sale más baja de lo que esperaba, pero llena de veneno—. ¿A quién demonios crees que estás hablando, Carter?

Él no se inmuta, como si hubiera esperado esta reacción.

—Blaze, entiende que solo soy el mensajero. Hay gente muy poderosa interesada en tu rancho. Gente que no se detendrá ante nada y yo siempre estoy del lado de los ganadores.

Doy un paso hacia él, mis puños apretándose a mi lado. Lo sabía, sabía que querían mi rancho.

—Eres un sinvergüenza, Carter. Un maldito sinvergüenza. —Mi voz se eleva con cada palabra—. Has venido a mi casa, he confiado en ti y ahora tienes la desfachatez de traerme esta mierda.

Su sonrisa desaparece y su expresión se vuelve seria.

—Tienes una semana para pensarlo, Blaze. —Saca un cheque del sobre y me lo entrega—. Es una oferta generosa. Podrías empezar de nuevo en otro lugar.

Tomo el cheque, y sin pensarlo dos veces, lo rasgo en pedazos. Los trozos de papel caen al suelo como copos de nieve sucia.

—Lárgate de mi propiedad, Carter. Y dile a quien te haya enviado que no pienso vender ni un solo centímetro de esta tierra.

Carter da un paso atrás, con su mirada aún fija en mí.

—Blaze, esta es tu última oportunidad. Piensa bien en lo que estás haciendo.

—Ya he pensado suficiente —respondo con firmeza—. Y ahora, lárgate antes de que pierda la paciencia.

Él se gira lentamente y comienza a caminar hacia su coche, aparcado en la entrada. Justo antes de subirse, se vuelve hacia mí una vez más.

—Tendrás noticias mías y de mi cliente —dice, con una nota final de advertencia en su voz—. Haré de mediador entre ambas partes.

Lo observo mientras se aleja, con su coche levantando una nube de polvo que se disipa rápidamente en la brisa nocturna. Me quedo allí, inmóvil, contemplando las sombras que ahora parecen más amenazadoras que nunca. La luz del porche proyecta una débil luz sobre el terreno, pero no suficiente para disipar la oscuridad que siento creciendo en mi interior. Hasta que aparece ella, mi Lieve, y viene hacia mí.

Deben ser más de las diez y Lieve ha venido a buscarme. Pondría mi mano en el fuego a que ha sido así.

—Blaze, ¿qué ha pasado? Estás pálido —dice y busca mi mirada, pero la tengo fija en el coche que se aleja.

Una semana. Siete días para enfrentarme a esta nueva amenaza. Miro alrededor, el rancho que mi padre y mi madre han construido con tanto esfuerzo, cada cerca, cada corral, cada

árbol plantado con sus propias manos. No puedo permitir que todo esto caiga en manos equivocadas.

Entro en la casa con ella a mi lado, el suelo de madera cruje bajo mis botas. En la cocina, el viejo reloj de pared marca las diez y media. Me sirvo un vaso de whisky y me siento en la mesa, dejando que el alcohol quemé mi garganta y calme mis nervios. La carta de Carter sigue allí, sobre la mesa, intacta. Me resisto a abrirla, temiendo lo que pueda contener.

Lieve no ha hablado más, me hace compañía en silencio y respeta lo que necesite pensar. Por eso me gusta tanto Lieve.

La ira y la frustración no son suficientes para enfrentar a gente poderosa. Necesito un plan, aliados, alguien en quien confiar. La lucha no ha hecho más que empezar, y aunque las probabilidades no estén a mi favor, no pienso rendirme sin pelear.

Mañana temprano empezaré a buscar respuestas. Visitaré a los vecinos, hablaré con los viejos amigos de mi padre, buscaré cualquier pista que pueda llevarme al saboteador. No importa cuán oscuro se vuelva el camino, estoy dispuesto a recorrerlo hasta el final.

—Quieren las tierras, Lieve —le digo, después de un buen rato en silencio. Aprieto la mandíbula y siento como ella me abraza desde atrás—. Quieren las tierras.

El sonido de un coyote a lo lejos me saca de mis pensamientos. Cierro la puerta delantera con llave.

—No dejaré que destruyan esto—susurro, más para mí mismo que para cualquier otra cosa—. No mientras yo viva.

Lieve me aprieta con sus brazos y suelta un improperio.

—No vamos a dejar que se queden con ellas, Blaze.

Lieve se queda conmigo en casa y vemos una película en el salón. Me tiene abrazado y llega un momento en el que hace que me tumbe, poniendo mi cabeza en sus piernas. Me acaricia el cabello y no puedo evitar sonreír.

Me gusta eso, me gusta que se quede a mi lado cuando lo necesito sin pedir nada a cambio. Me mima con caricias y besos por todo el rostro con lo que dura la película. Y a las doce se va a casa porque tiene que madrugar para ir a la escuela. Nos despedimos con un beso que dura minutos y se va a casa en su camioneta.

La noche se hace más profunda y finalmente me acuesto, aunque sé que el sueño será difícil de alcanzar. Mis pensamientos vuelven una y otra vez a Carter y a la amenaza que representa. Pero también a la promesa que he hecho, a mí mismo y a mis padres.

El rancho es más que tierra. Es un legado. Y aunque el futuro parece incierto, estoy decidido a protegerlo con todo lo que tengo.

La batalla ha comenzado, y no pienso perderla me cueste lo que me cueste.



CAPÍTULO 32

PRIMERA CITA

LIEVE

Sé que Blaze lleva una semana con un humor de perros y comprendo la razón. El tema del comprador lo está desquiciando, sobre todo porque no sabe quién es. Por eso quiero que hoy tenga una cita increíble y que todo salga bien. Me he esmerado mucho en prepararlo todo y espero que le guste, aunque para ello haya tenido que colarme en la casa del lago y hacer la cena.

Llevo metida en la cocina desde las doce de la tarde, desde que Blaze me dijo que tenía una reunión con el sheriff Wayne para darle todas las novedades sobre el *caso rancho*, que es cómo lo habíamos llamado. Conforme he colgado el teléfono, me he despedido de Nana y he ido al supermercado a comprar lo que necesitaba para hacerlo todo yo. No es que sea una cocinillas, pero creo que me ha salido bastante decente.

Colarme en la casa del lago ha sido relativamente fácil, sobre todo porque Blaze guarda la llave en un sitio que no tuvo pudor en decirme. Y sé que está mal y que me puedo llevar un buen perdigonazo en el trasero si me pillan, pero quería hacer algo especial para él.

Me plancho la falda del vestido y me miro al espejo. Me he dejado el pelo suelto y me he puesto unas sandalias cómodas para nuestra primera cita. Me abrocho el collar con el caballo y

termino de completar mi atuendo con un poco de brillo en los labios.

—¿Es que tienes una cita? —inquire Tanisha desde la puerta de mi habitación.

No le he dicho a nadie que estoy conociendo a Blaze. Pero no como amigo, sino como algo más. Sin embargo, Tanisha es muy lista y se ha dado cuenta de que he puesto más esmero en vestirme que otras veces.

—¿Tanto se nota? —respondo a modo de pregunta.

Me muevo nerviosa por la habitación en busca de mi bolso y lo encuentro en el perchero. Ella, a la que le brillan los ojos con emoción, me lo pasa y da una vuelta a mi alrededor.

—Vas muy bien —murmura—. Me alegro mucho que tengas una cita. ¿Es con ese chico que trabaja contigo en la escuela, el hijo de Carter?

No me atrevo a decirle que es con Blaze, no quiero desestabilizar la paz que hay en casa. Así que opto por encogerme de hombros de manera casual y ella levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, lo he pillado —musita y me señala—. Pero yo de ti me bajaría un poco más el escote.

Desvío la mirada hacia allí y me sonrojo. ¿Bajarme el escote para que el valle de mis senos se viera más pronunciado? No me parece mala idea, así que lo hago y ella aplaude.

—Eso es —exclama.

Últimamente, Tanisha ha estado mucho más amable e, incluso, he notado un cambio en ella muy grande y no solo a nivel psicológico, sino también físico. Ahora se pone más vestidos, ayuda en las tareas del rancho y de casa, no llega tarde cuando sale e, incluso, se ha buscado un trabajo en el centro. Ah, y se ha alisado el pelo. La verdad es que su actitud conmigo ha mejorado hasta el punto de poder tomarnos un helado en el porche mientras hablamos.

—Creo que así vas a impresionar mucho más a Alex —me coge de los hombros y los aprieta. Me guiña un ojo—. El roce hace el cariño y sé que va detrás de ti. Aprovéchalo, no me parece un mal tío.

No, que va. Alex es un gilipollas que se emborracha con facilidad. Vamos, el novio perfecto que siempre he deseado. Si solo supiera un poco... pero todavía es muy pronto para decir nada. Blaze y yo nos hemos acostado y ha sido una experiencia maravillosa. Me enciende como nadie, hace que saque una parte de mí que no conocía. Y me gusta, el muy capullo se ha colado en mi corazón y no sé cómo sacarlo de ahí. O no quiero.

—¿Tú crees que esto le puede gustar? —No menciono a quién, pero Tanisha cree que es

el hijo de Carter.

—Yo creo que sí —murmura—. Mamá me ha dicho que puedes llegar a la hora que quieras.

Asiento.

Joe y Nana se han ido a cenar con unos amigos porque es su cumpleaños y sé que van a llegar incluso más tarde que yo. Y solo por hoy les voy a hacer caso, no voy a mirar la hora. Solo voy a disfrutar.

Salgo con la camioneta y me dirijo hacia el despacho de Blaze, que está en la planta inferior del hotel del rancho. Saludo a los clientes que están allí y a varios trabajadores que conozco. Me dirijo, entonces, por el pasillo hacia la puerta y la repiqueteo con los nudillos. No obstante, lo que escucho es a Blaze cabreado hablando con alguien por teléfono. Parece estar exaltado, cabreado. Tomo el pomo de la puerta y la abro un poco. Está de pie, con el teléfono en la mano y yendo de un lado para otro mientras le dice al oyente de la otra línea que busque a quien sea que quiere comprar las tierras. Trago saliva con dureza al verlo así y me asomo un poco más para que me vea. Cuelga con fuerza y maldice. Se deja caer en la silla giratoria y se tapa la cara con las manos. Todavía no me ha visto, está tan enfadado que ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy ahí.

—Blaze —lo llamo con suavidad y él levanta la vista de la mesa.

—Lieve —murmura, su rostro cambia de expresión a una menos dura—, ¿qué haces aquí? ¿No hemos quedado en vernos en el centro para ir a cenar? ¿Qué hora es?

Me río por lo bajo y cierro la puerta detrás de mí. Camino hacia él y me siento en sus piernas como si fuera una niña pequeña. Le acaricio el rostro, el cuello, los hombros... y él me coge la cara con las dos manos y funde sus labios con los míos en un beso que hace que me salten millones de fuegos artificiales en el estómago.

Es un beso de necesidad, de urgencia, como si lo único que necesitara para olvidarlo todo es esto. Le rodeo el cuello con los brazos y enredo mis dedos con su cabello para acercarlo más a mí. Con la respiración agitada, los dos nos separamos y él pega la frente a la mía.

—Tengo una sorpresa —susurro—. ¿Vamos?



—Se supone que era yo quien te tenía que sorprender, Lieve —balbucea cuando salimos al jardín y ve la mesa preparada.

Enciendo unas velas y las dejo sobre el mantel. Abro la botella de vino y le sirvo una copa. Cuando me acerco, Blaze me toma de la cintura y me acerca a él para volver a besarme. Y lo hace, pero por poco tiempo.

—Nadie dijo que una primera cita no la pudiera preparar una chica —bromeo y él coge la copa y le da un sorbo.

Por normativa, cuando un chico te pide salir es él quién se encarga de todo. Pero ¿quién soy yo sino para ser la excepción a la regla? Además, Blaze lo lleva pasando mal un tiempo y me ha apetecido hacerle algo especial.

—Eres demasiado buena —dice y vuelve a pegarme a su cuerpo—. Pero no buena de ser una niña bien, Lieve. Entendí hace un tiempo que odias que te digan eso.

Es verdad, desde nuestro primer beso pasó de llamarme niña buena a muñeca. Blaze clava su mirada verde en mí y la desvía al collar. O al escote, que también es muy probable.

—¿Entonces a qué te refieres? —inquiero con curiosidad.

—Me refiero a que eres demasiado buena para mí. Llevo toda la semana con un humor insoportable y tú has estado ahí. ¿Sabes la poca gente que es capaz de aguantarme en esas condiciones?

Me relamo los labios y hago que se siente en la silla de madera con un empujón. El jardín trasero es muy amplio y llega hasta el lago. Me gusta este lugar porque se respira tranquilidad por todos lados. Además, las velas, la luz de la luna y las estrellas, el sonido de los grillos y algún que otro relincho de Shadow lo hacen un sitio muy especial. Vuelvo a sentarme en sus piernas y él comienza a acariciar mi pierna hasta la parte interna del muslo.

Los dos sabemos perfectamente cómo vamos a acabar, se siente en el aire una tensión sexual que se puede cortar con un cuchillo. La sombra oscura que cubre su iris me lo confirma. Está famélico, con un deseo casi ilógico de que me levante, me quite el vestido y lo monte en este preciso momento. Y yo lo haría, me desprendería de toda prenda y dejaría que nuestros cuerpos se fundieran en uno solo.

—Blaze, a las personas hay que quererlas con lo bueno y con lo malo. —Mi voz es apenas un susurro—. Y yo te quiero no solo con tus cosas buenas, sino también con las malas.

Su mano para justo en el límite en el que el vestido está arremolinado. Me mira y sonrío.

—Y si eso significa aguantar tu humor de perros cuando te enfadas, pues lo hago e

intento ayudarte a que se te pase —finalizo.

—¿Y cómo vas a ayudarme a qué se me pase? —pregunta con picardía.

Su mano se desliza por debajo del vestido para hacer contacto con mi parte íntima, cubierta por mis braguitas ya húmedas por sus caricias.

Es inaguantable.

El deseo me quema por dentro y la locura me inhibe la parte racional de mi cerebro que me pide que cene algo antes. Pero así es esto, así es el... el... ¿el amor? ¿Es eso lo que siento por Blaze Jenkins?

Me levanto de sus piernas y doy dos pasos hacia atrás. Bajo su atenta mirada, nublada por la lujuria, me bajo la cremallera del vestido y las mangas caen hasta mis hombros. Se desliza por mi cuerpo hasta dejarme solo mi ropa interior y con los senos al aire.

Me acerco a él y lo beso con pasión, metiendo mi lengua en su boca y mordiéndole el labio inferior.

—Hace unos días, soñé que me hacías el amor sobre la hierba y con solo el collar que me regalaste —le confieso, irguiéndome para quitarme la última prenda que me queda en el cuerpo. Su respiración se ha acelerado y traga saliva cuando ve que me he depilado mi parte íntima—. ¿Por qué no lo haces realidad?

Tiene un bulto bajo los pantalones. Me sigue con la mirada mientras me zambullo en el lago y él se quita la ropa. Necesito que el agua fría me devuelva la conciencia que he perdido, pero parece imposible, sobre todo cuando Blaze se desnuda y deja su miembro al descubierto.

Se mete en el lago y viene hacia mí. Me atrapa y me envuelve entre sus brazos para besarme, para darme placer con sus dedos bajo el agua. Me tiene con la espalda contra su pecho, retira mi pelo hacia un lado y me muerde la zona entre el hombro y el cuello de tal manera que me hace gritar... pero de placer. El agua nos cubre hasta un poco más abajo de los hombros y aprovecha eso para agarrar uno de mis senos con fuerza, con anhelo, y jugar con mi pezón hasta torturarme. Su pulgar hace círculos en esa zona de entre los muslos que tanto me gusta y su miembro está duro contra mi espalda baja. Se acerca a mi oído y muerde el lóbulo de la oreja.

Por el rabillo del ojo me parece ver una luz, pero lo achaco a que hay luciérnagas y que debe venir de ellas.

—No pienso ser gentil, Lieve, hoy voy a hacerte el amor duro, hasta que grites mi nombre y no puedas más.

Lo miro por encima de mi hombro y me agarro a lo primero que pillo, que es el brazo.

Arqueo la espalda y le hincó las uñas.

—Nadie te ha pedido que lo seas.

Y ese es el pistoletazo de salida para que Blaze me haga el amor como nunca antes, con un deseo animal que me enloquece, que me hace gritar y desvanecer con cada orgasmo que me da.



Sus dedos están acariciando mi espalda. No sé en qué momento llegamos a la habitación del lago, pero aquí estamos los dos; con las piernas enredadas las unas con las otras y exhaustos. No sé siquiera la hora que es, pero me da igual.

Estamos boca abajo en la cama, mirándonos sin decir absolutamente nada, solo con una sonrisa estúpida en la cara.

—Oye, Lieve, mi familia va a venir el cuatro de julio a celebrar aquí el día de la independencia y me gustaría saber si quieres pasarlo con nosotros —me pregunta entre susurros.

Parpadeo, ojiplática.

—¿Me estás preguntando si quiero conocer a tu familia la semana que viene? —inquiero.

Y él asiente.

—Sí, me encantaría que pudieras conocerlos —responde y sus caricias paran. Suelta un suspiro que me hace fruncir el ceño—. Bueno, da igual. Sé que conocer a mi familia sería ir más rápido de lo que dijimos y...

No sé que se me pasa por la cabeza, pero me río entre dientes. Quizá es por estar extasiada y con el cebrero y el cuerpo hecho mantequilla, pero me apetece mucho.

—A mí me encantaría —murmuro y Blaze abre los ojos como platos, quizá tan sorprendido como yo de mi respuesta.

—¿Me lo estás diciendo de verdad? —Asiento él sonríe como un niño pequeño. Se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla—. Gracias, Lieve. Para mí es muy importante que lo hagas.

—¿Es cómo una prueba de fuego? —le pregunto con curiosidad.

Blaze se carcajea y asiente.

—Es una prueba de fuego, muñeca. —Me da un toque en la nariz y yo hago una mueca—. Haremos una cosa —me propone—. Si pasas la prueba de fuego, te regalo un cachorro.

Elevo una ceja en su dirección.

—¿Y si no la paso y tu familia no me acepta, qué?

Ladea la cabeza y me mira con seriedad.

—Pues los mando a la mierda y me caso contigo —responde, seguro de sí mismo.

Me echo a reír.

—¡Blaze, eso es una locura! —exclamo entre risas—. Casarnos... si apenas nos conocemos.

—Tómatelo como quieras, pero tarde o temprano me pienso casar contigo —sonríe, como si estuviera realmente convencido de sus palabras—. Mis padres se casaron al año de conocerse y ya llevan como treinta y pico años juntos. Además, qué cojones, eres la mujer de mi vida.

Blaze me toma de la cintura y me pone encima de él mientras me río. Apoyo mis manos en su pecho y lo miro con cariño.

—Estás loco. —Lo está, es una realidad.

—Por ti, Lieve.



CAPÍTULO 33

SOSPECHAS

LIEVE

Solo estamos Nana y yo en la cocina. La cafetera hace un ruido horrendo y ella se levanta para poner dos tazas hasta arriba. Cojo un donut casero y le pego un mordisco. ¡Qué bueno que está! Se sienta frente a mí y trago. Nana se queda mirándome con una sonrisa que le llega a los ojos, con un brillo indescriptible en ellos. Y es cuándo me pregunto qué demonios pasa.

—Me estás asustando un poco, Nana. ¿Tengo algo en la cara? ¿Un grano?

Me he mirado al espejo esta mañana y no he visto nada raro, así que no entiendo a qué viene esa miradita. Ella se ríe y le pega un sorbo al café. Se apoya en el respaldo de la silla y se moja los labios.

—¿Qué te traes con Blaze? —Directa, sin titubear ni en una sola palabra.

Me atraganto con el café y toso innumerables veces hasta que consigo respirar con normalidad.

—¿A mí? Nada —exclamo, limpiándose la boca con una servilleta.

—¿Cómo que no? —se cruza de brazos y clava su oscura mirada en mí—. A mí no me engañas, señorita. Lleváis un tiempo lanzándose miraditas cómplices. Y el otro día te pillé escapándote por la ventana de tu habitación para ir al cobertizo.

Nana se queda mirándome como si ya supiera la verdad y solo esperara a que yo la confirmara. Mi corazón late desbocado, como si quisiera salirse de mi pecho, y siento un nudo en el estómago. No puedo seguir ocultando esto, especialmente no a Nana, que siempre ha sido como una madre para mí.

—Está bien, te lo confieso —digo finalmente, sintiendo una mezcla de alivio y miedo—. Sí, he estado con Blaze. Pero no es lo que piensas...

—¿Ah, no? —Nana se inclina hacia adelante, con sus ojos brillando con curiosidad—. Cuéntame, ¿qué es entonces?

Me cuesta encontrar las palabras. ¿Cómo explicarle lo que siento? ¿Cómo poner en palabras ese torbellino de emociones que Blaze despierta en mí? Finalmente, suspiro y miro a Nana a los ojos.

—Blaze es... diferente. Es amable y cariñoso, y me hace sentir especial. No sé cómo explicarlo, pero cuando estoy con él, todo parece más fácil, más perfecto, como si tuviera la oportunidad de tener la perfecta historia de amor.

Nana asiente, su expresión se suaviza. Sus ojos, que siempre han sido tan expresivos, ahora muestran comprensión y ternura.

—Eso suena maravilloso, cielo. Blaze es un buen hombre. Siempre lo he dicho, y me alegra ver que has encontrado a alguien que te hace feliz. Pero hay algo que quiero que recuerdes, Lieve.

Me mira con seriedad, y sé que lo que va a decir es importante.

—No debes sentirte obligada a hacer nada que no quieras. Una relación debe basarse en el respeto mutuo y en la libertad de ser uno mismo. Si en algún momento sientes que algo no está bien, habla. No te guardes nada, ¿de acuerdo?

Siento mis mejillas arder y aparto la mirada, incapaz de mantener la suya. Sus palabras me llegan al corazón y me hacen sentir vergüenza. ¿Cómo le digo a Nana lo que ya ha pasado entre Blaze y yo?

—Nana... —mi voz es apenas un susurro—. Ya hemos... ya he hecho el amor con Blaze. Siento si te he decepcionado.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor. Miro a Nana, esperando ver

decepción o enojo en sus ojos, pero en lugar de eso, veo sorpresa, seguida rápidamente por una sonrisa.

—Oh, Lieve —dice, con una risa suave—. No, no me has decepcionado en absoluto. Lo único que me importa es que seas feliz y que te cuides. ¿Te has protegido, verdad?

Asiento, sintiendo una oleada de alivio. Nana siempre ha sido así, directa pero amorosa, y aunque temía su reacción, saber que no me juzga me da una paz indescriptible.

—Sí, Nana. Hemos sido cuidadosos. Blaze es muy responsable en ese sentido.

—Me alegra escucharlo. —Nana toma un sorbo de su café y luego se inclina hacia adelante, con una mirada más seria—. Quiero que recuerdes algo, Lieve. El amor es hermoso, pero también es complicado. Habrá momentos difíciles, y necesitarás ser fuerte y honesta, no solo con Blaze, sino contigo misma.

Sus palabras resuenan en mi mente y me doy cuenta de cuánta sabiduría hay en ellas. El amor no es solo mariposas en el estómago y miradas cómplices; también es trabajo y compromiso.

—Lo sé, Nana. Y prometo que seré honesta. —Le sonrío—. Me gustaría que nadie supiera esto. Nos estamos conociendo y queremos ver a dónde llega. No es nada serio... todavía.

—¿Todavía? —inquire ella.

Asiento y le doy vueltas a la taza.

—Blaze me ha invitado a pasar el cuatro de julio con él y su familia. Y le he dicho que sí.

Nana suelta un grito de emoción.

—¡Por favor, qué mi niña se vuelve grande! —exclama, llevándose la mano al pecho—. Cielo, te guardaré el secreto hasta que ambos decidáis contarlo.

Nana me devuelve la sonrisa y se levanta, caminando alrededor de la mesa para darme un abrazo. Su calidez me envuelve y, por un momento, me siento como una niña otra vez.

—Te quiero mucho, Lieve. Y siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase.

—Yo también te quiero, Nana. —Mi voz se quiebra un poco, pero logro mantener las lágrimas a raya.

Nos quedamos así, abrazadas, hasta que la cafetera hace otro ruido, recordándonos que nuestro café está enfriándose. Nana se ríe y se separa de mí, volviendo a su silla.

—Bueno, ahora que todo está claro, ¿por qué no me cuentas más sobre Blaze? Quiero

saber todo lo que esconde ese idiota.

Río y empiezo a hablar, contándole a Nana todo: nuestras primeras citas y los pequeños gestos que hacen que me enamore más de él cada día. Mientras hablo, siento que un peso se levanta de mis hombros. Compartir esto con ella me hace darme cuenta de que no estoy sola. Que puedo contar con ella para lo que sea.

La conversación fluye y Nana me interrumpe de vez en cuando con preguntas o comentarios que me hacen reír.

—Lieve, ¿te has dado cuenta de que estás sonriendo todo el tiempo cuando hablas de Blaze? —dice Nana, con una sonrisa pícar.

Me sonrojo de nuevo y bajo la mirada, pero no puedo evitar reírme.

—Supongo que no puedo ocultarlo, ¿verdad?

—No, querida. Y eso es algo hermoso. Nunca dejes que nadie apague esa luz en ti. — Nana toma mi mano y la aprieta suavemente—. El amor es un regalo, y debes cuidarlo. Pero recuerda, también debes cuidarte a ti misma.

Sus palabras se graban en mi corazón y sé que las llevaré conmigo siempre. La vida puede ser impredecible, pero con el amor y el apoyo de aquellos que me importan, sé que puedo enfrentar cualquier cosa.

—Gracias, Nana. Por todo. —Le doy otro abrazo antes de salir de la cocina.

—Siempre, Lieve. Siempre estaré aquí para ti.

Salgo de la cocina con una sonrisa en el rostro y me meto en la camioneta para ir a la escuela. Pongo la radio y tarareo *One* de *U2* mientras conduzco hacia la escuela.



Al llegar a la escuela, el bullicio matutino de los estudiantes me recibe. Los niños corren de un lado a otro, algunos despidiéndose de sus padres y otros charlando animadamente con sus amigos. La escuela de verano para refuerzo está siendo todo un éxito.

Aparco la camioneta en mi lugar habitual y recojo mis cosas antes de dirigirme hacia el edificio principal. Al cruzar el patio, saludo a varios colegas y alumnos.

Justo cuando estoy a punto de entrar al edificio, veo a Alex y a su padre, Sam Carter, de pie junto a la entrada. Alex me mira de soslayo cuando paso por su lado y, como si no hubiera

pasado nada, me saluda.

—Buenos días, Lieve —saluda Alex, sonriendo de manera cortés.

—Buenos días, Alex. Buenos días, señor Carter —respondo, tratando de mantener un tono profesional porque lo que me apetece decirle es que se vaya a la mierda.

Sam asiente brevemente y se vuelve hacia su hijo, murmurándole algo que no logro captar. Sigo mi camino hacia la sala de profesores, intentando dejar de lado cualquier preocupación que pudiera surgir. Al llegar, decido que necesito un momento para mí antes de que comience el ajetreo del día. Me dirijo al baño de la sala de profesores, esperando encontrar unos minutos de paz. Es un ritual para mantener los nervios a raya.

Justo cuando estoy a punto de entrar, escucho voces que provienen del otro lado de la puerta. Reconozco las voces de Sam y Alex. Me detengo cuando el nombre de Blaze aparece en la conversación, mi curiosidad despierta, y me acerco con cautela, tratando de escuchar sin ser vista.

—Tenemos que actuar rápido, Alex —dice Sam, con su voz baja pero cargada de urgencia—. Blaze ha rechazado la oferta y no podemos permitirnos que esas tierras se queden fuera de nuestro control. Quiero mi porcentaje.

Mi corazón se acelera al escuchar el nombre de Blaze. Sabía que Carter se había vendido por algo y se trata de un porcentaje si consigue que Blaze venda sus tierras.

—Lo sé, padre —responde Alex—. He hablado con el pelirrojo y estamos planeando encontrarnos con él el jueves bajo el puente de Main Street. Vamos a intercambiar la mercancía y eso debería ser suficiente para que Blaze ceda sus tierras al comprador.

Siento un nudo en el estómago y una sensación de pánico comienza a apoderarse de mí. ¿Qué están planeando? ¿Qué mercancía van a intercambiar? ¿Y cómo piensan obligar a Blaze a ceder sus tierras?

Me echo la mano a la boca, intentando contener el sonido de mi respiración agitada. Necesito salir de aquí antes de que me descubran. Me alejo lentamente, tratando de no hacer ruido, y me dirijo a mi clase. Mis pensamientos están desbocados, tratando de procesar lo que acabo de escuchar. Blaze está en peligro, y debo advertirle lo antes posible.

Al entrar en el aula, trato de calmarme y centrarme en mis alumnos. Los niños ya están sentados en sus pupitres, charlando y riendo entre ellos. Cuando me ven, se callan y me miran expectantes.

—¡Buenos días, clase! —saludo, forzando una sonrisa para ocultar mi preocupación.

—¡Buenos días, señorita Lieve! —responden al unísono, con entusiasmo.

Camino hacia mi escritorio, tratando de adoptar una actitud relajada porque los niños lo captan todo. Los miro. Tienen sus caritas llenas de energía y curiosidad, y me doy cuenta de que no puedo permitir que mi preocupación los afecte. Tienen derecho a un día normal de clases, sin saber nada de los problemas de los adultos.

—Hoy vamos a empezar con un ejercicio de escritura creativa —digo, intentando que mi voz suene alegre—. Quiero que uséis vuestra imaginación y escribáis una historia sobre un lugar mágico que queréis visitar durante las vacaciones en agosto. ¿Quién tiene una idea?

Las manos se alzan y, mientras comienzo a escuchar sus ideas, trato de concentrarme en ellos y no en el miedo que sigue resonando en mi mente. Pero a pesar de mis esfuerzos, no puedo dejar de pensar en lo que escuché. Debo hablar con Blaze lo antes posible y advertirle del peligro que se avecina.

Mientras los niños escriben, me acerco a la ventana y miro hacia el exterior. La vida puede ser impredecible, pero sé que puedo enfrentar cualquier cosa. Las palabras de Nana vuelven a mi mente, dándome la fuerza que necesito.

Terminada la clase, decido aprovechar el recreo para llamar a Blaze. Salgo al patio, buscando un lugar tranquilo donde pueda hacer la llamada sin que nadie me escuche. Mis manos tiemblan ligeramente cuando meto las monedas en la cabina y marco su número.

—Hola, Blaze —digo cuando él responde—. Necesito hablar contigo. Es importante.

—¿Lieve? ¿Qué sucede? —Su voz suena preocupada.

—No puedo hablar ahora. ¿Podemos vernos esta tarde? Es urgente.

—Por supuesto. Nos vemos en el rancho a las cinco.

Cuelgo y respiro hondo. No sé cómo reaccionará Blaze a lo que tengo que decirle, pero sé que debo hacerlo. Su seguridad y la de su rancho están en juego, y no puedo permitir que nada les pase.

Regreso a mi aula justo cuando los niños están volviendo del recreo. Los saludo con una sonrisa. Mientras continúo con las lecciones, una determinación firme se asienta en mi corazón. Blaze necesita saber la verdad, y yo estaré allí para él, sin importar lo que venga.



CAPÍTULO 34

4 DE JULIO

BLAZE

Lieve sale de su camioneta corriendo y me abraza, le tiembla el cuerpo ligeramente. La envuelvo con mis brazos, sintiendo cómo su calor y su cercanía me calman. La sostengo con fuerza, preocupado por el miedo que veo reflejado en sus ojos.

—Blaze, tenemos que hablar —dice, con su voz apenas un susurro, cargada de urgencia.

La miro a los ojos y asiento.

—Vamos, ven conmigo —le digo, tomándola de la mano y llevándola hacia los campos de lavanda que se extienden más allá del rancho.

Caminamos juntos por el sendero de tierra, rodeados por el aroma embriagador de las flores de lavanda en plena floración. El sol de la tarde ilumina el paisaje, creando un mar de tonos púrpuras que ondean suavemente con la brisa. Las abejas zumban de flor en flor y el cielo, de un azul cristalino, parece no tener fin.

Nos detenemos en un pequeño claro rodeado de lavanda, donde el aroma es más intenso y el sonido de la brisa es casi musical. Miro a Lieve y veo la preocupación en sus ojos.

—Dime, ¿qué ha pasado? —le pregunto.

Lieve toma una profunda respiración antes de empezar a hablar.

—Hoy, en la escuela, escuché una conversación entre Alex y su padre, Sam Carter. Estaban hablando de ti y del rancho. Blaze, planean algo terrible.

La preocupación en su voz es palpable, y siento un nudo formarse en mi estómago.

—¿Qué dijeron? —pregunto, apretando la mandíbula.

—Sam le dijo a Alex que contactara con "el pelirrojo" porque has rechazado su oferta. Alex le respondió que se encontraría con él bajo el puente de Main Street el jueves para intercambiar mercancía y así obligarte a ceder tus tierras al comprador.

Maldigo por lo bajo. Estos bastardos están tramando algo grande, algo que podría poner en peligro no solo mi rancho, sino también a Lieve y a todos los que amo.

—Lieve, escúchame —digo, tomando sus manos entre las mías—. No dejaré que se salgan con la suya.

Ella me mira con ojos llenos de preocupación. Sabe que haré todo lo posible para protegernos.

—Voy a avisar al sheriff Wayne —continúo—. Interceptaremos esa mercancía y pondremos fin a esto antes de que vaya más lejos. No te preocupes. No estamos solos.

Siento la tensión en su cuerpo disminuir ligeramente mientras hablo, y me doy cuenta de lo mucho que confía en mí. Tomo una profunda respiración, tratando de calmar mis propios nervios.

—Blaze... —su voz es suave, temblorosa—. Tengo miedo.

La atraigo hacia mí, envolviéndola en un abrazo.

—Lo sé, pequeña, pero no voy a dejar que esos hijos de puta se salgan con la suya.

Nos quedamos así, abrazados en medio del campo de lavanda.

Finalmente, me separo un poco y la miro a los ojos, con mis manos descansando en su cintura.

—Mañana es el cuatro de julio —digo, tratando de darle algo en qué pensar además de la inminente amenaza—. Pasaré a recogerte para que vengas a comer con mi familia. Ya están en la casa del lago, preparando todo.

Una sonrisa tímida aparece en sus labios, y aunque sé que aún está preocupada, también veo un destello de esperanza en sus ojos.

—¿Crees que les caeré bien?

Inclino la cabeza y la beso suavemente, sintiendo sus labios temblar contra los míos. Cuando nos separamos, la miro con seriedad.

—Todo va a estar bien. Te lo prometo.



El primer rayo de sol se cuela por la ventana, iluminando tenuemente la habitación. El sonido de risas y pasos apresurados me saca del sueño. Antes de que pueda abrir los ojos, siento el peso de varios cuerpos pequeños saltando sobre mi cama.

—¡Tío Blaze, despierta! —grita Evan, el mayor de mis sobrinos, mientras Emma, Katherine y Madison se unen al coro.

Sonrío, aún con los ojos cerrados, disfrutando del momento. Estos pequeños son la luz de mi vida. Finalmente, me rindo y los abro, encontrándome con cuatro pares de ojos brillantes.

—¡Buenos días, monstruos! —digo, fingiendo una voz gruñona—. ¿Qué hora es?

—¡Es hora de levantarse! —responde Emma, con una risita—. La abuela ha hecho el desayuno y está todo listo para cuando venga tu novia.

Me siento en la cama, estirándome. Anoche llegué tarde y me fui directamente a la cama sin contarles a mis padres lo ocurrido. Quiero resolver el problema yo mismo antes de preocupar a la familia. Me levanto y llevo a los niños fuera de la habitación, bromeando y haciéndolos reír mientras me visto rápidamente.

Bajo al comedor, donde el bullicio de mi familia llena el aire. Todos están allí, mis hermanos y sobrinos ya sentados alrededor de la mesa, disfrutando del festín que mi madre, Abigail, ha preparado. La comida cubre la mesa: huevos revueltos, tocino crujiente, salchichas, tostadas, panqueques y frutas frescas. Es un banquete digno de un regimiento, como siempre. Pero, claro, siendo veintitrés en casa es lo mínimo que se puede hacer.

—¡Blaze, por fin! —exclama Andrew, el mayor de los siete hermanos, levantando una taza de café en señal de saludo—. Pensábamos que ibas a dormir todo el día.

Sonrío y tomo asiento, sirviéndome un poco de café.

—Buenos días a todos.

—¡Buenos días! —responden todos en coro, con diferentes tonos y niveles de entusiasmo.

Mamá se acerca y me da un beso en la frente. Summer, qué es la más peleona, me lanza un trozo de panqueque que cojo al vuelo.

—Blaze, cariño, me alegra verte bien descansado. ¿Te has quedado trabajando hasta tarde?

—Algo así, mamá. Pero estoy bien. —Le sonrío.

Andrew, nunca perdiendo la oportunidad de bromear, se inclina hacia adelante.

—Entonces, Blaze, ¿cuándo vamos a conocer a Lieve? Tenemos ya ganas de conocer a la chica.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Pronto, Andrew. Voy a buscarla a las diez.

Taylor, la segunda de los hermanos, se une con una sonrisa divertida.

—Oh, entonces hoy es el gran día. ¡Finalmente conoceremos a la misteriosa Lieve! Que ganas tengo de ver a la chica que ha conquistado el corazón de mi hermanito —me revuelve el pelo como cuando éramos pequeños.

Summer, la sexta, quien siempre ha sido la más curiosa de todos, se acerca un poco más a la mesa, interesada en el tema.

—Espero que le guste el caos de esta familia. ¿Crees que está preparada? —Se mete un trozo de tocino a la boca y mastica.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Confío en que podrá manejarlo. Es increíble, y estoy seguro de que os encantará.

Andrew, sin perder el ritmo, añade con un tono más serio, aunque todavía juguetea.

—Ya sabes, Blaze, que si quiere formar parte de esta familia, tendrá que pasar por mi aprobación.

Lo miro fijamente, mi sonrisa se desvanece un poco.

—Sabes, Andrew, me importa una mierda tu aprobación. Lieve es una persona maravillosa, y no necesito tu bendición para saber qué es la adecuada para mí.

La tensión en la sala aumenta y papá, el patriarca de la familia, interviene con voz firme porque sabe que si comenzamos a discutir esto se va a transformar en un campo de batalla.

—Basta ya, chicos. No es el momento de discutir y cómo os vea hacerlo, os arreo a todos con las espuelas del caballo.

Tomo un sorbo de café, intentando calmarme. Siempre ha sido un tema delicado con Andrew, quien tiende a tomar el rol de protector demasiado en serio.

—Tienes razón, papá —digo finalmente, mirando a mi padre—. Lo siento, Andrew. Solo estoy un poco nervioso.

Andrew sonríe, levantando su taza de café.

—Lo entiendo, Blaze. Pero recuerda, solo quiero lo mejor para ti.

Asiento, aceptando el gesto de reconciliación a pesar de su tudez. Sé que Andrew solo quiere lo mejor para mí, aunque a veces su forma de demostrarlo sea un poco intensa.

Después del desayuno, me levanto y me despido de todos, explicando que tengo que ir a buscar a Lieve. Mamá me detiene antes de que salga, dándome un beso en la mejilla.

—Buena suerte, cariño. Estoy deseando conocerla. Y no le hagas caso a tu hermano.

Le sonrío y asiento.

—Gracias, mamá. Estoy seguro de que te encantará.

Salgo de la casa y me dirijo a mi camioneta. La preocupación por lo que había escuchado de Alex y Sam Carter aún persiste, pero ahora mismo, mi prioridad es Lieve y asegurarme de que esté bien y hoy se lo pase en grande, que esto o le venga gigante. Conduzco por el camino que lleva a su casa, disfrutando del paisaje que se extiende a mi alrededor. Los campos de trigo y maíz ondean con el viento, y el cielo azul se extiende sin fin.

Cuando llego a la casa de Lieve, mi corazón late con fuerza. Bajo de la camioneta y me dirijo a la puerta, tocando con suavidad. Lieve aparece casi de inmediato, con una sonrisa radiante que ilumina su rostro.

—Hola, Blaze. —Su voz es cálida y su mirada refleja la misma emoción que siento.

—Hola, Lieve. —Me acerco y la abrazo, aunque lo que me apetece es meterle la lengua hasta el galillo porque está preciosa.

—¿Listo? —pregunta Lieve, con un tono juguetón que oculta los nervios que siente.

—Listo. Y no te preocupes, todo va a estar bien. —Le doy un beso en la frente, tratando de calmar cualquier inquietud.

Cierra la puerta, sin despedirse de nadie. Sé que Joe, Tanisha y Maggie están en casa de su hermana, así que no me preocupo por nada más que nosotros.

Juntos nos subimos a la camioneta. Pero antes de arrancar le cojo la cara con las manos y la beso.

—Necesitaba tu beso como el respirar —musito y ella se ríe por lo bajo.

Nos dirigimos hacia la casa del lago, donde nos espera el resto de la familia. Al llegar, le ayudo a bajar de la camioneta. Mi madre y mis hermanas, Taylor y Summer, son las primeras en vernos. Están en el porche de la casa del lago, tomándose una limonada de manera casual, pero las conozco tan bien que sé que han estado ahí desde que me he ido, esperando nuestro regreso con ansias apenas disimuladas.

Lieve me aprieta la mano, transmitiéndome su nerviosismo. Le devuelvo la presión, queriendo infundirle confianza y calma. Caminamos juntos hacia el porche, el crujido de la grava bajo nuestros pies resuena en el cálido aire de la mañana.

—¡Blaze! —exclama mi madre, dejando su vaso de limonada y bajando rápidamente los escalones para encontrarnos a mitad de camino. Su rostro está iluminado con una sonrisa cálida y acogedora que siempre logra calmar mis inquietudes. Sus ojos, del mismo tono verde que los míos, se enfocan en Lieve—. Y tú debes ser Lieve. Es un placer conocerte, cielo.

Lieve sonrío con timidez, pero se mantiene firme.

—El placer es mío, señora.

—Oh, llámame Abigail, por favor —dice mi madre, abrazándola con una familiaridad que me sorprende y me llena de orgullo—. Has llegado a la familia en un momento perfecto —le susurra.

Mientras mi madre charla animadamente con Lieve, Taylor y Summer se acercan. Las advierto con la mirada. Taylor, siempre la más protectora y a veces un poco intimidante, observa a Lieve con escrutinio.

—Hola, Lieve. Soy Taylor —dice, extendiendo una mano firme—. Blaze nos ha hablado mucho de ti.

—Espero que cosas buenas —responde Lieve, estrechando la mano de Taylor con una confianza que me impresiona.

—Por supuesto —Taylor ríe, su severidad inicial se suaviza—. Bienvenida a nuestra pequeña locura.

Summer, la más joven de las chicas, da un paso adelante con una energía contagiosa.

—¡Hola, Lieve! Soy Summer. ¡Qué guay es tener otra chica en la familia!

Lieve ríe.

—Hola, Summer. Yo también estoy emocionada de conoceros a todos.

La bienvenida inicial fluye, y el nerviosismo de Lieve parece disiparse poco a poco. Nos dirigimos hacia el interior de la casa, donde el bullicio de la familia se vuelve aún más palpable. Al entrar, siento las miradas de todos sobre nosotros. El murmullo de conversaciones se detiene momentáneamente y todos los ojos se posan en Lieve, evaluándola, juzgándola.

Andrew, siempre el más directo, se adelanta y coloca una mano amistosa sobre los hombros de Lieve.

—Bienvenida, Lieve. Ven, quiero presentarte al resto.

Me detengo, retenido por la suave mano de mi madre en mi brazo. La observo, intentando calmarme mientras veo cómo Andrew lleva a Lieve hacia un círculo formado por mis otros cinco hermanos.

—Voy a matar a Andrew —murmuro, tenso.

Mi madre me lanza una mirada comprensiva y divertida.

—Mira, Blaze. Solo mira.

Obedezco a regañadientes y observo cómo Lieve se desenvuelve entre mis hermanos. Sus respuestas son rápidas y seguras, y puedo ver cómo se relaja a medida que pasa el tiempo. De repente, una risa clara y genuina escapa de sus labios, y Andrew, junto con los demás, se une al coro de risas.

El alivio me invade y observo a mi madre. Ella asiente.

—Lo está haciendo muy bien. Confía en ella.

Intercambio una mirada con Lieve desde el otro lado de la sala. Sus ojos brillan y una sonrisa se dibuja en sus labios. Ella me da una pequeña señal con la cabeza, como asegurándose que todo está bien.

—Parece que se está integrando mejor de lo que esperaba —comento, sintiendo cómo la tensión abandona mi cuerpo.

—Te dije que no te preocuparas —responde mi madre con una sonrisa.

«Y yo le dije que si todo iba bien, tendría un cachorro».



CAPÍTULO 35

EL PELIRROJO

LIEVE

—¡Blaze, maldita sea! ¿Por qué no me dejas ir contigo? —exclamo, dando un giro brusco sobre mis talones, cruzándome de brazos con exasperación. Hincho las mejillas como una ardilla contrariada, provocando que Blaze se ría a carcajadas.

Nos encontramos en el establo, rodeados del cálido aroma a heno y el sonido tranquilo de los caballos masticando. Rossie y Pegaso nos observan con sus grandes ojos curiosos, mientras Ranger corre libremente por las praderas con Marvin, el hermano de Joe.

Blaze, con esa sonrisa tan característica suya, alarga la mano y me toma del brazo, acercándose hacia él con suavidad.

—Ya sé que quieres venir, pero puede ser peligroso y no quiero que te pase nada. Yo estaré bien —insiste, tomando mi cara entre sus manos con una ternura que contrasta con su habitual desenfado.

—No quiero que te pase nada a ti —replico, sin poder evitar que la preocupación tiña mi voz—. El pelirrojo es un tipo peligroso, y no puedo quedarme aquí sin hacer nada mientras tú estás allí.

Blaze suspira, sus ojos verdes reflejan la luz del sol que se filtra a través de las ventanas

del establo. El paisaje afuera es de una belleza serena: las colinas, cubiertas de un manto verde, se extienden hasta donde alcanza la vista, salpicadas de lavandas que mecen sus cabezas al compás de la brisa veraniega.

—Lieve, ya hemos hablado de esto. Tu lugar está aquí, asegurándote de que todo esté en orden en el rancho. Además, alguien tiene que mantener a Marvin en línea, y tú sabes que eres la única que puede hacerlo —dice con una sonrisa pícaro.

Lo miro, incapaz de mantener mi fachada enojada ante su intento de aligerar la situación. Lleva su usual atuendo de cuero desgastado y botas altas, la camisa blanca remangada hasta los codos. En contraste, yo estoy vestida con un sencillo vestido azul claro, ceñido a la cintura con un cinturón de cuero marrón y mis botas de montar cubiertas de polvo del camino.

—¡Oh, Blaze! —exclamo, rodando los ojos—. Siempre tienes una respuesta para todo, ¿no?

—Por supuesto, es parte de mi encanto —replica, guiñándome un ojo—. Pero en serio, Lieve, no puedo permitir que te pongas en peligro. No podría perdonármelo si algo te pasara.

Mi corazón se ablanda un poco ante su preocupación. Blaze puede ser un bromista empedernido, pero cuando se trata de proteger a aquellos que ama, no hay nada que pueda detenerlo.

—Prométeme que tendrás cuidado —le pido, con un tono que deja claro que no aceptaré un no por respuesta.

Blaze asiente, su expresión se vuelve seria por un momento.

—Lo prometo. Y tú prométeme que te quedarás aquí, cuidando de todo.

Suspiro, sabiendo que no tengo más remedio que aceptar su decisión. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados, tengo que hacer algo. Blaze me abraza y siento un breve momento de paz antes de que se aparte. Cruzo los dedos en mi espalda.

—Lo prometo. —¡Y una leche! Yo voy a ir sea como sea, pero sin ponerme en peligro.

—Ahora, dame un beso de despedida para la suerte —dice, con una sonrisa traviesa.

—Eres un idiota —digo entre risas, acercándome para darle un beso rápido en los labios.

—Y tú, la mujer más maravillosa que he conocido —responde, devolviéndome la sonrisa.

Nos quedamos allí por un momento, en el umbral del establo, rodeados por la calma de la mañana y el susurro del viento entre los árboles. Luego, Blaze se aleja, montando a Shadow y preparándose para partir con el sheriff en busca del pelirrojo.

Vuelvo a casa para preparar la comida con Nana. Las chicas van a venir porque hoy es día de serie y todas las semanas quedamos en una casa para verla. Me ha tocado a mí. El aire está lleno del aroma de la sopa de pollo que Nana prepara con esmero, y puedo sentir la tensión

creciente por todo mi cuerpo. No puedo dejar de pensar en Blaze.

—No te preocupes, Lieve. Todo irá bien —dice Nana con su voz suave y tranquilizadora, mientras remueve la sopa.

—Lo sé, Nana. Es solo que... no puedo evitar sentirme preocupada por él —respondo, suspirando mientras me acerco a la mesa para ayudarla a cortar las verduras.

En ese momento, la puerta de la cocina se abre y Tanisha entra, aún vestida con su uniforme de trabajo. Se acerca a Nana y le da un beso en la mejilla antes de dirigirse hacia mí con una sonrisa cálida. Me abraza, pero siempre mantiene una cierta distancia, un vestigio de la formalidad que aún persiste entre nosotras.

—¡Hola, Tanisha! ¿Cómo te ha ido hoy en el trabajo? —le pregunto.

—Bien, cansado como siempre, pero ya sabes cómo es eso —responde, soltando una pequeña risa mientras se sienta en la mesa.

Nana nos observa con una sonrisa en los labios.

—Me alegra mucho ver que os lleváis tan bien. Siempre supe que seríais grandes amigas.

Tanisha y yo intercambiamos una mirada y sonreímos, pero a ella se le sigue viendo una sombra en los ojos que no logro descifrar a qué viene.

—Sabes, Tanisha, Nana me ha hablado de ti desde que trabajaba en casa. Siempre tenía historias maravillosas sobre ti, sobre lo fuerte y valiente que eres —digo, observando cómo sus ojos se iluminan brevemente antes de que una sombra de emoción los atraviese.

Tanisha se queda callada por un momento, y veo cómo intenta ocultar sus sentimientos. Finalmente, me mira y asiente con una sonrisa.

—Siempre ha sido una gran madre. Me enseñó a ser fuerte y a no rendirme nunca a pesar de estar lejos —dice, con su voz temblando apenas perceptiblemente—. ¿Cómo fue tu cita del cuatro de julio? —pregunta de repente, cambiando de tema con un guiño cómplice—. Estoy deseando conocer a tu misterioso, no tan misterioso, acompañante.

Tanisha me guiña un ojo, claramente pensando que mi cita fue Alex Carter. Nana y yo intercambiamos una mirada rápida y decidimos no corregirla.

—Oh, fue... interesante —respondo, tratando de mantener la neutralidad en mi voz—. Ya sabes, fue un día lleno de sorpresas.

Y tanto.

Todavía siento que las piernas me tiemblan de conocer a la gran familia de Blaze. Andrew es el peor de todos, el que se ha colocado el Sanbenito de protector oficial. Aún no sé cómo fue capaz de llevar la situación. Fue un milagro del altísimo.

—Bueno, no puedo esperar a conocerlo. A ver si un día de estos organizamos una salida doble o algo así —dice Tanisha con entusiasmo—. Me voy, chicas. Tengo planeada una tarde con mis amigas. Pero un día de estos, Lieve, voy a pedirle una cita a Blaze y así podemos tener una doble —dice con una sonrisa traviesa antes de salir.

Nana y yo la observamos irse, y una vez que la puerta se cierra, suspiramos al unísono.

—Tanisha no tiene idea de lo que pasa entre tú y Blaze, ¿verdad? —pregunta Nana, volviendo a su sopa.

—No, y creo que es mejor así por ahora. No quiero complicar las cosas más de lo necesario —respondo, sintiendo un nudo en el estómago.

—A veces pienso que mi hija es tonta —murmura ella, sacando la sopa del fuego—. ¿Cómo no ha sido capaz de darse cuenta de la tensión que hay entre vosotros dos? Hasta Joe me ha preguntado. Esta hija mía está ciega.

La mañana avanza y poco a poco, la casa se llena de vida cuando Charlie, Chloe y Trisha llegan.

—¡Lieve, ya estamos aquí! —grita Chloe, lanzándose en el sofá con una bolsa de palomitas en la mano—. ¿Eso que huelo es sopa de pollo?

Asiento y ella se relame los labios.

—Pues yo tengo unas ganas de saber qué pasa... —Chloe se refiere a la serie que estamos viendo.

—¡Sí! No puedo esperar a ver qué pasa en el próximo episodio —añade Charlie, mientras Trisha se dirige a la cocina para saludar a Nana.



Acabamos todas llorando con el episodio de esta semana. La trama ha sido especialmente emotiva, y las lágrimas aún brillan en nuestros ojos mientras los créditos finales ruedan por la pantalla. Charlie se seca las mejillas con la manga de su suéter y, tras un momento de silencio, me mira con curiosidad.

—Lieve, has estado muy callada durante toda la comida y el episodio. ¿Qué te ocurre? —pregunta con un tono suave, pero insistente. Tal como es ella.

Yo suspiro, sintiendo el peso de las miradas de mis amigas sobre mí. No quiero preocuparlas, pero al mismo tiempo, necesito desahogarme.

—No es nada, de verdad —murmuro, tratando de desviar la conversación.

Chloe, que nunca se deja engañar, me clava la mirada, frunciendo el ceño.

—Lieve, nos conocemos desde hace un tiempo. Sabemos cuándo algo te molesta. Por favor, cuéntanos —insiste, con su voz llena de preocupación.

Trisha se inclina hacia adelante, tocándome el brazo con suavidad.

—Estamos aquí para ti, Lieve. Sea lo que sea, podemos ayudarte —añade, con un tono tranquilizador.

Finalmente, decido que no puedo seguir guardando esto para mí. Necesito compartirlo con ellas, aunque sea una parte de la verdad.

—Está bien, está bien. Os contaré —empiezo, respirando hondo para calmarme—. Blaze ha ido con el sheriff a interceptar en Main Street al pelirrojo que me atacó la noche de la reunión.

Mis amigas intercambian miradas de sorpresa.

—¿El mismo tipo que te hizo daño? —pregunta Charlie, y su voz sube una octava.

Asiento, sintiendo la tensión aumentar en la habitación. Por un momento, me detengo a verla. Hace unos meses, este cuarto estaba vacío y ahora rebosa de vida. Tengo una cama justo en medio de la habitación con una colcha, que quito todas las noches, en tonos lila pastel. Hay varias almohadas en ella de diferentes colores. El collar que me regaló Blaze descansa en la mesita de noche junto al despertador. El pequeño escritorio está lleno de papeles de la escuela y mi discman descansa ahí, sobre una carpeta. Nana me deja una televisión para cuando vienen las chicas. Y el armario tiene las puertas blancas que hacen contraste con las paredes de un tono blanco manchado con algo de lila. Hace un mes que pudimos hacer una pequeña reforma para que la habitación fuera más... más yo.

—Sí, el mismo. Y yo... yo quiero ir allí. Necesito ver cómo lo arrestan para poder quedarme tranquila —digo, omitiendo la verdadera razón de mi inquietud: el temor de que algo le pase a Blaze.

Sé que son mis amigas, pero no quiero decir nada de lo que tengo con Blaze. No todavía. primero quiero que todo se formalice, ver si las cosas van bien.

Chloe se endereza en el sofá.

—Entonces iremos contigo. No puedes enfrentarte a esto sola —declara.

—¿Qué? No, no tenéis que hacer eso. Nana sospechará si nos vamos todas juntas —respondo, aunque en el fondo me siento aliviada por su apoyo.

Creo que he escogido bien a mis amistades.

Trisha sonrío y niega con la cabeza.

—Podemos decirle que saldremos un rato para despejarnos después del episodio. Así no sospechará nada —sugiere.

Charlie se pone de pie, ya preparándose para irse.

—Vamos, chicas. Cuanto antes salgamos, mejor —dice, tomando las llaves de su coche.

Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta, tratando de no hacer ruido para no alertar a Nana. Ella está en la cocina, limpiando los restos de la cena, y nos mira con una sonrisa cálida cuando pasamos.

—¿A dónde vais, chicas? —pregunta.

—Vamos a dar una vuelta. Necesitamos despejarnos un poco después del episodio —responde Trisha con naturalidad, y Nana asiente.

—Está bien, pero no lleguéis tarde —nos advierte, antes de volver a sus quehaceres.

Salimos al fresco aire de la tarde y subimos al coche de Charlie. El silencio se instala entre nosotras mientras ella arranca el motor y nos dirigimos hacia Main Street.

—Lieve, entiendo que quieras ver al pelirrojo arrestado, pero... ¿estás segura de que es solo eso lo que te preocupa? —pregunta Chloe, rompiendo el silencio mientras me mira por el espejo retrovisor.

Mi corazón late con fuerza, no es tonta y sabe qué hay algo más. Pero me mantengo firme en mi decisión de no compartir toda la verdad. Aún no.

—Sí, Chloe. Necesito verlo para poder sentirme segura otra vez —respondo, aunque mi voz suena un poco temblorosa.

Charlie acelera, y las luces de la ciudad comienzan a aparecer a lo lejos, iluminando nuestro camino. A medida que nos acercamos al puente de Main Street, siento ansiedad. Necesito ver que ese hombre pague por lo que hizo, pero más que nada, necesito saber que Blaze está bien.

Finalmente, llegamos. Las luces de los coches patrulla iluminan la calle, y podemos ver a varias personas reunidas, curiosas por el despliegue policial. Nos estacionamos a cierta distancia y bajamos del coche, caminando hacia la escena con cautela.

Mi corazón late desbocado cuando veo a Blaze junto al sheriff, ambos con expresiones severas mientras hablan con el pelirrojo, que está esposado y parece enfurecido. Me detengo, observando la escena, y siento que una parte de la tensión que he estado cargando empieza a desvanecerse.

Charlie, Chloe y Trisha se colocan a mi lado. No dicen nada, pero su presencia me reconforta.

—Lieve, ¿estás bien? —pregunta Trisha en voz baja, y yo asiento, sin poder apartar la vista de Blaze.

Blaze gira la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos. Me sonrío, una sonrisa que me asegura que todo está bien, y siento una oleada de alivio. El pelirrojo es llevado al coche patrulla, y Blaze se acerca a nosotras.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta, aunque su tono es más de sorpresa que de reproche.

—Necesitaba verlo con mis propios ojos —respondo, con mi voz apenas un susurro.

Blaze asiente y me toma la mano, dándome un apretón suave.

—Todo está bien, Lieve. Él ya no puede hacerte daño —dice, y aunque sus palabras son tranquilizadoras, lo que realmente me consuela es su presencia.

—Blaze, ¿puedes venir un momento? —le pregunta Wayne, sosteniendo en sus manos un sobre. Me mira por un momento y vuelve a desviar la mirada hacia él—. Tienes que ver esto.

Frunzo el ceño al sentir al sheriff tan tenso. Blaze se va con él, unos pasos alejados de nosotras. le entrega el sobre y, cuando saca lo que hay dentro, su cara se desencaja. Parece ser que son fotos. Blaze me observa por una décima de segundo y las vuelve a guardar, quedándose él el sobre.

Charlie, Chloe y Trisha otean en silencio lo mismo que yo estoy viendo.

—¿Qué serán esas fotos? —inquire Charlie con curiosidad.

—Ni idea, pero tenemos que volver a casa sino queremos que maggie nos descubra —les digo.

Finalmente, nos despedimos de Blaze y el sheriff, y regresamos al coche de Charlie.

—Gracias por venir conmigo —les digo.

—Para eso estamos, Lieve. Siempre estaremos aquí para ti —responde Chloe, y las demás asienten.

—Y para el chisme —murmura Trisha, haciéndonos reír.

Pero lo que no puedo sacarme de la cabeza es qué había dentro de ese sobre como para que a Blaze se le hubiera ido todo el color del rostro.



CAPÍTULO 36

LAS FOTOS

BLAZE

Agosto.

El calor se hace insoportable y me apresuro a meterme en el lago. Miro hacia la orilla y veo a Lieve correr hacia el agua. Me sumerjo brevemente y, cuando emergo, Lieve ya está a mi lado, lanzándose al agua con una gracia que me deja sin aliento.

—¡Vamos, Lieve! El agua está perfecta —digo.

Lieve se sumerge completamente y luego nada hacia mí. Cuando llega a mi lado, se sube a mi espalda, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello. Siento su aliento cálido en mi oído cuando susurra:

—Te tengo.

Sonrío.

—Te quiero mucho, Lieve —digo, girando la cabeza para mirarla a los ojos.

—Y yo te quiero mucho a ti, Blaze —responde, sus ojos brillando con la sinceridad de sus palabras.

Nos quedamos así por un momento hasta que se suelta y nada hacia delante. Lieve sabe que algo no va bien, lo presiente. Han pasado dos semanas desde que arrestaron al pelirrojo, pero mi preocupación solo ha ido en aumento. Sí, conseguimos pillarlo, pero Alex Carter huyó y es como si la tierra se lo hubiera tragado.

—Lieve, hay algo que quería comentarte. Voy a ir a California por una semana de vacaciones y... me encantaría que vinieras conmigo —digo—. He pensado que podríamos salir mañana mismo para volver antes de que comenzara el nuevo curso.

Veo la sorpresa y la emoción en su rostro, y por un momento temo que vaya a rechazarme.

—¡Me encantaría ir contigo, Blaze! —exclama—. Nunca he ido y me haría mucha ilusión. —Se detiene y me mira fijamente—. Pero, ¿qué somos? —pregunta—. Llevamos un tiempo saliendo, conociéndonos, y... ¿qué somos, Blaze?

La acerco más a mí, sintiendo el agua movernos con suavidad.

—No tenemos por qué definirnos de una manera en concreto, Lieve. Simplemente estamos juntos y ya está —respondo.

Lieve me mira, y luego una sonrisa se forma en sus labios.

—Me gusta eso, Blaze. Me gusta no tener una definición y simplemente ser nosotros —murmura.

Río con ella.

Salimos del agua y nos dirigimos hacia la casa. El sol empieza a descender y sé que es momento de que Lieve vuelva al rancho. Entramos en la casa, la frescura del interior es un alivio.

—Voy al baño de la habitación a cambiarme —dice Lieve, tomando una toalla y dirigiéndose hacia las escaleras.

—Vale, pero... —empiezo a decir algo, pero ella me interrumpe con una sonrisa y un rápido beso en la mejilla.

—No tardo —responde, subiendo rápidamente las escaleras.

De repente, recuerdo el sobre en mi cómoda con las fotos. La alarma se enciende en mi mente y subo corriendo las escaleras detrás de ella. No puedo dejar que las vea, no puedo dejar que esto le salpique.

—¡Lieve, espera! —grito, pero ya es demasiado tarde.

Cuando llego a la habitación, veo a Lieve con la cara descompuesta, mirando las fotos sobre la cómoda. Son imágenes de nosotros dos, en el lago, haciendo el amor.

—¿Qué es esto, Blaze? —pregunta, con su voz temblando mientras sostiene una de las fotos.

Mi corazón se hunde.

—Lieve, puedo explicarlo. No era mi intención que las vieras así —digo, acercándome a ella con cautela.

—¿De dónde han salido estas fotos? ¿Por qué las tienes? —me mira, esperando respuestas.

Suspiro, pasando una mano por mi cabello mojado. Tengo que contárselo, no puedo ocultarle nada ahora que ya las ha visto. Así que tomo aire.

—El pelirrojo estaba planeando usarlas para extorsionarme. Quería que vendiera las tierras o las mandaba al periódico local. Las encontró Wayne después de que lo arrestaran y no sabía qué hacer con ellas —le explico.

Veo una mezcla de alivio y rabia en su rostro. Alivio porque no tenía malas intenciones, pero rabia porque alguien había intentado manipularnos de una manera tan vil.

—Blaze, deberías habérmelo contado —dice, dejando caer las fotos sobre la cómoda.

Suelta un suspiro y se palpa las sienes.

—Lo sé. Lieve. Quería protegerte de todo esto, pero no debí ocultártelo. Lo siento —respondo con verdadero arrepentimiento.

Lieve se acerca a mí y me abraza.

—Lo peor es que ese día vi algo, Blaze —me confiesa, abrazándose así misma—. Vi una especie de luz, pero lo achaqué a que habían luciérnagas. —Lieve niega, como queriendo olvidarlo todo—. Está bien, Blaze. Solo prométeme que no habrá más secretos entre nosotros —susurra.

—Te lo prometo, Lieve. No más secretos —respondo, abrazándola con fuerza.

Nos quedamos así, abrazados,. Finalmente, ella se aparta y me sonrío.

—Ahora, ¿qué tal si nos cambiamos y me llevas a casa? Tengo que hacer las maletas —sugiere.

Asiento, mi sonrisa vuelve a iluminar mi rostro.

—Buena idea. Pero, por favor, avísame antes de que abras cualquier otra puerta en mi casa —digo en tono de broma, tratando de hacerla reír.

Ella lo hace y me da un golpecito en el brazo.

—De acuerdo, lo prometo —responde, antes de dirigirse al baño.



—¿Vas a decirme de una puta vez qué ibas a hacer con esas fotos? —pregunta el sheriff Wayne al pelirrojo, con un tono firme y autoritario.

Estoy en una esquina de la pequeña y sombría sala de interrogatorios, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Las paredes de paneles de madera oscura y la luz fluorescente parpadeante crean un ambiente aún más tenso. Observo al pelirrojo.

Él, con su apariencia desaliñada y una sonrisa cínica, se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa metálica. Se toma su tiempo antes de responder. Y disfruta de la tensión que crea.

—Las quería para que Blaze vendiera las tierras —responde finalmente, con una malicia que espanta.

Siento un golpe de ira recorrer mi cuerpo. Me enderezo, avanzando un paso hacia la mesa.

—¿Quién es el comprador? ¿Quién es tu jefe?—pregunto.

El pelirrojo suelta una carcajada seca y sarcástica, mirándome con desprecio.

—No pienso decírtelo —dice, recostándose en su silla—. Prefiero ir a la cárcel antes que soltar esa información.

Doy un golpe violento en la mesa, haciendo que todos los objetos sobre ella tiemblen. Mi rostro está enrojecido por la ira.

—¡Dímelo ahora, maldito bastardo! —grito.

Wayne se interpone rápidamente entre nosotros, levantando una mano para calmarme.

—Tranquilízate, Blaze. Lo último que necesitamos es darle una excusa para no cooperar —dice.

El pelirrojo se ríe de nuevo.

—Deberías vigilar más de cerca a la gente que te rodea —murmura.

Wayne, sin perder la compostura, hace una señal a uno de los agentes de policía que están de guardia fuera de la sala.

—Llévoslo —ordena.

El pelirrojo es escoltado fuera de la habitación, su sonrisa burlona todavía es visible mientras es llevado por el pasillo. Observo cómo se aleja, y aprieto los puños con fuerza.

Wayne se vuelve hacia mí.

—Blaze, estamos tras la pista de Alex. En cuanto a Sam Carter, no hemos podido arrestarlo porque, técnicamente, no ha hecho nada ilegal. Solo está mediando entre el comprador y tú —explica—. Estamos trabajando para obtener pruebas más concretas.

Asiento, intentando calmarme.

—Gracias, Wayne. Sé que estás haciendo todo lo posible —digo, aunque la frustración todavía es evidente en mi voz.

Me da una palmada en el hombro.

—Haremos justicia, Blaze. Lo prometo.

Vuelvo a casa y hago las maletas para salir a primera hora hacia Los Ángeles. Lieve ha hablado con Nana y con Joe, que se ha alegrado mucho de saber que estamos juntos. Le hemos pedido que guarde el secreto hasta que Lieve esté lista para decirlo. Además, hemos creído conveniente hacerlo así por Tanisha, a la que Lieve le ha dicho que se va a un seminario; al igual que a las chicas.

El no querer definir qué somos es por ella, por mi Lieve. Sé que esto es nuevo para ella y no quiero que se agobie, no quiero que compare porque cada persona tiene un ritmo. ¿Y qué pasa si me he enamorado de una persona en solo cuatro meses? El amor es una de las locuras más grandes que nos ha regalado la vida, pero quiero respetar los límites de Lieve porque, si fuera por mí, lo hubiera gritado a los cuatro vientos desde el primer momento.

Ahora, lo que de verdad me importa, es disfrutar con ella una semana en las vastas playas de California, tomar el sol, pasear y pasar tiempo con mi familia.

Lo guardo todo y me tiro a la cama, que todavía huele a ella. He reservado un hotel porque mis padres son, de cierta manera, algo tradicionales y sé que Lieve y yo tendríamos que estar durmiendo separados. En parte los entiendo, mis padres son muy abiertos de mente para algunas cosas, pero para otras siguen siendo un poco anticuados. A ellos no les importa que llevemos a nuestras parejas a dormir a casa, pero *hasta que no se está casado, no se duerme en la misma cama bajo su techo*. Esa es la regla. Y a mí me apetece mucho compartir esos momentos con Lieve. Quiero verla despertar, que nos traigan el desayuno a la habitación o hacerle el amor hasta el cansancio. A pesar de que no comparto el punto de vista de mis padres, lo respeto. Los respeto.

Cierro los ojos y caigo en los brazos de Morfeo.



CAPÍTULO 37

LOS ÁNGELES

LIEVE

El viaje ha sido largo, pero por fin estamos aquí. Nunca imaginé que Los Ángeles fuera tan bonito. Blaze conduce el coche que ha alquilado para pasar aquí la semana y yo solo puedo mirarlo todo a mi alrededor. Su mano se posa en mi rodilla y desvío la mirada hacia él, que por primera vez lo veo llevar unas gafas de sol. Sé que a través de los cristales me está mirando con un brillo pícaro, de antelación.

—No me mires así —susurro, poniéndome roja.

Blaze se echa a reír sin dejar de mirar a la carretera, no nos queda mucho hasta llegar al hotel.

—¿Y cómo quieres que te mire si llevas ese vestido puesto? Eres tú la que me provoca —murmura.

Vale, puede ser que ahí tenga algo de razón. Me he puesto un vestido que se ata al cuello, que me llega un par de dedos más arriba de las rodillas y con algo de escote sin llegar a ser exagerado. Y sí, tengo que admitirlo, lo he hecho no solo porque me ha encantado verme con él sino porque sabía que a Blaze lo volvería loco.

—Me pones, Lieve. Y te aseguro que estoy haciendo un gran esfuerzo para no parar y

meterte mano como un puto adolescente en los asientos de detrás —dice y me echo a reír.

—Eres un exagerado, tampoco es para tanto.

En estas últimas semanas, mis senos han vuelto a crecer un poco porque he cogido un par de kilos. Estoy casi en la recta final del proceso para estar en un peso equilibrado y saludable. Y siento que mi cuerpo se ha moldeado, volviendo mi cintura más estrecha y mis caderas un poco más anchas. Blaze dice que le encanta mi trasero y lo demuestra cada vez que me da una cachetada cuando estamos solos. Claro que, después de eso, sólo hace falta una mirada para acabar en la cama.

—Lieve, muñeca, me pondrías hasta con una bolsa de basura como vestido —suelta y solo puedo mordirme el labio inferior muerta de la vergüenza—. Eres preciosa, perfecta...

Blaze sube su mano hasta comenzar a acariciar la parte interna de mis muslos. Juego con el dobladillo del vestido y los aprieto. No entiendo cómo puede ponerse así con solo unas palabras. El efecto Jenkins, es una droga de la que sólo quiere más.

—Blaze... —lo advierto.

Él sonríe de lado y niega.

—No te preocupes, pienso esperar hasta llegar al hotel. Pero una vez que estemos dentro de la habitación, no pienso despegarme de ti y lo digo en todos los aspectos.

—Hemos quedado con tu familia a comer —le replico.

Se encoge de hombros de forma casual.

—Y eso me da dos horas de reloj para hacerte mía, así que no pienso perder el tiempo —me asegura.

¿Así que dos horas? Me vuelvo a morder el labio inferior y me imagino todo lo que pienso hacer en cuanto la puerta de la habitación se cierre.

—¿Ese es nuestro hotel? ¿Y ese no es el puerto de Santa Mónica?—le pregunto, mirando a través del cristal y abriendo los ojos como platos.

—Sí, y nuestra suite está en la última planta —señala con el dedo.

Titubeo palabras incoherentes. Creí que nos quedaríamos en casa de sus padres, pero Blaze me ha sorprendido esta mañana diciéndome que estaríamos alojados en un hotel en frente de la playa

—Blaze, te ha tenido que costar una fortuna —exclamo.

Se echa a reír y entra en el complejo hotelero. Apaga el motor y se acercan dos hombres. Blaze me mira y sonríe de lado.

—No si tu hermano es el dueño del hotel —dice.

Me quedo atónita mientras nos abren las puertas para bajarnos. Admiro el hotel, que es inmenso. Sacan las maletas y las llevan dentro. Entonces, Blaze me agarra de la mano y me guía hacia el interior. Hace el registro y nos dan unas tarjetas junto a unas pulseras. Me la pone y me guiña un ojo mientras nos dirigimos al ascensor.

—Son del todo incluido —susurra en mi oído.

El botones se encuentra delante de nosotros y aprieta el botón del ascensor para subir a la última planta. Blaze pasa una mano sobre mis hombros y siento como la va bajando poco a poco. Le doy un manotazo mientras lo miro con el deseo ensombreciendo mis ojos y él responde dándome un pellizco en el trasero.

Cuando llegamos, el botones nos conduce hacia la habitación. Abre la puerta y entramos. me quedo estática. La habitación es preciosa.

La estancia se despliega ante mis ojos. La luz del sol entra a raudales por las amplias puertas de cristal que conducen a un balcón con vistas al océano. Las contraventanas de madera, pintadas en un delicado tono crema, se abren hacia adentro, permitiendo que la brisa marina se mezcle con el aroma a flores frescas que embellecen la mesita de noche.

El mobiliario, de un exquisito gusto clásico, combina maderas nobles y tapicerías en tonos azulados y grises. El lecho, con sus imponentes columnas de madera tallada, está cubierto con un edredón de tonos marinos y cojines de diversos patrones.

A un lado, una silla de orejas tapizada en un suave tejido azul se yergue junto a una mesa auxiliar de cristal y metal dorado, sobre la cual descansa una lámpara de pie. El suelo de madera pulida refleja los destellos de la luz natural.

El salón adjunto no se queda atrás en términos de esplendor. Hay un cómodo sofá gris claro, adornado con cojines. Frente a él, una mesa de centro de ratán tejido sostiene un jarrón con flores frescas y una colección de revistas de diseño y viajes. La alfombra, de un azul profundo con patrones geométricos, complementa el conjunto con un toque de modernidad.

A través de las puertas del balcón, el azul del océano se extiende hasta el horizonte.

Escucho como Blaze se despide del botones y cierra la puerta cuando sale. Giro sobre mis talones y Blaze me mira como si fuera su presa. Se acerca a mí y yo retrocedo con una sonrisa cómplice en los labios. Me toma de la cara y me besa con tal fulgor que soy incapaz de pensar con claridad. Mi espalda topa con la pared y, cuando intento llegar a la cinturilla de su pantalón, me coge de las muñecas y me levanta los brazos.

—Blaze —susurro contra sus labios.

Sus labios descienden hacia mi cuello, dejando un reguero de besos húmedos. Su mano mantiene con firmeza mis brazos sobre la cabeza.

—Sé mi todo, Lieve —me ruega, despegándose de mi cuerpo para mirarme a los ojos.

Sé qué significa eso y estoy dispuesta a todo por él.

—Sé mi todo —repite, mordiéndome el labio inferior hasta hacerme jadear.

Le respondo fundiendo sus labios con los míos. Su mano libre va hacia mi trasero y sube el vestido hasta la cintura sin despegar sus labios de los míos. Suelta mis muñecas y lo acerco tanto como puedo, hasta notar su miembro duro y firme, esperando por mí.

Blaze me desabrocha el nudo del cuello y mis senos quedan expuestos ante él. Arqueo la espalda cuando sus labios agarran uno de mis pezones y su mano se desliza hacia mi entrepierna. Gimo cuando su dedo acaricia los pliegues de mi sexo por encima de la ropa interior y me agarro a sus hombros porque siento que voy a desfallecer con cada caricia que su lengua deja en mi pecho.

Cada vez se inclina más hasta acabar de rodillas en el suelo. Desliza mis bragas por las piernas, me besa el muslo interno mientras que con la mano libre sigue masajeando uno de mis senos. Se deshace de mi vestido, que se arremolina a mis pies.

Blaze me separa las caderas de la pared y lleva su boca a mi apertura. Maldigo por todo lo alto cuando su lengua se abre paso entre mis pliegues y su mirada verde me observa fijamente. Le clavo las uñas en el hombro y apoyo una mano en la pared porque tengo miedo de caerme. Echo la cabeza hacia atrás cuando sus caricias se hacen más profundas, más rápidas.

—Blaze —jadeo y él solo acelera el ritmo en respuesta.

Me aprieto contra él, presiono mis caderas contra su boca, cuando siento que me queda poco, necesito más, quiero más. Y cuando no puedo más, cuando el placer llega a su punto más álgido, grito.

Sí, grito.

Blaze sube sus manos por mi cuerpo, me besa y siento mi sabor en él. Y de un solo movimiento, me aupa. Lo rodeo con mis piernas y me lleva hacia la cama sin dejar de besar mis labios. Me deja allí y gateo por la cama. Él se baja los pantalones y se quita la camiseta. Por encima de mi hombro, veo como masajea su miembro de arriba abajo. Se acerca a mí por detrás. Pretendo darme la vuelta para mirarlo a la cara, pero me lo impide.

Siento que la sangre me sube toda a las mejillas. ¿Piensa hacérmelo así, a cuatro patas? Me besa el hombro y lo siento buscar algo mientras dos de sus dedos se introducen en mi interior.

—¿Te... te acuerdas que te dije que tenía que contarte algo? —le pregunto con la respiración entrecortada.

—Humm —murmura él, tomándome de la barbilla y besándome por encima del hombro.

—Pues... es que... —no sé cómo decírselo. Blaze se separa de mí un poco y frunce el ceño. Sus dedos se detienen— es que... es que... no hace falta que utilicemos protección—. Eso lo deja todavía más perplejo—. La Doctora Miller me ha recetado unas pastillas para...

Abre los ojos como platos y siento su erección contra mi trasero más dura.

—¿Voy a poder hacerte el amor sin...? —jadea y toma su miembro entre sus manos. Lo lleva a mi hendidura y me toma del hombro con la mano libre para posicionarme. Lo observo por encima del hombro, mordiéndome el labio, y asiento. Entonces, me llena por completo desde atrás—. Joder, Lieve —masculla, apretando la mandíbula.

Me penetra una y otra vez. No hay nada de suave en sus movimientos. Y con cada embestida, yo siento que me desvanezco mientras gimo en éxtasis.

—Mía —murmura.

—Tuya —digo y eso lo enloquece más.

Se mueve más profundo y rápido, bombeando dentro de mí. Me pierdo en él y él en mí, y la presión crece hasta que exploto. Blaze se corre dentro de mí un poco después y me llena por completo.

Caemos a la cama, uno al lado del otro. Los dos respiramos con dificultad, pero tenemos que levantarnos y darnos una ducha. Blaze me lleva hacia el baño y enciende el agua. Es la primera vez que lo hacemos juntos y la experiencia ha sido muy divertida, sobre todo cuando Blaze se ha puesto a hacerse cosas en la cara con el jabón.

Salimos del hotel después de una hora y media. Me lleva en coche hacia el club en el que hemos quedado con su familia. Y todo parece ir bien, ser un momento idílico, hasta que entramos y los veo hablando con los Jenkins.

Me paro en seco y me quedo helada.

—¿Qué pasa, muñeca? —me pregunta, con el ceño fruncido.

Siento como se me forma un nudo en el estómago. Simplemente, no puede ser que ellos estén aquí.

—Tengo que salir de aquí —musito en un hilo de voz, intentando escaparme, pero hay tanta gente que no sé por dónde salir.

—¡Lieve! —exclama Blaze, viniendo detrás de mí. Consigue alcanzarme y me toma de la muñeca—. Pero ¿qué te pasa? —inquieta.

Miro a todos lados y es cuando me doy cuenta que hay más personas que conozco y que ya me han visto. No tengo escapatoria, me han pillado.

—Lo que pasa es que el matrimonio que está hablando con tus padres son... son... —me cuesta hasta decirlo. Pero tomo aire y arranco—. Son mis padres, Blaze.

Abre los ojos y observa a su alrededor, al igual que yo. Hay gente que está cuchicheando sobre mí, siento sus miradas sobre mi ser. ¿Dónde me he metido? Blaze no dice nada, pero me da la mano y enreda sus dedos con los míos para sacarme de allí. Sin embarazo, su voz me detiene en seco.

—Lieve, quieta ahí.



CAPÍTULO 38

ASUNTO ZANJADO

LIEVE

Todo era demasiado bonito para ser real. Sabía que algo no iba a ir bien, que se tenía que torcer por algún lado. Y ahí está, los tengo delante de mí. Me han llevado a una sala de reuniones que está vacía para que la gente no se entere de qué hablamos, no quieren ser la comidilla de toda su sociedad de mierda. Aunque ya lo son y eso los ha puesto muy furiosos.

Mi padre me zarandea, cogiéndome del brazo con fuerza. No me caigo al suelo cuando me suelta gracias a una mesa. Me sobo el brazo y veo que me he hecho un corte con el borde puntiagudo.

Habrà mucho glamour en este club, pero las mesas son una bazofia. ¿Cómo pueden tener un objeto que puede hacerle esto a alguien con uno de sus picos cuando también vienen niños? Y luego me preguntan por qué no me gusta la sociedad en la que viven mis padres.

La sala de reuniones en la que nos encontramos es un recinto vasto y opulento. Las paredes, recubiertas de paneles de madera oscura, reflejan la luz de los candelabros de cristal de Murano que cuelgan majestuosos del techo.

En un extremo de la sala, una chimenea de mármol blanco, tallada con intrincados motivos florales, está apagada. A ambos lados de la chimenea, hay retratos de antepasados serios y estirados que nos observan desde sus marcos dorados. La mesa que evitó mi caída es una

monstruosidad rectangular de caoba, pulida hasta el punto de que podría reflejar nuestras caras distorsionadas en su superficie brillante. En el centro de la mesa, un florero de cristal tallado sostiene un exuberante arreglo de flores frescas

Mis padres, representantes de una élite que se aferra con uñas y dientes a su poder y prestigio, se destacan si fueran parte de la decoración. Mi madre, siempre impecable, luce un traje sastre de un gris perla que resalta su figura esbelta y delgada, con un broche de diamantes prendido en la solapa. Su expresión es una máscara de severidad y desaprobación, sus ojos iguales a los míos, son pozos de hielo que no permiten atisbo de calidez.

Mi padre, por otro lado, con su estatura imponente y su cabello perfectamente peinado hacia atrás, viste un traje oscuro que exuda autoridad. Su rostro, marcado por ira contenida, se torna aún más severo mientras me observa con decepción. Su mano, que hace solo un momento apretaba mi brazo con brutalidad, ahora reposa sobre la mesa, temblando ligeramente.

Escucho a Blaze, está fuera porque no lo han dejado pasar. Los dos gorilas que tiene mi padre de seguridad, como si fuera el presidente, lo retienen. Pero está ahí, no estoy sola.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí con... con eso? —me pregunta mi madre con cara de asco.

Me pongo recta y me miro de arriba abajo. ¿Qué de malo hay en llevar un vestido con algo de escote y corto?

—Pareces una puta —brama mi padre, enloquecido—. O mejor dicho, ya lo eres. ¿Qué haces con ese cualquiera y vestida de esta manera? ¿Es tu novio?

Aprieto los puños y bajo la mirada. La mandíbula se me tensa y siento como me recorre las venas fuego.

—Y mírate, has engordado. ¿Crees que así va a quererte alguien decente? —interviene mi madre, echando veneno por la boca—. No sirves para nada. Te vas, echas a perder el negocio de tu padre y, encima, te encamas con ese... con ese...

La miro, por primera vez en la vida me atrevo a sostenerle la mirada sin miedo a las consecuencias. Y le es tan raro que retrocede, mi madre retrocede. Mi propia madre.

—Ese se llama Blaze. —Mi voz suena tan fría y cortante que se quedan helados—. Y si crees que estoy aquí para que me trates como si no fuera nada, te equivocas. —Parece quedarse ojiplática, al igual que mi padre—. Me fui de casa hace seis meses porque no aguantaba más, porque no os aguantaba a vosotros. —Es como si no pudiera callarme, como si las palabras salieran solas—. No soy ganado, no podéis obligarme a hacer algo que no quiero. —Con cada palabra, doy un golpe en la mesa con mi dedo—. No soy algo que simplemente podáis intercambiar a vuestro beneficio. Soy una persona, una mujer independiente. —Desvío la mirada hacia mi madre—. Y me importa una mierda que pienses que soy una puta. Si para ti serlo es haberme alejado de vosotros, vivir mi vida de manera honrada y estar con la persona que quiero, pues sí, soy una puta. Pero prefiero serlo a ser o dejarme manipular como y por vosotros.

La puerta se abre justo en el momento en el que mi padre me da una bofetada que hace que la cara gire hacia mi derecha. Me sostengo la mejilla con la mano y siento como las lágrimas quieren salir disparadas de mis ojos, pero las contengo. No les voy a permitir verme llorar. Y si me viene otra, la afrontaré.

Blaze se acerca a zancadas y le agarra el brazo a mi padre cuando pretende darme otra bofetada. Se lo baja y me pega a su cuerpo. Me da un rápido vistazo y mi padre arremete contra él mientras mi madre sigue procesando lo que le he dicho.

—¡Tú! —señala a Blaze—. ¡Tú, maldito hijo de...! —A mi padre le tiembla la mano y eso solo significa que está a punto de echar fuego por las orejas—. ¿Cómo te has atrevido a tirarte a mi hija? ¿Cómo te has atrevido siquiera a estar con ella? —exclama en dirección a Blaze, que me pega más a su cuerpo e intercambia una mirada conmigo. Mi padre no tiene ni idea de quién es—. Maldito hijo de puta, te voy a arruinar la vida tal como tú me la has jodido a mí.

Blaze aprieta la mandíbula y se yergue, pasándole a mi padre por unos cuantos centímetros.

—¿Y usted quién se cree para tratar así a mi mujer? —Lo miro con los ojos muy abiertos.

Su mujer... suena bien.

—¿Cree que puede agredirla, insultarla? —le pregunta.

Blaze me suelta y se acerca a mi padre de manera intimidatoria. Lo consigue porque lo hace retroceder. De repente, Abigail y Oliver entran alterados y se ponen a mi lado. Abigail me abraza y mientras que Oliver se queda mirando la escena con los ojos entrecerrados.

—¿Creen que puede mandar sobre su vida? ¿Manipularla para que se case con alguien a quién no ama solo para que usted consiga más poder, más dinero? —murmura con la voz fría como un témpano. Me provoca escalofríos, nunca he visto a Blaze de esa manera y me da hasta miedo—. Aquí la pregunta correcta es quién cojones se cree usted para tratar así a mi mujer.

Y Blaze lo empuja haciendo que mi padre choque con la mesa caoba. Pero, a pesar de estar aterrado, mi padre lo encara. Llama a sus gorilas con un chasquido de dedos, pero estos no se mueven. Así que la ira crece en él y se pone rojo, parece que la vena del cuello le va a explotar en cualquier momento.

Oliver hincha el pecho, orgulloso de tener un hijo como Blaze. Abigail me acaricia el brazo y me mira por un segundo, preguntándome si estoy bien. Asiento en respuesta y vuelvo a mirar a Blaze.

—¿Y tú quién te crees que eres para decirme eso? Solo eres un fracasado que se ha metido bajo las bragas de mi hija.

Blaze da un paso atrás, ya que Oliver va hacia él y le pone la mano en el hombro. Oliver le echa una mirada fulminante a mi padre.

—Este fracasado es mi hijo. —Mi padre se queda sin habla y se le va el color del rostro, quedándose más blanco que la leche—. Y esa de ahí es su mujer. —Se refiere a mí—. Su mujer, que forma parte de mi familia, Morgan. —Señala a mi padre y luego la puerta—. Tenéis cinco minutos para iros de este club. No quiero ver que os acercáis a Lieve, no quiero que os pongáis en contacto con ella a menos que ella quiera. Desde hoy, nuestra relación será estrictamente profesional, Morgan. Y da gracias a que no soy tan hijo de puta como tú, porque si por mí fuera haría una llamada y te quedarías sin nada. —Oliver le arregla la corbata y le da un golpecito en el hombro—. Pero yo no juego con el sustento de una familia.

Mi madre se coge del brazo de mi padre y me mira de arriba abajo.

—¿Estás con un Jenkins? —me pregunta, orgullosa, con la barbilla alzada.

—No, mamá —me acerco a Blaze y le cojo del brazo. Nos miramos por un minutos y él no puede evitar poner un mechón rebelde de pelo detrás de la oreja con una sonrisa cerrada que me demuestra lo mucho que me quiere. Su mujer me ha llamado—. Estoy con Blaze, no con un apellido.

Mis padres me echan un último vistazo antes de irse, sin mirar atrás. Ni un adiós, ni nada. Solo... libertad. Es como si hubiera cerrado un capítulo de mi antigua vida, como si hubiera vuelto a nacer. Hace seis meses huí de casa porque no era capaz de enfrentarme a ellos y hoy lo he hecho.

—¿Estás bien, Lieve? —me pregunta Oliver cuando la puerta de la sala de reuniones se ha cerrado.

Lleva un pantalón de traje de un impoluto azul y una camisa abotonada en los codos. Lo he visto pocas veces, pero me parece un hombre muy atractivo para su edad. Al igual que Abigail, es extremadamente hermosa. Y me sorprende el orgullo que brilla en sus ojos cuando su marido se acerca a ella y la besa. Entonces, comprendo que eso es lo que yo quiero. Quiero que alguien me mire así; con orgullo, con cariño, con un amor tan grande que ocupe mil galaxias.

—Sí —respondo, mirando el raspón que me he hecho—. No es nada que no se arregle con una tirita y algo de alcohol.

Abigail se acerca y me abraza. Dejo que sus brazos me envuelvan y me estrujen contra su cuerpo. Esa calidez solo la he encontrado en brazos de Nana. Se separa de mí y me acaricia la mejilla enrojecida.

—Has sido muy valiente, cielo —murmura—. Bienvenida a la familia.

Blaze se relame los labios y baja la mirada. Le sale una sonrisilla floja que se le va en cuento su padre se da una colleja. Se soba la parte afectada y me tapo la boca para disimular la sonrisa.

—Y tú cuídala —lo advierte—, porque si no lo haces te va a venir otra de esas pero mucho más fuerte. —Oliver se dirige a mí y me guiña un ojo—. Bienvenida, Lieve.

Le sonrío en respuesta.

—Gracias por intervenir, Oliver —se lo agradezco de corazón.

—No me las des. Ahora lo importante es que te cures eso —señala el brazo—, y que vayamos a comer.

Asiento, pero, antes de salir, Blaze me detiene.

—¿Estás segura de que quieres que nos quedemos aquí? —Sé que lo dice por los amiguitos de mis padres.

Y sí, estoy segura.

—¿Sinceramente? —me encojo de hombros—. Sí, lo estoy. Démosles a esos payasos de qué hablar.

Salgo de aquella sala de reuniones siendo una nueva Lieve. Conforme recorro el pasillo para ir a que me den algo para limpiarme la herida, siento como nos miran y cuchichean. Y es la primera vez que me da igual.



CAPÍTULO 39

SIN CENSURA

LIEVE

Septiembre.

Sweet Dreams (Are Made of This) de *Eurythmics* suena por toda la camioneta. Si tuviera que describir el último mes sería con la palabra maravilloso. Y es que es así como lo siento. Mi relación con Blaze va viento en popa y mi carrera laboral está en ascenso gracias a que el director Sullivan me ha hecho fija en la escuela porque así los padres lo han pedido.

Y ahora me dirijo a casa de Blaze porque hemos quedado para cenar y luego ir a la feria todos juntos. Llego un poco tarde, pero ha sido por quedarme preparando la clase del lunes. He hecho una actividad para que los niños aprendan los presidentes que hemos tenido. Aunque alguno más espabilado me ha soltado quienes son y cuándo les he preguntado que cómo lo sabían me han dicho que por los billetes.

Me encanta dar clase.

A lo lejos veo la casa de Blaze y tres camionetas aparcadas en la entrada de la finca. Me bajo y le aliso la falda del vestido con la mano. Me cuelgo el bolso del hombro y voy hacia la puerta. No me da tiempo siquiera a tocar la puerta, Charlie me abre y me pasa un refresco después de abrazarme.

—¡Ya está aquí Lieve! —grita cuando entramos a la sala.

Pongo los ojos en blanco y niego. Denisse es la primera en levantarse del sofá y venir a abrazarme. Chloe y Trisha me chocan el puño, que es el saludo de los chicos que en muchas ocasiones hacemos para burlarnos de ellos. Troy me abraza y Paul me revuelve el pelo como si fuera una cría pequeña. Will me saluda con la mano desde la barbacoa y Blaze me guiña un ojo con picardía. Hoy no han podido venir Phalon y Steven porque se han ido de vacaciones.

Dejo el bolso en el perchero y vamos todos hacia fuera, para preparar la mesa y cenar. Mis tripas rugen cuando Will y Chelsea, que estaba en el baño, ponen la carne y las verduras delante de mí.

—¿Qué tal tu clase, Lieve? —me pregunta Denisse mientras nos sentamos alrededor de la mesa.

—Estoy encantada con ellos. Son un grupo maravilloso, muy participativos. No hay un solo día aburrido —respondo con una sonrisa.

Blaze se sienta a mi lado y, casi instintivamente, nuestras manos se buscan bajo la mesa. Entre risas, mientras que la conversación fluye, nos acariciamos los dedos, jugando con la suavidad de nuestras pieles. De vez en cuando, nos lanzamos miradas cómplices, esas que solo nosotros entendemos y que parecen encerrar todo un mundo de sentimientos.

La cena transcurre bien, si por bien entendemos que algunas cosas han salido volando cuando Will y Paul se han puesto a discutir por un partido de cuando iban al instituto. Mientras Charlie narra una historia divertida sobre una de sus últimas aventuras en la montaña, porque le encanta el senderismo, Blaze y yo continuamos nuestro juego silencioso de caricias bajo la mesa hasta el punto de que sus dedos ascienden por mi muslo para dirigirse a un lugar prohibido. Un escalofrío me recorre el cuerpo y me pongo roja como un tomate, apartando su mano y queriendo matarlo.

Cuando llega el momento del postre, Chloe aparece con una tarta de frutas que ha preparado especialmente para la ocasión. La coloca en el centro de la mesa con un gesto orgulloso y todos la rodeamos, ansiosos por probarla. Tiene una pinta de muerte. Pero comienzan a discutir sobre el último partido de los Dallas Cowboys.

En medio de la discusión, cuando nadie está pendientes de nosotros, Blaze me toma de la cintura y me sienta en sus piernas. Me río, sorprendida, pero no opongo resistencia. Con una ternura infinita, corta un trozo de tarta y me lo ofrece. Sus ojos brillan con una calidez que derrite mi corazón y enciende otra parte de mí que no quiero mencionar.

—Prueba esto, está delicioso —dice suavemente, llevándome el trozo de tarta a los labios.

La muerde. Luego, tomo un trozo y hago lo mismo con él. Nos miramos fijamente, perdidos en el momento. Y entonces, sin pensarlo, nuestros labios se encuentran en un beso apasionado. Dejamos los pedazos de tarta en la mesa y yo rodeo su cuello con mis manos para acercarlo más a mí.

Cuando finalmente nos separamos, me doy cuenta de que todos los presentes nos están mirando con la boca abierta. Hay un silencio que solo es roto por la voz de Charlie.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, sorprendida.

Blaze y yo nos miramos y no podemos evitar reírnos. Nos tomamos de las manos e intercambiamos una mirada en la que ambos estamos de acuerdo en decirlo por fin.

—Estamos juntos —decimos al unísono.

Hay un momento de silencio y luego todos comienzan a hablar al mismo tiempo. Denisse me abraza de nuevo, más fuerte esta vez, y Chloe y Trisha no paran de sonreír. Charlie me echa la charla y los chicos... creo que ellos siguen sin creérselo.

—¡Lo sabía! —exclama Chelsea—. Siempre he pensado que había algo entre vosotros. Llevábais un tiempo en el que os mirábais mucho.

—¿Esto merece una cervecita, no? —Will saca varias de la nevera y las pone en la mesa.

Blaze se pone detrás de él y le da una colleja. El pobre se soba la nuca mientras que los demás reímos.

—Para ti siempre es momento para tomarte una —le dice Blaze, abriendo una y pegándole un trago.

Camina hacia mí y me toma de la cintura para acercarme a él. Me relamo los labios y él deja un beso muy tierno sobre mis labios que hace que Chelsea y Denisse peguen un grito ahogado.

—¡Pero qué monos! —exclaman.

Las chicas se ponen a mi lado y me separan de Blaze. Charlie se cruza de brazos y repiquetea el suelo con el pie.

—Nos tienes que contar muchas cosas —dice, tomándome del brazo.

Entonces, trisha me pasa un brazo por los hombros y se acerca a mi oído.

—Sobre todo como es en la cama.

Y no puedo evitar reírme mientras me pongo colorada.



La feria está a rebosar de gente. Las luces de colores iluminan la noche. Blaze y yo caminamos de la mano, disfrutando de la compañía del otro. Me quita un poco de algodón de azúcar y se lo lleva a la boca. Le doy un codazo que lo hace reír.

—¡Vamos a intentar esa! —exclama Charlie, señalando un puesto de tiro al blanco.

Blaze sonrío y aprieta suavemente mi mano.

—¿Quieres probar suerte?

Me río y niego con la cabeza.

—No soy muy buena en eso, pero me encantaría verte intentarlo.

Blaze se acerca al puesto y paga por una ronda. Toma el rifle de aire comprimido y apunta con cuidado, disparando con precisión. Uno a uno, los blancos caen, y aplaudo emocionada. Cuando termina, el encargado del puesto sonrío y le ofrece un gran peluche en forma de oso.

—Para ti —dice Blaze, entregándome el peluche con una sonrisa.

Escucho a Denisse y a Chelsea volver a pegar un grito ahogado de la emoción y las miro por encima de mi hombro para enseñarles la lengua.

Lo abrazo con fuerza y me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—¡Es adorable! Gracias, Blaze.

Continuamos caminando por la feria, disfrutando de las atracciones, incluso me subo a la Noria. ¡Yo a la noria con el vértigo que tengo! Finalmente, la noche comienza a enfriarse, y siento un ligero escalofrío. Blaze nota mi incomodidad y, sin decir una palabra, se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros.

—Gracias —murmuro, acurrucándome en la chaqueta que aún conserva el calor de Blaze.

Y su perfume. Pienso dormir con ella todas las noches, porque a su casa no vuelve. Esto ya es mío.

—De nada —responde, envolviéndome con un brazo mientras continuamos caminando.

Llegamos a mi camioneta, y suspiro, sabiendo que es hora de irme a casa. Blaze se detiene y me mira con una sonrisa tierna en los labios.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dice—. Ya quiero que llegue mañana para volver a verte.

Sonrío y, sin pensarlo dos veces, me alzo en puntillas para darle un beso. Es un beso tierno pero lleno de pasión, uno que no deja lugar a dudas sobre lo que sentimos el uno por el otro. Por un momento, todo lo demás desaparece. Solo existimos nosotros dos.

Cuando nos separamos, abro los ojos y veo que alguien nos está observando. Tanisha está a unos metros de distancia, mirándonos fijamente. La expresión en su rostro es difícil de leer, pero hay algo en sus ojos que me hace sentir incómoda. Y me estremezco. Blaze sigue mi

mirada y también la ve. Su sonrisa se desvanece ligeramente, pero trata de mantener la calma.

—Parece que tenemos audiencia —murmura en tono de broma, aunque su voz tiene un matiz de preocupación—. Lo tenía que descubrir tarde o temprano.

Asiento, forzando una sonrisa.

—Sí, parece que sí.

Tanisha no se mueve, y el momento se vuelve cada vez más tenso. Finalmente, ella gira sobre sus talones y se aleja, pero no sin antes lanzar una última mirada que parece prometer problemas.

Siento un nudo en el estómago mientras la observo desaparecer entre la multitud. Sé que esto no terminará aquí. Lo presiento.

—Vamos, es tarde —dice Blaze—. Te llevo a casa.

Asiento y me subo a la camioneta, con el peluche aún apretado contra mi pecho. Mientras Blaze me lleva a casa, no puedo quitarme de la cabeza la mirada de Tanisha. Va a hacer algo, lo sé.

Blaze aparca y se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—Mañana será un nuevo día —dice, intentando infundirme ánimos—. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

—¿Te llevas la camioneta? —le pregunto. Blaze frunce el ceño, confuso. Y yo solo sé reírme por lo bajo como una tonta. me acerco a él y le acaricio la nuca—. Así tienes una excusa para venir mañana a verme.

Me responde con un beso. Pero cuando bajo para dirigirme a la puerta, observo a Tanisha en su habitación, mirándonos desde su ventana.

Me despido de Blaze y corro hacia mi habitación para resguardarme de ella. Es la primera vez que me veo obligada a pasar el cerrojo. Pero esa mirada... era como si me quisiera ver muerta.

A la mañana siguiente, me despierto con la sensación de haber dormido poco y mal. Y lo confirmo cuando me miro en el pequeño espejo de los polvos que siempre guardo en el cajón de la mesita de noche. Me estiro y me levanto, poniendo los pies sobre la fría madera del suelo. Aguanto la risa al escuchar a Nana decirle a Joe si va a ver un día en el que no diga una tontería.

Abro la ventana y dejo el canto de los pájaros me transporte a un momento de tranquilidad, ese que sé que se va a acabar en cuando abra la puerta y me encuentre con Tanisha.

El viento azota mi cara y respiro hondo. Cierro los ojos y me concienso de todas las posibilidades que pueden suceder ahí abajo: desde que me claven un cuchillo hasta que me arranquen la cabeza de cuajo.

Me visto, me pongo un pantalón quiero y una camiseta blanca metida por dentro para que se vea el cinturón marrón. Me calzo unos tacones bajos y me pongo una chaqueta de traje que me ha dejado Trisha para la ocasión. Hoy tenemos una reunión con el director y nos ha pedido ir formales. Se ve que el colegio está pasando un momento difícil y va a venir un acreedor para darnos opciones.

Bajo las escaleras con el bolso en la mano y a la primera que me encuentro es a Nana. Viene a paso ligero hacia mí, parece preocupada. Paro en el último escalón.

—Tanisha está en la cocina. Lo sabe, Lieve —me susurra.

Asiento.

—Lo sé. Ayer nos vio —respondo sin querer dar más explicaciones—. ¿Está...?

—Está muy tranquila, como si no le importara —murmura Nana, preocupada.

¿Y si a Tanisha le da igual? Pero, si le diera igual, ayer no me hubiera mirado de aquella manera, ¿no?

—Tengo que hablar con ella, tengo que dar la cara —siseo y Nana me mira con orgullo.

—Esa es mi chica —me acaricia la mejilla.

Le conté a Nana lo que ocurrió con mis padres y se enorgulleció al saber que les había plantado cara. Además, llamó a Abigail y a Oliver para agradecerles que salieran a defenderme. Y a Blaze le llevó un guiso que estaba buenísimo. Creo que zanjar el tema de mis padres ha hecho que tanto Nana como yo estemos mejor. Era una preocupación que llevábamos sobre los hombros, sobre todo por el miedo a que hicieran todo lo posible para llevarme con ellos. Pero la intervención de Blaze y su padre hizo que declinaran esa opción. Sé que los Jenkins tienen mucho dinero. Pero los siento como personas humildes, gente que sabe de dónde viene y que es fiel a sus raíces. Gente que merece la pena, gente de verdad. Por supuesto, están en un rango social más alto que mis padres por su fortuna y eso ha hecho que me dejen en paz porque tienen las de perder si me molestan.

Voy con Nana hacia la cocina y, cuando entro, Tanisha me mira sobre su hombro... y me sonrío. Sí, me sonrío y me quedo atónita. Yo pensaba que me iba a lanzar el tenedor a la cabeza o algo por el estilo.

—Tanisha —siseo y ella niega.

Se levanta y me abraza.

—No digas nada —murmura al separarse. Me toma de las manos y las aprieta—. Me alegro mucho de lo tuyo con Blaze, Lieve. Hacéis una pareja preciosa.

Nana se queda petrificada y a mí se me ha olvidado hablar. ¿De verdad está pasando esto? ¿De verdad me está diciendo que se alegra?

—Pensé que te había molestado —logro decir, rascándome la nuca—. Ayer estabas en la ventana de tu habitación y... —me interrumpe con un bufido.

—No me hagas ni caso. Me quedé en shock y ya sabes que una en esos momento no controla su cuerpo —hace una mueca y se termina el café, dejando la taza vacía en el platillo—. Pero, en serio, me alegro muchísimo y espero que os dure tooooooda la vida.

Cuando lo dice, siento que una sombra oscura se cierne sobre sus ojos. Pero lo ignoro, estoy segura de que es mi imaginación.

Nana se lleva la mano al pecho y respira con tranquilidad, abrazando a Tanisha.

—Ay, hija, qué alegría me das. Cuánto me alegro de que se te haya pasado esa cosa que tenías con Blaze.

Tanisa coge su bolso del perchero y se pone la chapita con su nombre en la camiseta.

—Mamá, soy adulta —le dice y dirige la mirada a mí. Me estremezco—. Ya no soy la niña que se obsesionaba con tonterías.

Me devuelve una sonrisa que no llega a sus ojos y continúa:

—Lieve, de verdad, espero que seas muy feliz con Blaze. Ojalá os vaya tan bien que nunca se te ocurra mirar atrás.

Noto un escalofrío recorrerme la columna, pero intento devolverle la sonrisa.

—Gracias, Tanisha. Espero que tú también encuentres a alguien que te haga muy feliz.

Tanisha sonrío, esta vez con una chispa en los ojos que no puedo descifrar.

—Oh, no te preocupes por mí, Lieve. Estoy segura de que mi momento llegará cuando menos te lo esperes.

Tanisha se va y nos deja a Nana y a mí desayunando solas. No hablamos mucho, le cuento algunos detalles del viaje a California y charlamos de lo mucho que nos preocupa no saber quién es la persona que quiere las tierras de Blaze.

Lo que yo no sabía es que dónde vivimos, nosotros y los otros ranchos, también son de Blaze, pero los Jenkins les cedieron las tierras para poder trabajar y vivir a las diferentes familias cuando la esclavitud se abolió.

—O sea, que si Blaze vende, os sacan de aquí a patadas —refunfuño mientras me pongo la chaqueta para estar decente.

—Así es —responde Nana, ayudándome—. Estas tierras están valoradas en millones de dólares, una cantidad que no podemos pagar para que sean nuestras al cien por cien.

—Blaze no va a vender —le aseguro.

Nana me abraza y asiente.

—Lo sé, sé que Blaze no vendería esto por nada del mundo. En la comunidad, todavía hay vestigios de ese entonces, hay ampollas y heridas que cicatrizar. Fue una época muy oscura. Así que está todo el mundo con el miedo metido en el cuerpo, pero yo sé que Blaze no nos haría eso —dice y sonrío en respuesta.

Me despido de Nana y me voy hacia el colegio. Llego a la hora en la que el director nos ha citado, incluso me da tiempo a cogerme un café. Pero cuando entro en aquella sala, me encuentro a Sam Carter. Intercambio una mirada con Hollie, la profesora de la otra clase de primer grado. El director está tieso al lado de Carter y se le ve incómodo.

Cuando entro en la sala, siento que el aire se ha vuelto pesado. Las miradas incómodas de mis colegas, especialmente de Hollie, se clavan en mí como agujas. El director, el amable y siempre sonriente Sr. Thompson, ahora tiene una expresión tensa y preocupada. Sam Carter domina la habitación.

Me acerco lentamente y tomo asiento, sintiendo un nudo en el estómago. No sé por qué Carter está aquí, pero su presencia nunca augura nada bueno. Miro al director, esperando alguna explicación.

El Sr. Thompson carraspea, intentando recuperar la compostura.

—Lieve, gracias por venir. Hay algo que debemos discutir contigo. Sam Carter tiene una propuesta que afecta directamente a tu posición en la escuela.

Carter se inclina hacia adelante, con sus ojos fríos y calculadores se clavan en los míos.

—Mi cliente está dispuesto a donar un millón de dólares a esta institución. Sin embargo, hay una condición.

El silencio es ensordecedor.

—¿Qué condición? —pregunto, aunque una parte de mí ya intuye la respuesta.

—Que te despidan —dice Carter sin rodeos—. Mi cliente no cree que seas una adición adecuada para esta institución.

El shock recorre la sala. Hollie deja escapar un pequeño jadeo y otros profesores comienzan a murmurar entre sí. Mis manos tiemblan mientras intento procesar lo que acabo de escuchar. No puedo creerlo. He trabajado tan duro para llegar hasta aquí, y ahora todo mi futuro pende de un hilo.

El director se aclara la garganta, mirando a Carter con determinación.

—Lieve es una excelente profesora. No voy a prescindir de ella solo por dinero.

Carter se recuesta en su silla.

—Sin el dinero, la escuela tendrá que cerrar en unos meses. Es una decisión difícil, pero necesaria.

El director finaliza la reunión abruptamente, indicando que necesita tiempo para pensar en otras soluciones. Salgo de la sala con el corazón acelerado.

Me dirijo a mi aula, intentando mantener la calma para no alarmar a mis alumnos. Pero es difícil concentrarme. Mi mente no deja de darle vueltas a la situación y sé que se lo tengo que contar a Blaze.



Aparco la camioneta enfrente del hotel y me bajo como alma que lleva el diablo. Le pregunto a la recepcionista si sabe dónde está Blaze y me dice que en su despacho. Sin embargo, Tanisha me coge del antebrazo y me para.

¿Qué hace ella aquí?

—Lieve, ¿qué haces aquí? —me pregunta, sacando de su bolso un gorro de piscina.

Vale, ha venido al spa.

—Necesito hablar con Blaze —le digo, sin darle más detalles.

Tanisha frunce el ceño y luego sonrío. Me toma del brazo y camina conmigo hacia el pasillo por el que se va a su despacho.

—Te acompaño, pareces alterada —murmura.

El pasillo parece alargarse interminablemente. Al llegar a la puerta del despacho de Blaze, noto que está entreabierta. Una risa sale del interior, congelándome en el sitio. Tanisha me suelta el brazo y se inclina hacia la puerta, abriéndola un poco más.

Dentro, veo a Blaze riéndose con una mujer increíblemente bella. Ella tiene una melena rubia ondulada que brilla como el oro bajo la luz del despacho. Sus ojos azules, profundos y brillantes, parecen ser de otro mundo. Lleva un vestido rojo ajustado que resalta su figura esbelta y elegante. Sus labios, pintados de un rojo intenso, se curvan en una sonrisa perfecta mientras se acerca a Blaze y lo abraza con una familiaridad que me duele ver.

El corazón se me encoge al ver esa escena. ¿Quién es ella? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué Blaze la mira de esa manera?

—Esa es Vanessa —susurra Tanisha a mi lado.

Me vuelvo hacia ella, tratando de no mostrar cuánto me ha afectado lo que acabo de ver.

—Vanessa es la exnovia de Blaze —continúa Tanisha—. Fue el amor de su vida. No te preocupes, Lieve. Ahora Blaze está conmigo, aunque Vanessa y él tengan la misma edad y, bueno, ella sea... ya sabes, bastante hermosa.

Cada palabra de Tanisha es como una daga en mi corazón. Intento mantener la compostura, pero la sensación de inferioridad y la tristeza comienzan a apoderarse de mí. El amor de su vida, ella es el amor de su vida y no yo.

No puedo soportar más. Sin decir una palabra, me doy la vuelta y me alejo del despacho. Salgo del hotel sin haber hablado con Blaze, sintiéndome más pequeña y menospreciada con cada paso que doy.

Blaze va a dejarme, solo hace falta ver cómo la mira.

Una vez fuera, el aire fresco no logra calmarme. Me siento deshecha, inferior y herida. La imagen de Blaze y Vanessa riendo, de cómo ella lo abraza, se repite en mi mente una y otra vez, cada vez más dolorosa. Me subo a la camioneta y me quedo allí, inmóvil, tratando de contener las lágrimas que amenazan con brotar.

He perdido a Blaze porque a mí nunca me ha mirado como a ella.



CAPÍTULO 40

HE JUEGO HA COMENZADO

BLAZE

Cuando contraté al mejor bufete de abogados de Texas no pensé que Vanessa estuviera allí trabajando. Ha sido una sorpresa verla después de tantos años. Le sirvo un café y la invito a sentarse enfrente de mí. Ella se cruza de piernas y saca un dossier de dentro de su maletín. Se pone las gafas y lee detenidamente mi caso. Pero parece que eso no es lo que de verdad le importa porque su mirada azul se clava en mí.

—Vaya —murmura, alargando la palabra—, han pasado tantos años.

Le sonrío con amabilidad.

—Y qué lo digas —respondo—. ¿Qué ha sido de tu vida? No he vuelto a saber de ti desde...

—Desde que te dejé —añade ella, quitándose las gafas y dejando que un suspiro salga de sus labios—. Me fui, conocí a alguien, me gradué, me casé y dos años después me divorcié.

Incrédulo, tuerzo el gesto.

—¿Te casaste y luego te divorciaste? —le pregunto y hago una mueca—. Qué raro en ti, siempre has sido una mujer muy decidida.

Se reclina en la silla y enrolla un mechón de pelo en su dedo. No me lo quiero creer, pero me echa una mirada coqueta.

—Lo sé, tenía que equivocarme alguna vez en mi vida, ¿no? —se inclina un poco sobre la mesa y roza su mano con la mía—. ¿Sabes, Blaze? Perseguí mi sueño y te dejé aquí, y creo que ese fue otro error. Quizá podamos quedar alguna noche para cenar y recuperar los años perdidos.

Retiro mi mano con suavidad, ese contacto que antes me causaba un cosquilleo ahora me es indiferente. Respiro hondo y mantengo mi tono firme.

—Vanessa, estoy con alguien ahora y no...

—Oh —dice ella, interrumpiéndome, su sonrisa vacilante se desinfla un poco—. No sabía que estabas... comprometido.

Asiento, sintiendo un ligero nudo en el estómago al verla así.

—Sí, se llama Lieve. Es... bueno, es increíble.

Vanessa parpadea, sorprendida, y por un momento parece perdida en sus pensamientos. Luego, una pequeña sonrisa vuelve a curvar sus labios.

—Me alegro por ti, Blaze. De verdad. Cuéntame, ¿cómo es ella?

Me recuesto en mi silla, permitiéndome relajarme un poco mientras pienso en Lieve. Vanessa sigue siendo la misma persona interesante y compleja que conocí, pero mis sentimientos por ella han cambiado.

—Lieve es increíblemente inteligente y tiene un corazón enorme. Es profesora, trabaja en la escuela que hay en el centro. Siempre está buscando maneras de ayudar a los demás, ya sea a través de su trabajo o simplemente en su vida. Me inspira a ser mejor cada día. Es como si todo cobrara sentido con ella a mi lado.

Vanessa asiente, su mirada se suaviza y parece interesada.

—Parece que realmente te gusta.

—Lo hace —respondo sin dudar—. Mucho. La quiero, Vanessa. Me imagino una vida con ella, ya sabes, una casa, tal vez hijos...

Mientras hablo, me doy cuenta de que los sentimientos que solía tener por Vanessa ya no están ahí. Ahora hay un sentido claro de afecto por lo que fue, y una certeza de que he seguido adelante.

Vanessa me observa con nostalgia en sus ojos, pero también con aceptación.

—Es bueno verte tan feliz, Blaze. Siempre pensé que te lo merecías, que mereces a alguien bueno que esté a tu lado.

Sonrío.

—Gracias, Vanessa. Y tú, ¿cómo estás? ¿Qué tal ha sido tu vida después del divorcio?

Ella suspira y se recuesta en su silla, sus ojos se pierden un poco en los recuerdos.

—Ha sido una montaña rusa, para ser honesta. Pero estoy bien ahora. Aprendí mucho sobre mí misma y sobre lo que realmente quiero en la vida. Sigo trabajando en mí misma.

—Eso es lo importante, ¿no? Seguir adelante, aprender y crecer.

Asiente, y por un momento, compartimos un silencio cómodo, recordando los viejos tiempos. Vanessa se endereza y una sonrisa traviesa aparece en su rostro.

—¿Recuerdas aquella vez en el laboratorio de química?

No puedo evitar reír al recordar.

—¿Cómo olvidarlo? Estuvimos a punto de quemar toda la clase. No sé cómo logramos no ser expulsados.

Vanessa se ríe también.

—Dios, éramos un desastre. ¿Te acuerdas cómo intentábamos crear un nuevo compuesto y terminamos haciendo una reacción explosiva?

—Sí, y el profesor Stevens casi se desmaya del susto. Nos castigaron limpiando el laboratorio durante un mes.

Vanessa se ríe aún más fuerte, y no puedo evitar unirme a ella.

—Me alegra ver que sigues siendo el mismo de siempre, Blaze. Aunque ahora seas un adulto responsable.

Le guiño un ojo.

—Solo un poco más responsable. Aún tengo mis momentos.

Nos quedamos en silencio por un momento. A pesar de todo, la conexión que compartimos sigue allí, aunque de una manera diferente.

—Bueno, Blaze —dice finalmente, mirándome con una sonrisa amable—, ha sido bueno verte. Y me alegra saber que estás feliz. Pero ahora tenemos que hablar de lo que está pasando.

Asiento y me recuesto en el asiento.

—Lo sé —respondo—. ¿Crees que podrás imputar a Carter? Su hijo, Alex, está desaparecido, y Sam sigue teniendo contacto con quién quiera joderme la vida.

Vanessa chasquea la lengua.

—Voy a hacer todo lo posible para descubrir quién es esa persona. Voy a contratar a un

detective que siga a Carter las veinticuatro horas del día y que recoja pruebas —me dice ella—. No te preocupes, es de confianza. Toda mi gente lo es y estaremos coordinados con Wayne.

Me levanto y le tiendo la mano. Vanessa me imita y me la estrecha. Salgo de detrás del escritorio y ella me abraza.

—Procura no explotar este sitio —bromea ella y yo me río a carcajadas.

Nos miramos por un momento y volvemos a reírnos.

—Y tú no vayas a hacer ningún experimento químico sin supervisión —le digo, aún riendo.

Vanessa sacude la cabeza.

—Prometo no tocar ningún compuesto químico sin un adulto responsable cerca —responde con una chispa en los ojos.

Mientras la observo, me doy cuenta de cuánto hemos cambiado y, a la vez, de cuánto hemos permanecido igual.

—Hablando en serio, Blaze —dice ella—, estoy aquí para ayudarte. No dudes en llamarme si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Lo haré, Vanessa. Y gracias por todo. Significa mucho para mí.



La carretera se extiende ante mí. Mientras conduzco hacia el rancho de los Walker, mi mente no deja de divagar, no puedo dejar de pensar en lo que ha pasado. Conforme el coche avanza, con el rugido suave del motor, llego a la conclusión de que lo mejor es no contarle a Lieve sobre Carter. No quiero preocuparla más de lo necesario; ya hay suficiente en juego.

El sol comienza a descender en el horizonte cuando llego. Aparco el coche cerca de la casa principal y me dirijo hacia la entrada, donde Joe está ajustando una brida. Sus ojos, siempre alertas, se alzan para encontrar los míos.

—Hola, Joe —le saludo, esbozando una sonrisa amistosa—. ¿Dónde está Lieve?

Joe me devuelve la sonrisa, asintiendo hacia la cuadra.

—Está en la cuadra con Ranger. Parece que necesita algo de compañía hoy.

Se lo agradezco a Joe y me dirijo hacia el establo. El aire está impregnado del aroma a heno. Al acercarme a la cuadra, veo a Lieve peinando a Ranger. Sus movimientos son suaves, casi mecánicos, pero una sombra de tristeza cubre su rostro.

Me quedo un momento observándola. Luego, me acerco lentamente y la abrazo por la cintura desde atrás. Ella se tensa antes de relajarse contra mí, pero algo en su postura delata que le pasa algo.

—Hola, muñeca —murmuro contra su cabello—. ¿Cómo estás?

Lieve suspira, sus manos se detienen en la crin de Ranger.

—Hola, Blaze. ¿Qué tal tu día?

Me encojo de hombros.

—Ha ido bien. He tenido algunas reuniones, ya sabes cómo es esto.

No le menciono nada sobre Vanessa. No quiero añadirle más preocupaciones, especialmente cuando ya parece cargada con las suyas propias. Sin embargo, Lieve gira ligeramente la cabeza, sus ojos se clavan en los míos y puedo ver un sentimiento que no puedo identificar del todo.

—¿Eso es todo? —pregunta, con su voz en un filo de enojo.

—Sí, básicamente —respondo, sin poder evitar la sensación de que algo está mal.

Lieve se aparta de mi abrazo, girándose por completo para enfrentarme. Su mirada es intensa, y la tristeza ha dado paso a una furia contenida.

—Blaze, ¿por qué no me dijiste que estuviste con Vanessa hoy?

Mi mente se queda en blanco por un segundo. Ella lo sabe. Antes de que pueda formular una respuesta, Lieve continúa.

—Te vi, Blaze. Vi cómo estabas con ella en la oficina. No soy tonta.

Tomo aire profundamente, intentando mantener la calma.

—No quería preocuparte, Lieve. Solo fue una reunión de trabajo, nada más.

—¿Nada más? —replica, su voz se eleva un poco—. Sé que Vanessa fue el amor de tu vida. Es natural que me preocupe.

De repente, todo tiene sentido. Su tristeza, su distancia. Son celos lo que la ha estado carcomiendo. No puedo evitar que una sonrisa de diablillo se dibuje en mis labios.

—¿Estás celosa? —pregunto, con un destello travieso en mis ojos.

Lieve se sonroja, bajando la mirada por un momento antes de volver a alzarla con determinación.

—Sí, lo estoy. Porque sé lo que Vanessa significó para ti. Y no puedo evitar sentirme insegura.

La rodeo con mis brazos, atrayéndola hacia mí. Siento su resistencia inicial desvanecerse, y sé que tengo que ser sincero.

—Lieve, es verdad que Vanessa fue el amor de mi juventud. Pero tú... tú eres quien me ha robado el corazón. Eres la mujer con la que quiero tener un presente y un futuro. Nadie más.

Por primera vez, duda. Alza una ceja en mi dirección y desvía la mirada hacia otro lado. Noto que se ha puesto un poco roja y que la línea que han formado sus labios se curva en una sonrisa.

—¿Y cómo sé que eso es verdad y no me estás mintiendo?

Dejo un beso en su hombro y ella se estremece. Mis manos se deslizan por su abdomen, por dentro de la camiseta. Bajo la cabeza y me acerco a su hombro.

—¿Qué te parece si vienes a cenar conmigo y te lo demuestro? —susurro.

Lieve me da un manotazo en el brazo mientras me echo a reír. Se aleja unos pasos de mí y se cruza de brazos. Su rostro está rojo, como si toda la sangre se le hubiera ido a las mejillas.

—Eres idiota.

Y cuando lo dice, un trueno parte el cielo. Comienzan a caer las primeras gotas de lluvia y Lieve resopla.

—Es mejor que nos vayamos, va a caer una buena —murmura, guardando las cosas y saliendo delante de mí.

Pero sigo notándola algo distante, así que la tomo del brazo y la paro en seco.

—Vamos, Lieve, ¿por qué no me crees? —Me cae una gota en la frente y me la limpio.

Lieve otea el cielo y hace una mueca. Cuando vuelve su mirada hacia mí, la suelto. Luego, otra gota cae. Y la siguen otras tantas hasta que la fina lluvia nos empapa, pero ni Lieve ni yo nos movemos.

—Porque yo no soy como ella, Blaze —confiesa.

—¿Qué? —Doy un paso hacia ella y frunzo el ceño—. ¿Cómo que no eres como ella?

Asiente.

—Yo no soy bella, ni delgada, ni... —se calla y se muerde el labio inferior—. Tanisha tiene razón.

—¿Cómo? —inquiero y me exalto—. Tanisha no tiene ni puta idea. —Soy tan tosco que Lieve abre los ojos—. Tanisha no tiene ni puta idea, Lieve. ¿De verdad piensas que no me gustas? ¿De verdad crees que lo que siento por ti es una gilipollez? —Agarro su mano y la pongo

en mi corazón—. ¿Ves cómo late? Pues así se pone cada vez que te veo o pienso en ti. Maldita sea, Lieve, me tienes loco. Y si Vanessa ha venido es porque... porque...

—¿Por qué? —me pregunta ella, con la mano todavía en mi corazón—. ¿Por qué, Blaze?

Me relamo los labios y decido contárselo.

—Porque es abogada y me está ayudando a intentar meter entre rejas a Sam Carter. Llamé a un bufete de abogados muy prestigioso en Houston y, cuando se enteró que yo era el cliente, vino —le digo—. Sí, me ha dicho de quedar con ella porque se ha divorciado. Pero tengo muy claro a quién quiero en mi vida y es a ti. Lieve, yo te quiero a ti.

La acerco a mí y le aparto un mechón húmedo de la cara. Acaricio su nariz con la mía y ella sonríe.

—¿Me quieres a mí?

Asiento, serio.

—Mi padre siempre dice que cuando un Jenkins se enamora, no hay nada que lo detenga —susurro—. Mira, Lieve, voy para treinta años. He estado con muchas mujeres, pero ninguna me ha hecho sentir lo que tú. Y me importa una mierda lo que la gente diga sobre el tiempo para conocerse y esas patochadas. Somos nosotros quienes decidimos los tiempos, por muy loco que a otros les pueda parecer.

Lieve hace un puchero. Se levanta de puntillas y me da un beso en los labios. Cuando se separa, sonríe más abiertamente. Y entonces lo dice, dice las dos palabras que hacen que mi corazón comience a golpear fuerte mi pecho.

—Te amo.

La cojo por debajo del trasero y me aupo. Lieve pega un grito y se ríe a carcajadas. Me rodea el cuerpo con sus piernas y me coge la cara con sus manos. Me da un beso, y luego otro.

—Yo también te amo, Lieve. Por y para siempre.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una advertencia de lo que pienso hacer toda la vida.



Lieve me da un último beso antes de tomar el picaporte de la puerta y abrirla. Pero en ese mismo momento, Tanisha aparca el coche y baja con una sonrisa siniestra que estremece.

Nos mira y frunce los labios.

—¿Qué hacéis aquí, parejita? —inquire.

Y es cuándo exploto.

—La pregunta es qué cojones haces tú con Lieve. me tienes hasta las narices, Tanisha —le suelto, provocando que Lieve abra los ojos y que Joe y Maggie se asomen por la puerta—. Has tenido la cara de meterle en la cabeza a Lieve que Vanessa es mejor que ella. ¿Pero de qué vas? ¿Quién te crees que eres para hacerle eso a mi mujer?

Y parece que la palabra mujer la desquicia. Su rostro se descompone y mira a Lieve de arriba abajo con un odio que aterra. Maggie sale con un fular sobre los hombros.

—¿Eso es verdad, Tanisha? —Al ver que no responde, la toma del brazo y la zarandea—. ¡Te estoy hablando!

Tanisha se suelta y resopla, como si la situación la cansara.

—¿Es acaso mentira? Lieve no es nadie, es solo una garrapata que se ha aferrado a la que tendría que ser mi vida —suelta con veneno—. Lieve, la dulce y perfecta Lieve. —Suelta una risa y se acerca a ella. Pero me interpongo porque no me fío de Tanisha—. Soy yo quién debería ser el ojito perfecto de mis padres, soy yo quién debería estar con Blaze. ¡Me has robado todo y te juro que te vas a acordar de mí!

Tanisha vuelve a meterse a su coche y arranca, haciendo un ruido que hace que Lieve se encoja.

Lieve quiere hablar, quiere decir algo, pero Maggie niega y le pasa un brazo por los hombros.

—Sabía que no estaba bien, lo sabía —susurra y clava la mirada en mí—. No va a darte más problemas, Blaze. Ni a ti ni a Lieve, te lo aseguro.

Y como me hubiera gustado que esas palabras fueran verdad.



CAPÍTULO 41

PÉRDIDA

LIEVE

El aula resuena con las risas y susurros de mis alumnos de siete años, hay un bullicio que llena el aire mientras intento explicarles el proceso de la fotosíntesis. Siento un cosquilleo en la nariz y antes de poder controlarlo, estornudo. Mis alumnos se ríen, y yo me uno a ellos.

—Perdón, chicos —digo, aún sonriendo mientras me froto la nariz—. Ahora, como os estaba diciendo, las plantas utilizan la luz solar para convertir el dióxido de carbono y el agua en glucosa y oxígeno...

El timbre suena, interrumpiendo mi explicación. Los niños se levantan de sus asientos con una energía inagotable, recogiendo sus cosas y preparándose para salir al recreo. Emily, una niña de ojos grandes y brillantes, se adelanta y me agarra del brazo.

—¡Señorita Lieve! ¿Va a ir a la feria de Halloween este fin de semana?

Sonrío.

—Sí, claro que iré.

—¿Y se va a meter en el laberinto de maizal? —pregunta Michael, un niño que parece estar siempre en movimiento, casi saltando en su lugar.

No puedo evitarlo, la sonrisa se ensancha en mi rostro.

—Sí, también iré al laberinto.

Los gritos de emoción me envuelven mientras mis alumnos se apresuran a salir del aula, dejándome sola con mis pensamientos. Termino de recoger mis cosas y salgo del edificio. El aire fresco de octubre me recibe cuando cruzo las puertas de la escuela, y entonces lo veo. Blaze está ahí, apoyado contra su camioneta, con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

—¡Blaze! —le digo, acercándome a él con una sonrisa que no puedo contener.

—Hola, preciosa —responde, levantando la vista y regalándome una de sus sonrisas que siempre logran derretir mi corazón—. ¿Lista para ir a casa?

—Sí, vamos.

Subo a su camioneta. El trayecto, pero disfruto cada segundo de la cercanía con Blaze, que no me suelta la mano ni para cambiar de marcha. Cuando llegamos, él se detiene y me ayuda a bajar, como siempre hace.

—Nos vemos esta noche, ¿verdad? —dice, inclinándose para besarme suavemente en los labios.

—Sí, hasta entonces —respondo, sintiendo un vacío en el estómago al separarme de él.

Lo observo marcharse, su figura se desvanece en la distancia antes de que finalmente entre en la casa. La tranquilidad del momento se rompe en cuanto cruzo el umbral. Tanisha está ahí, esperándome, con los brazos cruzados y una expresión de desdén en su rostro. Desde que se reveló que estoy con Blaze, su hostilidad no ha hecho más que crecer.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —su tono es frío, casi cortante.

—Vengo de la escuela —respondo, tratando de mantener la calma y no dejar que su actitud me afecte.

—No me gusta que estés con Blaze —dice, acercándose a mí con pasos decididos—. No lo soporto.

Siento cómo la rabia empieza a arder en mi interior. He soportado las críticas de Tanisha durante demasiado tiempo, y estoy cansada de sus tonterías.

—Tanisha, estoy con Blaze porque lo quiero. Te guste o no, no voy a dejarlo. Debes aceptarlo.

Sus ojos se entrecierran y por un momento temo que me golpee. En cambio, sus palabras son aún más hirientes.

—Si no lo dejas, te haré la vida imposible, Lieve.

—Y yo te repito que no pienso dejarlo solo porque te hayas obsesionado con él vltrespondo, firme.

—Tú lo has querido.

Mi corazón late con fuerza mientras nuestras miradas se mantienen firmes, llenas de una tensión que parece tangible. Finalmente, decido no darle más importancia y me dirijo a mi habitación. La puerta se cierra detrás de mí y dejo escapar un largo suspiro.

Esto no va a parar y lo sé.



Esa noche, me reúno con Charlie, Trisha y Chloe en la feria de Halloween. La noche está en su punto más álgido, y el espíritu de Halloween impregna cada rincón de la feria. Mientras esperamos a los demás, decidimos adentrarnos en el famoso laberinto de maizal, ese del que los niños me han hablado tanto.

—¿Y si entramos ya? Estoy segura de que los demás van a tardar una eternidad, ¿no veis que son personas adultas con trabajos demasiado aburridos? —murmura Charlie.

La miro por encima del hombro y me río.

—Claro, porque trabajar con tus padres es la cosa más divertida del mundo —bromeo y ella intenta alcanzarme, pero la esquivo y le saco la lengua.

—Esto va a ser divertido —dice Chloe, riendo mientras entramos.

El laberinto se extiende ante nosotras, sus altos muros de maíz crean un entramado de pasillos que se pierden en la oscuridad. Al principio, avanzamos con confianza, riendo y bromeando sobre lo fácil que será encontrar la salida. Pero a medida que nos adentramos más, todo cambia. La oscuridad se cierra a nuestro alrededor y los susurros del viento entre los tallos de maíz se vuelven inquietantes. Mis amigas y yo nos mantenemos cerca, bromeando para aliviar la tensión que comienza a formarse en el aire.

De repente, aparece una figura frente a nosotros. Freddy Krueger, con su característico sombrero y su mano de cuchillas, nos observa desde las sombras. Un grito se escapa de mis labios y mis amigas reaccionan igual.

No hay cosa que me dé más miedo en esta vida que el maldito Freddy Krueger.

—¡Corred! —grito, y todas nos echamos a correr por los angostos pasillos del laberinto.

Las risas nerviosas se transforman en auténtico terror cuando más figuras de Freddy Krueger nos acorralan. El pánico se apodera de nosotras, pero seguimos adelante, intentando encontrar una salida. Los pasillos parecen interminables, y el eco de nuestras pisadas y respiraciones agitadas resuena en la noche.

Llegamos a una zona más amplia del laberinto, donde uno de los Freddy Krueger se adelanta y levanta su mano con cuchillas, que brillan amenazadoramente bajo la luz de la luna. Y es cuando me doy cuenta que no son de un disfraz, que son de verdad. El miedo se instala en mi pecho, paralizándome por un instante.

—¡Detente! —grito, con mi voz temblando.

Él se quita la máscara, revelando el rostro de Tanisha. El olor a alcohol emana de ella, y sus ojos están inyectados en sangre. Su expresión es una mezcla de odio y desesperación, una visión que me hiela la sangre.

—¿Siempre tienes que ser mejor que yo, Lieve? —grita, arrojando las cuchillas al suelo con desprecio.

Intento calmarla, dar un paso adelante con las manos levantadas en señal de paz.

—Tanisha, eso no es verdad. Podemos hablar de esto, por favor. Vamos comportarnos como personas adultas.

Pero ella está demasiado alterada. Se sube a un pequeño banquito, tambaleándose mientras la lluvia comienza a caer, convirtiendo el suelo en una superficie demasiado resbaladiza. Mis amigas observan en silencio, paralizadas por el miedo.

—¡Tanisha, por favor, baja de ahí! —ruego, con mi voz quebrada por la preocupación.

Pero se ríe.

—¿La buena de Lieve tiene miedo? ¿Cuándo vas a dejar de ser la niña perfecta? —escupe con odio—. ¿Cuándo vas a dejar qué..? ¡Ah! —grita al resbalar.

Antes de que pueda hacer algo, Tanisha pierde el equilibrio y cae. Las cuchillas se clavan en su estómago con un sonido sordo y terrible. El tiempo parece detenerse mientras el horror se apodera de mí.

—¡No! —grito, corriendo hacia ella.

Su rostro se contrae del dolor y la escucho gritar una última vez. Un grito desgarrador que le quiebra la garganta.

Me arrodillo a su lado, intentando detener la hemorragia con mis manos. La sangre caliente empapa mis dedos y mis lágrimas caen sobre su rostro inerte. Trisha sale corriendo, gritando por ayuda, sus pasos resonando en la noche oscura. Tanisha me mira con los ojos vidriosos, y su vida se escapa de ella en cuestión de segundos. Mis lágrimas caen sobre su rostro mientras grito su nombre, tratando de mantenerla consciente, pero es inútil.

—Tanisha, por favor, aguanta —susurro, con mi voz rota por el dolor y la desesperación.

Cuando desvío la mirada, veo a Blaze, Will, Paul, Trisha y el sheriff Wayne entrando al laberinto. Sus rostros reflejan el horror y la incredulidad ante la escena que se desarrolla ante ellos. El sheriff se lleva las manos a la cabeza y pide una ambulancia a través de su radio. Blaze corre hacia mí, arropándome con sus brazos mientras el sheriff me quita el cuerpo de Tanisha de las manos.

—Lieve, todo estará bien —susurra Blaze, sosteniéndome con fuerza mientras el mundo se desmorona a mi alrededor.

La lluvia sigue cayendo, mezclándose con mis lágrimas y la sangre en el suelo. Los minutos se alargan interminablemente hasta que llegan los paramédicos. El sheriff Wayne se asegura de que Tanisha sea atendida primero, pero es demasiado tarde. La miro mientras la suben a la camilla, su cuerpo inerte y pálido bajo la luz de las linternas.



El día del entierro de Tanisha, el cielo parece compartir nuestro dolor, cubierto de nubes grises y pesadas que amenazan con liberar una tormenta en cualquier momento. La pequeña iglesia del pueblo está llena de personas que conocieron y amaron a Tanisha. Nana y Joe están al frente, devastados por la pérdida de su hija. Mi corazón se rompe al verlos así.

Estoy de pie junto a Blaze y Charlie, con mi mano entrelazada con la de Blaze en un intento de buscar consuelo. Las palabras del pastor se mezclan con el sonido de los sollozos, y veo cómo Nana se apoya en Joe, incapaz de sostenerse por sí misma. Es un momento desgarrador, y me esfuerzo por mantener la compostura mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Miro alrededor y noto a Sam Carter. Su presencia me hace sentir una inquietud inexplicable. Al otro lado, cerca de los árboles, está Owen Jenkins, el tío de Blaze, con su habitual semblante frío e imperturbable. Me pregunto qué está haciendo aquí, qué hace Sam Carter en el entierro de Tanisha; aunque supongo que es por aparentar.

Después de que el pastor termine de hablar, se da paso a la ceremonia de entierro. Blaze y yo nos acercamos al ataúd para despedirnos de Tanisha por última vez. Charlie está a mi lado y me acaricia la espalda.

—Lo siento tanto —susurra Charlie hacia Nana y Joe.

Nana deja que Charlie la abrace.

Blaze me envuelve con su brazo, y juntos observamos cómo el ataúd es bajado a la

tierra. Las flores que se colocan sobre él parecen insignificantes. Nana se arrodilla junto a la tumba, con sus manos temblorosas dejando caer un puñado de tierra mientras murmura palabras de despedida.

—Mi niña, mi querida Tanisha —solloza, y Joe la abraza con ternura, con sus propias lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas.

La tristeza envuelve a todos los presentes, y por un momento, parece que el tiempo se detiene. Finalmente, el entierro termina, y la gente comienza a dispersarse. Nana se acerca a mí, con sus ojos enrojecidos por el llanto.

—Lieve, cariño, necesito pedirte un favor —dice con la voz quebrada—. ¿Podrías ir a la casa y traer la caja de madera que está en el estante de la cocina? El sheriff Wayne necesita verla.

Asiento, haciendo cualquier cosa para aliviar su dolor, aunque sea un poco.

—Claro, Nana. Voy ahora mismo.

Le digo a Blaze que me espere y me dirijo hacia la casa. El camino lo conozco como si me hubiera criado aquí, pero hoy parece más largo. Pero al acercarme a un establo, escucho voces, algo no va bien. Me detengo y me escondo detrás de un barril de heno, reconociendo las voces de Sam Carter y Owen Jenkins. No me han visto, y decido escuchar.

—Owen, las tierras de los Jenkins son perfectas para el hotel. Solo necesitamos deshacernos de los problemas —dice Sam.

—Lo sé, Sam —responde Owen con frialdad—. Ya hemos causado suficiente caos en el rancho. Es cuestión de tiempo antes de que se rindan. Tienen que rendirse y ceder las tierras.

—¿Y crees que tu sobrino lo hará pronto? No quiero ni imaginarme cuando descubra que eres tú el comprador —se mofa.

—Para ese momento, ya tendré lo que quiero.

Mi corazón late con fuerza al escucharlos. Owen está detrás de todo lo sucedido en el rancho. Quiere las tierras para construir un hotel. Me quedo atónita, y me llevo una mano a la boca para ahogar un grito.

Tengo que avisar a Blaze y al sheriff Wayne. Con cuidado, intento retroceder, pero mi pie tropieza con una silla de montar y caigo al suelo con un ruido seco. Sam y Owen se vuelven hacia mí y es cuando sé que estoy perdida.

—¡Tú! —grita Owen, dando un paso hacia mí.

Escucho un disparo.



CAPÍTULO 42

EL COMPRADOR

LIEVE

Me levanto rápidamente y echo a correr, mi corazón martillea en mis oídos. Escucho los pasos pesados de Sam y Owen detrás de mí.

—¡No dejes que escape! —ordena Owen.

Siento un dolor agudo en el brazo y me doy cuenta de que Owen me ha disparado. La adrenalina me impulsa a seguir corriendo, a pesar del dolor. Me adentro en el maizal, esperando que los altos tallos me ofrezcan algún tipo de protección.

Corro a través de los estrechos pasillos, escuchando los gritos y las maldiciones de Sam y Owen detrás de mí. Mi brazo duele, y siento la sangre empapando mi manga. Pero no puedo detenerme. Debo encontrar una manera de escapar y avisar a Blaze y al sheriff.

El maizal parece un laberinto interminable y eso no me trae buenos recuerdos. Mis pasos son rápidos y erráticos, tratando de evitar las trampas del terreno. Me detengo un momento para recuperar el aliento, escondiéndome. Los sonidos de mis perseguidores se acercan, y mi corazón late desbocado.

—¡Lieve! Sabemos que estás aquí. ¡No puedes esconderte para siempre! —La voz de Sam resuena llena de frustración.

Mantengo la calma y sigo avanzando, mis pasos son suaves para no hacer ruido. La herida en mi brazo arde, pero me obligo a seguir moviéndome. De repente, veo un pequeño claro en el maizal y corro hacia él, esperando encontrar una salida.

Pero el claro no ofrece escapatoria, solo más maíz. Maldigo en mi interior. Mi respiración es entrecortada, y mis piernas tiemblan por el esfuerzo. Escucho los pasos de Sam y Owen acercándose y sé que debo actuar rápido. Decido correr en la dirección opuesta, esperando tener alguna ventaja.

Corro y corro.

No puedo dejar que Owen se salga con la suya. Debo encontrar la manera de llegar al sheriff Wayne y revelarle la verdad.

Finalmente, veo una pequeña apertura en el maizal que parece conducir hacia el exterior. Con las últimas fuerzas que me quedan, corro hacia ella, sintiendo que la libertad está al alcance de mi mano. Pero mis perseguidores están cada vez más cerca.

—¡Ahí está! —grita Owen, y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

Salgo del maizal y corro hacia la carretera, donde veo a Blaze y al sheriff Wayne. Mis fuerzas se desvanecen y caigo al suelo, jadeando y con la vista nublada por el dolor.

El dolor en mi brazo es punzante y me arrastran hacia atrás mientras me tapan la boca. Mis fuerzas están mermando rápidamente. Owen se acerca mientras que Sam me mantiene. La pistola en su mano brilla y no puedo evitar estremecerme e intentar soltarme.

—Lieve, no tiene sentido esconderte —su voz es un susurro de hielo que hace eco en mi mente—. Sabes demasiado.

Siento la desesperación aumentar dentro de mí. No puedo permitir que Owen lo logre, pero estoy atrapada. Sin salida. En la mierda. Él sonríe, una sonrisa llena de malicia y seguridad.

Él se ríe cuando comienzo a llorar, un sonido frío y carente de compasión.

—No puedo dejarte ir, Lieve. Sé que se lo contarás a Blaze. No puedo permitirme ese lujo.

La pistola apunta directamente a mí, y siento el miedo correr como un veneno por mis venas. Cierro los ojos, esperando lo inevitable. El tiempo parece detenerse, el aire se vuelve denso y pesado. Un disparo rompe el silencio. No siento dolor, pero algo ha cambiado. Abro los ojos con lentitud y me sorprendo al ver que es Owen quien está en el suelo, rodeado por un charco de sangre. Mi mente tarda en comprender la escena, pero cuando lo hace, veo a Blaze de pie, con una pistola en la mano.

Dos policías me quitan a Sam de encima.

—Blaze... —mi voz es un susurro, incrédula y asombrada.

Él corre hacia mí. Se agacha a mi lado y sus ojos buscan los míos.

—Wayne, pide una ambulancia —ordena, con la voz firme; urgente.

El sheriff Wayne asiente y saca su radio para llamar a emergencias. Blaze se concentra en mí, pero tengo sueño. Mucho.

—Lieve, tienes que mantenerte despierta. No te duermas, por favor.

Intento asentar, pero la oscuridad comienza a envolverme. La adrenalina que me ha mantenido en pie se desvanece, y el agotamiento se apodera de mí.

—Tengo... mucho sueño —murmuro, con los párpados pesados como el plomo.

—No, Lieve, no cierres los ojos —insiste Blaze, con su voz ahora teñida de desesperación—. Quédate conmigo.

Lucho contra el peso del cansancio, pero cada segundo es una batalla perdida. Las voces a mi alrededor se vuelven difusas, y el dolor en mi brazo parece distante.

—Te necesito, Lieve. No puedes dejarme ahora.

La oscuridad finalmente me envuelve por completo.



La luz que entra por la ventana es suave, cálida, y me despierta. Parpadeo varias veces, tratando de enfocar mis ojos. Al principio, todo es un borrón, pero poco a poco, las formas y los colores comienzan a tomar forma. Lo primero que veo es el rostro de Blaze, sentado junto a mi cama. A su lado está Nana.

—¡Lieve! —exclama Nana, y antes de que pueda reaccionar, me envuelve en un abrazo—. Gracias a Dios que estás bien. Voy a avisar al doctor.

Nana se levanta rápidamente y sale de la habitación, dejándome a solas con Blaze. Él se inclina hacia mí, su mano acaricia suavemente mi mejilla. La calidez de su toque me reconforta, y no puedo evitar sonreírle.

—Estoy bien, Blaze —digo, débil.

Se ríe, una risa que está llena de alivio y emoción.

—Lo sé, muñeca. Todo ha terminado.

Ha terminado. La pesadilla que hemos vivido finalmente ha llegado a su fin. Pero aún tengo preguntas, miedos. La imagen de Blaze con el arma y Owen muerto se repite en mi mente.

—¿Qué va a pasar ahora, Blaze? —pregunto, con la voz temblorosa.

Blaze se sienta en el borde de la camilla y clava su mirada en mí.

—Las leyes me amparan. Fue defensa propia, Lieve. El sheriff Wayne está de acuerdo y ha tomado mi declaración. No tienes que preocuparte.

Me inclino hacia él, y me fundo con él en un beso suave. Cuando me separo, siento una lágrima rodar por mi mejilla.

—He pasado mucho miedo, Blaze —confieso.

Blaze toma mis manos entre las suyas, besándolas con ternura.

—Lo sé, y yo también, Lieve. Pensar que podía perderte fue el mayor miedo de mi vida. Te prometo que no dejaré que te pase nada. Nunca más.

Nos miramos a los ojos, y en ese momento, todo lo demás desaparece. Solo existimos nosotros dos.

—Te amo, Blaze.

—Y yo a ti, Lieve.

Blaze me ayuda a levantarme de la cama con cuidado. Aunque estoy débil, logro sostenerme. Nos acercamos a la ventana del hospital, escuchamos el sonido de bocinazos desde la calle.

Cuando nos asomamos, veo a todos nuestros amigos reunidos debajo. Charlie, Trisha, Chloe, Will, Denisse, Troy... y otros más están ahí, sonriendo y agitando las manos. En el centro de todos ellos, sosteniendo un pequeño cachorro, está Phalon. El cachorro tiene una bandana roja alrededor del cuello y mueve la cola con entusiasmo mientras ladra.

Miro a Blaze con el ceño fruncido.

—¿Es para mí? —pregunto, sin poder creerlo.

Blaze sonríe y me envuelve en un abrazo por la espalda. Su barbilla descansa en mi hombro.

—Te lo debía, muñeca —dice en mi oído—. Tienes mucha gente que te quiere, Lieve. Y yo el que más.

—Blaze, ¿qué haremos ahora? —pregunto.

Blaze me da la vuelta con una sonrisa de diablillo y me coge la mano. Saca del bolsillo de su pantalón un anillo y lo pone en mi dedo índice.

—¿A qué no lo adivinas?



EPÍLOGO

LIEVE

El suave sonido de risas me despierta. Aún medio dormida, me giro en la cama y parpadeo para enfocar la luz de la mañana que entra por la ventana. Al abrir los ojos, veo a mis cuatro hijos, Mary, Susan, Oliver y Grace, todos alrededor de Blaze, que ahora es mi marido. Mary, con seis años, sostiene un cupcake con una vela encendida. Susan, de cuatro años, y Oliver y Grace, gemelos de dos años, me observan con sus grandes ojos verdes.

—¡Feliz cumpleaños, mamá! —gritan al unísono.

Sonrío y me incorporo en la cama. Los niños se suben con torpeza y me entregan un pequeño paquete envuelto en papel brillante. Miro a Blaze, que me observa con una sonrisa traviesa en sus labios, y le reprendo suavemente con la mirada.

—¿Otra sorpresa? —pregunto, fingiendo indignación.

Han pasado siete años desde que llegué al rancho y seis desde que me casé con Blaze, pero su picardía y capacidad para sorprenderme nunca han disminuido. Blaze se ríe y asiente.

—Ábrelo, mamá, ábrelo —insiste Mary.

Desenvuelvo el paquete con cuidado, revelando un hermoso álbum de fotos. Los niños se acomodan a mi lado, ansiosos por mostrarme lo que han hecho. Abro el álbum y veo páginas

llenas de fotos, recuerdos de momentos felices.

—Lo hicimos para ti, mamá —dice Susan a malas penas, metiéndose el dedo en la boca.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras paso las páginas. Blaze, viendo mi emoción, le indica a los niños que bajen a desayunar.

—Dejadnos un momento a solas, niños. Vuestra madre necesita un poco de tiempo para asimilar tanta sorpresa.

Los niños obedecen, bajando de la cama con rapidez. Blaze se sienta a mi lado y me mira con un amor que después de siete años me sigue sorprendiendo.

—Feliz cumpleaños, muñeca —dice, tomando mi mano—. Te amo.

—Y yo a ti, Blaze —respondo en un susurro.

Blaze saca un pequeño estuche de su bolsillo y me lo entrega. Lo abro con cuidado y veo una pulsera de oro delicada y elegante. Mi aliento se corta.

—Es preciosa, cielo. Es... increíble.

—Hay más —dice Blaze, con su sonrisa ensanchándose—. He reservado un viaje para todos nosotros a la playa. Creo que necesitamos unas vacaciones juntos.

No puedo contener mi alegría. Lo abrazo con fuerza.

—Gracias, Blaze. Es el mejor regalo que podría pedir.

Mientras seguimos mirando el álbum de fotos, noto algo que falta. Frunzo el ceño y miro a Blaze, quien me observa con curiosidad.

—Falta una página —digo, señalando el álbum.

Blaze frunce el ceño, confundido.

—¿Por qué? ¿Qué página falta?

Tomo su mano y la coloco sobre mi vientre.

—Porque vamos a necesitar espacio para un nuevo miembro de la familia. Estoy embarazada, Blaze.

La sorpresa y la alegría se reflejan en su rostro mientras comprende lo que le he dicho. Han sido tres embarazos, pero sigue poniendo la misma cara cada vez que se lo digo. Me abraza con fuerza.

—¡No puedo creerlo, Lieve, el quinto! Este es el mejor regalo de todos. Te amo más de lo que las palabras pueden expresar, muñeca. Gracias por todo, Lieve.

Niego y me muerdo el labio inferior.

—Gracias a ti por darme la perfecta historia de amor, Blaze.

FIN.

PRÓXIMAMENTE, EN 2025, LOS JENKINS 2

AGRADECIMIENTOS

¿Y ahora cómo os digo lo agradecida de estoy con todas vosotras? No tengo palabras para expresarlo, pero lo voy a intentar hacer de la mejor manera.

Gracias Mery, Roxana, Odette, Mar, Aleksandra y María por ser mis lectoras cero. Me habéis ayudado muchísimo y os debo la vida.

Gracias a todas mis queridas rep, gracias @lecturasdeaco, @labibliotecadez, @mardelibros24, @notrepetslecteurs, @lanenadelega_books, @patryblog, @_carlybooks_, @Perdidaenvelaris, @tesorosdeletras, @pasandopaginas6, @vane_books__, @voces_en_papel, @Un_libro_en_mi_mesita, @catgomgo, @Viajando_entre, @_dainabooks_, @Bookswith_tania, @alfos.books, @fabiola_books, @uncopdelectura, @vale.escritora, @bookscatsandcoffeeuy, @Maria_ligeia_amate_leyendonk, @mnissenbooks, @loslibrosdeine, @aquimandanloslibros, @_booksbyjani y @ninapettigrewcanary_mgm. Gracias por aguantar mi torpeza.

Gracias a mi hermana de letras, a ese pedazo de perra que siempre está ahí para comerse mis infinitos audios.

Gracias a ti, lector.